

Estudio sobre el libro del Levítico

Autor: C. H. Mackintosh

Dios es santo, sea cual fuere el lugar desde el que habla. Es santo en el monte Sinaí y es santo en el propiciatorio; pero, en el primer caso, su santidad estaba ligada a “un fuego consumidor”, mientras que en el segundo va unida a la gracia paciente. La unión de la perfecta santidad y de la perfecta gracia es lo que caracteriza a la redención que es en Cristo Jesús, redención que se encuentra prefigurada de diversas maneras en el libro del Levítico.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	8
Orden de los sacrificios	9
El holocausto	12
La víctima.....	13
Cristo ofreciéndose a sí mismo a Dios	14
El amor de Cristo por el Padre	15
Identificación del adorador con el holocausto	17
El sacrificio	18
Los sacerdotes.....	19
La preparación del sacrificio.....	21
Un sacrificio quemado al fuego: olor grato para Dios	23
La ley del holocausto	24
La ofrenda vegetal: cristo en su humanidad	25
Cristo, el hombre perfecto.....	27
Los ingredientes de la ofrenda vegetal.....	29
La ofrenda vegetal en sus diversas formas	33
La parte de los sacerdotes	38
El sacrificio de paz: la comunión	41
Diferencia entre el holocausto y el sacrificio de paz.....	41
Una parte común entre Dios y los sacerdotes	42
El gozo de la comunión	44
Diferencia entre la ofrenda vegetal y el sacrificio de paz	45
El precioso ejemplo del hijo perdido	46
La ley del sacrificio de paz.....	47
Distinción entre “el pecado en la carne” y el pecado sobre la conciencia	47
La confesión de los pecados	49
Diferencia entre pedir perdón y confesar los pecados.....	49
El juicio de sí mismo	51
El pecado y los pecados	52
La Cena del Señor	54
El valor de la sangre de Cristo	55
El culto	55
Los sacrificios por el pecado	59
La sangre de la víctima.....	59
El pecado por yerro (o ignorancia)	60
Exigencia de la santidad divina e ignorancia del creyente.....	61

Comparación entre el holocausto y el sacrificio por el pecado	62
La imposición de las manos: identificación con la víctima	65
La grosura de la víctima, imagen de la excelencia de Cristo en su muerte por el pecado.	67
El cuerpo de la víctima es quemado fuera del campamento	68
Aplicación práctica para el culto	69
La sangre de Cristo	70
Cristo, el antitipo	71
Nuestra posición como consecuencia de la obra en la cruz	72
Salgamos a Él fuera del campamento	73
Los sacrificios por la culpa	77
a) Faltas contra Dios	77
b) Faltas contra los hombres.	79
Las dos clases de sacrificios por la culpa.	81
La ley de las diversas ofrendas.	85
El sacerdocio	88
Consideraciones generales	88
Consagración de Aarón ante la congregación	90
Cristo, nuestro sumo Sacerdote.	91
“Esto es lo que Jehová ha mandado hacer”	92
El octavo día	94
La sangre de la víctima.	95
El poder del Espíritu	96
La gloria del reinado milenario	98
El hombre corrompe las instituciones divinas.	101
Nadab y Abiú.	101
El juicio de Dios sobre su casa	102
“Y Aarón calló”	105
Los sacerdotes ante el juicio de Dios	106
Abstenerse de todo lo que excita a la carne	108
¿Cómo permanecer en la presencia divina cuando la carne se ha manifestado?.	111
Omisión en el servicio	112
Animales puros y animales impuros	114
Introducción	114
La autoridad de la Palabra de Dios	114
Animales que rumian y tienen la pezuña hendida	116

Digerir la Palabra	117
La vida interior y la marcha exterior van juntas	117
Animales acuáticos	119
Las aves.....	120
Los reptiles.....	120
La santidad de Dios y la santidad del creyente	121
La experiencia de Pedro en Hechos 10	123
Purificación de la mujer que da a luz.....	125
El hombre concebido y nacido en pecado.....	125
La mancha perfectamente lavada.....	126
La sangre expiatoria de Cristo a disposición del más humilde.....	126
José y María eran pobres	128
La ley del leproso.....	130
Introducción	130
La lepra.....	130
La lepra en un hombre	131
Responsabilidad del sacerdote.....	131
La plaga de lepra	132
Completamente cubierto de lepra	133
Cristo lo ha consumado todo	134
Completa seguridad por medio de la Palabra	135
La lepra en el vestido	137
La purificación del leproso, El oficio del sacerdote.....	138
El Sacerdote perfecto	139
El ave degollada: Cristo en su muerte	140
El ave viva llevando la sangre: Cristo resucitado en el cielo.....	141
Completa liberación	142
La sangre rociada.....	143
Suficiencia de la muerte y de la resurrección de Cristo.....	143
El lavamiento por medio de la Palabra	145
El fin del viejo hombre	146
El día octavo, a) Sacrificio por la culpa	147
La sangre sobre la oreja, la mano derecha y el pie derecho	148
El log de aceite	148
b) El sacrificio por el pecado.....	149
c) El holocausto	150
d) La ofrenda vegetal	150

De la perdición a la gloria	151
Todos iguales ante Dios	152
La lepra en una casa	153
Juicio del mal en una asamblea	154
Impureza inherente a la naturaleza humana	157
“Toda la Escritura es... útil” (2 Timoteo 3:16).....	158
El agua y la sangre	159
El gran día de la expiación	162
Introducción	162
Aarón: tipo de Cristo	163
Aarón y su casa: imagen de la Iglesia	164
Los dos machos cabríos	165
“La suerte por Jehová”	165
Consecuencias de la expiación para la humanidad	167
Dios es glorificado y otorga gracia	168
La sangre de la expiación es llevada detrás del velo.....	169
El camino al Lugar Santísimo está abierto por medio de la sangre de Cristo.....	171
El macho cabrío “Azazel”	172
Nuestros pecados perdonados.....	174
La realización para Israel.....	175
La vida pertenece a dios	177
Solo la sangre hace propiciación por el alma.....	177
Un pueblo santo, como jehová es santo	180
Lo que debe distinguir a Israel.....	180
Lo que el hombre es capaz de practicar.....	182
El pobre y el extranjero.....	183
El justo salario del obrero	184
Actitud para con el sordo y el ciego.....	186
Un horrible pecado: chismear	187
Exigencias divinas para los sacerdotes	188
Aplicación práctica	190
Las siete fiestas de jehová	193
El sábado (o día de reposo).....	194
a) La Pascua.....	195
b) La fiesta de los panes sin levadura.....	195

c) La fiesta de las primicias	196
d) La fiesta de Pentecostés.....	199
e) La fiesta de las trompetas (Números 29:1)	201
f) El día de la expiación	202
g) La fiesta de los tabernáculos	204
israel, conservado para el país de canaán	206
El alumbrado continuo	206
La unidad del pueblo	207
Apostasía y juicio divino	209
Canaán conservado para la casa de israel	211
“Cuando hayáis entrado en la tierra...”	211
El año de reposo.....	211
El año de jubileo.....	213
La tierra de Canaán pertenece a Jehová.....	214
Obediencia y desobediencia	217
El gobierno de Dios sobre Israel	217
La gracia de Dios para con Israel.....	219
Cosas consagradas a dios	220
La expiación: la misma medida para todos	220
El servicio: la medida es según la capacidad de cada uno	221
La conclusión concierne a Israel	221

Introducción

Antes de considerar en detalle el tema que vamos a tratar, debemos tomar en cuenta la posición que aquí ocupa Jehová y, a continuación, el orden en que se suceden los sacrificios.

“ Llamó Jehová a Moisés, y habló con él desde el tabernáculo de reunión.

Había hablado desde lo alto del Sinaí, y la posición que entonces había tomado sobre el santo monte imprimía a sus comunicaciones un carácter particular. En el monte de fuego, Dios dio una “ley de fuego” (Deuteronomio 33:2). Pero, en el Levítico, Jehová habla desde el tabernáculo que hemos visto erigir al término del libro anterior, el Éxodo. “Finalmente erigió el atrio alrededor del tabernáculo y del altar, y puso la cortina a la entrada del atrio. Así acabó Moisés la obra. Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión... y la gloria de Jehová lo llenaba... Porque la nube de Jehová estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas” (Éxodo 40:33-38).

El tabernáculo era la habitación del Dios de gracia. Podía establecer allí su morada porque estaba rodeado de lo que representaba de manera viviente el fundamento de sus relaciones con su pueblo. Si se hubiera manifestado en medio de Israel con la gloria terrible con la que se había revelado en el monte Sinaí, no habría sido más que para consumirlos en un momento, como “pueblo de dura cerviz” (Éxodo 33:5). Pero Jehová se retiró detrás del velo, tipo de la carne de Cristo (Hebreos 10:20), y tomó sitio encima del propiciatorio, donde la sangre de la expiación –no la rebelión y dura cerviz de Israel (Deuteronomio 31:27)– se presentaba a su vista y respondía a las exigencias de su naturaleza. Esa sangre, llevada adentro del santuario por el sumo Sacerdote, era el tipo de la más preciosa sangre que purifica de todo pecado; y aunque Israel, según la carne, no discernía nada de ello, esa sangre justificaba el hecho de que Dios morase en medio de su pueblo; ella santificaba para la purificación de la carne (Hebreos 9:13).

Tal es, pues, la posición que Jehová ocupa en el Levítico, la que no se debe olvidar si se quiere tener exacto conocimiento de las revelaciones que este libro encierra. Todas ellas llevan el sello de una inflexible santidad, unida a la gracia más pura. Dios es santo, sea cual fuere el lugar desde el que habla. Es santo en el monte Sinaí y es santo en el propiciatorio; pero, en el primer caso, su santidad estaba ligada a “un fuego consumidor”, mientras que en el segundo va unida a la

gracia paciente. La unión de la perfecta santidad y de la perfecta gracia es lo que caracteriza a la redención que es en Cristo Jesús, redención que se encuentra prefigurada de diversas maneras en el libro del Levítico.

Es preciso que Dios sea santo, aun condenando eternamente a los pecadores que perseveran sin arrepentirse. No obstante, la plena revelación de su santidad, en la salvación de los pecadores, hace resonar en el cielo un concierto de alabanzas: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:14). Esta doxología, o himno de alabanza, no pudo resonar cuando fue promulgada “la ley de fuego”. Si bien no cabe duda de que a la ley del Sinaí se unía la “gloria a Dios en las alturas”, esta ley no traía ninguna paz a la tierra ni buena voluntad para con los hombres. Era la declaración de lo que los hombres debían ser antes que Dios pudiese complacerse en ellos. Mas cuando “el Hijo” vino como hombre a la tierra, las inteligencias celestes pudieron expresar su plena satisfacción en Él, cuya persona y obra reunían de la manera más perfecta la gloria divina y la bendición del hombre.

Orden de los sacrificios

Trataremos ahora acerca del orden en que se suceden los sacrificios en los primeros capítulos. Dios pone en primer lugar el holocausto y en último término el sacrificio por la culpa; termina por donde nosotros empezamos. Este orden es notable y muy instructivo.

Cuando, por primera vez, la espada de la convicción penetra en el alma, la conciencia examina los pecados pasados que pesan sobre ella, la memoria dirige sus miradas hacia atrás, a las páginas de la vida pasada y las ve ennegrecidas por innumerables transgresiones contra Dios y contra los hombres. En este período de su historia, el alma repara menos en la fuente de donde proceden sus transgresiones que en el hecho abrumador y palpable de que tal y tal acto han sido cometidos. De ahí su necesidad de saber que Dios, en su gracia, ha provisto un sacrificio en virtud del cual “toda ofensa” (Deuteronomio 21:5) puede ser gratuitamente perdonada (Colosenses 2:14). Dios nos lo presenta en el “*sacrificio por la culpa*”.

A medida que el alma progresa en la vida divina, viene a ser consciente de que esos *pecados* cometidos no son más que los retoños de una raíz, las distintas aberturas de una misma fuente y, además, que el pecado en la carne es esa raíz, esa fuente. Este descubrimiento conduce a un ejercicio interior mucho más profundo aún, al que nada puede apaciguar si no es un conocimiento también más profundo de la obra de la cruz, en la cual Dios mismo “condenó *al pecado en la carne*” (Romanos 8:3). No se trata en este pasaje de la epístola a los Romanos de «*los pecados en la vi-*

da», sino de la raíz de donde provienen, a saber, el “*pecado en la carne*”. Esta verdad tiene inmensa importancia. Cristo no solamente “murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3) sino que fue hecho “*pecado*” por nosotros (2 Corintios 5:21). Tal es la doctrina del “*sacrificio por el pecado*”.

Cuando, por el conocimiento de la obra de Cristo, la paz ha entrado en el corazón y en la conciencia, podemos alimentarnos de Cristo –el fundamento de nuestra paz y de nuestro gozo– en la presencia de Dios. Hasta que veamos todas nuestras transgresiones perdonadas y nuestro pecado juzgado, no podemos disfrutar de paz ni de gozo. Es preciso que conozcamos el sacrificio por la culpa y el sacrificio por el pecado antes de que podamos apreciar la ofrenda de paz, de regocijo o de acción de gracias. Por esto, el orden en que “*el sacrificio de paz*” (cap. 3:1) está colocado responde al orden según el cual nos apropiamos de Cristo espiritualmente.

El mismo orden perfecto se vuelve a encontrar en cuanto al lugar asignado a *la ofrenda de oblación vegetal*. Cuando un alma ha sido conducida a gustar la dulzura de la comunión espiritual con Cristo, sabiendo alimentarse de él en paz y con agradecimiento, en la presencia de Dios esta alma se siente presa de un ardiente deseo de conocer más los gloriosos misterios de su Persona, y Dios, en su gracia, responde a este deseo por la “ofrenda” de oblación vegetal, tipo de la perfecta humanidad de Cristo.

Finalmente viene “*el holocausto*”, el broche final, la figura de la obra de la cruz cumplida bajo la mirada de Dios, sacrificio que expresa la invariable devoción del corazón de Cristo. Más adelante estudiaremos todos estos sacrificios detalladamente; aquí no hacemos más que considerar el orden en que están colocados, orden verdaderamente admirable desde cualquier punto de vista, el cual empieza por la cruz y acaba en ella. Si descendemos de Dios a nosotros y, siguiendo el orden exterior del Levítico, empezamos por el holocausto, vemos en esta ofrenda a Cristo en la cruz cumpliendo la voluntad de Dios, realizando la expiación y dándose a sí mismo enteramente para gloria de Dios. Si, por el contrario, siguiendo el orden interior nos remontamos de nosotros mismos a Dios y empezamos por el sacrificio por el pecado, vemos a Cristo en la cruz llevando nuestros pecados y aboliéndolos según la perfección de su sacrificio expiatorio. En todo, tanto en el conjunto como en los detalles, brilla la excelencia, la belleza y la perfección de la divina y adorable persona del Salvador. Todo está hecho para despertar en nuestros corazones un profundo interés por el estudio de estos tipos preciosos.

Dios, quien nos dio el libro del Levítico, quiera ahora suministrarnos, por la viva potestad del Espíritu, la explicación de él, de forma que, cuando lo hayamos recorrido, bendigamos su Nombre por tantas y tan admirables imágenes de la Persona y la obra de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo. A Él sea la gloria desde ahora y para siempre. Amén.

El holocausto

El holocausto nos presenta una figura de Cristo cuando “se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:14); por eso el Espíritu Santo le asigna el primer lugar entre los sacrificios. Si el Señor Jesús se ofreció para cumplir la gloriosa obra de la expiación, fue porque el supremo objeto que perseguía en esta obra era glorificar a Dios:

“ He aquí, vengo... el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado
(Salmo 40:6-8).

Estas palabras fueron la sublime divisa de Jesús, en cada uno de los actos, en cada una de las circunstancias de su vida, y nunca encontraron más completa y evidente expresión que en la obra de la cruz. Cualquiera haya sido la voluntad de Dios, Cristo vino para hacerla. Gracias a Dios, sabemos cuál es nuestra parte en el cumplimiento de “esa voluntad”, porque en ella “somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10). Sin embargo, la obra de Cristo se dirigía ante todo a Dios. Cristo encontraba su dicha en cumplir la voluntad de Dios, lo que nadie había hecho antes. Por la gracia, algunos habían hecho “lo recto ante los ojos de Jehová” (1 Reyes 15:5, 11; 14:8). Pero nadie había hecho la voluntad de Dios perfecta e invariablemente, sin titubear. Jesucristo fue el hombre “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). “Él... afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51). Y más tarde, al ir del huerto de Getsemaní a la cruz del Calvario, expresó la sumisión absoluta de su corazón con estas palabras: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Juan 18:11).

Ciertamente había un perfume de olor grato en esta *absoluta* sumisión a Dios. La existencia de un hombre perfecto en la tierra, cumpliendo la voluntad de Dios aun en la muerte, era para el cielo un asunto digno del mayor interés. ¿Quién, al mirar a la cruz, podía sondear las profundidades de ese corazón sumiso que se manifestaba ante Dios? ¡Nadie sino Dios! pues en esto, como en todo lo que concierne a su gloriosa persona, es cierto que “nadie conoce al Hijo, sino el Padre” (Mateo 11:27), y nadie puede conocer al Hijo hasta que el Padre se lo revele. El espíritu del hombre puede aprender, en mayor o menor grado, cualquier verdad del conocimiento que existe “debajo del sol”. La ciencia humana es el dominio de la inteligencia del hombre, pero nadie conoce al Hijo hasta que el Padre se lo revele por el poder del Espíritu Santo, por medio de la Palabra escrita. El Espíritu Santo se complace en revelar al Hijo, en tomar de las cosas de Jesucristo y hacérmolas saber, y estas cosas las hallamos en toda su belleza y su plenitud en la Escritura. No puede haber ninguna nueva revelación, porque el Espíritu Santo recordó “*todas las cosas*” a los

apóstoles y los condujo a “*toda* la verdad” (Juan 14:26, 16:13). No puede haber nada más allá de “*toda* la verdad”; así que toda pretensión de nuevas revelaciones, de nuevas verdades –es decir, no contenidas en el canon de los libros divinamente inspirados (en la Palabra)– es un esfuerzo del hombre que quiere añadir alguna cosa a lo que Dios llama “*toda* la verdad”. El Espíritu Santo puede, sin duda, revelar y aplicar, con nuevo y extraordinario poder, la verdad contenida en la Escritura, pero esto es absolutamente distinto de la impía presunción que abandona el campo de la revelación divina para encontrar en otra parte principios, ideas o dogmas que tengan autoridad sobre la conciencia.

En los evangelios se nos presenta a Cristo bajo los diversos aspectos de su carácter, de su persona y de su obra. Desde que esos preciosos documentos existen, los hijos de Dios, en todas las edades, se han complacido en valerse y beber de sus revelaciones acerca de Aquel que es el objeto de su amor y su confianza, de Aquel de quien son deudores, desde ahora y por la eternidad. Pero, no es grande el número de los que han sido inducidos a considerar las ceremonias y los ritos del régimen levítico como algo lleno de las más detalladas instrucciones sobre este glorioso asunto. Las ofrendas del Levítico, en particular, a menudo han sido consideradas como antiguos documentos acerca de las costumbres judaicas, sin ningún otro valor para nosotros, como algo que no comunica ninguna luz espiritual a nuestros entendimientos. No obstante, es preciso reconocer que esas páginas, en apariencia tan poco atractivas y tan cargadas de detalles ceremoniales, tienen, como las sublimes profecías de Isaías, su lugar entre “*las cosas que se escribieron antes*”, las que “*para nuestra enseñanza se escribieron*” (Romanos 15:4). Es preciso, pues, que estudiemos el contenido de este libro, como también toda la Escritura, con un espíritu humilde, despojado del «yo», con respetuosa dependencia de la enseñanza de Quien habla en ella, prestando constante atención al gran objetivo, al alcance y a la analogía general del contenido de la revelación. Tenemos que frenar nuestra imaginación para que no se extravíe con algún entusiasmo profano. Si por la gracia de Dios iniciamos así el estudio de los tipos o figuras del Levítico, encontraremos en ellos una mina profunda y de las más ricas.

La víctima

Pasemos ahora al examen del holocausto, el cual, como lo hemos indicado, representa a Cristo ofreciéndose a sí mismo, sin mancha, a Dios. “Si su ofrenda fuere holocausto vacuno, macho sin defecto lo ofrecerá” (v. 3). La gloria esencial de la persona de Cristo forma la base del cristianismo. Cristo comunica esta dignidad y gloria que le pertenecen a todo lo que hace y a cada una de las funciones que desempeña. Ninguna función podría añadir algo a la gloria de Aquel que

es “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5), “Dios... manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16), el glorioso “Emanuel... Dios con nosotros” (Mateo 1:23; Isaías 7:14), “el Verbo” eterno, “el Creador” y “el Conservador” del universo. Todas las funciones de Cristo, como lo sabemos, estaban relacionadas con su humanidad; y tomando esa humanidad descendió de aquella gloria que tenía al lado del Padre, desde antes de la fundación del mundo. Bajó, pues, en medio de una escena en la que todo le era contrario, a fin de glorificar perfectamente a Dios. Vino para ser consumido por un santo e inextinguible celo por la gloria de Dios (Salmo 69:9), y para llevar a efecto sus consejos eternos.

Cristo ofreciéndose a sí mismo a Dios

El “macho”, “sin defecto”, “de un año”, es un tipo de nuestro Señor Jesucristo que se ofrece a sí mismo para cumplir perfectamente la voluntad de Dios. En esta ofrenda no debía haber nada que denotase debilidad o imperfección. Para el holocausto era menester un “macho de un año” (comp. Éxodo 12:5). Cuando examinemos las otras ofrendas veremos que en algunos casos estaba permitido ofrecer una hembra; no que Dios pudiera tolerar alguna vez un defecto en la ofrenda –porque esta, ante todo y en todos los casos, debía ser “sin defecto”– sino que Dios hizo en ciertos casos una concesión, la cual expresaba la imperfección inherente a la comprensión del adorador. El holocausto era un sacrificio del orden más elevado, porque representaba a Cristo ofreciéndose a sí mismo a Dios, entera y exclusivamente para la mirada y el corazón de Dios. Este es un punto que es preciso comprender bien. Solo Dios podía estimar en su justo valor la persona y la obra de Cristo. Solo él podía apreciar plenamente la cruz y la perfecta consagración de Cristo, de la cual aquella es expresión. La cruz, tipificada por el holocausto, encerraba algo que solo el pensamiento divino podía comprender; tenía profundidades que ni mortal ni ángel podían sondear. Había en ella una voz que se dirigía directa y exclusivamente al oído del Padre. Entre la cruz del Calvario y el trono de Dios había comunicaciones que exceden en mucho a las más altas capacidades de las inteligencias creadas.

“De su voluntad lo ofrecerá a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Jehová... y será aceptado para expiación suya” (v. 3-4; comp. Levítico 22:18-19). El carácter del holocausto que la Escritura hace resaltar aquí nos permite contemplar la cruz bajo un aspecto que no es suficientemente entendido. Nos sentimos demasiado inclinados a mirar la cruz solamente como el lugar donde la gran cuestión del pecado fue arreglada entre la justicia eterna y la víctima sin mancha, como el lugar donde nuestro crimen fue expiado y donde Satanás fue gloriosamente vencido. La cruz, en efecto, es todo eso; pero es más todavía: allí el amor de Cristo por el Padre se manifestó

y se expresó en lenguaje tal que solo el Padre lo podía comprender. Bajo este último aspecto está prefigurada la cruz en la ofrenda del holocausto, que es esencialmente voluntaria. Si solo hubiera sido cuestión de la imputación del pecado y de sufrir la ira de Dios consiguiente, la ofrenda no podría haberse dejado a la voluntad de quien la ofrecía, sino que tendría que haber sido obligatoria. Nuestro Señor Jesucristo no podía *desear* ser “hecho pecado” (2 Corintios 5:21), ni *desear* sufrir la ira de Dios y quedar privado de la claridad de su faz. Este hecho, por sí solo, nos muestra de la manera más evidente que la *ofrenda del holocausto no representa a Cristo llevando en la cruz el pecado*, sino a Cristo cumpliendo en la cruz la voluntad de Dios.

Las mismas palabras de Cristo prueban que él contemplaba la cruz bajo esos dos aspectos. Cuando consideraba la cruz como el lugar de la expiación del pecado, cuando anticipaba los sufrimientos que, desde este punto de vista, ella encerraba, dijo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa” (Lucas 22:42). Se estremecía al contemplar lo que para él entrañaba su obra. Su alma santa y pura retrocedía ante el pensamiento de ser hecho pecado, y su corazón amante retrocedía ante la sola idea de perder, por un momento, la luz del rostro de Dios.

El amor de Cristo por el Padre

La cruz tenía otro aspecto para Cristo. Se le presentaba como un lugar donde podía revelar los profundos secretos de su amor hacia el Padre, donde de buen grado y voluntariamente podía tomar la copa que el Padre le había dado. Sin duda la vida entera de Cristo exhalaba un perfume de olor agradable que subía sin cesar hasta el trono del Padre. Él hacía siempre las cosas que agradaban al Padre; siempre hacía la voluntad de Dios. Mas el holocausto no representa a Cristo en su vida, por precioso que haya sido cada uno de sus actos durante ella, sino a Cristo en su muerte, no como Aquel que fue hecho maldición por nosotros, sino como Aquel que presentaba al corazón del Padre un perfume infinitamente agradable.

Esta verdad reviste la cruz de un atractivo particular para el hombre espiritual y da a los sufrimientos de nuestro Salvador un poderoso interés. El pecador encuentra en la cruz una respuesta divina a las necesidades más profundas y a los deseos más ardientes de su corazón y su conciencia. El verdadero creyente encuentra en la cruz lo que cautiva todos los afectos de su corazón, lo que traspasa todo su ser moral. Los ángeles encuentran en la cruz un objeto de continua admiración y desean mirar más de cerca estas cosas (comp. 1 Pedro 1:11-12). Todo esto es verdad; mas hay algo en la cruz que supera en mucho las más altas concepciones de los santos o de los ánge-

les, a saber, la profunda devoción del corazón del Hijo, ofrecida al corazón del Padre y apreciada solo por él. Tal es el aspecto de la cruz que está prefigurado, de modo notorio, en la ofrenda del holocausto.

Deseo hacer notar que si admitimos, como algunos, que Cristo llevó durante toda su vida el pecado del hombre, la hermosura propia de la ofrenda del holocausto desaparece por completo. Desaparece el carácter «voluntario» de la ofrenda; pues ¿cómo podría considerarse acto voluntario la entrega de la vida hecha por uno, que por la necesidad misma de su posición, estuviera obligado a dejar esa vida? Si Cristo hubiera llevado el pecado durante toda su vida, seguramente su muerte habría sido un acto *necesario* y no un acto voluntario. Se puede afirmar, además, que toda ofrenda perdería su integridad y hermosura si se admitiera la falsa y funesta doctrina de un Cristo que hubiese llevado el pecado *durante su vida*. El holocausto –lo repetimos– no nos presenta a Cristo llevando el pecado o sufriendo la ira de Dios, sino a Cristo en su sacrificio voluntario, manifestado en su muerte en la cruz. El Hijo de Dios cumplió, por el Espíritu Santo, la voluntad del Padre; lo hizo «voluntariamente» según lo que dice él mismo:

“ Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar (Juan 10:17-18).

Por otra parte Isaías, contemplando a Cristo como ofrenda por el pecado, dice: “*Fue quitada* de la tierra su vida” (Isaías 53:8 en la versión de los Setenta, y Hechos 8:33). Luego, ¿hablaba Cristo de llevar el pecado, hablaba de la expiación cuando decía de su vida: “Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo”? “Nadie” se la quitó, ni hombre, ni ángel, ni demonio, ni cualquier otro. Dejar su vida era, de su parte, un acto voluntario; la dejaba a fin de volverla a tomar. “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado” (Salmo 40:8). Tal era el lenguaje de Aquel que, prefigurado en el holocausto, encontraba su gozo en el acto de ofrecerse a sí mismo, sin mancha, a Dios.

Es muy importante percibir el objeto principal que Cristo perseguía con la obra de la redención; tiende a afirmar la paz del creyente. Cumplir la voluntad de Dios, demostrar los consejos de Dios y manifestar Su gloria, tal era el primero y más profundo pensamiento del consagrado corazón del Salvador, quien miraba y estimaba todas las cosas en relación con Dios. Cristo no se detuvo jamás a considerar de qué modo le afectaría a sí mismo un acto o una circunstancia cualquiera. Él “se despojó a sí mismo... se humilló a sí mismo” (Filipenses 2:7-8), renunció a todo. Por eso, al término de su carrera, pudo elevar los ojos al cielo y decir: “Yo te he glorificado en la tierra; he

acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4). Es imposible contemplar este aspecto de la obra de Cristo sin que el corazón se sienta atraído hacia él y lleno de los afectos más dulces hacia su persona. Comprender que Cristo tuvo a Dios por primer objeto en la obra de la cruz no menoscaba en nada el sentimiento que tenemos de su amor por nosotros; muy al contrario. Este amor y nuestra salvación solo podían fundarse en la gloria de Dios que él manifestaba con su muerte. La gloria de Dios debe constituir el sólido fundamento de todo. “Mas tan ciertamente como vivo yo, y mi gloria llena toda la tierra” (Números 14:21). Sabemos que esta eterna gloria de Dios y la felicidad eterna de la criatura están inseparablemente unidas en el consejo divino, de manera que, si la primera está asegurada, la segunda debe estarlo también.

Identificación del adorador con el holocausto

“Y pondrá su mano sobre la cabeza del holocausto, y será aceptado para expiación suya” (v. 4). El acto de la imposición de las manos expresaba una completa identificación. Por este acto significativo, la ofrenda y aquel que la presentaba se hacían uno. En el holocausto esta unidad hacía agradable a los ojos de Dios a aquel que lo ofrecía, en virtud de la plena aceptación de la ofrenda que presentaba. La aplicación de esto a Cristo y al creyente pone de manifiesto una verdad preciosa, extensamente desarrollada en el Nuevo Testamento, a saber, la identificación eterna del creyente con Cristo y su aceptación en Él.

Como él es, así somos nosotros en este mundo



(1 Juan 4:17; 5:20).

Para nuestra felicidad eterna se requería nada menos que esto. Aquel que no está *en Cristo*, está *en sus pecados*. No hay término medio: o bien está usted en Cristo, o bien está fuera de él, en sus pecados. No se puede estar *parcialmente* en Cristo; aunque no hubiera más que el espesor de un cabello entre usted y Cristo, se encontraría en un positivo estado de ira y condenación. Pero, si está en él, por el contrario, usted es “como él es” delante de Dios, considerado como él en presencia de la santidad infinita. “Estáis completos en él” (Colosenses 2:10). “Nos hizo aceptos en el Amado” (Efesios 1:6), “miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Efesios 5:30). “El que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Corintios 6:17). Tal es la enseñanza sencilla y clara de la Palabra de Dios. Así, pues, no es posible que la “Cabeza” y los miembros sean aceptables en medidas diferentes. Dios los tiene por uno; por consiguiente, son uno. Esta verdad es a la vez el fundamento de la confianza más alta y de la humildad más profunda. Da la más completa certidumbre “para que tengamos confianza en el día del juicio” (1 Juan 4:17), siendo imposible que

se formule cargo alguno contra Aquel con quien somos identificados. Esto produce el profundo sentimiento de nuestra nulidad, porque nuestra unión con Cristo está fundada en la muerte del “viejo hombre” y en la completa abolición de todos sus derechos y pretensiones.

Puesto que la Cabeza y los miembros son aceptados en conjunto, y como quienes ocupan la misma posición en el favor de Dios, es evidente que todos los miembros tienen parte en una misma salvación, en una misma vida, en una misma justicia, en un mismo favor. No hay grados en la justificación. El niño en Cristo tiene parte en la misma justificación que el de avanzada experiencia. El primero está *en Cristo* e igualmente el segundo. Como en esto reside el único fundamento en que descansa la vida, es este también el solo fundamento en que descansa la justificación. No existen dos especies de vida, ni dos especies de justificación, aunque haya, sin duda, diversos grados de goce de esta justificación, diversos grados en el conocimiento de su plenitud y de su extensión, diversos grados de capacidad para manifestar su poder en el corazón y en la vida. Se confunde frecuentemente el goce y la mayor o menor comprensión de la justificación con la justificación misma. Esta, puesto que es divina, es necesariamente eterna, absoluta, invariable y está al abrigo de las fluctuaciones, de los sentimientos y experiencias humanos.

Además, lo que se denomina «progreso en la justificación» no existe. El *creyente* no está más justificado hoy de lo que lo estaba ayer, y no lo estará mañana más de lo que lo está hoy. Aquel que está “en Cristo Jesús” está tan completamente justificado aquí abajo como si estuviera ante el trono de Dios. Está “completo” en Cristo es “como” Cristo; según el testimonio de Cristo mismo, está “*todo limpio*” (Juan 13:10). ¿Qué más podría ser antes de entrar en la gloria? Podrá hacer –y si anda según el Espíritu por cierto que hará– progresos en el conocimiento y en el gozo de esta gloriosa realidad. Pero, en cuanto a la cosa misma, desde el momento en que por el poder del Espíritu Santo alguien ha creído el Evangelio, pasa de un estado de injusticia y condenación a uno de justicia y aceptación, fundado en la divina perfección de la obra de Cristo. Del mismo modo en el holocausto, la aceptación del adorador estaba fundada en el valor de su ofrenda. No era cuestión de lo que él era, sino de lo que era su sacrificio. “Y será aceptado para *expiación suya*” (v. 4).

El sacrificio

“Entonces degollará el becerro en la presencia de Jehová; y los sacerdotes hijos de Aarón ofrecerán la sangre, y la rociarán alrededor sobre el altar, el cual está a la puerta del tabernáculo de reunión” (v. 5). Es preciso recordar que la gran verdad que se revela en el holocausto no es la ex-

piación que Cristo ha hecho para responder a la necesidad del pecador, sino la presentación a Dios de lo que le era infinitamente agradable: la ofrenda voluntaria a Dios que Cristo ha hecho de sí mismo, lo que venía a ser un nuevo motivo para el amor del Padre (Juan 10:17). La muerte de Cristo, tal como se halla prefigurada en el holocausto, no manifiesta la odiosa naturaleza del pecado, sino que expresa la devoción inalterable e inquebrantable de Cristo por el Padre. Cristo no está representado como portador del pecado bajo el peso de la ira de Dios, sino como el objeto de la completa satisfacción del Padre en la ofrenda voluntaria y de agradable olor que le hacía de sí mismo. “La expiación”, en el holocausto, no solo corresponde a las exigencias de la conciencia del hombre, sino al ardiente deseo del corazón de Cristo, quien, al precio del sacrificio de su vida, quiso cumplir la voluntad de Dios y asegurar la ejecución de sus eternos designios.

Ningún poder, ni hombre, ni demonio pudo hacer vacilar a Cristo en la concreción de ese deseo. Cuando Pedro, en su ignorancia y con palabras de falsa ternura, procuraba disuadirle de afrontar la vergüenza y el oprobio de la cruz, el Señor le dijo:

“ ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mateo 16:22-23).

De igual modo dijo en otra ocasión a sus discípulos: “No hablaré ya mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí. Mas para que el mundo conozca que *amo al Padre*, y como el Padre me mandó, así hago” (Juan 14:30-31).

Los sacerdotes

El lugar y las funciones asignadas a los hijos de Aarón en el holocausto están en perfecta armonía con lo que acabamos de ver respecto a la significación especial de esta ofrenda: “ofrecerán la sangre, y la rociarán alrededor sobre el altar”, “pondrán fuego sobre el altar”, “compondrán la leña sobre el fuego”, “acomodarán las piezas, la cabeza y la grosura de los intestinos, sobre la leña que está sobre el fuego que habrá encima del altar” (v. 5-8). Estos importantes actos constituyen un rasgo sobresaliente del holocausto cuando lo comparamos con la ofrenda por el pecado, en la cual no se mencionan a los hijos de Aarón. “Los sacerdotes hijos de Aarón” representan a la Iglesia, no como cuerpo, sino como casa espiritual o familia de sacerdotes. Esto es fácil de comprender, porque así como Aarón es un tipo de Cristo, la casa de Aarón es un tipo de la de Cristo. Leemos en Hebreos 3:6: “...Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros”. Y también:

He aquí, yo y los hijos que Dios me dio



(Hebreos 2:13).

Son privilegios de la Iglesia, como institución conducida y enseñada por el Espíritu Santo, contemplar este aspecto de Cristo que se nos presenta en el primero de los tipos del Levítico y complacerse en él. “Nuestra comunión verdaderamente es con el Padre” (1 Juan 1:3), quien en su bondad nos llama a compartir sus pensamientos con respecto a Cristo. Es verdad que nunca podremos elevarnos a la altura de esos pensamientos; pero podemos tener parte en ellos por el Espíritu Santo que mora en nosotros.

“Y *los sacerdotes* hijos de Aarón ofrecerán la sangre, y la rociarán alrededor sobre el altar, el cual está a la puerta del tabernáculo de reunión” (v. 5). Aquí encontramos un tipo de la Iglesia, considerada aún como compañía de sacerdotes, que trae el memorial de un sacrificio cumplido y lo presenta allí donde cada adorador tiene entrada. Pero no debemos olvidar que la sangre que los sacerdotes ofrecen aquí es la sangre del holocausto, y no la de la ofrenda por el pecado. La Iglesia penetra, por el poder del Espíritu Santo, en el pensamiento de la profunda y perfecta devoción que Cristo manifestó hacia Dios; no se trata de un pecador convicto que se acoge al valor de la sangre de Aquel que llevó el pecado. Apenas si es necesario decir que la Iglesia se compone de pecadores, y de pecadores convictos de pecado; pero los “hijos de Aarón” no representan a los pecadores convictos de pecado, sino a los santos que rinden culto, ya que intervienen en el ofrecimiento del holocausto como *sacerdotes*.

Algunos creen que un hombre que por la gracia de Dios y por el Espíritu Santo se considera en condiciones de tomar parte en la adoración, de tal manera se niega a reconocer que es un pobre e indigno pecador. Este es un gran error. En sí mismo el creyente no es nada, pero en Cristo es un adorador purificado. Ha entrado en el santuario, no como un culpable pecador, sino como sacerdote que rinde culto con vestiduras de gloria y belleza. Estar pendiente de mi culpabilidad en la presencia de Dios, no es humildad acerca de mí mismo, sino incredulidad acerca del sacrificio.

Sea como fuere, la idea de la imputación del pecado no cabe en la ordenanza del holocausto; Cristo no aparece en esta ofrenda como quien lleva el pecado y está bajo el peso de la ira de Dios. Es cierto que está escrito: “Y será aceptado *para expiación* suya” (v. 4). Pero “la expiación” no se mide aquí por lo profundo y enorme de la culpabilidad del pecador, sino por la perfecta ofrenda que Cristo hizo de sí mismo a Dios y por la infinita satisfacción que Dios encuentra en Cristo. Esto nos da el concepto más elevado de la expiación. Si contemplo a Cristo como ofrenda por el

pecado, veo la expiación hecha según las exigencias de la justicia divina acerca del pecado. Si miro el holocausto, la obra propiciatoria se me presenta revestida de toda la perfección de la buena voluntad y aptitud de Cristo para cumplir la voluntad de Dios, revestida además de la complacencia de Dios en Cristo y en su obra. ¡Qué perfecta debe ser una expiación, fruto de la consagración de Cristo a Dios! ¿Habrá algo que supere a este sacrificio del Hijo y a esta satisfacción del Padre? No, por cierto. Este es un asunto digno de ocupar para siempre a la gran familia sacerdotal cuando se reúna en los atrios de Jehová.

La preparación del sacrificio

“Y desollará el holocausto, y lo dividirá en sus piezas” (v. 6). El acto ceremonial de desollar es particularmente expresivo; consistía en quitar la parte exterior de la víctima para que lo *interior* se pusiera plenamente de manifiesto. No era suficiente que la ofrenda fuese “sin defecto” exteriormente; también era necesario que el interior, con todos sus ligamentos y coyunturas, fuese puesto al descubierto. Solamente para el holocausto se ordena este acto de modo especial. Esto está perfectamente de acuerdo con el conjunto del tipo, en cuanto tiende a hacer resaltar la perfecta sumisión de Cristo al Padre. Su obra procedía de lo más profundo de su ser. Cuanto más se sondeaban esas profundidades, más se revelaban los secretos de su vida interior. Se manifestaba tanto más claramente que una sumisión completa a la voluntad de su Padre y un sincero deseo de buscar su gloria eran los móviles que hacían obrar al gran Antitipo del holocausto. Cristo fue, ciertamente, un cabal holocausto.

“Y lo dividirá en sus piezas” (v. 6). Este acto presenta una verdad algo semejante a la que se enseña en

El perfume aromático molido



(Éxodo 30:34-38; Levítico 16:12).

El Espíritu Santo se complace en detenerse en lo que constituye el perfume y el suave olor del sacrificio de Cristo, no solamente considerándolos como un todo, sino también teniendo en cuenta los más pequeños detalles. En sus diversas partes y en el todo el holocausto era sin falta; así también lo era Cristo.

“Y los hijos del sacerdote Aarón pondrán fuego sobre el altar, y compondrán la leña sobre el fuego. Luego los sacerdotes hijos de Aarón acomodarán las piezas, la cabeza y la grosura de los intestinos, sobre la leña que está sobre el fuego que habrá encima del altar” (v. 7-8). Este era un

gran privilegio para la familia sacerdotal. El holocausto entero se ofrecía a Dios; se quemaba completamente sobre el altar, de modo que el hombre no tenía ninguna porción en él. Pero los hijos de Aarón, el sacerdote, siendo asimismo sacerdotes, aparecen aquí colocados alrededor del altar de Dios para contemplar la llama de un sacrificio agradable a Dios que se elevaba a él en olor suave. Era esta una gloriosa posición, una gloriosa comunión, un glorioso servicio para el sacerdocio, un tipo sorprendente de lo que Dios ha dado a la Iglesia. Ella tiene comunión con Él en lo que corresponde al perfecto cumplimiento de su voluntad en la muerte de Cristo. Cuando contemplamos la cruz de nuestro Señor Jesucristo como pecadores convictos de pecado, vemos en ella lo que responde a todas nuestras necesidades. Desde este punto de vista, la cruz da a la conciencia perfecta paz. Pero como sacerdotes, como adoradores purificados, también podemos considerar la cruz bajo otro aspecto, a saber, como el cumplimiento de la santa resolución de Cristo de hacer la voluntad del Padre, incluso hasta la muerte. Como pecadores convictos de pecado, estamos ante el altar de bronce y encontramos la paz por la sangre de la propiciación que ha sido derramada sobre el mismo. Como sacerdotes, estamos allí para contemplar y admirar la perfección de este holocausto, el total abandono y la perfecta ofrenda que Cristo, el Hombre sin mancha, hizo de sí mismo a Dios.

Tendríamos una idea incompleta del misterio de la cruz si solo viéramos en ella lo que responde a las necesidades del hombre como pecador. En la muerte de Cristo había profundidades que se hallan fuera del alcance del hombre, y que solo Dios pudo sondear. Es pues importante observar que, cuando el Espíritu Santo nos ofrece figuras de la cruz, primeramente nos da el tipo que se refiere a Dios. El hombre puede allegarse a esta fuente única de delicias; puede sondearla y beber de ella para siempre; puede encontrar en ella la satisfacción del anhelo más elevado de su alma y de las facultades de su nueva naturaleza. Pero, después de todo, hay en la cruz profundidades que solo Dios puede conocer y apreciar. Por esta razón la ofrenda del holocausto ocupa el primer lugar en el orden de los sacrificios. Además, el hecho mismo de que Dios haya instituido una figura de la muerte de Cristo, –expresión de lo que esta muerte es para él– contiene múltiples enseñanzas para el hombre espiritual.

Ni hombre, ni ángel puede sondear hasta el fondo el misterio de la muerte de Cristo. En ella podemos discernir, al menos, algunos caracteres que por sí solos hacen que esta muerte sea preciosa, más allá de toda expresión, para el corazón de Dios. De la cruz recoge Dios su más rica cosecha de gloria. De ninguna otra manera hubiera podido ser glorificado como lo ha sido por la muerte de Cristo. Con la entrega voluntaria de Cristo a la muerte, la gloria divina brilla en todo

su fulgor. En ella fue puesto el sólido fundamento de todos los consejos divinos; la creación era insuficiente para esto. La cruz ofrece también al amor divino un conducto por el cual puede deslizarse con justicia. Finalmente, por ella Satanás es confundido para siempre, pues Cristo,

“ Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz (Colosenses 2:15).

Éstos son gloriosos frutos de la cruz. Cuando estamos ocupados en estos asuntos, vemos por qué era precisa una figura de la cruz que la representase en lo que ella era para Dios mismo y que ocupase el primer lugar en el Levítico, a la cabeza de todos los demás tipos.

Un sacrificio quemado al fuego: olor grato para Dios

“Y lavará con agua los intestinos y las piernas, y el sacerdote hará arder todo sobre el altar; holocausto es, ofrenda encendida de olor grato para Jehová” (v. 9). El lavatorio que se ordena aquí hacía que el sacrificio, en figura, fuera tal como Cristo era esencialmente: puro interior y exteriormente. Reinaba un perfecto acuerdo entre los motivos interiores de Cristo y su conducta exterior; esta siempre era la expresión de sus motivos interiores. Todo en él tendía a un solo fin: la gloria de Dios. Los miembros de su cuerpo obedecían perfectamente a su corazón consagrado, a ese corazón que no latía más que para Dios y para su gloria en la salvación de los hombres. Con razón el sacerdote podía hacerlo “arder todo sobre el altar”. Todo, en figura, era puro, y todo estaba destinado a ser ofrecido a Dios. Había sacrificios de los cuales el sacerdote percibía su parte, y otros en los que el que ofrecía percibía también la suya. Pero el holocausto se consumía “todo” sobre el altar; era para Dios solo. Los sacerdotes podían componer la leña y el fuego; veían subir la llama, lo que era un gran privilegio para ellos, pero no comían del sacrificio. Dios era el único objeto de Cristo en este aspecto de su muerte representado por el holocausto. Desde el momento en que el macho sin defecto era presentado voluntariamente a la puerta del tabernáculo, hasta que, por la acción del fuego, quedaba reducido a cenizas sobre el altar, podemos ver a Cristo ofreciéndose a sí mismo sin mancha a Dios. En esta obra Dios tiene un gozo propio, gozo en el cual ninguna inteligencia creada podría entrar. Esto está confirmado en “la ley del holocausto”, de la que nos resta hablar.

La ley del holocausto

“Habló aún Jehová a Moisés, diciendo: Manda a Aarón y a sus hijos, y diles: Esta es la ley del holocausto: el holocausto estará sobre el fuego encendido sobre el altar toda la noche, hasta la mañana; el fuego del altar arderá en él. Y el sacerdote se pondrá su vestidura de lino, y vestirá calzoncillos de lino sobre su cuerpo; y cuando el fuego hubiere consumido el holocausto, apartará él las cenizas de sobre el altar, y las pondrá junto al altar. Después se quitará sus vestiduras y se pondrá otras ropas, y sacará las cenizas fuera del campamento a un lugar limpio. Y el fuego encendido sobre el altar no se apagará, sino que el sacerdote pondrá en él leña cada mañana, y acomodará el holocausto sobre él, y quemará sobre él las grosuras de los sacrificios de paz. El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará” (Levítico 6:8-13). El fuego que consumía el holocausto y las grosuras de los sacrificios de paz era la justa expresión de la santidad divina que encontraba en Cristo y en su sacrificio un alimento conveniente. Debía mantenerse continuamente, ardía en el altar de Dios, en medio de las sombras y el silencio de la noche.

“El sacerdote se pondrá su vestidura de lino...” Aquí el sacerdote toma, en figura, el lugar de Cristo, cuya justicia personal está representada por la blanca túnica de lino. Cristo, una vez que se hubo entregado a sí mismo a la muerte de cruz, a fin de cumplir la voluntad de Dios, subió a los cielos en virtud de su propia justicia eterna, llevando consigo el memorial de la obra que había cumplido. Las cenizas se echaban al lado del altar y atestiguaban que el sacrificio estaba consumado y que había sido aceptado por Dios. Las cenizas del holocausto declaraban la aceptación del sacrificio; las cenizas de la ofrenda por el pecado declaraban el juicio sobre el pecado.

Muchos puntos sobre los que nos hemos detenido serán considerados otra vez en el transcurso de nuestro estudio; así tendrán para nosotros más claridad, valor y poder. Cuando se comparan unas ofrendas con otras se da a cada una más relieve. Al ser consideradas en conjunto nos suministran una visión completa de Cristo. Son como espejos, dispuestos de tal manera que reflejan, bajo diferentes aspectos, la imagen del verdadero y único sacrificio perfecto. Ninguna figura por sí sola puede representarle en su plenitud. Era preciso que le pudiésemos contemplar en su vida y en su muerte, como hombre y como víctima, en relación con Dios y en relación con nosotros. Así le representan, en figura, las ofrendas del Levítico. De tal manera, Dios ha respondido misericordiosamente a las necesidades de nuestras almas. Quiera Él ahora iluminar nuestra inteligencia para que comprendamos lo que nos ha preparado y gocemos de ello.

La ofrenda vegetal: cristo en su humanidad

Examinaremos ahora la “oblación” u ofrenda vegetal que representa, de una manera muy precisa, a “Jesucristo hombre”. El holocausto representa a Cristo en su *muerte*; la ofrenda que consideramos ahora le representa en su vida. Ni en una ni en otra se ve el acto de llevar el pecado. Si bien en el holocausto es cuestión de la propiciación, no vemos en él nada de llevar el pecado, ni de imputación del mismo, ni de manifestación de la ira divina a causa del pecado. Lo demuestra el hecho de que se consumía todo sobre el altar; porque de haber el menor pecado que expiar, la víctima habría tenido que ser quemada fuera del campamento (comp. Levítico 4:11-12 con Hebreos 13:11).

En la ofrenda vegetal no hay ni siquiera derramamiento de sangre. En ella vemos simplemente un hermoso tipo de Cristo viviendo, andando y sirviendo aquí en la tierra. Este hecho, por sí solo, es suficiente para inducir a todo cristiano espiritual a considerar esta ofrenda con la mayor atención y con espíritu de oración. La pura y perfecta humanidad de nuestro Señor es un tema que se impone al examen concienzudo de todo verdadero cristiano. Es de temer que muchos cristianos no tengan una idea bastante clara o determinada respecto a este santo misterio. Las expresiones que se oyen o que se leen algunas veces bastan para probar que la fundamental doctrina de la encarnación no es comprendida ni tenida en cuenta tal como la Palabra la presenta. Esas expresiones proceden probablemente de una inexacta apreciación de la naturaleza real de las relaciones de Cristo y del verdadero carácter de sus padecimientos. Pero, cualquiera sea su origen, ellas deben juzgarse a la luz de las Santas Escrituras y, por consiguiente, ser desechadas. Sin duda, muchos de los que las emplean retrocederían indignados y horrorizados ante la doctrina que apoyan tales términos, si se les expusiera tal como es en realidad. Por eso guardémonos de acusar a tal o cual cristiano de infidelidad a una verdad fundamental, en quien tal vez no hay más que inexactitud de lenguaje.

Sin embargo, hay una consideración que debe pesar sobre las apreciaciones morales de todo cristiano, a saber, el carácter vital de la doctrina de la humanidad de Cristo. Esa doctrina constituye el fundamento mismo del cristianismo, motivo por el cual Satanás, desde el principio, ha puesto tanto empeño en inducir a las almas al error en este punto. Casi todas las herejías capitales que han penetrado en la iglesia profesante descubren la intención satánica de minar la verdad en cuanto a la persona de Cristo. Sucede también con frecuencia que hombres piadosos, queriendo combatir estos errores, caen en errores opuestos. Esto nos muestra la necesidad que tenemos de atenernos a los mismos términos que ha usado el Espíritu Santo para descubrirnos

un misterio a la vez tan sagrado y tan profundo. En efecto, creo que en todos los casos la sumisión a la autoridad de las Santas Escrituras y la energía de la vida divina en el alma son la mejor salvaguardia contra toda especie de error. Para que el alma sea preservada de error respecto a la doctrina de Cristo, no tiene necesidad de profundos conocimientos teológicos. Basta que la palabra de Cristo habite abundantemente en ella y que el Espíritu de Cristo desarrolle en ella su eficacia para que Satanás no encuentre ningún lugar por donde introducir sus sombrías y horribles sugerencias. Si el corazón se complace en el Cristo que revelan las Escrituras, rechazará seguramente todos los falsos cristos que Satanás querría introducir. Si nos alimentamos de las realidades de Dios, rechazaremos sin vacilación las falsificaciones de Satanás. Este es el mejor medio para escapar de los lazos del error bajo cualquier forma que se presente.

“ Las ovejas *oyen su voz...* le siguen, porque *conocen su voz*. Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, *porque no conocen la voz de los extraños*
(Juan 10:3-5, 27).

No es necesario conocer la voz de los extraños para desviarse de ellos; basta conocer la voz “del buen Pastor”. Esto nos preservará de la influencia seductora de toda voz extraña. Así, pues, sintiéndome llamado a prevenir contra toda voz extraña con relación al divino misterio de la humanidad de Cristo, no parece necesario discutir sus aserciones aventuradas o falsas. Prefiero, con la gracia de Dios, procurar a mis hermanos armas contra ellas mediante el desarrollo de la doctrina de la Escritura sobre este asunto.

Uno de los puntos más débiles de nuestro cristianismo es la falta de una intensa y completa comunión con la perfecta humanidad de nuestro Señor Jesucristo. De ahí que experimentemos tantas lagunas, tanta esterilidad, tanta inquietud y extravío en nuestra marcha. ¡Ah, si estuviéramos compenetrados, merced a una fe más sencilla, de esta verdad: que es un Hombre real el que está sentado a la diestra de la Majestad en los cielos. Es un Hombre cuya simpatía es perfecta, cuyo amor es incomprensible, en quien el poder no tiene límites, en quien la sabiduría es infinita, cuyos recursos son inagotables, cuyas riquezas son insondables, cuyo oído está siempre abierto a todos nuestros suspiros, cuya mano está abierta a todas nuestras necesidades, cuyo corazón está lleno de una ternura inefable! ¡Cuán felices seríamos y cómo nos elevaríamos por encima de las cosas visibles, volviéndonos menos dependientes de ellas! Todo lo que el corazón puede ambicionar, lo poseemos en Jesús. ¿Suspira usted en busca de verdadera simpatía? ¿Dónde podría encontrarla sino en Aquel que unía sus lágrimas con las de las desoladas hermanas de

Betania? ¿Aspira usted al gozo de un verdadero afecto? Solo puede encontrarlo completamente en el corazón que expresó su amor, en Getsemaní, cuando “era su sudor como gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44). ¿Busca usted la protección de un poder eficaz? No tiene más que mirar a Aquel que creó el mundo. ¿Siente la necesidad de una sabiduría infalible para que le guíe? Acérquese a quien es la sabiduría personificada y “nos ha sido hecho por Dios sabiduría” (1 Corintios 1:30). En una palabra, lo tenemos todo en Cristo. El pensamiento y los afectos divinos han encontrado un objeto perfecto en “Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). Así como hay en la persona de Cristo lo que satisface plenamente a Dios, también existe en ella lo que debería satisfacerlos y nos satisface en la medida en que, por la gracia del Espíritu Santo, andemos en comunión con Dios.

Cristo, el hombre perfecto

El Señor Jesucristo ha sido el único hombre perfecto que ha pisado esta tierra. Era perfecto en todo, perfecto en pensamientos, en palabras y en obras. En él se encontraban todas las cualidades morales, las que armonizaban en divina y, por consiguiente, perfecta proporción. Ningún rasgo de su carácter predominaba a expensas de los demás. En él se unían de modo admirable una majestad que inspiraba temor respetuoso y una dulzura tal, que uno estaba totalmente a gusto en su presencia. Los escribas y los fariseos tuvieron que oír sus abrumadores reproches, mientras que la pobre samaritana y la mujer pecadora se sentían, sin darse cuenta, irresistiblemente atraídas hacia él. Sí, todo se encontraba en él en bella armonía; y esto se puede notar en todas las escenas de su vida en la tierra. Podía, por ejemplo, decir a sus discípulos en presencia de cinco mil hombres hambrientos: “Dadles vosotros de comer” (Lucas 9:13) y después que estuvieron saciados:

“**Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada**
(Juan 6:12).

La benevolencia y la economía son aquí perfectas, sin que una perjudique a otra; cada una brilla en su propia esfera. No podía despedir en ayunas a las hambrientas multitudes que le seguían; por otro lado, no podía consentir que ni una pequeña parte de “lo que Dios creó” (1 Timoteo 4:4) se malgastase. La misma mano que siempre estaba abierta con largueza para subvenir a las necesidades del hombre, estaba estrictamente cerrada a toda prodigalidad.

Esta es una lección para nosotros, en quienes, con frecuencia, la generosidad degenera en un derroche poco razonable. Por otra parte, ¡cuán a menudo nuestra economía manifiesta un espíritu de avaricia! A veces también nuestros corazones parsimoniosos rehúsan abrirse generosamente ante las necesidades que se presentan a nuestra vista, mientras que en otras ocasiones disipamos por vanidad y extravagancia lo que hubiera podido aliviar la necesidad de muchos de nuestros semejantes. Estudiemos cuidadosamente el divino cuadro que nos ofrece la vida de “Jesucristo Hombre”. Cuán saludable y edificante es para el “hombre interior” contemplar a Aquel que fue perfecto en todos sus caminos y que en todas las cosas debe ocupar el primer lugar.

Veámoslo en el huerto de Getsemaní postrado con profunda humildad, de la cual solo él podía dar ejemplo. Pero, en presencia de la compañía guiada por el traidor, muestra una calma y una majestad que los hace retroceder y caer por tierra. Delante de Dios, su actitud es la postración; delante de sus jueces y acusadores, una dignidad inquebrantable. Aun allí todo es perfecto, todo es divino.

La misma perfección se nota también en el modo admirable con que se concilian en él sus relaciones con Dios y sus relaciones humanas. Podía decir a sus padres: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” Al mismo tiempo, podía descender con ellos a Nazaret, donde fue un perfecto modelo de sumisión a la autoridad paterna (véase Lucas 2:49-51). Podía decir a su madre: “¿Qué tienes conmigo, mujer?” (Juan 2:4) y, sin embargo, en la cruz, en medio de su indecible agonía, mostró el tierno afecto que sentía por ella al confiarla a los cuidados de su discípulo amado. En el primer caso, Cristo, con el espíritu de un perfecto nazareo, se separaba de todo para cumplir la voluntad de su Padre. En el segundo, dejaba desbordar los afectuosos sentimientos de un perfecto corazón humano. La devoción del nazareo, lo mismo que el afecto del hombre, eran perfectos; no podían perjudicarse el uno al otro; los dos brillaban con luminoso resplandor, cada uno en su propia esfera.

Así, pues, la sombra, el tipo de ese hombre perfecto se nos ofrece bajo la figura de la “flor de harina” que formaba la base de la ofrenda vegetal. No había en ella nada áspero, nada desigual, nada tosco al tacto; cualquiera que fuese la presión exterior, la superficie estaba siempre lisa. Asimismo Cristo nunca estaba turbado por las circunstancias; no estaba nunca inquieto, ni vacilante o agitado, nunca perdía la serenidad. Cualesquiera que fuesen los acontecimientos que sobrevinieran, los afrontaba con esa perfecta igualdad tan notablemente figurada por “la flor de harina”.

En todas estas cosas Cristo presenta señalado contraste con sus siervos más fieles y sumisos. Moisés, por ejemplo, era “muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Números 12:3); sin embargo, en un momento de cólera

Habló precipitadamente con sus labios



(Salmo 106:33).

En Pedro vemos un celo y una energía que a veces rebasaban la medida, pero también vemos en otras ocasiones una cobardía que le hacía perder la ocasión de rendir testimonio por temor al oprobio. Estaba pronto a declarar intenciones de devoción que, cuando llegaba el momento de la prueba, habían desaparecido. Juan, quien más que ningún otro respiraba la atmósfera de la presencia inmediata de Cristo, manifestó, más de una vez, un espíritu sectario, intolerante y ambicioso (Lucas 9:49, 52-55, Marcos 10:35-37). En Pablo, el más abnegado de sus siervos, descubrimos también grandes desigualdades; dirigió al sumo Sacerdote palabras injuriosas que en seguida tuvo que rectificar (Hechos 23:3-5). Escribe a los corintios una carta, de la que primero se retracta; no obstante, más tarde no se arrepiente de haberla escrito (2 Corintios 7:8). En todos vemos algún defecto, excepto en Aquel que es el “señalado entre diez mil” (Cantar de los Cantares 5:10).

Para dar más claridad y sencillez a nuestros pensamientos acerca de la ofrenda vegetal, conviene que consideremos, en primer lugar, los ingredientes de que se componía; luego, las diversas formas en que se ofrecía y, por último, las personas que tomaban parte en ella.

Los ingredientes de la ofrenda vegetal

a) La levadura

Después de los ingredientes que constituían la ofrenda vegetal, vamos a examinar los que estaban excluidos de ella.

El primero era “la levadura”. “Ninguna ofrenda que ofreciereis a Jehová será con levadura” (v. 11). De un extremo al otro del libro divinamente inspirado, sin ninguna excepción, la “levadura” representa el *mal*. En el capítulo 7, versículo 13, de este libro, tal como lo veremos muy pronto, las tortas de pan leudo formaban parte de la ofrenda que acompañaba al sacrificio de paz. Luego, en el capítulo 23, encontramos aún la levadura en los dos panes ofrecidos el día de Pentecostés. Pero, en cuanto a la ofrenda vegetal, la levadura estaba cuidadosamente excluida. No debía haber nada ácido, nada que hiciera levantar la masa, nada que expresara el mal en lo que representaba

a “Jesucristo hombre”. En él no había nada agrio, ni engreimiento moral; todo era puro, genuino, sincero. A veces su palabra podía cortar hasta lo vivo, pero en sí misma nunca era agria ni orgullosa. Su modo de proceder siempre atestiguaba que andaba en la presencia de Dios de veras.

Sabemos demasiado bien cuán a menudo, por desgracia, la levadura se muestra con todas sus propiedades y efectos en los que por fe pertenecen a Cristo. No hubo en la tierra más que un solo Ser que haya realizado la ofrenda vegetal absolutamente sin levadura. Gracias a Dios, esta ofrenda cumplida es para nosotros, para que nos alimentemos de ella en el santuario de la presencia divina, en comunión con Dios. Ningún ejercicio puede ser realmente más edificante y dar mayor refrigerio al entendimiento renovado que meditar acerca de la perfección sin levadura de la humanidad de Cristo. Contemplemos, pues, la vida y el ministerio de Aquel que fue absoluta y esencialmente sin levadura en sus pensamientos, sus afectos y sus deseos. Fue constantemente el Hombre perfecto, sin pecado, sin tacha. Cuanto más podemos adentrarnos en estas cosas por el poder del Espíritu, tanto más profunda y bendita será nuestra experiencia de la gracia que condujo a este Ser perfecto. Él mismo se puso bajo todas las consecuencias de los pecados de su pueblo en la cruz. Sin embargo, esta última consideración se refiere al punto de vista desde el cual el sacrificio por el pecado nos presenta a nuestro bendito Señor. En la ofrenda vegetal no se trata del pecado. No es la figura de una víctima por el pecado, sino de un Hombre real, perfecto, sin tacha, engendrado y ungido por el Espíritu Santo, poseedor de una naturaleza sin levadura. Él vivió una vida sin levadura, haciendo subir siempre hacia Dios el perfume de su propia y personal excelencia, manifestando entre los hombres una conducta caracterizada por la gracia sazonada con sal.

b) La miel

Había aún otra sustancia, “la miel”, tan claramente excluida de la ofrenda vegetal como la levadura. “Porque de ninguna cosa leuda, ni de *ninguna miel*, se ha de quemar ofrenda para Jehová” (v. 11). Así como la levadura es la expresión de lo positivamente *malo* en su naturaleza, podemos considerar “la miel” como el símbolo de lo que en apariencia es *dulce* y atractivo. Ni una ni otra es aceptada por Dios. Ambas estaban excluidas de la ofrenda vegetal; las dos también eran incompatibles con el altar. Los hombres bien pueden, como Saúl, hacer distinción entre lo que a sus ojos es vil y despreciable (1 Samuel 15:9) y lo que es precioso; pero el juicio de Dios pone al vivaracho y agraciado Agag al mismo nivel que el último de los hijos de Amalec. Sin duda, en el hombre hay a menudo buenas cualidades morales que deben ser tenidas en cuenta. “¿Hallaste *miel*? Come lo que te basta” (Proverbios 25:16), pero recuerda que no había lugar para ella ni en

la ofrenda vegetal ni en su Antitipo. En este se hallaba la plenitud del Espíritu Santo, el buen olor del incienso, la acción preservadora de la “sal del pacto”. Todas estas cosas acompañaban a la “flor de harina” en la Persona de la verdadera “ofrenda vegetal”, pero no “la miel”.

¡Qué lección para nuestros corazones, qué volumen de sana instrucción tenemos aquí!

Nuestro Señor Jesucristo sabía dar a la naturaleza y a las relaciones naturales el lugar que les convenía. Él sabía cuál era la cantidad de “miel que bastaba”. Podía decir a su madre:

“¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?

“ (Lucas 2:49);

sin embargo, dijo al discípulo amado: “He ahí tu madre” (Juan 19:27). En otras palabras, las exigencias de la naturaleza nunca debían usurpar la consagración de Cristo a Dios con todas las energías de su perfecta humanidad. María, y otros también, pudieron haberse figurado que sus relaciones humanas con el Salvador les daban algún derecho, o alguna influencia, fundados en motivos puramente naturales. “Vienen después sus hermanos (según la carne) y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan”. ¿Cuál fue la respuesta de Aquel que era perfectamente la ofrenda vegetal? ¿Abandonó su obra al instante para responder a los llamamientos de la naturaleza? De ningún modo. Si lo hubiera hecho, eso habría sido mezclar “miel” a la ofrenda, lo cual no podía ser. La miel fue fielmente rechazada en esta ocasión y en todas las demás en las cuales los derechos de Dios debían ser salvaguardados. En cambio, el poder del Espíritu, el buen olor del *incienso* y las enérgicas virtudes de la *sal* resaltaron de un modo bendito: “Él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre” (Marcos 3:31-35).

Es importante comprender que en este pasaje el hacer la voluntad de Dios pone al alma en una relación con Cristo que sus hermanos según la carne no conocían: no venían a Él más que por motivos puramente naturales. “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). El mero hecho de ser la madre de Jesús no la hubiera salvado. Le era necesaria una fe personal en Cristo, igual que a cualquier otro miembro de la caída raza de Adán. Debía, naciendo de nuevo, pasar de la vieja creación a la nueva. Por conservar las palabras de Cristo en su corazón, esta mujer bienaventurada fue salva. Sin duda, fue honrada con un gran

Favor de Dios



(Malaquías 1:9),

siendo elegida como vaso para tan gloriosa misión. Pero, cual pobre pecadora, debía alegrarse en Dios su Salvador (Lucas 1:47), lo mismo que cualquier otra alma. Ella está en el mismo terreno, lavada en la misma sangre, revestida de la misma justicia, y cantará el mismo cántico de redención que todos los demás redimidos por el Señor.

La encarnación no consistía en que Cristo uniese nuestra naturaleza consigo mismo. Esta verdad está expuesta de manera clara en 2 Corintios 5:14-17: “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y *aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así*. De modo que si alguno está *en Cristo*, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

Pocas cosas hay que el siervo de Dios encuentre más difíciles en la práctica que la exactitud espiritual para regular los derechos naturales, de manera que no usurpen los del Maestro. En nuestro Señor, como lo sabemos, esto se conciliaba de modo divino. En cuanto a nosotros, sucede a menudo que los deberes que Dios nos ha puesto delante son descuidados para hacer lo que nos imaginamos que es el servicio de Cristo. ¡Cuántas veces, mediante una aparente obra evangélica, se descuida la doctrina de Dios! Nunca perdamos de vista que el punto de partida de la verdadera devoción siempre está colocado de modo que salvaguarde completamente todos los requisitos divinos.

Si ocupo un puesto que exige mis servicios desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, durante esas horas, no tengo derecho a salir, ni siquiera para hacer una visita cristiana o predicar el Evangelio. Si mi oficio está en una empresa comercial, debo consagrarme a él fiel y piadosamente. No puedo ni debo correr de aquí para allá a fin de evangelizar, mientras mi responsabilidad en la oficina es la de ordenar las cuentas. Eso sería exponer al oprobio la santa doctrina de Dios. Tal vez alguien diga: «Yo me siento llamado a predicar el Evangelio, y compruebo que mi empleo o mi negocio es un obstáculo». Pues bien; *si usted es llamado y está calificado por Dios* para la obra evangélica y no puede conciliar las dos cosas, entonces renuncie a su empleo, reduzca o deje su negocio y vaya a predicar en el nombre del Señor. Esto es abnegación, esta es la devoción según Dios. Fuera de ello, aun con buenas intenciones, no hay más que confusión. Gra-

cias a Dios, tenemos un ejemplo perfecto delante de nosotros, en la vida de nuestro Señor Jesucristo, así como amplias directivas para el nuevo hombre en la Palabra de Dios. Con estas ayudas podemos marchar, sin extravíos, en las diversas posiciones que la Providencia divina nos llame a ocupar y en las diversas obligaciones que el gobierno moral de Dios ha unido a estas relaciones.

La ofrenda vegetal en sus diversas formas

El segundo punto que debemos considerar es el modo de preparar la ofrenda vegetal. Esto se verificaba por la acción del fuego. La ofrenda vegetal podía ser “cocida en horno”, cocida en “sartén” o “cocida en cazuela”. El acto de cocer sugiere la idea de padecimiento. Pero, puesto que la ofrenda vegetal es “olor grato” –término que jamás se emplea en el sacrificio por el pecado ni en el sacrificio por la culpa–, es evidente que no se encuentra en ella el concepto de padecer por el pecado, de sufrir la ira de Dios a causa del pecado, de sufrir por parte de la Justicia infinita, como sustituto por los pecadores. Estos dos conceptos, el “olor grato” y el sufrimiento por el pecado, son absolutamente incompatibles según el régimen levítico. Introducir la idea de sufrimiento por el pecado sería destruir completamente el tipo de la ofrenda vegetal.

Al considerar la *vida* del Señor Jesucristo, la cual es el objeto especial prefigurado en la ofrenda vegetal, hallamos en ella tres distintos géneros de sufrimientos, a saber: sufrimiento por la justicia, sufrimiento en virtud de la simpatía y sufrimiento por anticipación.

a) Sufrimientos por la justicia

Jesús, como Justo Siervo de Dios, sufrió en medio de una escena en la que todo le era contrario; pero eso es precisamente lo opuesto a padecer por el pecado. Es muy importante distinguir estas dos clases de padecimientos, porque de su confusión resultan graves errores. Sufrir en medio de los hombres como Justo por amor a Dios es una cosa, y padecer en lugar de los hombres, de parte de Dios, es otra muy distinta. El Señor Jesucristo sufrió por la justicia durante su *vida*, y sufrió por el pecado en su *muerte*. Durante su vida los hombres y Satanás dirigieron todos sus esfuerzos contra él, e incluso en la cruz desplegaron todas sus fuerzas. Pero, cuando hubieron hecho todo lo que estaba a su alcance, cuando en su odio a muerte hubieron llegado al límite de la oposición humana y diabólica, aún había, más allá de todo eso, una esfera de impenetrable oscuridad y horror que el Portador del pecado debía atravesar para cumplir su obra. Durante su vida anduvo siempre en la luz, a la faz de Dios sin sombras, mas, en el madero maldito, las sombrías tinieblas del pecado sobrevinieron, le ocultaron esa luz e hicieron salir de su boca este grito misterioso:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?



(Mateo 27:46).

Fue ese un momento absolutamente excepcional en los anales de la eternidad. De vez en cuando, durante la vida de Cristo en la tierra, el cielo se abrió para dar paso a la expresión de la complacencia de Dios en él. Mas en la cruz, Dios le abandonó porque él había puesto su alma como ofrenda por el pecado. Si Cristo hubiera llevado el pecado durante toda su vida, no habría habido ninguna diferencia entre la cruz y su existencia anterior en la tierra. ¿Por qué nunca fue abandonado por Dios antes de la cruz? ¿Qué diferencia había entre Cristo en la cruz y Cristo en el santo monte de la transfiguración? ¿Había sido abandonado por Dios en el monte? ¿Llevaba entonces el pecado? Estas cuestiones muy sencillas deberían ser contestadas por quienes sostienen que Cristo estuvo cargado con nuestros pecados durante toda su vida.

El estado de cosas es muy claro: nada, absolutamente nada, ya sea en la humanidad de Cristo, ya sea en sus diversas relaciones, podía ponerle en unión con el pecado, o con la ira de Dios, o con la muerte. Él fue “hecho pecado” en la cruz, donde soportó la ira de Dios, poniendo su vida en suficiente expiación por el pecado; sin embargo, esta no es la cuestión en el tipo de la ofrenda vegetal. Verdad es que tenemos en ella la acción de cocer, la acción del fuego, pero este no es aquí la ira de Dios. La ofrenda vegetal no era un sacrificio por el pecado, sino una ofrenda de “olor grato”. De modo que la significación está bien determinada. Además, una sana y correcta interpretación de esta figura contribuirá a hacernos retener constantemente, con santo celo, la preciosa verdad de la inmaculada humanidad de Cristo. Hacerle portador del pecado, únicamente a causa de su nacimiento, colocado por eso mismo bajo la maldición de la ley y bajo la ira de Dios, es ponerse en contradicción con toda la verdad divina relativa a la encarnación, verdad anunciada por el ángel y frecuentemente repetida por el apóstol inspirado. Además, esto es destruir el objeto y el carácter de la vida de Cristo, despojar a la cruz de su gloria distintiva, rebajar la noción del pecado y de la expiación. En una palabra, es quitar la piedra clave del arco de la revelación y dejar todo lo que nos rodea en una ruina y una confusión irremediables.

b) Sufrimientos por simpatía

El Señor Jesucristo sufrió también por simpatía, y este género de sufrimiento nos hace penetrar en la intimidad de su corazón lleno de ternura. Los dolores y las miserias humanas siempre hacían vibrar una cuerda sensible en las profundidades de su amor. Era imposible que un corazón humano perfecto no se compadeciese, según su divina capacidad, de las miserias que el peca-

do había legado a la posteridad de Adán. Aunque personalmente estaba exento de la causa y del efecto, aunque pertenecía al cielo, no por eso dejó de descender, por el poder de una viva simpatía, a los profundos abismos del sufrimiento humano. Sí, él sentía el dolor más vivamente que los que lo sufrían, precisamente porque su humanidad era perfecta. Además, era capaz de considerar tanto la pena como su causa, conforme a la naturaleza y el grado de ellas en la presencia de Dios. Sentía como ningún otro. Sus sentimientos, afectos, simpatías, todo su Ser moral y mental eran perfectos. Ningún hombre puede decir, ni siquiera concebir, lo que tal Ser debió haber padecido al atravesar un mundo como el nuestro. Veía a la familia humana luchando bajo el peso abrumador de la culpabilidad y la miseria. Veía a toda la creación gimiendo bajo el yugo. El grito de los cautivos llegaba a sus oídos, las lágrimas de las viudas se ofrecían a sus miradas, la desnudez y la pobreza tocaban su corazón sensible; la enfermedad y la muerte le hacían estremecerse y conmoverse “en espíritu” (Juan 11:33). Sus padecimientos por simpatía sobrepasaron toda comprensión humana.

He aquí un pasaje apropiado para hacer resaltar el carácter de dichos padecimientos. “Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: *Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias*” (Mateo 8:16, 17). Esto era pura simpatía; era la capacidad de compartir, la que en él era perfecta. Él mismo no tenía enfermedades ni impedimentos físicos, mas por su perfecta simpatía, “él mismo *tomó* nuestras enfermedades y *llevó* nuestras dolencias”. Es lo que nadie sino un hombre perfecto pudo hacer. Nosotros podemos simpatizar unos con otros; pero solo Jesucristo podía apropiarse de las enfermedades y dolencias humanas como algo suyo.

Si él hubiera llevado estos dolores en virtud de su nacimiento o de sus relaciones con Israel y con los hombres en general, perderíamos toda la belleza y el valor de sus simpatías voluntarias. Ya no habría cabido lugar para una acción voluntaria si hubiese estado colocado bajo una necesidad absoluta. En cambio, al verlo personalmente exento de toda miseria humana y de lo que la causa, podemos comprender en alguna medida esa gracia y esa compasión perfectas. Éstas le condujeron a tomar nuestras dolencias y llevar nuestras enfermedades merced a una verdadera y poderosa simpatía. Hay, pues, evidente diferencia entre Cristo padeciendo porque simpatizaba voluntariamente con las miserias humanas, y Cristo sufriendo como sustituto de los pecadores. Los sufrimientos de la primera especie aparecen a través de la *vida* entera del Redentor; los de la segunda están limitados a su *muerte*.

c) Sufrimientos por anticipación

Consideremos, finalmente, los padecimientos de Cristo por anticipación. Vemos la cruz que proyecta su sombra fúnebre sobre toda su carrera y produce un género de vivísimos sufrimientos. Sin embargo, deben distinguirse tanto de sus sufrimientos expiatorios como de sus sufrimientos por causa de la justicia, o de sus sufrimientos por simpatía. He aquí un pasaje en apoyo de este aserto: “Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron. Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: Orad que no entréis en tentación. Y él se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra; y puesto de rodillas oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:39-44). Otra vez leemos: “Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo... Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (Mateo 26:37-42).

Es evidente, según estos pasajes, que el Señor tenía en perspectiva algo que no había encontrado antes. Había para él una “copa” completamente llena, de la que no había bebido aún. Si durante toda su vida hubiera estado cargado con nuestros pecados ¿de dónde habría provenido esta horrible “agonía” por el pensamiento de estar en contacto con el pecado y de sufrir la ira de Dios a causa del mismo? ¿Qué diferencia habría entre Cristo en Getsemaní, y Cristo en el Calvario, si durante toda su vida hubiera llevado el pecado? Ciertamente había entre estas dos posiciones una diferencia esencial, y esa porque Cristo no llevó pecado durante su vida entera. En Getsemaní, *anticipaba* la cruz; en el Calvario, *sufrió* realmente la cruz. En Getsemaní “le apareció un ángel del cielo para fortalecerle”; en el Calvario fue abandonado por todos. Allí no había ningún ministerio de ángeles. En Getsemaní se dirigió a Dios como a su “Padre”, gozando así plenamente de esta relación inefable; pero en el Calvario clamó diciendo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Aquel que llevaba nuestros pecados miró a lo alto y vio el trono de la Justicia eterna envuelto en profundas tinieblas, y la faz de la Santidad eterna vuelta de él, porque era hecho pecado por nosotros.

Es, pues, importante seguir detalladamente los tres géneros de sufrimiento de la *vida* de nuestro Señor y distinguirlos de sus sufrimientos de *muerte*, o de sus sufrimientos por el pecado. Después que los hombres y Satanás hicieron sus últimos esfuerzos contra Cristo, le quedaba aún un

género de sufrimiento absolutamente especial, a saber: sufrir de parte de Dios a causa del pecado; sufrir como sustituto de los pecadores. Hasta llegar a la cruz, siempre podía mirar al cielo y gozar de la claridad de la faz del Padre. En sus horas más sombrías encontraba fuerzas y consolación en lo alto. Su camino en la tierra era rudo y penoso. ¿Cómo podía ser de otro modo en un mundo completamente opuesto a su pura y santa naturaleza? Tuvo que sufrir la

Contradicción de pecadores contra sí mismo



(Hebreos 12:3).

Tuvo que ver caer “sobre sí” los vituperios de los que vituperaban a Dios. ¿Qué no tuvo que sufrir? No era comprendido, eran mal interpretadas sus palabras y sus hechos. Se abusaba de él, se le engañaba, se le envidiaba, se le acusaba de ser insensato y de tener demonio. Fue traicionado, negado, abandonado, burlado, ultrajado, abofeteado, coronado de espinas, desechado, condenado y clavado en una cruz entre dos malhechores. Todas estas cosas las sufrió de parte de los hombres, juntamente con los indecibles terrores con que Satanás buscaba abrumar su alma. Pero, digámoslo una vez más con la mayor certeza, cuando el hombre y Satanás hubieron agotado todo su poder y su odio, nuestro Señor y Salvador debió pasar por un sufrimiento a cuyo lado todo lo demás no era nada. Este consistió en que la faz de Dios se ocultó de él, en que durante tres horas de tinieblas y de espantosa oscuridad tuvo que sufrir lo que nadie más que Dios puede conocer.

Cuando las Escrituras hablan de nuestra comunión con los padecimientos de Cristo, ello se refiere únicamente a sus sufrimientos por la justicia, a sus padecimientos por parte de los hombres. Cristo sufrió por el pecado para que nosotros no tuviéramos que sufrir por él. Soportó la ira de Dios para que no tuviéramos que soportarla. Este es el fundamento de nuestra paz. En cambio, con relación a los sufrimientos de parte de los hombres, siempre experimentaremos que, cuanto más fielmente sigamos las huellas de Cristo, tanto más tendremos que sufrir por esta causa; pero esto es, para el cristiano, un privilegio, un favor, un honor (véase Filipenses 1:29-30). Seguir las huellas de Cristo, tener la misma parte que él tuvo, estar colocado de modo que se pueda simpatizar con él, éstos son privilegios del orden más elevado. ¡Quiera Dios que estemos más íntimamente ligados a él! Lamentablemente con frecuencia nos contentamos con abstenernos de ello o, como Pedro siguiendo “de lejos” al Señor, con mantenernos a distancia de un Cristo despreciado y sufriente. Sin duda, esta tibieza es una gran pérdida para nosotros. Si la comunión con los padecimientos de Cristo nos fuese más familiar, la corona aparecería con más resplandor an-

te los ojos de nuestra alma. Cuando evitamos esta comunión de padecimientos con Cristo, nos privamos del gozo vivo y profundo de su presencia, así como de la fuerza moral que la esperanza de su próxima gloria otorga.

La parte de los sacerdotes

Habiendo examinado los ingredientes que componían la ofrenda vegetal y las diversas formas bajo las cuales se podía ofrecer, solo queda por considerar lo referente a las personas que tomaban parte en esa ceremonia, o sea, el jefe y los miembros de la familia sacerdotal.

“ Y lo que resta de la ofrenda será de Aarón y de sus hijos; es cosa santísima de las ofrendas que se queman para Jehová (v. 10).

En el holocausto, los hijos de Aarón representan a todos los verdaderos creyentes, no como pecadores convictos, sino como sacerdotes que adoran. En la ofrenda vegetal, los vemos alimentándose de los restos de lo que, por decirlo así, había servido a la mesa del Dios de Israel (comp. Malaquías 1:7).

Era este un privilegio tan elevado como santo, del que solo los sacerdotes podían gozar, como está claramente señalado en la ley de la ofrenda vegetal: “Esta es la ley de la ofrenda: La ofrecerán los hijos de Aarón delante de Jehová ante el altar. Y tomará de ella un puñado de la flor de harina de la ofrenda, y de su aceite, y *todo el incienso* que está sobre la ofrenda, y lo hará arder sobre el altar por memorial en olor grato a Jehová. Y el sobrante de ella lo comerán Aarón y sus hijos; *sin levadura se comerá en lugar santo*; en el atrio del tabernáculo de reunión lo comerán. No se cocerá con levadura; la he dado a ellos por su porción de mis ofrendas encendidas; es cosa santísima, como el sacrificio por el pecado, y como el sacrificio por la culpa. *Todos los varones* de los hijos de Aarón comerán de ella. Estatuto perpetuo será para vuestras generaciones tocante a las ofrendas encendidas para Jehová; *toda cosa que tocare en ellas será santificada*” (Levítico 6:14-18).

Aquí se nos ofrece una hermosa figura de la Iglesia alimentándose, en “el lugar santo”, de las perfecciones de Jesucristo Hombre, con el poder de la santidad práctica. Esta es nuestra porción, por la gracia de Dios. Pero recordemos que debe comerse “sin levadura”. No podemos alimentarnos de Cristo si nos complacemos en un pecado cualquiera: “Toda cosa que tocare en ellas será santificada”. Además esto debe hacerse “en el lugar santo”. Nuestra posición, nuestra marcha, conducta, persona, nuestras relaciones y nuestros pensamientos deben ser santos si queremos alimentarnos de la ofrenda vegetal. Finalmente, “todos los varones de los hijos de Aarón come-

rán de ella”. Es decir que se necesita una verdadera energía sacerdotal según la Palabra para gozar de esta santa porción. Los *hijos* de Aarón expresan la idea de *energía* en la acción sacerdotal; mientras que sus *hijas* representan la *debilidad* o flaqueza (comp. Números 18:8-13). Había cosas que podían ser comidas por los hijos, pero no por las hijas. Nuestros corazones deberían anhelar la más alta medida de energía sacerdotal, a fin de que estuviésemos en estado de cumplir las funciones sacerdotales más elevadas y de participar en la clase más elevada de alimento sacerdotal.

Para concluir, solo añadiré que, siendo hechos por la gracia

Participantes de la naturaleza divina



(2 Pedro 1:4),

podemos, si vivimos con la energía de esta naturaleza, seguir las huellas de Aquel que está prefigurado en la ofrenda vegetal. Si renunciamos a nosotros mismos, si nos despojamos del «yo», cada uno de nuestros actos puede exhalar un olor agradable a Dios. Así consideraba Pablo la liberalidad de los filipenses a su respecto (Filipenses 4:18). Los servicios más sencillos, así como los más grandes, pueden, por el poder del Espíritu Santo, presentar el olor de Cristo. Hacer una visita, escribir una carta, ejercer el ministerio público de la Palabra, dar un vaso de agua fría a un discípulo, o algunos centavos a un pobre, lo mismo que los ordinarios actos de comer y beber, todo puede exhalar el suave perfume del nombre y de la gracia de Jesucristo.

Si mortificamos la vieja naturaleza o la carne, somos capaces de manifestar principios y elementos incorruptibles, como, por ejemplo, palabras sazonadas con la sal de una habitual comunión con Dios. Mas en todas estas cosas tropezamos y faltamos. Contristamos al Espíritu de Dios con nuestra conducta. También nos sentimos inclinados a *agradarnos a nosotros mismos* o a buscar la aprobación de los hombres, incluso en nuestros mejores servicios, y descuidamos la necesidad de «sazonar» nuestra conversación. De ahí que constantemente carezcamos del *aceite*, del *incienso* y de la *sal*, mientras que demasiado a menudo dejamos aparecer y obrar la *levadura* o la *miel* de la naturaleza. No hubo más que una sola “ofrenda vegetal” perfecta; gracias a Dios, somos aceptados y hechos agradables en quien ha sido esa perfecta ofrenda. Somos la familia del verdadero Aarón; nuestro lugar está en el santuario, donde podemos gozar de nuestra santa porción. ¡Dichoso lugar! ¡Dichosa porción! ¡Quiera Dios que disfrutemos de ellos más que nunca! ¡Tengamos nuestros corazones más apartados del mundo y más cerca de Cristo! ¡Mantengamos nuestras miradas fijas en él de tal manera que las vanidades que nos rodean ya no tengan atrac-

tivo para nosotros y no nos dejemos preocupar o agitar por la multitud de circunstancias diarias que debemos atravesar! ¡Quiera Dios que nos gocemos en el Señor siempre, tanto en los días de sol como en los días de oscuridad, cuando las dulces brisas del verano vienen a refrescarnos o cuando las tempestades del invierno se desencadenan a nuestro alrededor, cuando bogamos en la superficie de un tranquilo lago o cuando somos sacudidos en un mar tempestuoso. Gracias a Dios, hemos encontrado a Aquel que es y será nuestra suficiente porción eternamente, plenamente suficiente para satisfacer a todas nuestras necesidades. Pasaremos la eternidad contemplando las divinas perfecciones del Señor Jesús. Nuestros ojos no se apartarán nunca más de él una vez que le hayamos visto tal como él es.

¡Que el Espíritu de Dios obre poderosamente en nosotros para fortalecernos

En el hombre interior!



(Efesios 3:16).

¡Que nos haga capaces de nutrirnos de esta perfecta ofrenda vegetal que ha satisfecho a Dios mismo! Este es nuestro santo y feliz privilegio.

El sacrificio de paz: la comunión

Cuanto más atentamente examinamos las ofrendas, más nos convencemos de que ninguna tipifica por sí sola la obra completa de Cristo. Solamente reuniéndolas todas, uno puede formarse una idea algo más precisa. Cada ofrenda, como era de esperar, tiene rasgos que le son peculiares. El sacrificio de paz difiere en muchos aspectos del holocausto. Una distinción clara y exacta de las facetas en que un tipo difiere de los otros ayudará mucho a comprender la significación especial de él.

Diferencia entre el holocausto y el sacrificio de paz

Si comparamos ambos sacrificios vemos que el triple acto de “desollar” la víctima, de dividirla “en sus piezas” (cap. 1:6) y de lavar sus “intestinos y sus piernas” (cap. 1:9) se omite completamente en el sacrificio de paz, lo cual corresponde a su carácter. En el holocausto encontramos a Cristo ofreciéndose a sí mismo a Dios y siendo aceptado. Por consiguiente, este debía representar a Cristo dándose enteramente a Dios, como también a Cristo dejándose sondear hasta el fondo del alma por el fuego de la justicia divina. En el sacrificio de paz, el pensamiento principal es la comunión del adorador. No representa a Cristo como objeto exclusivo de contentamiento para Dios, sino como objeto de gozo para el adorador en comunión con Dios. Por eso toda la acción es aquí menos intensa. Ningún alma, por grande que fuera su amor, podría elevarse a la altura de la completa consagración de Cristo a Dios o de la aceptación de Cristo por Dios. Solo Dios podía contar las pulsaciones del corazón que latía en el seno de Jesús. Era necesario un tipo que representara ese rasgo de la muerte de Cristo, es decir, su entera y voluntaria entrega a Dios. Lo tenemos en el holocausto, único sacrificio en que vemos la triple acción antes mencionada.

Así también, en cuanto al carácter de la víctima. En el holocausto debía ser un “macho sin defecto”, mientras que en el sacrificio de paz podía ser “macho o hembra” (cap. 3:1), aunque igualmente “sin defecto”. La naturaleza de Cristo siempre es la misma, así sea Dios solo o el adorador en comunión con Dios quien goce de él. Ella no podría cambiar. La sola razón por la cual se podía tomar una “hembra” para el sacrificio de paz, era que se trataba de la capacidad del adorador para gozar de este Ser bendito, quien es

El mismo ayer, y hoy, y por los siglos

“ (Hebreos 13:8).



Además, en el holocausto, leemos: “El sacerdote hará arder todo sobre el altar” (cap. 1:9), mientras que, en el sacrificio de paz, solamente una parte era quemada, a saber, “la grosura que cubre los intestinos, y toda la grosura que está sobre las entrañas, y los dos riñones y la grosura que está sobre ellos, y sobre los ijares; y con los riñones quitará la grosura de los intestinos que está sobre el hígado” (v. 3-4). Esto hace muy sencilla la comprensión. La mejor parte del sacrificio era puesta sobre el altar de Jehová. El interior –las fuerzas más recónditas, las tiernas simpatías de Jesús– no eran más que para Dios, el único que podía gozar de ellas perfectamente. Aarón y sus hijos comían “el pecho que se mece y la espaldilla elevada”, emblemas del amor y del poder, del afecto y de la fuerza. (Examínese atentamente Levítico 7:28-36).

Todos los miembros de la familia sacerdotal, en comunión con su jefe, tenían individualmente su porción del sacrificio de paz. Ahora todos los verdaderos creyentes constituidos sacerdotes de Dios por gracia, podemos alimentarnos de los afectos y de la fuerza del verdadero sacrificio de paz, podemos gozar la dichosa seguridad de tener su corazón amante y su potente hombro para consolarnos y sostenernos continuamente. Hay mucha fuerza y belleza en el versículo 31: “El pecho será de Aarón y de sus hijos.” Todos los creyentes tienen el privilegio de poder nutrirse de los afectos de Cristo, del amor inmutable de este corazón que late por ellos con amor inalterable y eterno.

“Esta es la porción de Aarón y la porción de sus hijos, de las ofrendas encendidas a Jehová, desde el día que él los consagró para ser sacerdotes de Jehová, la cual mandó Jehová que les diesen, desde el día que él los ungió de entre los hijos de Israel, como estatuto perpetuo en sus generaciones” (cap. 7:35-36).

Una parte común entre Dios y los sacerdotes

El considerar juntamente todas estas diferencias notables que hay entre el holocausto y el sacrificio de paz permite distinguir las dos ofrendas con gran claridad. En la ofrenda de paz hay algo más que la perfecta sumisión de Cristo a la voluntad de Dios. El adorador es introducido, no solo para mirar, sino para comer. Esto da un carácter acentuado a esta ofrenda. En el holocausto, vemos en el Señor Jesucristo a un Ser cuyo corazón no miraba más que la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad. En cambio, si le consideramos en el sacrificio de paz, encontramos un amigo que en su corazón amante y sobre su poderoso hombro tiene un lugar para un pecador indigno y miserable. En el holocausto, el pecho y la espaldilla, las piernas y el vientre, la cabeza y la grasa, todo era quemado sobre el altar, todo subía en olor grato a Jehová. En el sacrificio de

paz, queda para nosotros la parte que mejor nos conviene. Y no permanecemos en soledad para nutrirnos de lo que responde a nuestras necesidades individuales; de ningún modo. Lo hacemos en comunión con Dios y en comunión con nuestros co-sacerdotes. Comemos con el pleno y feliz conocimiento de que el mismo sacrificio que nutre nuestra alma, ha refrigerado ya el corazón de Dios. La misma porción que nos alimenta, alimenta también a todos aquellos que adoran al Señor. Aquí está representada la comunión: la comunión con Dios y la comunión de los santos. En el sacrificio de paz Dios tenía su porción y la familia sacerdotal tenía también la suya.

Lo mismo sucede en cuanto al antitipo del sacrificio de paz. El mismo Jesús, objeto de las delicias del cielo, es una fuente de gozo, de fuerza y de consuelo para todo corazón creyente; y no solo para cada corazón en particular, sino también para toda la Iglesia de Dios, mediante la comunión. Dios, en su gracia inefable, dio a su pueblo el mismo objeto que Él tiene:

“ Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo (1 Juan 1:3).

Es verdad que nuestros pensamientos acerca de Jesús nunca pueden alcanzar la altura de los pensamientos de Dios. Nuestra apreciación de su Persona siempre será muy inferior a la suya. Por eso, en el tipo, la familia de Aarón no podía comer la grosura. Pero, aunque nunca podamos alcanzar la altura de los pensamientos de Dios acerca de Cristo y su sacrificio, nos ocupamos en el mismo objeto que Dios. Por lo tanto, los hijos de Aarón recibían “el pecho que se mece y la espaldilla elevada”. Todo esto es muy apropiado para consolar y regocijar el corazón. Nuestro Señor Jesucristo, Aquel que estuvo muerto, pero “que vive por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:18), es ahora el único objeto digno de consideración para la mirada y los pensamientos de Dios. Él, en su perfecta gracia, nos ha dado una parte en esta misma Persona gloriosa. Cristo es también nuestro objeto, el objeto de nuestros corazones y el tema de nuestro cántico. Cuando él hubo hecho

“ La paz mediante la sangre de su cruz (Colosenses 1:20)

subió al cielo y envió al Espíritu Santo. Por el poderoso ministerio de este “otro Consolador” podemos alimentarnos del “pecho y la espaldilla” de nuestro divino “Sacrificio de paz”. En efecto, Él es nuestra paz. Dios tiene tan grande agrado en la obra del que hizo nuestra paz, que el suave olor de nuestro sacrificio de paz regocija su corazón. Esto da a esta figura un atractivo particular.

Cristo, como holocausto, despierta la admiración del corazón. Cristo, como sacrificio de paz, establece la paz de la conciencia y responde a las grandes y numerosas necesidades del alma. Los hijos de Aarón podían estar alrededor del altar de los holocaustos, podían ver subir la llama de la ofrenda hasta el Dios de Israel; podían ver el sacrificio reducido a cenizas. Ante esta escena podían inclinar sus cabezas y adorar, pero no tomaban nada para sí mismos. No era así en el sacrificio de paz. En él veían una ofrenda que no solo era de olor grato para Dios, sino que también les proporcionaba una porción sustanciosa, de la que podían alimentarse en feliz y santa comunión.

El gozo de la comunión

Sin duda, es una gran alegría para todo verdadero sacerdote saber (empleando el lenguaje de la figura) que antes de que él reciba el pecho y la espaldilla, Dios ha tenido su porción. Este pensamiento da unción, energía, solemnidad y grandeza al culto y a la comunión. Nos descubre la asombrosa gracia de Dios que nos ha dado el mismo objeto, el mismo tema de dicha, el mismo gozo que él tiene. Nada menos podía satisfacerle. En Lucas 15:11-32, el padre quiere que el hijo perdido participe del becerro gordo con él. No quiere que se sienta en otro lugar que no sea su propia mesa ni tenga otra porción que aquella de la que Él mismo se alimenta. El sacrificio de paz es la expresión de estas palabras: “Era necesario hacer fiesta y regocijarnos”. ¡Tal es la preciosa gracia de Dios! Sin duda, tenemos motivos para estar alegres de participar de una gracia semejante. Cuando oímos a Dios diciendo:

Comamos y hagamos fiesta

“

(Lucas 15:23),

nuestros corazones deberían desbordar de alabanzas y acciones de gracias. La alegría de Dios por la salvación de los pecadores y su gozo por la comunión de los santos son dos aspectos cuya consideración es muy apropiada para despertar la admiración de los hombres y de los ángeles, tanto ahora como durante la eternidad.

Diferencia entre la ofrenda vegetal y el sacrificio de paz

Hemos comparado el sacrificio de paz con el holocausto; considerémoslo ahora en sus relaciones con la ofrenda vegetal. La principal diferencia consiste en que en el sacrificio de paz había derramamiento de sangre, cosa que no había en la ofrenda vegetal. Sin embargo, las dos eran ofrendas de olor grato y estaban estrechamente ligadas entre sí, como lo vemos en el versículo 12 del capítulo 7. Estas relaciones y estos contrastes son muy instructivos e importantes.

Solo en la comunión con Dios el alma se puede gozar al contemplar la perfecta humanidad del Señor Jesucristo. Es preciso que el Espíritu Santo nos *otorgue*, por la Palabra, la capacidad para mirar “a Jesucristo Hombre”. Aunque fue revelado

En semejanza de carne de pecado

“

(Romanos 8:3);

aunque vivió y trabajó en esta tierra; aunque brilló en medio de las tinieblas de este mundo con todo el resplandor celestial que pertenecía a su Persona, podría haber pasado tan rápido como un meteoro brillante sobre el horizonte de este mundo, y con esto, bien podría haber estado fuera del alcance y de la vista del pecador.

El hombre no podía experimentar la profunda alegría de la comunión con todo esto, sencillamente porque no había base en la que pudiese descansar esta comunión. En el sacrificio de paz, esta base tan necesaria está claramente establecida: “Pondrá su mano sobre la cabeza de su ofrenda, y la degollará a la puerta del tabernáculo de reunión; y los sacerdotes hijos de Aarón rociarán su sangre sobre el altar alrededor” (3:2). Este sacrificio nos ofrece lo que no hallamos en la ofrenda vegetal, es decir, un fundamento sólido para la comunión del adorador con toda la plenitud, el valor y la hermosura de Cristo. El Espíritu Santo le capacita para entrar en esta comunión. Al estar en el elevado terreno en que nos coloca “la preciosa sangre de Cristo”, podemos recorrer, con corazón tranquilo y espíritu de adoración, las maravillosas escenas que se refieren a la humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Si no tuviéramos de Cristo más que el aspecto que nos revela la ofrenda vegetal, nos faltaría el fundamento en virtud del cual podemos contemplarle y gozar de él. Si no hubiera derramamiento de sangre, no habría ni derecho ni fundamento para el pecador. Pero en Levítico 7:12 se relaciona la ofrenda vegetal con el sacrificio de paz, y de tal manera nos enseña que, cuando nuestras almas han encontrado la paz, podemos encontrar deleite en Aquel que ha “hecho la paz” y que es “nuestra paz” (Efesios 2:14-15).

Debe comprenderse bien que, aun habiendo en el sacrificio de paz derramamiento y aspersión de sangre, no se expresa el acto de llevar el pecado. Cuando consideramos a Cristo en el sacrificio de paz, él no aparece como quien lleva nuestros pecados, tal como ocurre en el sacrificio por el pecado o por la culpa. En cambio, puesto que los ha llevado, se nos presenta como el fundamento de nuestra feliz y apacible comunión con Dios. Si fuese cuestión de llevar el pecado, no se diría: “Es ofrenda de olor grato para Jehová” (cap. 3:5; compárese con el cap. 4:10-12). Mas aunque en este caso no se encuentra el concepto de llevar pecados, hay amplia provisión para aquel que se reconoce pecador, sin lo cual no podría tener ninguna parte al respecto. Para tener comunión con Dios, es preciso que estemos “en luz”; y ¿cómo podemos estar en ella? Solamente en virtud de esta preciosa verdad:

La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de *todo* pecado

“ (1 Juan 1:7).

Cuanto más permanezcamos en luz, tanto mejor reconoceremos y sentiremos todo lo que le es contrario y apreciaremos el valor de esa sangre que nos hace aptos para estar en luz. Cuanto más cerca de Dios andemos, tanto mejor conoceremos “las inescrutables riquezas de Cristo” (Efesios 3:8).

El precioso ejemplo del hijo perdido

Es necesario que estemos bien establecidos en esta verdad: no estamos en la presencia de Dios más que como participantes de la vida divina y amparados por la justicia divina. El padre solo podía recibir al hijo perdido a su mesa si este estaba revestido del “mejor vestido” y en toda la integridad de la relación de hijo en la que él le veía. Si tal hijo hubiera conservado sus harapos, o si hubiera sido colocado en la casa como un “jornalero”, jamás habríamos oído estas dulces palabras:

“ Comamos y hagamos fiesta; porque este mi *hijo* muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado
(Lucas 15:23-24).

Lo mismo ocurre con todos los verdaderos creyentes. Su vieja naturaleza no se reconoce como existente delante de Dios. Él la considera muerta y ellos deben hacer otro tanto. Está muerta para Dios, muerta para la fe. Hace falta mantenerla como tal, en el lugar donde se ponen los muertos. No podemos llegar a la presencia divina mejorando nuestra vieja naturaleza, sino poseyen-

do una nueva. Dicho hijo no obtuvo lugar en la mesa de su padre remendando los harapos de su primera condición, sino revestido de un vestido que nunca había visto y en el cual nunca había pensado. No trajo este vestido de la “provincia apartada”; tampoco se lo procuró en el camino de regreso, sino que el padre lo tenía para él en su casa. El hijo no lo hizo, ni ayudó a hacerlo; el padre se lo suministró y se alegró de vérselo puesto. Luego se sentaron a la mesa para comer “el becerro gordo” en feliz comunión (Lucas 15:11-32).

La ley del sacrificio de paz

Llegamos a la “ley del sacrificio de paz”, en la cual encontraremos nuevos elementos de gran interés: “Y esta es la ley del sacrificio de paz que se ofrecerá a Jehová: Si se ofreciere en acción de gracias, ofrecerá por sacrificio de acción de gracias tortas sin levadura amasadas con aceite, y hojaldres sin levadura untadas con aceite, y flor de harina frita en tortas amasadas con aceite. Con tortas de pan leudo presentará su ofrenda en el sacrificio de acciones de gracias de paz. Y de toda la ofrenda presentará una parte por ofrenda elevada a Jehová, y será del sacerdote que rociare la sangre de los sacrificios de paz. Y la carne del sacrificio de paz en acción de gracias se comerá en el día que fuere ofrecida; no dejarán de ella nada para otro día. Mas si el sacrificio de su ofrenda fuere voto, o voluntario, será comido en el día que ofreciere su sacrificio, y lo que de él quedare, lo comerán al día siguiente; y lo que quedare de la carne del sacrificio hasta el tercer día, será quemado en el fuego. Si se comiere de la carne del sacrificio de paz al tercer día, el que lo ofreciere no será acepto, ni le será contado; abominación será, y la persona que de él comiere llevará su pecado. Y la carne que tocare alguna cosa inmunda, no se comerá; al fuego será quemada. Toda persona limpia podrá comer la carne; pero la persona que comiere la carne del sacrificio de paz, el cual es de Jehová, estando inmunda, aquella persona será cortada de entre su pueblo. Además, la persona que tocare alguna cosa inmunda, inmundicia de hombre, o animal inmundo, o cualquier abominación inmunda, y comiere la carne del sacrificio de paz, el cual es de Jehová, aquella persona será cortada de entre su pueblo” (Levítico 7:11-21).

Distinción entre “el pecado en la carne” y el pecado sobre la conciencia

Es muy importante establecer la distinción entre el pecado *en la carne* y el pecado *sobre la conciencia*. Si confundimos estas dos cosas, nuestras almas serán perturbadas y nuestro culto debilitado. Un examen atento de 1 Juan 1:8-10 arrojará mucha luz sobre este asunto así como sobre toda la doctrina del sacrificio de paz. Nadie tendrá tanta conciencia de su pecado como el hombre que anda en luz. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y

la verdad no está en nosotros”. En el versículo anterior leemos: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de *todo pecado*”. Aquí, la distinción entre el pecado *en* nosotros y el pecado *sobre* nosotros está bien destacada. Pretender que en la presencia de Dios aún hay pecado sobre el creyente, es dudar de la eficacia de la sangre de Jesús y negar la verdad de la Palabra divina. Si la sangre de Jesucristo puede purificar por completo, entonces la conciencia del creyente está completamente purificada. Así es cómo la Palabra de Dios presenta la cuestión, y nosotros debemos recordarlo siempre. De Dios mismo tenemos que aprender cuál es la verdadera condición del creyente. Estamos más dispuestos a decir a Dios lo que somos en nosotros mismos que a dejarle decir lo que somos en Cristo. Estamos más pendientes de nuestros propios sentimientos que de lo que Dios revela de sí mismo. Dios nos habla en virtud de lo que él es en sí mismo y de lo que ha cumplido en Cristo. Tal es la naturaleza de esta revelación, que la fe capta y que llena el alma de una perfecta paz. La revelación de Dios es una cosa; la percepción de mi conciencia es otra.

Sin embargo, la misma Palabra que dice que no tenemos pecado *sobre* nosotros, nos dice con fuerza y claridad que tenemos pecado *en* nosotros. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”. Todo aquel en quien está la verdad sabrá que está también “el pecado” en sí, porque la verdad revela cada cosa tal como es. ¿Qué debemos hacer, pues? Merced al poder de la nueva naturaleza tenemos el privilegio de andar de tal manera que “*el pecado*” que habita en nosotros no se manifieste en forma de “*pecados*”. La posición del cristiano es una posición de victoria y libertad. Está liberado no solo de la culpa por el pecado, sino aun del pecado como principio dominante en su vida.

“ Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él (Cristo), para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado... No *reine*, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo *obedezcáis* en sus concupiscencias... Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”

Romanos 6:6-14).

El pecado está allí con toda su fealdad primitiva, pero el creyente está “muerto al pecado”. ¿Cómo? Está muerto en Cristo. Por naturaleza estaba muerto *en* pecado; por gracia está muerto *al* pecado. ¿Qué derecho se puede tener sobre un hombre muerto? Ninguno. Cristo “al pecado murió una vez por todas” (v. 10) y el creyente está muerto en Él. “Y si morimos con Cristo, creemos

que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive” (v. 8-10). ¿Qué resulta de esto para los creyentes? “Así también vosotros consideraos *muertos al pecado*, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (v. 11). Tal es, ante Dios, la posición inalterable del creyente, de forma que tiene el alto privilegio de gozar de la liberación del pecado, como *dominador* de él, aunque el pecado *more* todavía en él.

La confesión de los pecados

Pero “si alguno hubiere pecado” ¿qué tiene que hacer? A esta pregunta el apóstol inspirado da una respuesta clara y bendita:

“ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

La confesión es el medio por el cual la conciencia es libertada. El apóstol no dice: «Si pedimos perdón, Dios es bastante bueno y misericordioso para perdonarnos». Sin duda, es dulce para un hijo poder confiar sus necesidades a su padre, contarle sus flaquezas, confesarle sus extravíos, sus defectos y sus faltas. Es igualmente cierto que nuestro Padre es lo bastante tierno y misericordioso como para responder a toda debilidad e ignorancia de sus hijos. No obstante, aunque todo eso sea verdad, el Espíritu Santo declara por boca del apóstol que “si *confesamos... él es fiel y justo* para perdonar”. La confesión es, pues, lo que Dios pide. Un cristiano que hubiera pecado en pensamiento, palabra u obra, podría orar durante días y meses pidiendo el perdón y, sin embargo, no tener la seguridad fundada sobre 1 Juan 1:9 de que está perfectamente perdonado. En cambio, si confiesa sinceramente sus pecados ante Dios, por fe sabe que está perdonado y perfectamente purificado.

Diferencia entre pedir perdón y confesar los pecados

Existe una inmensa diferencia moral entre orar para pedir perdón y confesar nuestros pecados, así lo consideremos en relación con el carácter de Dios, con el sacrificio de Cristo o con el estado del alma. Es muy posible que la oración de un cristiano contenga, en el fondo, la confesión de su pecado, cualquiera que sea, y entonces se hace todo en uno. Sin embargo, siempre vale más atenernos estrictamente a la Escritura en lo que pensamos, decimos y hacemos. Es evidente que, cuando el Espíritu Santo habla de *confesión*, no quiere decir *oración*. Sabe bien que hay elementos

espirituales en la confesión, y resultados prácticos de la misma que no pertenecen a la oración. De hecho, ocurre a menudo que el hábito de implorar a Dios para obtener el perdón de los pecados manifiesta la ignorancia en cuanto al modo en que Dios se ha revelado en la Persona y la obra de Cristo, en cuanto a la posición en la cual el sacrificio de Cristo ha colocado al creyente, y en cuanto al divino medio, por el cual tenemos la conciencia aliviada de la carga y purificada de la mancha del pecado.

Dios quedó perfectamente satisfecho por la cruz de Cristo en cuanto a los pecados del creyente. En esta cruz fue ofrecida una completa expiación por el más insignificante pecado, sea en la naturaleza del creyente, sea sobre su conciencia. Por consiguiente, Dios no tiene necesidad de otra propiciación. No le hace falta nada más para sentir su corazón atraído hacia aquel que cree. No tenemos que suplicarle que sea “fiel y justo”, ya que su fidelidad y su justicia han sido tan gloriosamente demostradas, manifestadas y satisfechas en la muerte de Cristo. Nuestros pecados no pueden llegar nunca a la presencia de Dios, puesto que Cristo, quien los llevó y los quitó, está en lugar de ellos. Pero, si pecamos, nuestra conciencia lo sentirá; deberá sentirlo; sí, el Espíritu Santo nos lo hará sentir. Él no podría dejar sin juzgar el más ligero pensamiento nuestro. ¿Qué, pues? ¿Se ha abierto nuestro pecado un camino hasta la presencia de Dios? ¿Ha encontrado lugar en la pura luz del lugar santísimo? ¡No lo quiera Dios! Nuestro “Abogado” está allí – “Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1) – para mantener en toda su integridad las relaciones en que nos encontramos. Pero, aunque el pecado no pueda afectar los pensamientos de Dios con relación a nosotros, afecta nuestros pensamientos con relación a Dios. Aunque no pueda llegar hasta su presencia, puede llegar hasta nosotros del modo más triste y humillante. Si bien no puede esconder al Abogado a los ojos de Dios, puede esconderlo a los nuestros. Se amontona, como un sombrío y espeso nubarrón, en nuestro horizonte espiritual, de manera que nuestras almas no pueden regocijarse a la bendita claridad de la faz de nuestro Padre. El pecado no puede alterar nuestras relaciones con Dios, pero puede alterar muy seriamente el gozo que sentimos en ellas. ¿Qué es, pues, lo que tenemos que hacer? La Palabra contesta: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Por la confesión se descarga nuestra conciencia; el dulce sentimiento de nuestra relación se restablece. La sombría nube se disipa; la helada y seca influencia desaparece y nuestros pensamientos acerca de Dios se rectifican. Tal es el método divino; el corazón que sabe lo que es estar en actitud de confesión, sentirá tanto mejor la divina potestad de las palabras del apóstol:

Hijos míos, estas cosas os escribo *para que no pequéis*



(1 Juan 2:1).

Además, existe cierto modo de orar para pedir perdón, el cual demuestra que se pierde de vista el perfecto fundamento del perdón que nos ha sido otorgado en virtud del sacrificio de la cruz. Si bien Dios perdona los pecados, es preciso que sea “fiel y justo” al hacerlo. Es evidente que nuestras oraciones, por fervientes y sinceras que fuesen, no podrían formar la base de la fidelidad y justicia de Dios al perdonar nuestros pecados. Nada, salvo la obra de la cruz, podía hacerlo. Allí fue donde la fidelidad y la justicia de Dios quedaron plenamente establecidas, y ello en relación inmediata con nuestros pecados, como también con la raíz del pecado en nuestra naturaleza. Dios juzgó nuestros pecados en la persona de nuestro sustituto “sobre el madero” (1 Pedro 2:24), y en el acto de la confesión nos juzgamos a nosotros mismos. La confesión es esencial para gozar del perdón divino y de la restauración. El menor pecado que quedara sobre la conciencia sin confesar y sin juzgar, interrumpiría completamente nuestra comunión con Dios. El pecado *en* nosotros no es el que tiene este efecto. Pero si permitimos que el pecado permanezca *sobre* nosotros, no podemos tener comunión con Dios. Él quitó nuestros pecados de tal manera que puede tenernos en su presencia; y en tanto que permanecemos en su presencia, el pecado no nos turba. En cambio, si nos alejamos de Él y pecamos, aunque solo sea en pensamiento, nuestra comunión queda interrumpida indefectiblemente hasta que, por la confesión, nos hayamos desembarazado de nuestro pecado. Todo eso está enteramente fundado sobre el perfecto sacrificio y la justa intercesión de nuestro Señor Jesucristo.

El juicio de sí mismo

Finalmente, la diferencia que existe entre la oración y la confesión, respecto al estado del corazón ante Dios y al sentimiento que uno tiene de la odiosidad del pecado, no podría ser apreciada en demasía. Por lo general, es mucho más fácil pedir el perdón de nuestros pecados que confesar estos pecados. La confesión implica el juicio de sí mismo; pedir perdón no implica siempre este juicio. Esto solo bastaría para demostrar la diferencia. El *juicio de sí mismo* es uno de los ejercicios más preciosos y saludables de la vida cristiana; por consiguiente, todo lo que tiende a provocarlo debe ser muy apreciado por el verdadero cristiano.

La diferencia que hay entre pedir perdón y confesar el pecado se manifiesta sin cesar en nuestras relaciones con los niños. Si un niño ha hecho algo malo, hallará menos dificultad en pedir a su padre que le perdone que en confesar su falta francamente y sin reservas. El niño puede pedir

perdón y, sin embargo, dar cabida en su espíritu a muchas disculpas que tiendan a disminuir el sentimiento de su falta. Tal vez piensa secretamente que, después de todo, no hay motivo para censurar de tal manera su conducta, aunque sea conveniente que pida perdón a su padre. En cambio, al confesar su falta, se enjuicia a sí mismo. Además, al pedir perdón, el niño puede estar influido principalmente por el deseo de escapar de las consecuencias del mal que ha hecho. Por lo tanto, los padres, con una actitud sabia, procurarán producir una justa apreciación del mal, la cual no puede existir sino ligada a la plena confesión de la falta, unida al juicio de sí mismo.

Lo mismo sucede en cuanto al proceder de Dios para con sus hijos. Quiere que todo pecado sea expuesto y juzgado ante Él por quien lo ha cometido. Dios no solo quiere que temamos las consecuencias del pecado –que son inmensas– sino que odiemos el pecado mismo, porque es odioso a sus ojos. Cuando cometemos pecado, si pudiéramos ser perdonados por el mero hecho de pedir perdón, nuestro sentimiento y nuestra aversión al pecado no serían intensos; además, nuestra apreciación de la comunión que gozamos no sería tan alta. Para todo creyente experimentado, debe ser evidente el efecto moral de todo esto sobre nuestro estado espiritual, así como sobre nuestro carácter y nuestra marcha práctica .

El pecado y los pecados

Todo este encadenamiento de pensamientos está íntimamente ligado y plenamente justificado por dos grandes principios que encontramos en la ley del sacrificio de paz.

En el versículo 13 del capítulo 7 del Levítico leemos: “Con tortas de pan *leudo* presentará su ofrenda en el sacrificio de acciones de gracias de paz”; y, sin embargo, en el versículo 20 se dice: “Pero la persona que comiere la carne del sacrificio de paz, el cual es de Jehová, estando inmundada, aquella persona será cortada de entre su pueblo”. Aquí tenemos claramente las dos cosas, a saber: el pecado *en* nosotros, y el pecado *sobre* nosotros. “La levadura” estaba permitida, porque había pecado en la naturaleza del adorador; “la inmundicia” estaba prohibida, porque no debía haber ningún pecado sobre la conciencia del adorador. Donde hay pecado no puede haber comunión. En cuanto al pecado que está en nosotros, Dios ha provisto la sangre de la expiación; por eso está ordenado acerca del pan leudo del sacrificio de paz: “Y de toda la ofrenda presentará una parte por ofrenda elevada a Jehová, y será del *sacerdote que rociare la sangre de los sacrificios de paz*” (v. 14). En otros términos, la levadura en la naturaleza del adorador estaba perfectamente contrarrestada por la sangre del sacrificio. El sacerdote que tenía derecho al pan leudo debía ser aquel que rociaba la sangre. Dios alejó para siempre de su vista nuestro pecado. Aunque el

pecado esté en nosotros, Su mirada no reposa sobre él. Solo ve la sangre, y por eso puede seguir con nosotros y permitirnos tener la más íntima comunión con él. Pero si dejamos que *el pecado* que está en nosotros se manifieste bajo la forma de *pecados*, entonces es preciso que haya confesión, perdón y purificación, antes de que podamos comer nuevamente de la carne del sacrificio de paz. La exclusión del adorador a causa de las inmundicias señaladas en el ceremonial, corresponde ahora a la privación de la comunión del creyente a causa de pecados no confesados. Intentar tener comunión con Dios mientras estamos en nuestros pecados implicaría la idea blasfema de que él puede andar en compañía del pecado.

“ Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad (1 Juan 1:6).

A la luz de esta verdad, comprenderemos fácilmente el grave error en que caemos cuando nos imaginamos que es señal de espiritualidad ocuparnos en nuestros pecados. El pecado o los pecados, ¿podrían ser el fundamento o el objeto de nuestra comunión con Dios? Seguro que no. Acabamos de ver, por el contrario, que mientras andemos en pecado, se interrumpe nuestra comunión con Dios. La comunión no puede existir más que “en luz”, y ciertamente no hay pecado en la luz. Allí nada se ve sino la sangre que quitó nuestros pecados y nos reconcilió, y el Abogado que nos mantiene cerca de Dios. El pecado fue borrado para siempre allí donde Dios y el adorador permanecen en una santa intimidad. ¿Qué constituía el objeto de la comunión entre el padre y el hijo perdido de Lucas 15? ¿Eran los harapos de este? ¿Eran las algarrobas de la “provincia apartada”? De ningún modo. No era nada de lo que el hijo perdido traía consigo. Era la rica provisión del amor paterno, “el becerro gordo”. Igual sucede con respecto a Dios y todo verdadero adorador. En una comunión santa y elevada, se nutren juntos de Aquel cuya sangre preciosa los ha asociado para siempre en esta luz, a la cual ningún pecado se puede acercar.

No creamos tampoco que la verdadera humildad se muestra o se desarrolla considerando y profundizando nuestros pecados. Ello produciría un carácter sombrío y melancólico, sin verdadera santidad. La humildad más profunda procede de otra fuente. ¿Cuándo fue más humilde el hijo perdido? ¿Cuando volvió en sí en la provincia apartada (Lucas 15:13) o cuando el padre se echó sobre su cuello, y entró en la casa paterna? ¿No es evidente que la misma gracia que nos eleva a las mayores alturas de la comunión con Dios también es capaz de conducirnos a las más grandes profundidades de una verdadera humildad? Sin ninguna duda. La humildad que procede del perdón de nuestros pecados siempre será más profunda que aquella que procede del descubri-

miento de estos pecados. La primera nos pone en relación con Dios; la segunda se relaciona con el «yo». Para ser verdaderamente humilde es preciso andar con Dios, con el conocimiento y el poder de la relación en que nos ha colocado. Nos ha hecho hijos suyos, y siempre que andemos como tales, seremos verdaderamente humildes.

La Cena del Señor

Antes de dejar esta parte de nuestro tema, notemos algo respecto a la Cena del Señor. Este acto importante de la comunión de la Iglesia puede considerarse en relación con la doctrina del sacrificio de paz. La celebración inteligente de la Cena siempre dependerá del conocimiento de su carácter. Es una fiesta de acción de gracias, de acción de gracias por una redención cumplida.

“ La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?
(1 Corintios 10:16).

Por lo tanto, un alma encorvada bajo la pesada carga del pecado no puede, con inteligencia espiritual, celebrar la Cena del Señor, puesto que esta fiesta expresa el alejamiento completo del pecado por la muerte de Cristo. “La muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26). Para la fe, la muerte de Cristo es el fin de todo lo que pertenecía a nuestro estado en la vieja creación. Luego, ya que la Cena “anuncia” esta muerte, debe ser considerada como el recuerdo del glorioso hecho de que la carga del pecado del creyente fue llevada por Aquel que la quitó para siempre. Declara que la cadena de nuestros pecados, que una vez nos tuvo atados, fue rota para siempre por la muerte de Cristo y no podrá nunca atarnos de nuevo. Nos reunimos alrededor de la Mesa del Señor con toda la alegría propia de vencedores. Miramos atrás a la cruz, donde se libró y se ganó la batalla. Miramos adelante, a la gloria, donde entraremos en los completos y eternos resultados de la victoria.

Es verdad que tenemos levadura *en* nosotros; pero no tenemos ninguna mancha *sobre* nosotros. No debemos fijar la mirada en nuestros pecados, sino en Quien los llevó en la cruz y los quitó para siempre. No debemos engañarnos “a nosotros mismos” con el vano pensamiento de que “no tenemos pecado” sino apoyarnos en la Palabra de Dios y la eficacia de la sangre de Cristo, regocijándonos con la preciosa verdad de que no tenemos pecado sobre nosotros, porque “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”. Es verdaderamente deplorable ver qué sombría nube cubre la Mesa del Señor a juicio de muchos cristianos de profesión. Este hecho, así como

muchos otros, muestra a qué grado de ignorancia se puede llegar respecto a las verdades más elementales del Evangelio. Cuando la Cena se toma sobre una base que no sea el conocimiento de la salvación, la alegría del perdón, el sentimiento de la liberación, el alma se envuelve en nubes más y más espesas. Lo que es un memorial de Cristo se emplea para dejarle a un lado. Lo que recuerda una redención cumplida se emplea como medio para llegar a ella. Así es cómo se abusa de las ordenanzas y cómo las almas son sumergidas en las tinieblas, la confusión y el error.

El valor de la sangre de Cristo

¡Cuán diferente es la bella ordenanza del sacrificio de paz! Esta última, considerada en su significación típica, nos muestra que, cuando la sangre era derramada, Dios y el adorador podían alimentarse juntos en feliz y apacible comunión. Nada faltaba para esta comunión. La paz estaba establecida por la sangre. Sobre esta base descansaba la comunión. Una sola duda sobre el establecimiento de la paz es el golpe mortal para la comunión. Si todavía nos ocupamos en vanos esfuerzos para hacer la paz con Dios, estaremos totalmente ajenos a la comunión o al culto. Si la sangre del sacrificio de paz no ha sido derramada, es imposible que nos alimentemos con “el pecho que se mece” o con “la espaldilla elevada”. Por otra parte, si la sangre ha sido derramada, la paz ya está hecha, pues Dios mismo la hizo. Para la fe, esto es suficiente. Por consiguiente, por la fe tenemos comunión con Dios, en el conocimiento y el gozo de una redención cumplida. Gustamos la dulzura del gozo mismo de Dios en lo que él obró. Nos alimentamos de Cristo en toda la plenitud y la felicidad de la presencia de Dios.

El culto

Este último punto está unido a otra verdad importante indicada en “la ley del sacrificio de paz”: “Y la carne del sacrificio de paz en acción de gracias se comerá en el día que fuere ofrecida; no dejarán de ella nada para otro día”. Es decir, que la comunión del adorador no debe separarse nunca del sacrificio sobre el cual se funda esta comunión. Mientras se tenga la energía espiritual necesaria para mantener esta relación, el culto y la comunión subsistirán agradables y aceptables; pero no por más tiempo. *Debemos estar junto al sacrificio* con el espíritu de nuestro entendimiento, con el afecto de nuestros corazones y con la experiencia de nuestras almas. Esto dará poder y duración a nuestro culto. Puede ser que empecemos cualquier acto del culto con el corazón completamente ocupado en Cristo y, no obstante, antes de terminar estemos ocupados en lo que hacemos o decimos, o en las personas que nos escuchan. De este modo caemos en lo que puede llamarse

La iniquidad de las cosas santas



(Éxodo 28:38, V. M.).

Esto es muy solemne y debería hacernos estar vigilantes. Podemos empezar nuestro culto con la dirección del Espíritu y terminarlo guiados por la carne. Deberíamos estar siempre atentos y no ir, ni siquiera por un instante, más allá de la energía del Espíritu para el momento que transcurre. Así el Espíritu siempre nos mantendrá ocupados en considerar a Cristo. Si el Espíritu Santo nos inspira “cinco palabras” (1 Corintios 14:19) de adoración o de acción de gracias, pronuncie-mos estas cinco palabras y callémonos. Si continuamos, comemos la carne de nuestro sacrificio después del tiempo fijado y, en lugar de ser “aceptado”, es en realidad “una abominación”. Acor-démonos de esto y seamos vigilantes. Que esto, no obstante, no nos alarme. Dios quiere que sea-mos conducidos por el Espíritu y llenos de Cristo en todo nuestro culto. Solo puede aceptar lo que es divino; por ello, quiere que no le presentemos más que lo que es divino.

“Mas si el sacrificio de su ofrenda fuere voto, o voluntario, será comido en el día que ofreciere su sacrificio, y lo que de él quedare, *lo comerán al día siguiente*” (cap. 7:16). Cuando el alma se eleva a Dios en un acto de culto voluntario, tal culto proviene de una energía espiritual más abundante que cuando simplemente procede de alguna gracia particular recibida en el momento mismo. Si se ha recibido algún favor especial de la mano del Señor, al instante el alma se elevará en acción de gracias. En este caso, el culto es suscitado por esta gracia, está ligado a ella, cualquiera que sea, y no va más lejos. Pero cuando el corazón es llevado por el Espíritu Santo a una expresión voluntaria o deliberada de alabanza, el culto tendrá un carácter más duradero. En todos los casos, el culto espiritual se unirá siempre al precioso sacrificio de Cristo.

“Y lo que quedare de la carne del sacrificio hasta el tercer día, será quemado en el fuego. Si se comiere de la carne del sacrificio de paz al tercer día, el que lo ofreciere no será acepto, ni le será contado; abominación será, y la persona que de él comiere, llevará su pecado” (v. 17-18). Nada tiene valor a los ojos de Dios, salvo lo que está íntimamente unido a Cristo. Mucho de lo que tiene apariencia de culto no es más que la excitación y la expresión de sentimientos naturales. Puede haber una gran devoción aparente que no sea, en el fondo, más que pietismo carnal. Religiosamente hablando, la carne puede excitarse por diversas causas, tales como la pompa y el esplendor de las ceremonias, por el canto y las actitudes, los ropajes y las ricas vestiduras, por una liturgia elocuente y por los variados atractivos de un espléndido ritual; con todo, puede haber

una total ausencia de culto espiritual. Sucede bastante a menudo que los mismos gustos, excitados y satisfechos por las formas pomposas de un culto supuestamente religioso, encontrarían un alimento más conveniente en la ópera o en los conciertos.

Debemos manifestar vigilancia en cuanto a esto, recordando que

“ Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren (Juan 4:24).

Lo que se llama religión se reviste, en nuestros días, de los más poderosos atractivos. Rechaza las tosquedades de la Edad Media y llama en su ayuda a todos los recursos de un gusto depurado, de un siglo culto e ilustrado. La escultura, la música y la pintura vierten sus ricos tesoros en su seno, para que pueda preparar por tales medios un poderoso narcótico que arrulle a las multitudes ignorantes en un sopor que no será interrumpido más que por los indecibles horrores de la muerte, del juicio y del lago de fuego. También esta religión puede decir: “*Sacrificios de paz* había prometido, hoy he pagado mis *votos...*; he adornado mi cama con colchas recamadas con cordoncillo de Egipto; he perfumado mi cámara con mirra, áloes y canela” (Proverbios 7:14, 16-17). Así es cómo una religión corruptora atrae, por su poderosa influencia, a los que no quieren escuchar la voz celestial de la Sabiduría.

Cuidémonos de todas estas cosas, velemos sobre esto, para que nuestro culto esté inseparablemente unido a la obra de la cruz. Velemos para que Dios sea el fundamento, Cristo el objeto, y el Espíritu Santo el poder de nuestro culto. Cuidémonos de que nuestros actos exteriores de culto se extiendan más allá de este poder interior. Es necesaria mucha vigilancia para evitar este mal. Los manejos secretos son los más difíciles de descubrir y de combatir. Podemos empezar un himno con verdadero espíritu de culto y, por debilidad espiritual, antes de llegar al final podemos caer en el mal que responde al acto ceremonial de comer, al tercer día, la carne del sacrificio de paz. Nuestra única salvaguardia es estar junto a Jesús. Si elevamos nuestros corazones en “acciones de gracias” por algún favor especial, hagámoslo por el poder del nombre y del sacrificio de Cristo. Si nuestras almas se derraman en adoración “voluntaria”, que sea por la energía del Espíritu Santo. De este modo, nuestro culto tendrá frescura, profundidad y altura moral.

¡Que sea así, oh Señor, en todos los que te adoran, hasta que nos encontremos, en espíritu, alma y cuerpo con seguridad en tu eterna presencia, fuera del alcance de toda acción perniciosa del falso culto y de la religión corrompida, lejos de los diferentes impedimentos que provienen de estos cuerpos de pecado y de muerte que llevamos en nosotros!

Debe observarse que, aunque el sacrificio de paz esté colocado en tercer lugar, la ley respectiva (cap. 7:11-21) nos es dada después de todas las otras. Esta circunstancia no es insignificante. En ninguna de las ofrendas la comunión del adorador está tan plenamente desarrollada como en el sacrificio de paz. En el holocausto, hallamos a Cristo ofreciéndose a sí mismo a Dios. En la ofrenda vegetal, tenemos la perfecta humanidad de Cristo. Después, pasando al sacrificio por el pecado, vemos que responde perfectamente *al pecado* en su raíz. En el sacrificio por la culpa se encuentra una respuesta plena y completa para todos los actuales *pecados* de la vida. Pero la doctrina de la comunión del adorador no está desarrollada en ninguna de estas ofrendas. Solo el “sacrificio de paz” la revela, y esto explica, según creo, por qué la ley de este sacrificio ocupa el último lugar. Nos enseña que, cuando se trata de Cristo, el alimento del alma, es necesario que sea un Cristo completo, considerado desde todos los puntos de vista en su vida, carácter, persona, obra y oficios. Además, cuando hayamos acabado para siempre con el pecado y los pecados, haremos nuestras delicias de Cristo y nos alimentaremos de él durante toda la eternidad. El estudio de los sacrificios sería incompleto si se omitiese una circunstancia tan digna de notarse como esta. Si la “ley del sacrificio de paz” estuviera dada en el orden en que se presenta el sacrificio mismo, vendría inmediatamente después de la ley de la ofrenda vegetal. En lugar de esto, la ley de “la expiación” y del “sacrificio por la culpa” vienen primeramente; luego la “ley del sacrificio de paz” completa el conjunto.

Los sacrificios por el pecado

Después de haber considerado las ofrendas de “olor grato”, llegamos a los “sacrificios expiatorios”. Se dividían en dos clases: sacrificios por el pecado y sacrificios por la culpa. Los sacrificios por el pecado eran necesarios para cuatro clases de personas: el “sacerdote ungido” (cap. 4:3), “toda la congregación” (v. 13), “un jefe” (v. 22) y “alguna persona del pueblo” (v. 27). Las dos primeras ofrendas eran semejantes en sus ritos y ceremonias (comp. v. 3-12 con los v. 13-21). El resultado era el mismo, ya fuese el representante de la congregación o la congregación misma quien hubiese pecado. En uno y otro caso estaban implicadas tres cosas: el santuario de Dios en medio del pueblo, la adoración de la congregación y la conciencia individual.

La sangre de la víctima

Luego, como las tres cosas dependían de la sangre, vemos que en el primer grado de la expiación se hacían tres cosas con la sangre. Se rociaba “siete veces delante de Jehová, *hacia el velo del santuario*” (v. 6). Esto aseguraba las relaciones de Jehová con el pueblo y su morada en medio de ellos. A continuación leemos: “Y el sacerdote pondrá de esa sangre sobre los cuernos del altar del incienso aromático, que está en el tabernáculo de reunión delante de Jehová” (v. 7). Esto garantizaba el culto de la congregación. Al poner la sangre sobre “el altar de oro”, la verdadera base del culto estaba amparada, de forma que la llama del incienso y su suave olor podían subir continuamente. Finalmente, “echará el resto de la sangre del becerro al pie del altar del holocausto, que está a la puerta del tabernáculo de reunión” (v. 7). Aquí encontramos lo que responde plenamente a las exigencias de la conciencia individual, pues el altar de bronce era el lugar al que todos tenían acceso, el lugar donde Dios encontraba al pecador.

En los otros dos casos, por “un jefe” (v. 13) o por “alguna persona del pueblo” (v. 27), era cuestión de conciencia individual; por ello no se hacía más que una cosa con la sangre: era enteramente derramada “al pie del altar del holocausto” (comp. v. 7 con los v. 25-30). Hay en todo esto una precisión divina que requiere toda la atención del lector, si desea comprender bien los maravillosos detalles de este tipo .

El efecto del pecado individual no podía extenderse más allá de la conciencia del individuo. El pecado de un “jefe” o de alguno “del pueblo” no podía tener influencia sobre el “altar del incienso aromático”, lugar de adoración del sacerdote. No podía llegar tampoco hasta “el velo del santuario”, límite sagrado de la habitación de Dios en medio de su pueblo. Nunca debe ser cuestión de nuestros pecados o faltas personales en el lugar del culto o en la asamblea. Es preciso arreglar

todo con Dios allí donde cada uno puede acercarse a él personalmente. Muchos se equivocan a este respecto. Concurren a la congregación o al lugar del culto sacerdotal con su conciencia manchada. Así debilitan a toda la congregación y turban el culto. Deberíamos guardarnos cuidadosamente de ello. Necesitamos una gran vigilancia a fin de que nuestra conciencia esté siempre en la luz. Y cuando tropecemos, como desgraciadamente nos ocurre en muchas cosas, pongamos en seguida el asunto en orden ante Dios, en lo secreto, a fin de que la verdadera adoración y posición de la asamblea se mantengan ante el alma de manera clara y viva.

El pecado por yerro (o ignorancia)

Después de considerar de manera general los grados de la expiación, examinemos en detalle las verdades comprendidas en el primero. Al hacerlo, podremos formarnos una idea de los principios contenidos en los demás. Sin embargo, antes de empezar quisiera llamar la atención del lector sobre un punto muy esencial, contenido en esta expresión: “Cuando alguna persona pecare por *yerro*” (cap. 4:2). Esto nos presenta una verdad preciosa, en relación con la expiación hecha por el Señor Jesucristo. En ella descubrimos más que la simple satisfacción de las exigencias de la conciencia, por muy sensible que sea. Tenemos el privilegio de ver en ella lo que ha satisfecho plenamente los derechos de la santidad, de la justicia y de la majestad divinas. La santidad de la morada de Dios y el fundamento de Su relación con Su pueblo nunca habrían podido ser reglamentados según la medida de la conciencia del hombre, por elevada que esta fuese. Hay muchas cosas que la conciencia humana omitiría, cosas que podrían escapársele al conocimiento del hombre, que su corazón podría estimar lícitas; pero Dios no podría tolerarlas. Por consiguiente, estas cosas llegarían a interponerse entre el hombre y Dios impidiéndole aproximarse a Él y rendirle culto. Por eso, si la expiación de Cristo solo se aplicase a los pecados que el hombre puede discernir y reconocer, nos encontraríamos muy alejados del verdadero fundamento de la paz. Es necesario comprender que el pecado ha sido expiado según la justicia de Dios. Los derechos de su trono han sido perfectamente satisfechos, el pecado –visto a la luz de su inflexible santidad– ha sido divinamente juzgado. Esto es lo que da al alma una paz duradera. Por los pecados debidos al error o a la ignorancia del creyente ha sido hecha una expiación igual a la que se hizo por sus pecados conocidos. El sacrificio de Cristo es la base de sus relaciones y de su comunión con Dios, según la apreciación que Dios da a ese sacrificio.

La clara comprensión de este aspecto de la expiación tiene un inmenso valor, sin la cual no puede haber verdadera paz. Tampoco se captará bien la extensión y la plenitud de la obra de Cristo, ni la verdadera naturaleza de los lazos que se relacionan con ella. Dios sabía lo que debía hacer para que el hombre pudiera estar en su presencia sin temor, y lo ha provisto perfectamente mediante la obra de la cruz. Nunca habría comunión entre Dios y el hombre si Dios no hubiera acabado con el pecado a su manera perfecta, pues aunque la conciencia del hombre se sintiera satisfecha, siempre cabría esta pregunta: «¿Está Dios satisfecho?» Y si esta pregunta no se pudiera contestar afirmativamente, la comunión no existiría. El corazón se diría sin cesar que, en los detalles de la vida, se manifiestan ciertas cosas que la santidad divina no puede tolerar. Puede ser, por cierto, que hagamos estas cosas “por yerro”; pero ello no cambiaría en nada su carácter ante Dios, ya que todo le es conocido. Habría, pues, dudas, aprensiones y temores continuos. A todas estas cosas responde divinamente el hecho de que el pecado ha sido expiado no según nuestra ignorancia, sino conforme a la sabiduría de Dios. Esta seguridad da gran descanso al alma y a la conciencia. Todas las exigencias de Dios a nuestro respecto han sido satisfechas por Su obra. Él mismo halló el remedio. Por lo tanto, cuanto más delicada se vuelve la conciencia del cristiano, mediante la acción de la Palabra y del Espíritu de Dios, mejor comprende todo lo que moralmente conviene al santuario. Cuanto más sensible se vuelve acerca de todo lo que es incompatible con la presencia divina, con tanta más claridad, profundidad y fuerza capta el valor infinito de ese sacrificio por el pecado. Este no solamente sobrepasa los límites de la conciencia humana, sino que incluso responde con perfección absoluta a todas las exigencias de la santidad divina.

Poseer la “naturaleza divina” es esencial a la comunión con Dios. No solo tengo necesidad de un *derecho* para acercarme a Dios, sino también de una *naturaleza* que pueda gozar de Él. El alma que cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios tiene uno y otra (véase Juan 1:12-13; 3:36; 5:24; 20:31; 1 Juan 5:11-13).

Exigencia de la santidad divina e ignorancia del creyente

Nada podría demostrar más evidentemente la incapacidad del hombre para hacer frente al pecado que el hecho de existir

Pecados de ignorancia
(Hebreos 9:7).



¿Cómo podría afrontar lo que no conoce? ¿Cómo podría liberarse de aquello de lo que ni siquiera ha sido consciente? Imposible. La ignorancia del hombre acerca del pecado prueba su incapacidad total para deshacerse de él. Si no lo conoce ¿qué puede hacer al respecto? Nada. Es incapaz como ignorante. Y eso no es todo. El hecho de que haya “pecado de ignorancia” demuestra la incertidumbre que acompaña todo ensayo de solucionar la cuestión del pecado, el cual jamás podría aplicarse a nociones más elevadas que las que pueden surgir en la conciencia humana más delicada. Nunca puede haber paz duradera sobre esta base. Quedará siempre la penosa impresión de que, por encima de todo, el mal subsiste. Si el corazón no es conducido, por el testimonio de la Escritura, a la certeza duradera de que los derechos inflexibles de la Justicia divina han sido satisfechos, se sentirá necesariamente preocupado. Todo sentimiento de este género es un obstáculo en nuestro culto, en nuestra comunión y en nuestro testimonio. Si estoy inquieto en cuanto al problema del pecado, no puedo tributar culto, ni gozar de la comunión con Dios ni con su pueblo; tampoco puedo ser un inteligente o bendecido testigo de Cristo. Es preciso que el corazón esté tranquilo delante de Dios, en cuanto a la perfecta remisión de los pecados, para que podamos adorarle “en espíritu y en verdad” (Juan 4:23). Si el sentimiento de culpabilidad pesa sobre la conciencia, habrá temor y, seguramente, un corazón atemorizado no puede ser feliz y adorador. Solamente de un corazón lleno de ese santo reposo que proporciona la sangre de Cristo, puede subir hasta el Padre un culto verdadero y aceptable. El mismo principio se aplica a nuestra comunión con el pueblo de Dios, a nuestro servicio y a nuestro testimonio entre los hombres. Todo debe descansar sobre el fundamento de una paz bien establecida. Esta misma paz descansa sobre el fundamento de una conciencia perfectamente purificada. La conciencia purificada descansa sobre la base de la perfecta remisión de todos nuestros pecados, sean conocidos o ignorados.

Comparación entre el holocausto y el sacrificio por el pecado

Ahora vamos a comparar el sacrificio por el pecado con el holocausto. Nos ofrecerán dos aspectos muy diferentes de Cristo, quien, a pesar de ello, es el mismo Cristo. Por eso, en uno y otro caso, el sacrificio era “sin defecto”. La razón es fácil de comprender. Bajo cualquier aspecto que contemplemos a nuestro Señor Jesucristo, siempre es el mismo Ser perfecto, puro, santo y sin mancha. Si bien en su abundante gracia cargó sobre sí el pecado de su pueblo, aun entonces era un Cristo perfecto y sin mancha. Se necesitaría nada menos que una maldad diabólica para valerse de la profundidad de su humillación a fin de empañar la gloria personal de Aquel que así se humilló. La excelencia, la pureza inalterable y la divina gloria de nuestro muy amado Señor apa-

recen con igual fuerza, tanto en el sacrificio por el pecado como en el holocausto. En cualquier relación que se nos presente, cualquiera sea el oficio que desempeñe o la obra que cumpla, en cualquier posición que ocupe, sus glorias personales irradian todo su esplendor divino.

Esta verdad acerca de un solo y mismo Cristo, sea en el holocausto, o en el sacrificio por el pecado, no solo se ve en el hecho de que en ambos casos la ofrenda era “sin defecto”, sino también en la “ley de la expiación”: “Esta es la ley del sacrificio expiatorio: en el lugar donde se degüella el holocausto, será degollada la ofrenda por el pecado delante de Jehová; es cosa santísima” (cap. 6:25). Los dos tipos figuran un solo y gran Antitipo, aunque lo presentan bajo muy diferentes aspectos de su obra. En el holocausto, Cristo responde a los afectos de Dios; en la ofrenda por el pecado responde a las profundas necesidades del hombre. El primero nos lo presenta como Aquel que cumple la voluntad de Dios, el segundo, como Aquel que lleva el pecado del hombre. En el primero vemos cuál es el valor del sacrificio, en el segundo cuál es la odiosidad del pecado.

Cuando consideramos el holocausto, vimos que era una ofrenda voluntaria: “de su voluntad lo ofrecerá” (cap. 1:3). Mas en la expiación no se trata de buen grado, ni de hacerlo voluntariamente. Está en perfecto acuerdo con el objeto especial del Espíritu Santo en el holocausto, representarle como ofrenda voluntaria. Era el alimento y la bebida de Cristo hacer la voluntad de Dios cualquiera que fuese. Nunca se le ocurrió preguntar qué ingredientes había en la copa que su Padre le ponía entre las manos. Le bastaba que el Padre la hubiera preparado. Tal era nuestro Señor Jesucristo prefigurado por el holocausto. En la ofrenda por el pecado se desenvuelve otro conjunto de verdades. Este tipo nos presenta a Cristo, no como a Aquel que cumplió de buen grado la voluntad de Dios, sino como Quien llevó la terrible carga del “pecado”. Él sufrió todas sus espantosas consecuencias, aun la más terrible: que Dios le ocultase su rostro. Por eso la expresión “de su voluntad” no estaría en armonía con el objetivo del Espíritu en el sacrificio por el pecado. Estaría tan fuera de lugar en este tipo como está divinamente en su lugar en el holocausto. Su empleo y su omisión son igualmente divinos y testifican la perfecta y divina precisión de los tipos del Levítico.

El contraste que acabamos de considerar explica, o más bien armoniza, dos expresiones empleadas por nuestro Señor. En una ocasión dijo: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Juan 18:11) y después: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa” (Mateo 26:39). La primera de las expresiones era el perfecto cumplimiento de las palabras con las cuales empezó su carrera: “El hacer, tu voluntad, Dios mío, me ha agradado” (Salmo 40:8; Hebreos 10:7). Además, es la expresión de Cristo, como ofrenda para el holocausto. La segunda, al contrario, es la

exclamación de Cristo cuando contempla lo que va a ser de él como sacrificio por el pecado. Más adelante veremos lo que era esta posición y lo que le esperaba al tomarla; pero es interesante e instructivo encontrar toda la doctrina de estas dos ofrendas encerrada, en cierto modo, en el hecho de que una sola expresión sea puesta en una y omitida en la otra. En el holocausto vemos la perfecta sumisión con que Cristo se ofreció a sí mismo para cumplir la voluntad de Dios. En la ofrenda por el pecado vemos con qué profunda abnegación tomó sobre sí todas las consecuencias del pecado y cómo se identificó con el hombre tan distanciado de Dios. Se complacía en hacer la voluntad de Dios. Se estremeció ante la idea de perder, por un momento, la luz de su bendito rostro. Ninguna ofrenda, por sí sola, pudo haberle presentado bajo estos dos aspectos. Era necesario un tipo que nos lo mostrase como el que se complace en hacer la voluntad de Dios y otro como Aquel cuya santa naturaleza retrocedía ante las consecuencias del pecado imputado. Gracias a Dios, tenemos uno y otro en estas dos ofrendas. Por esto, cuanto más profundizamos en la sumisión del corazón de Cristo a Dios, mejor comprendemos su horror hacia el pecado y viceversa. Cada uno de estos tipos pone de relieve al otro, y el empleo de la expresión “de su voluntad” en uno, y no en el otro, fija el carácter principal de cada uno.

Tal vez se diga: «¿No era la voluntad de Dios que Cristo se ofreciese a sí mismo en sacrificio por el pecado? Y, si es así ¿cómo podía sentir la menor repugnancia en cumplir esta voluntad?» Seguramente era el “determinado consejo... de Dios” (Hechos 2:23) que Cristo sufriera. Además, el gozo de Cristo era hacer la voluntad de Dios. Pero ¿cómo debemos comprender la expresión: “Si es posible, pase de mí esta copa”? ¿No es este el clamor de Cristo? Ciertamente. Y habría una gran laguna en los tipos de la economía mosaica si no hubiera uno que representara a nuestro Señor Jesucristo en la exacta actitud moral señalada por este clamor. El holocausto no nos lo presenta de esta manera; no hay una sola circunstancia referida a esta ofrenda que corresponda a tal lenguaje. Solo el sacrificio por el pecado ofrece la figura apropiada del Señor Jesucristo exclamando estos acentos de intensa agonía, porque solo en ella encontramos las circunstancias que evocaron tales acentos de lo profundo de su alma sin mancha. La terrible sombra de la cruz, con su ignominia, su maldición y su exclusión de la luz del rostro de Dios, pasaba delante de su espíritu. No podía contemplarla sin exclamar: “Si es posible, pase de mí esta copa”. Apenas ha pronunciado estas palabras cuando su profunda sumisión se muestra en otras: “Pero no como yo quiero, sino como tú”. ¡Qué “copa” amarga la que hizo salir de un corazón perfectamente sumiso las palabras: “Pase de mí”! ¡Qué perfecta sumisión cuando, en presencia de una copa tan amarga, el corazón podía exclamar “hágase tu voluntad”!

La imposición de las manos: identificación con la víctima

El acto de la imposición de las manos era común al holocausto y a la ofrenda por el pecado. En el primero, identificaba a la persona que ofrecía el sacrificio con una ofrenda sin defecto; en el segundo, este acto implicaba el traslado del pecado de la persona oferente a la cabeza de la ofrenda. Así era en el tipo y, cuando consideramos a Cristo, el antitipo, vemos una verdad de las más consoladoras y edificantes. Si fuese mejor comprendida, esta verdad proporcionaría una paz mucho más constante que la que se goza generalmente.

¿Cuál es, pues, la doctrina expresada en el acto de imponer las manos? Es esta: Cristo fue hecho pecado

Para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él



(2 Corintios 5:21).

Tomó nuestro lugar con todas sus consecuencias, para que tuviéramos lugar con él en la gloria. Fue tratado como pecado en la cruz para que fuésemos hallados justos en presencia de la santidad divina. Fue rechazado de la presencia de Dios porque, por imputación, tenía sobre sí el pecado; en cuanto a nosotros, somos recibidos en la casa de Dios y en su seno, ya que, por imputación, tenemos una justicia perfecta. Tuvo que sufrir que Dios le ocultase su rostro a fin de que pudiéramos regocijarnos a la luz de esta faz. Experimentó tres horas de tinieblas para que entrásemos en la luz eterna. Fue abandonado por Dios durante algún tiempo, a fin de que gozáramos de su presencia eternamente. Todo lo que nos correspondía, como pecadores perdidos, fue puesto sobre él para que todo lo que le correspondía, por haber cumplido la obra de la redención, pudiera ser nuestra parte. Todo estaba contra él cuando fue colgado en el madero maldito, para que nada estuviese contra nosotros. Él se identificaba con nosotros en la realidad de la muerte y del juicio, a fin de que fuésemos identificados con él en la realidad de la vida y la justicia. Bebió la copa de la ira –la copa del terror– con el objeto de que bebiésemos la copa de la salvación, la copa de la gracia infinita.

Tal es la maravillosa verdad ilustrada en el acto ceremonial de la imposición de las manos. Cuando el adorador ponía su mano sobre la cabeza de la víctima para el holocausto, ya no se trataba de lo que era o de lo que merecía; únicamente contaba lo que era la ofrenda a juicio de Jehová. Si la víctima era sin defecto, la persona que la ofrecía lo era también. Si la víctima era aceptada, aquel que la ofrecía lo era también. Estaban perfectamente identificados. El acto de imponer las manos hacía que fueran uno a los ojos de Dios. Él veía al oferente a través de la ofrenda.

Así era en el holocausto; pero en el sacrificio por el pecado, cuando el oferente ponía la mano sobre la cabeza de la víctima, era asunto de su propia condición. La víctima era tratada según lo que merecía el que la ofrecía. Estaban perfectamente identificados. El acto de imponer las manos los constituía uno a los ojos de Dios. En el sacrificio por el pecado se tenía que arreglar el asunto del pecado de aquel que lo ofrecía; en el holocausto, el que lo ofrecía era aceptado. Esto establecía una inmensa diferencia entre uno y otro. Por eso, aunque el acto de imponer las manos era común a los dos sacrificios, y aunque este acto expresaba lo mismo en los dos casos –a saber, la identificación–, las consecuencias eran muy distintas. El justo tratado como el injusto, el injusto aceptado en el justo. “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Pedro 3:18). He aquí la doctrina. Nuestros pecados llevaron a Cristo a la cruz, pero él nos lleva a Dios. Y si él nos lleva a Dios, es por su propia aceptación como resucitado de entre los muertos después de haber quitado nuestros pecados según la perfección de su obra. Él llevó nuestros pecados lejos del santuario de Dios, para poder acercarnos e introducirnos aun en el lugar santísimo, con toda seguridad de corazón, teniendo la conciencia purificada de toda mancha del pecado por su preciosa sangre.

Cuanto más comparemos todos los detalles de la ofrenda para el holocausto y el sacrificio por el pecado, mejor comprenderemos la verdad de lo que hemos dicho respecto al acto de imponer las manos y a sus resultados en uno y otro caso. En el primer capítulo de este volumen, notamos que “los hijos de Aarón” se veían en el holocausto, pero no en la ofrenda por el pecado. Como sacerdotes, tenían el privilegio de estar alrededor del altar y de contemplar la llama de un sacrificio grato que se elevaba hacia Dios. Pero en la ofrenda por el pecado se trataba primeramente del solemne juicio del pecado y no del culto de los sacerdotes, por lo cual los hijos de Aarón no aparecen en tal ceremonia. Como pecadores convictos, tenemos que ver con Cristo, antitipo del sacrificio por el pecado. Como sacerdotes que rinden culto, revestidos de la salvación, contemplamos a Cristo, antitipo del holocausto.

Además, la víctima para el holocausto era “degollada”, lo que no sucedía en la ofrenda por el pecado. También era dividida “en sus piezas”. “Los intestinos y las piernas” (cap. 1:9; 9:14) del holocausto eran lavados con agua, cosa completamente omitida en la ofrenda por el pecado. Finalmente, el holocausto era quemado sobre el altar, pero el sacrificio por el pecado era quemado fuera del campamento. Estos puntos y otras diferencias provienen sencillamente del carácter distintivo de las ofrendas. Sabemos que en la Palabra de Dios no hay nada que no tenga significación especial. Todo atento e inteligente lector de las Escrituras notará estas diferencias y

procurará comprender su verdadero alcance. Puede haber *ignorancia*, pero no debe haber *indiferencia*. Dejar de lado un solo punto de las páginas inspiradas –sobre todo de las que estamos considerando, que son tan ricas en enseñanzas– sería deshonorar al divino Autor y privar a nuestras almas de un gran provecho espiritual. Debemos detenernos en los menores detalles, sea para admirar la sabiduría de Dios que allí se manifiesta, sea para confesar nuestra ignorancia al respecto y humillarnos por ella. Pasarlos por alto con un espíritu de indiferencia sería, en cierto modo, afirmar que el Espíritu Santo se tomó el trabajo de hacer escribir cosas que no encontramos dignas de intentar comprender. Ningún cristiano recto se atrevería a pensar tal cosa. Si el Espíritu Santo, al darnos la ley del sacrificio por el pecado, omitió los ritos que ocupan un lugar esencial en la ley del holocausto, debió de tener su razón. El sacrificio por el pecado muestra a Cristo tomando judicialmente el lugar que moralmente nos correspondía. Por lo tanto, no podemos encontrar allí la expresión de lo que él era, en todos los motivos secretos que le hacían obrar, simbolizada en el acto típico de “degollar”. Tampoco podría haber una amplia exposición de lo que él era en los menores rasgos de su carácter, lo cual se ve en el acto de dividir en “sus piezas”. Y finalmente, no hay una manifestación de lo que él era en persona, en la práctica e intrínsecamente, representada por el muy significativo acto de lavar “con agua los intestinos y las piernas” (cap. 1:9).

Todas estas cosas pertenecen a la ofrenda como holocausto de nuestro muy amado Señor, y solamente a ella. Allí le vemos ofreciéndose a sí mismo en el altar a la mirada y al corazón de Jehová, sin que se trate de imputación del pecado, de ira o de juicio. En la ofrenda por el pecado, por el contrario, en lugar de haber como idea preeminente lo que Cristo es, encontramos lo que es el pecado. En lugar del valor de Jesucristo, se encuentra la odiosidad del pecado. En el holocausto, puesto que Cristo mismo se ofrece a Dios, encontramos lo necesario para manifestar lo que Él era en todos sus aspectos. En el sacrificio por el pecado, siendo el pecado juzgado por Dios, encontramos precisamente lo contrario. Todo esto es tan sencillo que no exige ningún esfuerzo intelectual para comprenderlo. Deriva naturalmente del carácter distintivo del sacrificio.

La grosura de la víctima, imagen de la excelencia de Cristo en su muerte por el pecado

El objeto principal de la expiación es prefigurar lo que Cristo fue hecho por nosotros, y no lo que era en sí mismo. No obstante, hay un rito en este sacrificio que representa de la manera más expresiva cuán agradable era Él personalmente para Dios. Está indicado en las siguientes palabras: “Y tomará del becerro para la expiación toda su grosura, la que cubre los intestinos, y la que está

sobre las entrañas, los dos riñones, la grosura que está sobre ellos, y la que está sobre los ijares; y con los riñones quitará la grosura de sobre el hígado, de la manera que se quita del buey del sacrificio de paz; y el sacerdote la hará arder sobre el altar del holocausto” (cap. 4:8-10). Así la excelencia intrínseca de Cristo no es omitida, ni siquiera en el sacrificio por el pecado. La grosura quemada sobre el altar es la expresión de la divina apreciación del valor de Cristo, cualquiera fuese el lugar que en su perfecta gracia tomase por nosotros. Fue hecho pecado por nosotros, y el sacrificio por el pecado es el tipo divino de ello. Puesto que era hecho pecado el Señor Jesucristo, el Elegido de Dios, su santo Hijo, perfectamente puro y eterno, la grosura del sacrificio por el pecado se quemaba sobre el altar. Era la materia apropiada para ese fuego que simbolizaba tan bien la santidad divina.

Pero, incluso a este respecto, vemos qué contraste hay entre el sacrificio por el pecado y el holocausto. En el último, se quemaba sobre el altar no solo la grosura, sino la víctima entera, porque representaba a Cristo sin relación con el pecado. En el primero, solo la grosura debía quemarse sobre el altar, porque se trataba de llevar el pecado, aunque Cristo era el portador. Las glorias divinas de la Persona de Cristo brillan aun en medio de las sombras más negras de aquel madero al cual consintió ser clavado, hecho maldición por nosotros. La odiosidad del pecado, al cual se asoció en el ejercicio de su amor divino, no podía impedir que el agradable olor de sus perfecciones subiera hasta el trono de Dios. Así se nos manifiesta el profundo misterio de la faz de Dios oculta a Cristo *hecho pecado*, y del corazón de Dios gozándose de lo que Cristo *era* en sí mismo. Esto da un especial interés al sacrificio por el pecado. El resplandor de la gloria personal de Cristo en medio de las lúgubres tinieblas del Calvario; su valor personal resurgiendo de las mayores profundidades de su humillación; las delicias de Dios en Aquel de quien debía ocultar su rostro en virtud de su inflexible justicia y santidad; todo esto es expresado por el hecho de quemar sobre el altar la grosura del sacrificio por el pecado.

El cuerpo de la víctima es quemado fuera del campamento

Tras haber visto lo que se hacía con la sangre y la grosura, consideremos ahora lo que sucedía con la carne. “Y la piel del becerro, y toda su carne... todo el becerro sacará (el sacerdote) fuera del campamento a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña; en donde se echan las cenizas será quemado” (v. 11-12). En este hecho tenemos el rasgo principal del sacrificio por el pecado, lo que lo distingue a la vez del holocausto y del sacrificio de paz. Su carne no era quemada sobre el altar, como en el holocausto, ni comida por el sacerdote o el adorador, como en el sacrificio de paz. Era quemada enteramente fuera del campamento.

“ Mas no se comerá ninguna ofrenda de cuya sangre se metiere en el tabernáculo de reunión para hacer expiación en el santuario; al fuego será quemada (Levítico 6:30).

“Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (Hebreos 13:11-12). Esto solo corresponde a los sacrificios de expiación (cap. 4:1-21), cuya sangre era llevada al lugar santo. Había otras ofrendas para expiación de las cuales comían Aarón y sus hijos (véase Levítico 6:26-29; Números 18:9-10).

Aplicación práctica para el culto

Al comparar lo que se hacía con la sangre y la carne o cuerpo de la víctima, dos verdades importantes se presentan a nuestros ojos, a saber: la adoración y el estado del discípulo. La sangre introducida en el santuario es el fundamento del primero. El cuerpo quemado fuera del campamento es la base del segundo. Antes de que podamos rendir culto con paz de conciencia y libertad de corazón, es preciso saber, según la autoridad de la Palabra y por el poder del Espíritu, que

- la cuestión del *pecado* ha sido resuelta para siempre por la sangre del divino sacrificio por el pecado;
- esta sangre ha sido rociada en perfección ante Dios;
- todas Sus exigencias y todas nuestras necesidades, como pecadores perdidos y culpables, han sido satisfechas para siempre.

Esto da una paz perfecta, y gozando de esta paz adoramos a Dios. Cuando un israelita había ofrecido el sacrificio por el pecado, su conciencia reposaba a causa de su sacrificio. Es verdad que solo era una paz temporal, puesto que era el fruto de un sacrificio temporal. Pero, cualquiera fuese el género de paz que el sacrificio proporcionase, aquel que lo ofrecía podía gozar de ella. Por consiguiente, siendo nuestro sacrificio divino y eterno, también nuestra paz es divina y eterna. Así como es el sacrificio, tal es la paz de la cual él es fundamento. Un judío nunca tenía la conciencia purificada para siempre, porque no tenía un sacrificio eternamente eficaz. Podía, en cierto sentido, tener su conciencia purificada por un día, un mes o un año, pero no podía tener su conciencia purificada para siempre. “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes veni-

deros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido *eterna* redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerria rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:11-14).

La sangre de Cristo

Aquí tenemos una presentación completa y explícita de la doctrina. La sangre de los toros y de los machos cabríos proporcionaba una redención temporaria; la sangre de Cristo proporciona una redención eterna. La primera purificaba exteriormente; la segunda interiormente. Aquella purificaba la carne por un tiempo; esta purifica la conciencia para siempre. Toda la cuestión depende no del carácter o la condición de quien ofrece, sino del valor del sacrificio. No se trata de saber si un cristiano es mejor que un judío, sino si la sangre de Cristo vale más que la de un toro. Seguro que vale más, infinitamente más. El Hijo de Dios comunica todo el valor de su divinidad al sacrificio que ha ofrecido. Si la sangre de un toro purificaba la carne por un año, “cuánto más” la sangre del Hijo de Dios purificará para siempre la conciencia. Si aquella quitaba *algunos* pecados, cuánto más esta los quitará *todos*.

Ahora bien, ¿cómo el alma de un judío podía tener paz, después de haber ofrecido su sacrificio por el pecado? ¿Cómo sabía que el pecado por el cual había presentado su sacrificio estaba perdonado? Porque Dios había dicho: “Y será perdonado”. La paz de su alma, en cuanto a ese pecado particular, se apoyaba en el testimonio del Dios de Israel y en la sangre de la víctima. Así es ahora; la paz del creyente, relativa a *todo pecado*, descansa en la autoridad de la Palabra de Dios y en

La sangre preciosa de Cristo”



(1 Pedro 1:19).

Si un judío pecaba y no ofrecía su sacrificio por el pecado, era “cortado de entre su pueblo”; pero cuando tomaba su lugar como pecador, cuando ponía la mano sobre la cabeza de una víctima para expiación, entonces la víctima era «cortada» en su lugar, y él era librado conforme al valor

del sacrificio. La víctima era tratada como merecía serlo quien la ofrecía. Por consiguiente, si este último no hubiera estado seguro de que su pecado le había sido perdonado, habría hecho a Dios mentiroso y considerado como inútil la sangre del sacrificio divinamente ordenado.

Y si esto era verdad para aquel que solo descansaba en el valor de la sangre de un macho cabrío, ¡“cuánto más” se aplica a quien puede apoyarse en la virtud de la preciosa sangre de Cristo! El creyente ve a Cristo como quien ha sido juzgado por todos sus pecados; quien, colgado en la cruz, llevó todo el peso de sus pecados. Aquel que, habiéndose hecho responsable de los pecados, no podría estar donde está ahora si la cuestión del pecado no hubiera sido solucionada según los requisitos de la justicia infinita. Cristo tomó nuestro lugar en la cruz; estábamos enteramente identificados con Él. Todos nuestros pecados le fueron completamente imputados. Así, todo sentimiento de culpabilidad del creyente, todo temor de ser expuesto a ira o a juicio está eternamente echado a un lado. Todo se solucionó en el madero entre la Justicia divina y la Víctima sin defecto. Ahora, el creyente está absolutamente identificado con Cristo en el trono, como Cristo estuvo identificado con él en la cruz. La justicia ya no tiene nada que alegar contra el creyente, porque no tiene nada contra Cristo. Si todavía fuese válida una acusación contra el creyente, esto sería poner en duda la realidad de la identificación de Cristo con él en la cruz y la perfección de la obra de Cristo. Si, cuando el adorador de antaño volvía a su casa, después de ofrecer su sacrificio por el pecado, alguien le hubiera acusado del pecado por el cual había inmolado a la víctima, ¿cuál habría sido su respuesta? Sencillamente esta: «El pecado ha sido expiado con la sangre de la víctima, y Dios ha pronunciado estas palabras: “Y será perdonado”». La víctima había muerto en su lugar y él vivía en lugar de la víctima.

Cristo, el antitipo

Tal era el tipo. En cuanto al antitipo, cuando la mirada de la fe se detiene en Cristo como sacrificio por el pecado, ve en él a quien, habiendo tomado una perfecta vida humana, la entregó en la cruz porque el pecado le fue imputado allí. También ve en él a aquel que, teniendo en sí mismo el poder de la vida, sale de la tumba y comunica su vida de resurrección, vida divina y eterna, a todos los que creen en su nombre. El pecado es quitado, porque la vida a la que estaba unido fue quitada. Y ahora, en lugar de una vida unida al pecado, todos los verdaderos creyentes poseen la vida a la cual está ligada la justicia. La cuestión del pecado jamás puede plantearse frente a la vida resucitada y victoriosa de Cristo. Esta es la vida que poseen los creyentes. No hay otra vida. Fuera de ella, todo está muerto, porque todo está bajo el poder del pecado.

El que tiene al Hijo, tiene la vida



(1 Juan 5:12);

aquel que tiene la vida, tiene también la justicia. Las dos cosas son inseparables, porque Cristo es una y otra. Si el juicio y la muerte de Cristo en la cruz fueron reales, la vida y la justicia del creyente también lo son. Si el pecado imputado era una realidad para Cristo, la justicia imputada es una realidad para el creyente. Son tan reales el uno como la otra; si no fuera así, Cristo habría muerto en vano. El verdadero e inquebrantable fundamento de la paz es este: las exigencias de la naturaleza de Dios en cuanto al pecado fueron perfectamente satisfechas. La muerte de nuestro Señor Jesucristo las satisfizo todas, y para siempre. ¿Qué lo prueba, de manera que tranquilice una conciencia despierta? El gran hecho de la resurrección. Un Cristo resucitado proclama la entera liberación del creyente, su perfecta absolución de todo cargo posible.

El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación



(Romanos 4:25).

Un cristiano que no sabe que su pecado es quitado para siempre hace poco caso de la sangre de su divino sacrificio por el pecado. Niega u olvida que esa sangre ha tenido la perfecta presentación: la aspersion hecha siete veces delante de Dios (cap. 4:6, 17).

Nuestra posición como consecuencia de la obra en la cruz

Antes de dejar este punto fundamental deseo hacer un llamamiento al corazón y a la conciencia. Querido amigo, ¿ha sido usted inducido a apoyarse en este santo y feliz fundamento? ¿Sabe que la cuestión de su pecado, y de sus pecados, ha sido resuelta para siempre? ¿Ha puesto su mano, por la fe, sobre la cabeza de la víctima ofrecida por el pecado? ¿Ha visto la sangre expiatoria de Jesucristo quitar de sobre usted toda culpabilidad y arrojarla a las profundas aguas del olvido de Dios? La justicia divina ¿tiene aún algo en su contra? ¿Está libre de los indecibles tormentos de una conciencia culpable? No descance, se lo ruego, hasta que pueda dar feliz respuesta a estas preguntas. Es un gran privilegio para el más débil hijo en Cristo regocijarse por la plena y eterna remisión de sus pecados. Quien enseña otra cosa rebaja el sacrificio de Cristo al nivel del de los “toros y de los machos cabríos”. Si no podemos saber que nuestros pecados han sido perdonados, ¿dónde está la buena nueva del Evangelio? ¿No tiene el cristiano ninguna ventaja sobre el judío, en cuanto a la expiación? Este último tenía el privilegio de saber que la propiciación es-

taba hecha para él por un año, merced a la sangre de un sacrificio anual. El cristiano ¿no puede tener certidumbre alguna? Sin duda alguna. Pues bien, si hay certidumbre para él, es preciso que sea eterna, puesto que descansa en un sacrificio eterno.

Esto, y solo esto, es la base del culto. La perfecta seguridad del perdón produce, no un espíritu de confianza en sí mismo, sino un espíritu de alabanza, de acción de gracias y de adoración. No brinda satisfacción personal, sino gozo y satisfacción en Cristo, lo cual, gracias a Dios, caracterizará a los rescatados durante la eternidad. Nos conduce, no a hacer poco caso del pecado, sino a admirar la gracia que lo ha perdonado perfectamente y a valorar la sangre que lo ha anulado por completo. Es imposible contemplar la cruz, ver el lugar que Cristo tomó allí, meditar en sus padecimientos, pensar en las tres terribles horas de tinieblas y, al mismo tiempo, mirar el pecado como algo de poca importancia. Cuando se han comprendido bien estas cosas, por el poder del Espíritu Santo, seguirán dos resultados, a saber: el horror hacia el pecado en todas sus formas y un sincero amor por Cristo, por su pueblo, por su causa.

Salgamos a Él fuera del campamento

Consideremos lo que se hacía con la “carne” o “cuerpo” de la víctima, en el cual encontramos, como ya dicho, la verdadera base del discipulado. “Todo el becerro sacará *fuera del campamento* a un lugar limpio, donde se echan las cenizas, y lo quemará al fuego sobre la leña” (cap. 4:12). Este acto debe ser considerado desde dos puntos de vista:

- el lugar que nuestro Señor Jesucristo tomó por nosotros, llevando el pecado;
- el lugar donde fue echado por un mundo que lo había rechazado.

Quisiera llamar la atención sobre este último punto. La lección que el apóstol extrae en Hebreos 13, de que Cristo “padeció fuera de la puerta”, es muy práctica: “Salgamos, pues, a *él*, fuera del campamento, *llevando su vituperio*” (v. 12-13). Así como los sufrimientos de Cristo nos han asegurado la entrada en el cielo, el lugar donde padeció representa nuestro rechazamiento por parte del mundo. Su muerte nos ha proporcionado una ciudad en lo alto; el lugar donde murió nos priva de una ciudad aquí abajo. Él “padeció fuera de la puerta”; por eso dejó a un lado a Jerusalén, como centro de las operaciones divinas. Ahora ya no hay un lugar consagrado en la tierra. Cristo ocupó su lugar como víctima, fuera de los límites de la religión de este mundo, de su política y de todo lo que le pertenece. El mundo le odió y le rechazó. Por eso dice la Escritura: “*Salid*” (2 Corintios 6:17). Esta es la divisa concerniente a todo lo que los hombres constituyen como “campamento”, cualquiera sea su forma. Si los hombres erigen una «ciudad santa», debemos buscar

un Cristo desechado “fuera de la puerta”. Si los hombres forman un campamento religioso, cualquiera sea el nombre que se le quiera dar, debemos *salir* de él a fin de encontrar un Cristo rechazado. Una ciega superstición puede excavar las ruinas de Jerusalén para buscar allí reliquias de Cristo. Ya lo ha hecho y lo hará todavía. Aparentará haber descubierto y honrará el lugar donde estuvo su cruz y su sepulcro. Aprovechándose de la superstición, la codicia natural ha hecho, durante siglos, un tráfico lucrativo con el astuto pretexto de honrar los llamados santos lugares de la antigüedad. Pero un solo rayo de luz de la divina lámpara de la Revelación bastará para hacernos ver que es preciso *salir* de todo eso a fin de encontrar a un Cristo desechado y gozar de la comunión con él.

Sin embargo, recordemos que la exhortación de salir implica mucho más que el simple alejamiento de una absurda e ignorante superstición o de las astucias de una sagaz codicia. Muchos pueden hablar con energía y elocuencia en contra de todas estas cosas, no obstante encontrándose muy lejos de obedecer el mandamiento del apóstol. Cuando los hombres forman un “campamento” y se reúnen alrededor de una bandera, teniendo por escudo de armas algún dogma importante o excelente reglamento; cuando pueden recurrir a un credo ortodoxo, a un plan de doctrina elaborado, a un ritual espléndido, capaz de satisfacer las más ardientes aspiraciones de la devota naturaleza del hombre; cuando una o varias de estas cosas existen, es necesaria una gran inteligencia espiritual para discernir la fuerza real y el alcance de esta palabra: “Salgamos”; igualmente se necesita mucha energía y decisión espiritual para ajustarse a esta exhortación. Es provechoso comprenderla y obedecerla, porque la atmósfera de un campamento –cualquiera sea su fundamento y su bandera– es contraria a la comunión personal con un Cristo desechado. Ninguna de las llamadas ventajas religiosas suplirá la falta de esta comunión. Tenemos tendencia a caer en formas frías y estereotipadas. Siempre ha ocurrido así en la iglesia profesante. Estas formas pueden haber sido verdaderamente poderosas en el origen. Pueden haber resultado de la presencia real del Espíritu de Dios. Lo peligroso es mantener la forma, cuando el Espíritu y la fuerza han desaparecido. Esto es, en principio, establecer un campamento. El sistema judío podía jactarse de un origen divino. Un judío podía señalar el templo con su pomposo sistema de culto, su sacerdocio, sus sacrificios, sus ornamentos y sus utensilios, y probar que todo había sido ordenado por el Dios de Israel. En otras palabras, podía citar el capítulo y el versículo para todo lo que se relacionaba con el sistema al cual estaba unido. ¿Qué sistema de la antigüedad, de la Edad Media o de los tiempos modernos puede presentar tan altas y tan poderosas pretensiones y dirigirse al corazón con una autoridad tan imponente? No obstante, la orden dada a los creyentes hebreos era *que saliesen*.

Este es un asunto solemne. Nos concierne a todos, porque todos tenemos inclinación a deslizar-nos de la comunión con un Cristo viviente a una rutina muerta. De ahí la fuerza moral de estas palabras: “Salgamos, pues, a él” (Hebreos 13:13). Esto no significa: «Salgamos de un sistema para entrar en otro; dejemos ciertas opiniones para abrazar otras; dejemos tal sociedad para juntarnos a otra». No, sino: salgamos de todo lo que puede llamarse campamento, “a él”, quien “padeció fuera de la puerta”. El Señor Jesucristo está ahora tan fuera de la puerta como cuando padeció allí hace aproximadamente veinte siglos. ¿Por quién fue llevado fuera de la puerta? Por el mundo religioso de entonces, el cual era, en espíritu y en principio, el mismo de hoy. El mundo siempre es el mundo.

Y nada hay nuevo debajo del sol

“ (Eclesiastés 1:9).

Cristo y el mundo no son uno. El mundo se ha puesto el manto del cristianismo, pero solo para que su odio contra Cristo pueda desenvolverse en formas más peligrosas. No nos engañemos a nosotros mismos. Si queremos andar con un Cristo desechado, es preciso que seamos un pueblo desechado. Si nuestro Señor “padeció *fuera* de la puerta” no podemos esperar reinar *dentro* de ella. Si seguimos sus pasos ¿adónde nos conducirán? Seguramente no a las posiciones elevadas de este mundo sin Dios y sin Cristo.

Él es un Cristo menospreciado, rechazado, un Cristo fuera del campamento. ¡Salgamos, pues, a él, llevando su oprobio! No nos complazcamos con las manifestaciones del favor de este mundo, el cual crucificó al Amado y todavía demuestra un odio implacable hacia él. Nosotros le debemos todo, tanto aquí como en la eternidad, pues nos ama con un amor al que las muchas aguas no podrán apagar. No sostengamos, ni directa ni indirectamente, lo que se cubre con el nombre sagrado de Cristo, pero que en realidad odia a su persona, sus caminos, su verdad y hasta la simple mención de su advenimiento. Seamos fieles a nuestro Señor ausente. Vivamos para Aquel que murió por nosotros. Si tenemos paz en la conciencia por su sangre, que los afectos de nuestro corazón se apeguen a su persona, de suerte que nuestra separación

Del presente siglo malo

“ (Gálatas 1:4)

no sea solo el resultado de fríos principios, sino de la decisión de un corazón que no encuentra en la tierra el objeto de su afecto. ¡Quiera el Señor preservarnos de la influencia de este egoísmo consagrado y prudente, tan común hoy día, que no querría estar sin religión, y sin embargo, es enemigo de la cruz de Cristo! Lo que necesitamos para resistir con éxito a esta terrible forma del mal, no son opiniones particulares, principios especiales, singulares teorías o una fría ortodoxia intelectual. Es menester una profunda devoción a la Persona del Hijo de Dios; una entera y cordial consagración de nosotros mismos, cuerpo, alma y espíritu, a su servicio; un ardiente deseo de su gloriosa venida. Tales son las necesidades particulares de los tiempos en que vivimos. Exclamemos, pues, desde lo más profundo de nuestro corazón: «¡Oh, Señor, vivifica tu obra, completa el número de tus elegidos! ¡Ven, Señor Jesús!»

Los sacrificios por la culpa

a) Faltas contra Dios

Los sacrificios de expiación por la culpa se dividían en dos clases: las faltas contra *Dios* y las faltas contra el *hombre*. “Cuando alguna persona cometiere falta, y pecare *por yerro* en las cosas santas de Jehová, traerá por su culpa a Jehová un carnero sin defecto de los rebaños, conforme a tu estimación en siclos de plata del siclo del santuario” (cap. 5:15). Aquí tenemos el caso de una falta positiva, cometida con relación a las cosas santas que pertenecían a Jehová, la que, aunque hubiese sido cometida “por yerro”, no podía ser pasada por alto. Si bien Dios puede perdonar cualquiera ofensa, no puede pasar por alto impunemente el pecado más insignificante. Su gracia es perfecta; por consiguiente, puede perdonarlo *todo*. Su santidad es perfecta, por lo tanto, *nada* puede pasar por alto. No tolera la iniquidad, pero puede borrarla, y esto según la perfección de su gracia y de su santidad.

Es un grave error suponer que, con tal que un hombre siga los dictados de su conciencia, está seguro y en el buen camino. La paz que se apoya en tal base será eternamente destruida cuando la luz del tribunal de Cristo resplandezca sobre la conciencia. Dios no podría rebajar sus derechos a semejante nivel. La balanza del santuario está ajustada a una escala muy diferente de la que puede proporcionar la conciencia más delicada. Nunca se insistirá demasiado en este punto. Están implícitas dos cosas: primero, una justa percepción de lo que realmente es la santidad de Dios, luego una clara idea del fundamento de la paz del creyente en la presencia divina.

Así se trate de mi estado o de mi conducta, de mi naturaleza o de mis actos, solo Dios puede ser juez de lo que corresponde a su santa presencia. La ignorancia humana ¿puede presentar excusas cuando se trata de las exigencias divinas? ¡Imposible! Se ha cometido una falta “en las cosas santas de Jehová” (v. 15) sin que la conciencia del hombre la haya reconocido como tal. ¿Qué, pues? ¿No se inquietará más? ¿Se puede disponer tan a la ligera de lo que pertenece a Dios? No, por cierto. Esto sería subvertir toda relación con Dios. Los justos son llamados a alabar la memoria de la santidad de Dios (Salmo 97:12). ¿Cómo pueden hacerlo? Porque su paz ha sido asegurada sobre el fundamento de la completa justificación y del perfecto establecimiento de esa santidad. De esto se deduce que, cuanto más elevada sea su comprensión de tal santidad, más profunda y más segura deberá ser su paz. Esta es una verdad preciosa. El hombre no regenerado jamás podrá regocijarse de la santidad divina. Si no puede ignorarla completamente, su deseo será rebajarla lo más posible. Tal hombre se consolará con el pensamiento de que Dios es bueno,

misericordioso, paciente; pero nunca se le verá regocijarse porque Dios es santo. Todos sus pensamientos sobre la bondad de Dios, su gracia y su misericordia, son profanos. Él querría encontrar en sus diversos atributos una excusa para continuar viviendo en el pecado.

El hombre regenerado, por el contrario, se alegra al pensar en la santidad de Dios. Ve la entera expresión de ella en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Esta santidad ha puesto el fundamento de su paz, y no solamente esto, sino que él participa y hace de ella su deleite, aborreciendo el pecado con perfecto odio. La naturaleza divina siente repugnancia hacia este y aspira a la santidad. Sería imposible gozar de una verdadera paz y libertad de corazón si no se supiera que todas las exigencias relativas a las “cosas santas de Jehová” han sido perfectamente satisfechas por nuestro divino sacrificio para expiación de la culpa. Siempre se apoderaría del corazón el penoso sentimiento de que estas exigencias han sido desconocidas y ofendidas por nuestras numerosas debilidades y faltas. Nuestras mejores acciones, nuestros momentos más santos, nuestros ejercicios más piadosos pueden mezclarse con culpabilidad por lo que respecta a “las cosas santas de Jehová” o las que “por mandamiento de Jehová no se han de hacer” (v. 17). ¡Cuántas veces las horas de culto público y de devoción particular son turbadas por la sequía y la distracción! Por esto necesitamos saber que todas nuestras ofensas han sido divinamente borradas por la preciosa sangre de Cristo. De modo que encontramos en el Señor Jesucristo al que ha satisfecho plena y perfectamente nuestras necesidades, como pecadores por naturaleza y culpables de hecho. Encontramos en él la perfecta respuesta a todas las necesidades de una conciencia culpable y a todas las exigencias de la santidad infinita de Dios, respecto a *todos* nuestros pecados y a *todas* nuestras ofensas. El creyente puede permanecer, con una conciencia tranquila y corazón aliviado, en la plena luz de esta santidad que es demasiado pura para ver la iniquidad o para mirar el pecado.

“Y pagará lo que hubiere defraudado de las cosas santas, y añadirá a ello la quinta parte, y lo dará al sacerdote; y el sacerdote hará expiación por él con el carnero del sacrificio por el pecado, y será perdonado” (cap. 5:16). En “la quinta parte” tenemos un carácter de la verdadera expiación de la culpa. Es de temer que este sea muy poco apreciado. Cuando pensamos en todas las faltas y ofensas que hemos cometido contra el Señor, y recordamos cuán lesionado ha sido Dios en sus derechos por este malvado mundo, ¡con qué interés podemos contemplar la obra de la cruz! En ella Dios no solamente recobró lo que estaba perdido, sino que obtuvo una ganancia real. Ganó más por la redención que lo que había perdido por la caída. Recoge una más abundante cosecha de gloria, de honor y de alabanza en los campos de la redención que en los de la creación. “Los

hijos de Dios” podían entonar un cántico de alabanzas, alrededor de la tumba vacía de Jesús, muy superior a lo que hicieron al contemplar la obra acabada del Creador. No solo fue perfectamente expiado el pecado, sino que se obtuvo una ventaja eterna por la obra de la cruz. Esta es una verdad maravillosa. ¡Dios sale ganando por la obra del Calvario! ¿Quién lo hubiera imaginado? Si hubiéramos contemplado al hombre y a la creación yaciendo en ruinas al pie del enemigo ¿cómo habríamos concebido que de entre esas ruinas Dios recogería despojos más ricos y nobles que ninguno de los que nuestro mundo habría podido ofrecerle antes de la caída? ¡Bendito sea el nombre de Jesús por todo ello! A él se lo debemos. Solo por su preciosa cruz podía ser enunciada una verdad tan asombrosa y divina. Por cierto que esta cruz encierra una sabiduría misteriosa, “la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Corintios 2:8). No es sorprendente, pues, que los afectos de los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires y santos siempre hayan estado vinculados a la cruz y a Quien en ella fue clavado. No es extraño que el Espíritu Santo haya pronunciado este fallo solemne, pero justo:

El que no amare al Señor Jesucristo, sea anatema. El Señor viene
“ (1 Corintios 16:22).

El cielo y la tierra harán eco con un eterno “amén” a este anatema. Es muy acertado que Dios haya decretado irrevocablemente “que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10-11).

b) Faltas contra los hombres

La misma ley con relación a la “quinta parte” se aplica al caso de alguna ofensa cometida contra un hombre: “Cuando una persona pecare e hiciere prevaricación *contra Jehová*, y negare a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien robare o calumniare a su prójimo, o habiendo hallado lo perdido después lo negare, y jurare en falso; en alguna de todas aquellas cosas en que suele pecar el hombre, entonces, habiendo pecado y ofendido, restituirá aquello que robó, o el daño de la calumnia, o el depósito que se le encomendó, o lo perdido que halló, o todo aquello sobre que hubiere jurado falsamente; lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y *añadirá a ello la quinta parte*, en el día de su expiación” (cap. 6:2-5).

El hombre, lo mismo que Dios, saca una ventaja positiva de la cruz. Al contemplarla, el creyente puede decir: «A pesar de todas las injusticias que se me han hecho, de todas las faltas que se han cometido conmigo, aunque he sido engañado y se me ha hecho daño, obtengo un provecho de la cruz. No solo he vuelto a ganar lo que había perdido, sino mucho más aun».

De manera que, sea que pensemos en la persona ofendida o en el ofensor, quedamos igualmente sorprendidos de los gloriosos triunfos de la redención. Resultados eminentemente prácticos derivan de este Evangelio, el cual llena el alma de la feliz seguridad de que todas las ofensas están perdonadas y que la raíz de donde proceden ha sido juzgada. “El glorioso evangelio del Dios bendito” (1 Timoteo 1:11) es el único que puede hacer volver a un hombre a un mundo que ha sido testigo de sus pecados, ofensas e injusticias a todos los que han padecido por su causa. Le hace volver allí armado de gracia, no solo para reparar sus yerros, sino para que la abundante beneficencia práctica se manifieste en todos sus actos amando a sus enemigos, haciendo bien a los que le odian y orando por los que le maldicen y persiguen. He aquí lo que es la preciosa gracia de Dios, la cual actúa de acuerdo con nuestro gran sacrificio para expiación de la culpa; he aquí sus preciosos y extraordinarios frutos.

Esta respuesta triunfa sobre el sofista que dice: “¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?” (Romanos 6:1). La gracia no solo destruye la raíz del pecado, sino que también transforma al pecador. De maldición que era antes, le hace bendición; de foco de corrupción moral, le convierte en conducto de la divina misericordia; de emisario de Satanás, en mensajero de Dios; de hijo de las tinieblas, en hijo de luz; de egoísta buscador de placeres, en hombre que renuncia a sí mismo y que ama a Dios; de esclavo de sus codicias carnales, en celoso servidor de Cristo; de avaro de corazón frío, en alguien que provee generosamente a las necesidades de sus semejantes. Lejos, pues, de nosotros las frases comunes y trilladas: «¿No tenemos que hacer nada? ¿No es una manera muy cómoda y fácil de ser salvo? Según este Evangelio podemos vivir como nos plazca». Que todos los que emplean este lenguaje consideren al que hurtaba (véase Efesios 4:28), transformado en dador generoso. No saben lo que significa la gracia, porque nunca han sentido sus influencias edificantes y santificantes. Olvidan que, mientras la sangre de la víctima por la culpa purifica la conciencia, la ley de este sacrificio manda al culpable que restituya, a quien agravió, “el total” de lo defraudado y “la quinta parte” por añadidura. ¡Noble testimonio dado a la gracia y a la justicia del Dios de Israel! ¡Hermosa manifestación de los resultados de este maravilloso plan de redención, por el cual el culpable es perdonado y el ofendido resulta ganancioso! Si la conciencia ha encontrado paz por la sangre de la cruz, en lo concerniente a los

derechos de Dios, es preciso que la conducta también sea ajustada, por la santidad de la cruz, en cuanto a los derechos de la justicia práctica. Estas cosas jamás deben separarse. Dios las ha juntado; que el hombre no las separe. Un corazón gobernado por la moral del Evangelio nunca tendrá la idea de disolver esta santa unión. Lamentablemente, se pueden profesar los principios de la gracia y negar completamente su práctica y poder. Es fácil decir que se reposa en la sangre del sacrificio para expiación de la culpa, reteniendo “el total” y “la quinta parte”. Esto es vano y aun peor. “Todo aquel que no hace justicia... no es de Dios” (1 Juan 3:10).

Nada deshonra tanto la pura gracia del Evangelio como pretender que un hombre puede pertenecer a Dios, aunque su conducta y su carácter no lleven el sello de la santidad práctica. Dios conoce todas sus obras, sin duda, y nos ha dado, en su santa Palabra, signos con los cuales podemos discernir a los que le pertenecen: “El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Timoteo 2:19). No tenemos derecho a suponer que un inicuo pertenezca a Dios. Los santos instintos de la naturaleza divina se rebelan contra tal suposición. A menudo uno no puede explicarse ciertas obras malas de parte de los que dicen ser cristianos. La Palabra de Dios habla del asunto de una manera tan clara que no queda ninguna duda al respecto. “En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (1 Juan 3:10). Es bueno recordarlo en este siglo de relajamiento y de indulgencia personal. Hay mucha profesión superficial, sin virtud, a la cual el verdadero cristiano debe resistir firmemente. En cambio, tiene que atestiguar con severidad, mediante el testimonio práctico de los “frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Filipenses 1:11). Es deplorable ver a tanta multitud seguir el camino trillado, la senda ancha y fácil de la profesión religiosa, no dando señales de amor ni de santidad en su conducta. Cristianos, seamos fieles. Censuremos, con una vida de renunciamiento y de sincera benevolencia, el egoísmo y la culpable inactividad de una profesión evangélica mundana.

¡Que Dios dé a todo su verdadero pueblo abundante gracia para servirle!

Las dos clases de sacrificios por la culpa

Comparemos las dos clases de sacrificios para expiación de la culpa, a saber: el sacrificio por la culpa “en las cosas santas de Jehová” (cap. 5:15), y el que tenía relación con un pecado cometido en las transacciones y relaciones ordinarias de la vida humana (cap. 6:1-7).

La expresión “Cuando alguna persona cometiere falta, y pecare por yerro” (v. 15), se encuentra en el primero, mas se omite en el segundo. La razón es evidente. Los derechos relacionados con las cosas santas de Jehová están muy por encima de la mayor sensibilidad humana. Puede ocurrir que estos derechos sean constantemente descuidados, lesionados, sin que el transgresor lo advierta. La convicción del hombre nunca puede ser la regla en el santuario de Dios. Esto es una gracia indecible. Solo la santidad de Dios determina la medida, cuando se trata de Sus propios derechos.

Por otra parte, la conciencia humana puede comprender fácilmente una exigencia humana, y con igual facilidad reconocerá todo lo que a esta exigencia se refiere. ¡Cuántas veces hemos ofendido a Dios en “las cosas santas” sin haberlo notado en nuestra conciencia, sin haber tenido siquiera la capacidad de darnos cuenta de ello! (véase Malaquías 3:8). Sin embargo, no ocurre lo mismo cuando se trata de los derechos del hombre. La falta que el ojo humano puede ver y que el corazón humano puede sentir, también a la conciencia humana le es posible conocerla. Podía suceder que “por ignorancia” de las leyes que gobernaban el santuario de entonces, un hombre cometiera una ofensa contra esas leyes sin advertirlo, hasta que una mayor claridad iluminase su conciencia. Pero nadie podía “por yerro” decir una mentira, jurar falsamente, cometer un acto de violencia, engañar a su prójimo o encontrar una cosa perdida y negarlo. Todos estos actos eran evidentes y palpables, al alcance de la menor sensibilidad. Por esto la expresión “por yerro” se aplica a “las cosas santas de Jehová” y se omite en cuanto a los negocios humanos. ¡Qué bendición saber que la preciosa sangre de Cristo ha resuelto todas las cuestiones, sea con relación a Dios o respecto a los hombres, en cuanto a nuestros pecados por ignorancia así como a nuestros pecados conocidos! En ello está el fundamento profundo e inquebrantable de la paz del creyente.

Además, cuando era cuestión de ofensa “en las cosas santas de Jehová”, el sacrificio sin defecto se menciona en primer término, después, la suma total y “la quinta parte”. Este orden se invierte, tratándose de los negocios ordinarios de la vida (comp. cap. 5:15-16 con cap. 6:4-7). La razón es igualmente evidente. Cuando se habían ofendido los *derechos divinos*, la sangre de la expiación era lo principal; mientras que, cuando eran los *derechos humanos* los ofendidos, la restitución ocupaba naturalmente el primer lugar en el espíritu. Pero, como las relaciones del alma con Dios estaban implícitas tanto en este último caso como en el primero, el sacrificio estaba también incluido en aquel, aunque en último lugar. Si ofendo a mi prójimo, esta ofensa interrumpirá mi comunión con Dios. Esta comunión no puede ser restablecida sino en virtud de la expiación.

La restitución sola no bastaría. Podría satisfacer al hombre ofendido, pero no constituye la base para el restablecimiento de la comunión con Dios. Puedo devolver el total y añadirle “la quinta parte” diez mil veces y, sin embargo, no librarme de mi pecado, porque

Sin derramamiento de sangre no se hace remisión



(Hebreos 9:22).

No obstante, si es una falta contra mi prójimo, la restitución debe preceder. “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mateo 5:23-24).

Comparando este pasaje con Mateo 18:21-22, vemos de qué manera admirable las faltas e injusticias debían arreglarse entre dos hermanos. El ofensor era mandado desde el altar para que se arreglara con el ofendido; porque no puede haber comunión con el Padre en tanto que mi hermano “tiene alguna cosa contra mí.” Observemos también de qué modo el ofendido debía recibir al ofensor. “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun *hasta setenta veces siete*”. Tal es la regla divina respecto a las cuestiones entre los hermanos. “Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacédlo vosotros” (Colosenses 3:13).

El orden divino prescrito en la ofrenda por la culpa tiene mucho más importancia de la que parece a primera vista. Los deberes que resultan de nuestras relaciones con los hombres no deben descuidarse sino ocupar siempre un lugar conveniente en el corazón. Esto nos lo enseña claramente el sacrificio para expiación de la culpa. Cuando un israelita turbaba sus relaciones con *Jehová* por cualquier acto culpable, el orden que debía seguir era: primero el sacrificio, después la restitución. Cuando, por algún acto culpable, había turbado sus relaciones con su *prójimo*, viene primero la restitución, después el sacrificio. ¿Quién se atrevería a decir que esta es una distinción sin importancia? La inversión del orden ¿no ofrece una lección esencial por ser divina? Sin ninguna duda. Todos los detalles tienen su significado, siempre que dejemos que el Espíritu Santo los comunique a nuestros corazones y que no pretendamos captar el sentido con la ayuda de nuestras pobres imaginaciones. Cada ofrenda presenta un aspecto específico de Jesucristo y de su obra, y cada uno de estos aspectos es presentado en el orden característico que le es propio. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que el deber y la dicha de un corazón espiritual

es comprender bien uno y otro. El espíritu que no tuviera en cuenta el orden particular de cada ofrenda, no vería un aspecto particular de Cristo en cada una. Negaría que hay diferencia entre el holocausto y el sacrificio por el pecado y entre este y el sacrificio por la culpa, como así también entre cualquiera de éstos y la ofrenda vegetal o el sacrificio de paz. De ello resultaría que los siete primeros capítulos del Levítico no serían más que una vana redundancia, pues cada uno de ellos repetiría el mismo asunto. ¿Quién aceptaría algo tan monstruoso? ¿Qué espíritu cristiano sufriría que se infriese tal insulto a las páginas sagradas? Un racionalista podría exponer ideas tan frívolas y detestables. Pero los que creen que toda la Escritura “es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16) considerarán los diversos tipos, en su orden específico, como otros tantos cofrecillos de formas variadas en los cuales el Espíritu Santo conserva cuidadosamente, para el pueblo de Dios,

Las inescrutables riquezas de Cristo

“ (Efesios 3:8).

No hay ninguna fastidiosa repetición, ninguna superfluidad. Todo es de una variedad rica, divina, celestial. Al conocer personalmente el gran Antitipo comprendemos las bellezas y apreciamos los delicados matices de cada tipo. Cuando el corazón comprende que en cada tipo tenemos a Cristo, puede detenerse, con un interés espiritual, en los más minuciosos detalles. En todos ve un sentido y una belleza; en cada uno descubre a Cristo. Así como en la Naturaleza el telescopio y el microscopio presentan al ojo las especiales maravillas de ella, igual ocurre en la Palabra de Dios. Que la consideremos en su conjunto o que examinemos cada parte de ella, siempre despertará la alabanza y la acción de gracias en nuestros corazones.

Quiera Dios que el nombre del Señor Jesús sea más precioso a nuestros corazones. Así apreciaremos todo lo que habla de él, todo lo que lo representa, todo lo que arroja mayor claridad sobre su excelencia y su incomparable belleza.

La ley de las diversas ofrendas

El final del capítulo 6, lo mismo que todo el capítulo 7, contiene la ley de las diversas ofrendas que ya hemos considerado. La ley del sacrificio por el pecado y por la culpa, no obstante, presentan algunos puntos que aún merecen nuestra atención.

La santidad personal de Cristo en ninguna de las ofrendas destaca más que en la del sacrificio por el pecado. “Habla a Aarón y a sus hijos, y diles: Esta es la ley del sacrificio expiatorio: en el lugar donde se degüella el holocausto, será degollada la ofrenda por el pecado delante de Jehová; es *cosa santísima*... Todo lo que tocare su carne, *será santificado*... Todo varón de entre los sacerdotes la comerá; es *cosa santísima*” (cap. 6:25-29). Lo mismo encontramos al hablar de la ofrenda vegetal. “Es cosa santísima, como el *sacrificio por el pecado*, y como el sacrificio por la culpa” (cap. 6:17). En el holocausto, el Espíritu Santo no tenía necesidad de poner tanto celo en la salvaguardia de la santidad de Cristo; pero, ante el temor de que el alma perdiese de vista esta santidad al contemplar el lugar que el Señor tomó en el sacrificio por el pecado, las palabras “*es cosa santísima*”, tantas veces repetidas, nos la recuerdan. Es verdaderamente edificante y reconfortante ver la santidad esencial y divina de la Persona de Cristo brillar con intenso resplandor en medio de las profundas y horribles tinieblas del Calvario. La misma idea se nota en “la ley del sacrificio por la culpa” (cap. 7:1-6). Jesucristo nunca apareció más visiblemente como “el Santo de Dios” que cuando fue hecho pecado en el madero (Lucas 4:34). La odiosidad y negrura de aquello con lo cual se identificó en la cruz hicieron resaltar más claramente que era “santísimo”. Llevaba el pecado, mas era sin pecado. Sufría la ira de *Dios*, no obstante, era las delicias del *Padre*. Aunque se veía privado de la claridad del rostro de *Dios*, habitaba en el seno del *Padre*. ¡Precioso misterio! ¿Quién sondeará sus inmensas profundidades? Y ¡cuán maravilloso es encontrarlo tan exactamente figurado en la “ley del sacrificio por el pecado”!

Tiene un sentido particular la frase:

“ Todo varón de entre los sacerdotes la comerá
(cap. 7:6). ”

El acto ceremonial de comer la víctima por el pecado, o la víctima por la culpa, expresaba una completa identificación. Para hacer de los pecados de otro los suyos propios, era necesario un alto grado de energía sacerdotal, como lo expresan las palabras: “Todo *varón* de entre los sacerdotes”. “Dijo más Jehová a Aarón: He aquí yo te he dado también el cuidado de mis ofrendas; todas las cosas consagradas de los hijos de Israel te he dado por razón de la unción, y a tus *hijos*,

por estatuto perpetuo. Esto será tuyo de la ofrenda de las cosas santas, reservadas del fuego; toda ofrenda de ellos, todo presente suyo, y toda expiación por el pecado de ellos, y toda expiación por la culpa de ellos, que me han de presentar, será cosa muy santa para ti y para tus *hijos*. En el santuario la comerás; todo *varón* comerá de ella; cosa santa será para ti. Esto también será tuyo: la ofrenda elevada de sus dones, y todas las ofrendas medidas de los hijos de Israel, he dado a ti y a tus hijos y a tus *hijas* contigo, por estatuto perpetuo; *todo limpio* en tu casa comerá de ellas” (Números 18:8-11).

Era necesaria una más abundante medida de energía sacerdotal para comer de la víctima por el pecado o la culpa, que para comer de las ofrendas elevadas y medidas de sus dones. De estas últimas podían comer las “hijas” de Aarón, mientras que de las otras únicamente podían comer “los hijos”. En general, la palabra “varón” expresa algo en relación con la idea divina; la palabra “mujer”, con el desarrollo humano. La primera presenta la cosa en toda su fuerza; la segunda, en su imperfección. ¡Cuán pocos entre nosotros tienen una energía sacerdotal suficiente para hacerles capaces de apropiarse los pecados y culpas de otro! Nuestro Señor Jesucristo lo hizo perfectamente. Él se apropió los pecados de su pueblo y sufrió la pena por ellos en la cruz. Se identificó tan completamente con nosotros que sabemos, con plena y feliz certeza, que toda la cuestión del pecado y de la culpa ha sido divinamente resuelta. Si la identificación de Cristo fue perfecta, entonces la solución también fue perfecta; y que la identificación era perfecta, lo proclama la escena del Calvario:

Consumado es

“ (Juan 19:30).

El pecado, las culpas, las exigencias de Dios, las exigencias del hombre, todo fue eternamente solucionado, y ahora, una paz perfecta es la porción de los que, por gracia, reciben como verdadero el testimonio de Dios. Solo Dios podía hacerlo, y el alma que lo cree es feliz. La paz y la dicha del creyente dependen por entero de la perfección del sacrificio de Cristo. No se trata de cómo él lo recibe, de lo que piensa o de lo que siente respecto a esto, sino sencillamente de que reciba, por la fe, el testimonio de Dios en cuanto al valor del sacrificio. Bendito sea el Señor por este camino de la paz, tan sencillo y tan perfecto. ¡Que muchas almas turbadas sean guiadas por el Espíritu Santo a entender esto!

Terminaremos aquí nuestras meditaciones sobre uno de los más ricos pasajes de las Escrituras. No hemos sacado más que algunas espigas. Apenas penetramos la superficie de una mina inagotable. No obstante, si el lector ha considerado por primera vez las ofrendas como otras tantas diversas representaciones del gran Sacrificio, y si se ha sentido impulsado a arrojarse a los pies del gran Maestro para apreciar mejor esas profundidades vivificadoras, habrá sido el objetivo de estas líneas.

El sacerdocio

Consideraciones generales

Hemos considerado la doctrina de los sacrificios tal como se desarrolla en los siete primeros capítulos de este libro. Llegamos ahora al sacerdocio. Estos dos asuntos están íntimamente ligados. El pecador necesita un *sacrificio*; el creyente necesita un *sacerdote*. Nosotros encontramos uno y otro en Cristo, quien, después de ofrecerse a sí mismo a Dios sin defecto, asumió las funciones de su ministerio sacerdotal en el santuario celeste. No tenemos necesidad de ningún otro sacrificio ni de ningún otro sacerdote. Jesús es divinamente suficiente. Él comunica el valor y la dignidad de su propia Persona a todos los oficios que desempeña, a todas las obras que realiza. Cuando le consideramos como sacrificio, sabemos que tenemos en Él todo lo que un sacrificio perfecto puede ser. Cuando le consideramos como sacerdote, sabemos que todas las funciones del sacerdocio son perfectamente cumplidas por él. Como sacrificio, pone a los creyentes en íntima y permanente relación con Dios; como sacerdote, los mantiene allí según la perfección de lo que él es. El sacerdocio es para los que ya tienen cierta relación con Dios. Como pecadores, por naturaleza y de hecho, hemos

Sido hechos cercanos (a Dios) por la sangre de Cristo



(Efesios 2:13);

estamos ante él como frutos de su obra. Quitó nuestros pecados a fin de que pudiéramos estar en su presencia, alabando su nombre, como viviente prueba de lo que puede cumplir por el poder de su muerte y de su resurrección.

Sin embargo, aunque estamos completamente liberados de todo lo que puede estar contra nosotros; a pesar de que somos perfectamente aceptados en el Amado; aunque somos perfectos en Cristo y soberanamente elevados, mientras vivamos en la tierra somos en nosotros mismos pobres y débiles criaturas, dispuestas a extraviarnos, prestas a caer, expuestas a diversas tentaciones, pruebas y emboscadas. Como tales, necesitamos el incesante ministerio de nuestro “Sumo Sacerdote”, cuya presencia en el santuario de lo alto nos mantiene en toda la integridad de la situación y de la relación en la que, por gracia, estamos colocados. Él vive siempre para interceder por nosotros (Hebreos 7:25). No podríamos sostenernos en pie ni un solo instante aquí abajo si él no viviera por nosotros en lo alto. “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:10). En la época de la gracia, la

“muerte” y la “vida” están inseparablemente ligadas. Pero no se debe olvidar que la vida viene después de la muerte. En el versículo que acabamos de citar, el apóstol alude no a su vida en la tierra sino a la vida de Cristo resucitado de entre los muertos. Esta distinción llama la atención. La vida de nuestro Señor en la tierra era infinitamente preciosa, por supuesto, pero no entró en la esfera de sus funciones sacerdotales antes de haber cumplido la obra de la redención. No podía ser de otro modo, porque “manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio” (Hebreos 7:14). “Porque todo sumo Sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también este tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley” (Hebreos 8:3-4). “Pero estando ya presente Cristo, sumo Sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención... Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:11-12, 24).

La esfera del ministerio sacerdotal de Cristo es el cielo, y no la tierra. Él entró allí cuando se hubo ofrecido a sí mismo sin mancha a Dios. Nunca entró en el templo terrestre como sacerdote. Aunque a menudo subía al templo para enseñar, nunca fue para sacrificar u ofrecer perfume. Nadie fue establecido por Dios para ejercer los cargos del sacerdocio en la tierra, salvo Aarón y sus hijos.

Si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote
“ (Hebreos 8:4).

Este es un punto de gran interés y de mucho valor en relación con la doctrina del sacerdocio. El cielo es la esfera y la redención la base del sacerdocio de Cristo. Aparte del sentido de que todos los creyentes son sacerdotes (1 Pedro 2:5), no hay sacerdotes en la tierra. A menos que un hombre pueda probar que desciende de Aarón, remontando su genealogía hasta esta fuente antigua, no tiene ningún derecho a ejercer el oficio sacerdotal. La misma sucesión apostólica –si se la pudiera probar– no tendría ningún valor, ya que los apóstoles mismos no eran sacerdotes, si no es en el sentido que acabamos de recordar. El miembro más débil de la familia de la fe es sacerdote lo mismo que el apóstol Pedro. Es un sacerdote espiritual; adora en un templo espiritual; sirve a un altar espiritual; ofrece un sacrificio espiritual; está vestido con vestiduras espirituales. “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para

ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5). “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios” (Hebreos 13:15-16).

Si un descendiente directo de la familia de Aarón se convirtiera a Cristo, entraría en un género de servicio sacerdotal enteramente nuevo. Y, notémoslo bien, los pasajes arriba citados presentan las dos grandes clases de sacrificios espirituales que el sacerdote espiritual tiene el privilegio de ofrecer: el sacrificio de alabanza a Dios y el sacrificio de hacer bien a los hombres. Una doble corriente sale continuamente del cristiano que cumple su carácter y su oficio de sacerdote: una corriente de alabanza y de gratitud que sube hasta el trono de Dios; otra, de activa beneficencia que fluye de él a un mundo necesitado. El sacerdote espiritual se mantiene con una mano levantada hacia Dios, presentando el perfume de alabanza y gratitud; y la otra muy abierta para aliviar con sincera benevolencia la miseria humana.

Si estas cosas fueran mejor comprendidas, ¡qué santa elevación y qué gracia moral comunicarían al carácter cristiano! Elevación, puesto que el corazón siempre estaría dirigido hacia la fuente divina de todo lo que puede elevar. Gracia moral, porque el corazón siempre estaría abierto a todo lo que reclama sus simpatías. Estas dos cosas son inseparables. El contacto inmediato del corazón con Dios debe necesariamente elevarlo y ensancharlo. Mas, al contrario, si se camina a distancia de Dios, el corazón se comprimirá y languidecerá. Una íntima comunión con Dios, el constante sentimiento de nuestra dignidad de sacerdotes, es el único remedio eficaz contra las tendencias envilecedoras y egoístas de nuestra vieja naturaleza.

Consagración de Aarón ante la congregación

Después de estas consideraciones generales sobre el sacerdocio, vamos a examinar el contenido de los capítulos 8 y 9. “Habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma a Aarón y a sus hijos con él, y las vestiduras, el aceite de la unción, el becerro de la expiación, los dos carneros, y el canastillo de los panes sin levadura; y reúne toda la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión. Hizo, pues, Moisés como Jehová le mandó, y se reunió la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión” (cap. 8:1-4). Aquí se revela una gracia especial. La congregación entera es convocada a la puerta del tabernáculo de reunión, a fin de que todos tengan el privilegio de ver a aquel a quien se le iba a confiar la carga de sus más importantes intereses. Los capítulos 28 y 29 del Éxodo nos enseñan la misma verdad general en cuanto a las vestiduras y los sacrificios sacerdo-

tales, pero aquí en el Levítico se le permite a la congregación seguir con sus propios ojos cada detalle del solemne e imponente servicio de consagración. Aun el miembro más humilde de la asamblea tenía este privilegio. Desde el primero hasta el último, podían contemplar la persona del sumo Sacerdote, el sacrificio que ofrecía y las vestiduras que llevaba. Cada uno tenía sus necesidades particulares y el Dios de Israel quería que todos viesan y supiesen que éstas estaban ampliamente satisfechas por los diversos atributos del sumo Sacerdote. Las vestiduras sacerdotales eran la visible expresión figurada de estos atributos. Cada parte de la vestidura estaba destinada y adaptada para representar alguna cualidad que tuviera un profundo significado para la congregación entera o para cada miembro en particular. La túnica labrada, el cinto, el manto, el efod, el cinto del efod, el pectoral, el urim y el tumim, la mitra y la lámina de oro (la diadema santa), todo declaraba las diversas virtudes, atributos y funciones de aquel que debía representar a la congregación y sostener los intereses de ella en la presencia divina.

Cristo, nuestro sumo Sacerdote

Con el ojo de la fe, el creyente puede contemplar a su sumo Sacerdote en los cielos y ver en él las realidades divinas de las cuales las vestiduras de Aarón no eran más que las sombras. Nuestro Señor Jesucristo es el Santo, el Ungido, aquel que lleva las santas vestimentas. Él es todo esto, no en virtud de vestiduras exteriores que se pueden poner o quitar, sino en virtud de las gracias eternas y divinas de su Persona, de la inmutable eficacia de su obra y de la excelencia imperecedera de sus oficios sagrados. Esto hace especialmente precioso el estudio de las figuras de la economía mosaica. En todas ellas la vista iluminada por el Espíritu ve a Cristo. Tanto la sangre del sacrificio como la vestidura del sumo Sacerdote aluden a él; una y otra fueron destinadas por Dios para representarlo. Si surge una cuestión de conciencia, la sangre del sacrificio responde según las justas exigencias del santuario. La gracia satisfizo las exigencias de la santidad. Y, si se trata de las necesidades del creyente en su vida terrenal, las ve divinamente satisfechas en las vestiduras oficiales del sumo Sacerdote.

Podríamos decir que hay dos maneras de contemplar la posición del creyente, y es preciso tenerlas en cuenta para poder percibir con inteligencia la verdadera noción del sacerdocio. El creyente está representado como formando parte de un cuerpo del que Cristo es la cabeza. Este cuerpo, con Cristo por cabeza, forma un solo hombre, completo en todo sentido. El creyente ha sido vivificado con Cristo, resucitado con Cristo y se le hizo sentar con Cristo en los cielos. Es uno con

Él, completo en Él, acepto en Él; posee Su vida y Él está en favor con él delante de Dios. Todos sus pecados están borrados. No tiene ninguna mancha. Es completamente hermoso y amable a los ojos de Dios (véase 1 Corintios 12:12-13; Efesios 2:5-10; Colosenses 2:6-15; 1 Juan 4:17).

A continuación, se considera al creyente en su posición de debilidad y dependencia en este mundo. Siempre está expuesto a las tentaciones, inclinado a extraviarse, sujeto a tropezar y a caer. Por eso tiene una constante necesidad de la perfecta simpatía y del poderoso ministerio del sumo Sacerdote, quien se mantiene en la presencia de Dios, con todo el valor de su Persona y de su obra, defendiendo la causa del creyente ante el trono.

Es necesario considerar bien estos dos aspectos, a fin de ver no solo el lugar elevado y privilegiado que el creyente ocupa con Cristo en lo alto, sino también la abundante provisión que tiene allí para responder a todas sus necesidades y debilidades aquí en la tierra. Esta distinción podría aun formularse de otra manera: el creyente está representado como miembro *de la Iglesia* y como estando *en el reino*. En el primer estado, el cielo es su lugar, su morada, su porción, el asiento de sus afectos. En el último, está en la tierra, lugar de prueba, de responsabilidad y de lucha. Así pues, el sacerdocio es un recurso divino para los que, aun siendo de la Iglesia y perteneciendo al cielo, están, no obstante, en el reino y caminan en la tierra. Esta distinción es muy sencilla y, cuando se comprende bien, aclara numerosos pasajes de la Escritura.

Al estudiar los capítulos que tenemos a la vista, observamos que hay tres cosas sobresalientes: la autoridad de la Palabra, el valor de la sangre y el poder del Espíritu. Éstos son asuntos de una importancia indecible y merecen ser considerados por todo cristiano como verdades fundamentales.

“Esto es lo que Jehová ha mandado hacer”

Primeramente, es muy interesante ver que en la consagración de los sacerdotes, lo mismo que en toda la serie de los sacrificios, estamos colocados directamente bajo la autoridad de la Palabra de Dios. “Y dijo Moisés a la congregación: *Esto es lo que Jehová ha mandado hacer*” (cap. 8:5). También: “Entonces Moisés dijo: *Esto es lo que mandó Jehová; hacedlo, y la gloria de Jehová se os aparecerá*” (cap. 9:6). Prestemos oído atento a estas palabras. Examinémoslas con cuidado y oración. Son palabras de un valor inestimable. “*Esto es lo que mandó Jehová*”. No se dice «esto es preciso o conveniente hacer», ni «esto es lo que ha sido ordenado por vuestros padres, por el decreto de los ancianos o por la opinión de los maestros». Moisés no reconocía tales fuentes de autoridad.

Para él no había más que una, santa, elevada, soberana: la palabra de Jehová. Quería que cada miembro de la asamblea estuviese en contacto directo con esta fuente bendita. Esto daba seguridad al corazón y estabilidad a todos los pensamientos. No quedaba ningún lugar para la tradición de voz incierta, ni para el hombre con sus dudas y discusiones. Todo era claro, concluyente, perentorio. Jehová había hablado; solo hacía falta escucharle y obedecerle. Ni la tradición, ni los arbitrios encuentran lugar en el corazón que ha aprendido a apreciar, reverenciar y obedecer la Palabra de Dios.

Y ¿cuál debía ser el resultado de esta estricta adhesión a la Palabra de Dios? Un resultado verdaderamente bendito:

Y la gloria de Jehová se os aparecerá

“

(cap. 9:6).

Si no hubieran escuchado la Palabra, la gloria no habría aparecido. Estas dos cosas estaban íntimamente ligadas. La más ligera desviación de ese “mandó Jehová” habría impedido que los rayos de la gloria divina aparecieran ante la congregación de Israel. De haber introducido un solo rito o una sola ceremonia no ordenados por la Palabra, o si se hubiera omitido algo de lo que esta Palabra había mandado, Jehová no habría manifestado su gloria. No podía sancionar con la gloria de su presencia la negligencia o el rechazo de su palabra. Puede soportar la ignorancia y la debilidad, pero no puede aprobar la desobediencia.

¡Oh, si todo esto fuese más seriamente considerado en este siglo de tradiciones y de arbitrios! Con todo afecto y con el vivo sentimiento de mi responsabilidad personal hacia el lector, quisiera exhortarlo a prestar la más formal atención a la importancia de una estricta o hasta severa adhesión, de una respetuosa sumisión a la Palabra de Dios. Que pruebe todas las cosas por esta regla y rechace todo lo que no se le ajuste; que lo pese todo con esta balanza y deje a un lado lo que no es de buen peso. Si soy el medio de conducir una sola alma a comprender qué lugar pertenece a la Palabra de Dios, no habré escrito este libro en vano.

Deténgase usted y, en presencia de Aquel que sondea los corazones, hágase esta sencilla pregunta: «¿Apruebo con mi posición o adopto en mi conducta alguna desviación o negligencia respecto de la Palabra de Dios?» Si descubre que ha tenido parte en alguna cosa que no lleva el sello de la sanción divina, deséchela al instante y para siempre. Sí, recházela, aunque se presente revesti-

da del imponente manto de la antigüedad, acreditada por la voz de la tradición o anteponiendo los motivos tan irresistibles de la conveniencia. Si no puede decir de todo aquello en que esté comprometido:

Así me ha sido mandado

“ (cap. 8:35),

entonces deséchelo sin vacilar, renuncie a ello para siempre. Recuerde estas palabras: “*De la manera que hoy se ha hecho, mandó hacer Jehová*” (v. 34).

El octavo día

“Y Aarón y sus hijos hicieron *todas* las cosas *que mandó* Jehová por medio de Moisés” (cap. 8:36). “Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de reunión, y salieron y bendijeron al pueblo; y la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo. Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar; y viéndolo todo el pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros” (cap. 9:23-24). Aquí tenemos una escena del “octavo día”, una escena de la gloria de la resurrección. Aarón, después de ofrecer el sacrificio, eleva sus manos para bendecir al pueblo; luego Moisés y Aarón entran en el tabernáculo y desaparecen mientras todo el pueblo espera fuera. Finalmente, Moisés y Aarón, quienes representan a Cristo en su doble carácter de Rey y Sacerdote, salen y bendicen al pueblo. La gloria aparece en todo su esplendor, el fuego consume el holocausto y toda la congregación adora y se postra ante la presencia del Señor de toda la tierra.

Todo eso se hacía al pie de la letra, durante la consagración de Aarón y sus hijos. Además, era el resultado de una estricta adhesión a la palabra de Jehová. Sin embargo, todo el contenido de estos capítulos no es más que una “sombra de los bienes venideros”. Igual puede decirse de toda la economía mosaica (Hebreos 10:1). Aarón y sus hijos reunidos representan a Cristo y su casa sacerdotal. Aarón solo es figura de Cristo en sus funciones sacerdotales y de intercesión. Moisés y Aarón juntos representan a Cristo como Rey y Sacerdote. “El octavo día” es el día glorioso de la resurrección nacional, cuando el pueblo de Israel vea al Mesías sentado en su trono, como Rey y Sacerdote, y cuando la gloria de Jehová llene toda la tierra como las aguas cubren el mar. Estas sublimes verdades están ampliamente desarrolladas en las Escrituras. Brillan como joyas con resplandor celestial desde la primera hasta la última de las páginas inspiradas. Sin embargo, ante el temor de que algún lector las tome como una novedad sospechosa, le propongo

leer los pasajes siguientes, como otras tantas pruebas bíblicas: Números 14:21; Isaías 9:6-7; 11; 25:6-12; 32:1-2; 35; 37:31-32; 40:1-5; 54; 59:16-21; 60-66; Jeremías 23:5-8; 30:10-24; 33:6-22; Ezequiel 48:35; Daniel 7:13-14; Oseas 14:4-9; Sofonías 3:14-20; Zacarías 3:8-10; 6:12-13; 14.

La sangre de la víctima

Pasemos ahora al segundo punto de nuestro tema, a saber, la eficacia de la sangre, el cual está ampliamente desarrollado. Sea que consideremos la doctrina del sacrificio o la del sacerdocio, vemos que el derramamiento de sangre ocupa en ellas un lugar muy importante. “Luego hizo traer el becerro de la expiación, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del becerro de la expiación, y lo degolló; y Moisés tomó la sangre, y puso con su dedo sobre los cuernos del altar alrededor, y purificó el altar; y echó la demás sangre al pie del altar, y lo santificó para reconciliar sobre él (o, “haciendo la expiación por él”, cap. 8:14-15). “Después hizo que trajeran el carnero del holocausto, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero; y lo degolló; y roció Moisés la sangre sobre el altar alrededor” (v. 18-19). “Después hizo que trajeran el otro carnero, el carnero de las consagraciones, y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza del carnero. Y lo degolló; y tomó Moisés de la sangre, y la puso sobre el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, sobre el dedo pulgar de su mano derecha, y sobre el dedo pulgar de su pie derecho. Hizo acercarse luego los hijos de Aarón, y puso Moisés de la sangre sobre el lóbulo de sus orejas derechas, sobre los pulgares de sus manos derechas, y sobre los pulgares de sus pies derechos; y roció Moisés la sangre sobre el altar alrededor” (v. 22-24).

El significado de los diversos sacrificios ya ha sido expuesto en los primeros capítulos de este volumen; pero los pasajes que acabamos de citar hacen resaltar el lugar importante que la sangre ocupaba en la consagración de los sacerdotes. Era preciso que la *oreja* estuviese rociada con sangre para escuchar las comunicaciones divinas; que la *mano* fuera tinta en sangre para ejecutar los servicios del santuario, y que el *pie* estuviese manchado con sangre para andar por los atrios de la casa de Jehová. Todo estaba perfectamente ordenado. La aspersion de la sangre era el gran fundamento de todo sacrificio por el pecado. Ella estaba relacionada con todos los utensilios del ministerio y con todas las funciones del sacerdocio. En todo el conjunto del servicio levítico, notamos el valor, la eficacia, el poder y la continua aplicación de la sangre.

Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre
(Hebreos 9:22).



Por su propia sangre Cristo entró en el mismo cielo. Aparece en el trono de la Majestad en los cielos en virtud de lo que cumplió en la cruz. Su presencia en el trono atestigua el valor y la aceptación de su sangre expiatoria. Está allí *por nosotros*. ¡Bendita seguridad! Vive siempre y no cambia jamás; nosotros estamos en él, somos como él es. Él nos presenta al Padre en su propia perfección eterna, y el Padre se complace en nosotros, así como se complace en Aquel que nos presenta. Esta identificación está típicamente representada por “Aarón y sus hijos” poniendo las manos sobre la cabeza de cada una de las víctimas. Estaban todos delante de Dios por el valor de un mismo sacrificio. Ya fuese “el becerro de la expiación” (v. 2, 14), “el carnero del holocausto” (v. 18) o “el carnero de las consagraciones” (v.29), ellos juntos ponían las manos sobre cada uno. Es verdad que, antes de la aspersion de la sangre, solo Aarón había sido ungido. Estaba vestido con las vestiduras de su oficio y ungido con el santo óleo, antes que lo fuesen sus hijos. La razón de ello es evidente. Aarón, cuando está solo, es el tipo de Cristo en su excelencia incomparable y en su dignidad propia. Sabemos que Cristo apareció en todo su valor personal y fue ungido por el Espíritu Santo antes del cumplimiento de su obra expiatoria. En todas las cosas tiene la preeminencia (Colosenses 1:18). No obstante, más tarde viene la más completa identificación entre Aarón y sus hijos, así como hay la más completa identificación entre Cristo y su pueblo.

“ Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos (Hebreos 2:11).

La distinción personal (Aarón) realza el valor de la unidad (Aarón y sus hijos).

El poder del Espíritu

Esta verdad de la distinción y, al mismo tiempo, de la unidad de la Cabeza y de los miembros, nos conduce naturalmente a nuestro tercero y último punto: el poder del Espíritu. Podemos notar todo lo que se verifica entre la unción de Aarón y la de sus hijos con él. La sangre es derramada, la grosura consumida sobre el altar y el pecho mecido ante Jehová. En otros términos, el sacrificio se ha realizado, el buen olor sube hasta Jehová. Aquel que lo ha ofrecido sube, por el poder de la resurrección, y toma su lugar en las alturas.

Todo esto se realiza entre la unción de la Cabeza y la unción de los miembros. Comparemos los pasajes. Primeramente, en cuanto a Aarón, leemos: “Y puso sobre él la túnica, y le ciñó con el cinto; le vistió después el manto, y puso sobre él el efod, y lo ciñó con el cinto del efod, y lo ajustó con él. Luego le puso encima el pectoral, y puso dentro del mismo los *Urim y Tumim*. Después puso la mitra sobre su cabeza, y sobre la mitra, en frente, puso la lámina de oro, la diadema santa, como

Jehová había mandado a Moisés. Y tomó Moisés el aceite de la unción y ungió el tabernáculo y todas las cosas que estaban en él, y las santificó. Y roció de él sobre el altar siete veces, y ungió el altar y todos sus utensilios, y la fuente y su base, para santificarlos. Y derramó del aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón, y lo ungió para santificarlo” (cap. 8:7-12).

Tenemos aquí a Aarón solo. El aceite de la unción fue derramado sobre su cabeza al mismo tiempo que sobre todos los utensilios del tabernáculo. El pueblo entero pudo observar cómo se vistió al sumo Sacerdote con sus vestiduras oficiales y con la mitra, y cómo después recibió la unción. No solo esto, sino que, a medida que se le ponía cada parte de la vestidura, que se realizaba cada acto, que se celebraba cada ceremonia, podía ver que todo estaba basado en la autoridad de la Palabra. No había en todo ello nada vago, nada arbitrario, nada producido por la imaginación humana. Todo había sido ordenado divinamente para proveer con amplitud a las necesidades del pueblo, de tal manera que se podía decir: “Esto es lo que mandó Jehová”.

En la unción de Aarón solo, previa a la efusión de sangre, tenemos un tipo de Cristo, quien, hasta que se ofreció él mismo en la cruz, estuvo enteramente solo. No podía haber unión entre él y su pueblo sino sobre el principio de la muerte y de la resurrección. Esta verdad de tanta importancia ya la hemos expuesto en relación con el sacrificio; pero aumenta su fuerza e interés cuando se la ve tan claramente presentada relacionada con el sacerdocio. Sin derramamiento de sangre no había remisión; el sacrificio no estaba completo. Así, también, sin derramamiento de sangre Aarón y sus hijos no podían ser ungidos juntos. Este hecho es digno de la mayor atención. Guárdemonos de tomar a la ligera cualquier detalle de la economía levítica. Cada uno de ellos tiene una voz y un sentido especial, y quien ha diseñado y desarrollado este orden de cosas puede explicar su significado al corazón y a la inteligencia.

“Luego tomó Moisés *del aceite* de la unción, y de la sangre que estaba sobre el altar, y roció sobre Aarón, y sobre sus vestiduras, sobre sus hijos, y sobre las vestiduras de sus hijos *con él*; y santificó a Aarón y sus vestiduras, y a sus hijos, y las vestiduras de sus hijos *con él*” (cap. 8:30). ¿Por qué los hijos de Aarón no son ungidos junto con él en la ocasión citada en el versículo 12? Sencillamente porque la sangre no había sido derramada. Antes que la sangre y el aceite pudieran asociarse, era imposible que Aarón y sus hijos fueran ungidos y santificados juntos.

“ Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad (Juan 17:19).

El que considere a la ligera una circunstancia tan notable o diga que no tiene ninguna significación, aún debe aprender a apreciar debidamente los tipos del Antiguo Testamento, “la sombra de los bienes venideros” (Hebreos 10:1). Por otra parte, quien admite que hay un sentido oculto bajo estos detalles y, no obstante, rehúsa intentar comprenderlo, hace un gran agravio a su alma demostrando poco interés por los preciosos oráculos de Dios.

“Y dijo Moisés a Aarón y a sus hijos: Hervid la carne a la puerta del tabernáculo de reunión; y comedla allí con el pan que está en el canastillo de las consagraciones, según yo he mandado, diciendo: Aarón y sus hijos la comerán. Y lo que sobre de la carne y del pan, lo quemaréis al fuego. De la puerta del tabernáculo de reunión no saldréis en siete días, hasta el día que se cumplan los días de vuestras consagraciones; porque por siete días seréis consagrados. De la manera que hoy se ha hecho, mandó hacer Jehová para expiaros. A la puerta, pues, del tabernáculo de reunión estaréis día y noche por siete días, y guardaréis la ordenanza delante de Jehová, para que no muráis; porque así me ha sido mandado” (cap. 8:31-35). Estos versículos ofrecen un hermoso tipo de Cristo y de su pueblo alimentándose juntos del resultado de la expiación cumplida. Aarón y sus hijos, habiendo sido ungidos juntos en virtud de la sangre derramada, se nos presentan aquí encerrados durante “siete días” en el recinto del tabernáculo. Notable figura de la posición actual de Cristo y de sus miembros durante toda esta dispensación, apartados con Dios y esperando la manifestación de la gloria. ¡Bendita posición! ¡Dichosa esperanza! Estar asociado con Cristo, apartado con Dios y, mientras se espera el día de la gloria, nutrirse de las riquezas de la gracia divina, con el poder de la santidad: ¡qué bendiciones más preciosas, qué privilegios muy elevados! ¡Ojalá tuviéramos corazones para gozar de ellos y un sentimiento más profundo de su importancia! ¡Que nuestros corazones se aparten de todo lo que pertenece al presente siglo corrompido para que podamos alimentarnos del contenido del

Canastillo de las consagraciones



(v. 31),

el cual es nuestro alimento adecuado como sacerdotes en el santuario de Dios!

La gloria del reinado milenarío

“En el *día octavo*, Moisés llamó a Aarón y a sus hijos, y a los *ancianos de Israel*; y dijo a Aarón: Toma de la vacada un becerro para expiación, y un carnero para holocausto, sin defecto, y ofrécelos delante de Jehová. Y a los *hijos de Israel* hablarás diciendo: Tomad un macho cabrío para expiación, y

un becerro y un cordero de un año, sin defecto, para holocausto. Asimismo un buey y un carnero para sacrificio de paz, que inmoléis delante de Jehová, y una ofrenda amasada con aceite; *porque Jehová se aparecerá hoy a vosotros*” (cap. 9:1-4).

Han pasado los “siete días” durante los cuales Aarón y sus hijos estuvieron retirados en el tabernáculo; ahora toda la congregación es introducida y la gloria de Jehová se manifiesta. Esto completa la escena. La sombra de los bienes venideros pasa ante nosotros en su orden divino. “El octavo día” es una figura de aquella hermosa mañana milenaria que despuntará sobre la tierra, cuando el pueblo de Israel vea al verdadero Sacerdote saliendo del santuario (donde está ahora oculto a los ojos de los hombres), acompañado por el cuerpo de sacerdotes, compañeros de su retiro, y participantes felices de su gloria manifiesta. En una palabra, como sombra o tipo, nada podía ser más completo. En primer lugar, vemos a Aarón y sus hijos lavados con agua: figuras de Cristo y de su Iglesia considerados en el decreto eterno de Dios, santificados juntamente (cap. 8:6). Después tenemos el modo y el orden según el cual este objetivo debía ser alcanzado.

Aarón es vestido y ungido en el aislamiento, figura de Cristo santificado y enviado al mundo, ungido con el Espíritu Santo (cap. 8:7-12, comp. Lucas 3:21-22, Juan 10:36; 12:24). Luego tenemos la presentación y la aceptación del sacrificio, en virtud del cual Aarón y sus hijos eran ungidos y santificados *juntos* (v. 14-29), tipo de la cruz en su aplicación a los que constituyen ahora la familia sacerdotal de Cristo. Ellos están unidos a él, ungidos con él, escondidos con él y esperando con él “el octavo día”, cuando se manifieste con ellos en todo el resplandor de la gloria que le pertenece según el consejo eterno de Dios (Juan 14:19; Hechos 2:33; 19:1-7; Colosenses 3:1-4). Finalmente, encontramos a Israel conducido al pleno goce de los resultados de la expiación cumplida (cap. 9:1-22). Están congregados delante de Jehová: “Después alzó Aarón sus manos hacia el pueblo y lo bendijo; y después de hacer la expiación, el holocausto y el sacrificio de paz, descendió” (v. 22).

Ahora podemos preguntarnos con todo derecho: ¿Qué queda por hacer? Únicamente que la piedra más alta sea puesta con aclamaciones de victoria e himnos de alabanza. “Y entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de reunión, y salieron y bendijeron al pueblo; y *la gloria de Jehová se apareció a todo el pueblo*. Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grasas sobre el altar; y viéndolo todo el *pueblo, alabaron, y se postraron sobre sus rostros*” (v. 23-24). Es el grito de victoria, la actitud de adoración. Todo está cumplido.

El sacrificio, el sacerdote con sus vestiduras y su mitra, la familia sacerdotal asociada a su jefe, la bendición sacerdotal, la aparición del Rey y Sacerdote, en una palabra, nada falta. La gloria divina se manifiesta y todo el pueblo se postra para adorar. En suma, es una escena verdaderamente magnífica, la sombra maravillosa de los bienes venideros. Y no olvidemos que todo lo que aquí está representado por tipos, se realizará plenamente dentro de poco tiempo. Nuestro Sumo Sacerdote pasó a los cielos, por la plena virtud y potestad de una expiación cumplida. Allí está oculto ahora, y con él todos los miembros de la familia sacerdotal. Cuando los “siete días” hayan pasado, el “octavo día” arrojará sus rayos a la tierra, y entonces el remanente de Israel, pueblo arrepentido y expectante, saludará con un grito de victoria la presencia visible del real Sacerdote. En íntima unión con él, se verá una multitud de adoradores que ocuparán la posición más elevada.

He aquí cuáles son las “cosas venideras” (Hebreos 11:20), cosas que vale la pena esperar, dignas del Dios que las da, cosas por las cuales él será eternamente glorificado y su pueblo eternamente bendito.

El hombre corrompe las instituciones divinas

Las páginas de la historia de la humanidad siempre han sido manchadas. De principio a fin, no son más que anales de culpas, faltas, crímenes del hombre. En medio de las delicias del huerto de Edén, el hombre prestó oído a las mentiras del tentador (Génesis 3). Después de haber sido preservado del juicio por la gracia de Dios, e introducido en una tierra renovada, se embriagó (Génesis 9:21). Cuando fue conducido al país de Canaán, por el brazo extendido de Jehová,

Dejaron a Jehová, y adoraron a Baal y a Astarot



(Jueces 2:13).

Al ser colocado en la cumbre del poder y de la gloria terrenal, teniendo riquezas inauditas a sus pies y todos los recursos del mundo a su disposición, dio su corazón a las hijas de los incircuncisos (1 Reyes 11:1-8). Apenas habían sido promulgadas las benditas verdades del Evangelio, fue necesario que el Espíritu Santo advirtiese a los santos contra “la apostasía” (2 Tesalonicenses 2:3), los “lobos rapaces” y toda especie de pecados (Hechos 20:29; 1 Timoteo 4:1-3; 2 Timoteo 3:1-5; 2 Pedro 2; Judas). Y, para colmo, tenemos el testimonio profético de la apostasía humana en medio de los esplendores de la gloria milenaria (Apocalipsis 20:7-10).

Así es cómo el hombre lo arruina todo. Si se le pone en una posición de suprema dignidad, él se degrada. Si se le dan los mayores privilegios, abusa de ellos. Si se le derraman profusamente bendiciones alrededor de él, se muestra ingrato. Si se le coloca en medio de las instituciones más apropiadas para impresionar los corazones, él las corrompe. ¡Tal es el hombre! Tal es la naturaleza humana bajo sus más bellas formas y en las circunstancias más favorables.

Nadab y Abiú

En cierta medida, estamos preparados para oír las palabras que encabezan este capítulo: “Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, sobre el cual pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó” (v. 1). ¡Qué contraste con la escena final del capítulo anterior! Allí todo se había hecho “como Jehová mandó”, y el resultado había sido la manifestación de la gloria. Aquí se hace algo “que él nunca les mandó”, lo cual acarrea el juicio. Apenas cesa de resonar el cántico de victoria, se preparan los elementos de un culto corrompido. No bien colocados en la posición acorde con el mandamiento de Dios, la abandonan deliberadamente al descuidar el mandamiento divino. Apenas han comenzado su oficio los sacerdotes, cuando ya faltan gravemente en el cumplimiento de sus santas funciones.

¿En qué consistía su falta? ¿Eran falsos sacerdotes? ¿Eran usurpadores de este oficio? De ningún modo. Eran los hijos de Aarón, verdaderos miembros de la familia sacerdotal, sacerdotes debidamente ordenados. Los utensilios de su ministerio y sus vestiduras oficiales también parecían estar en orden. ¿En qué consistía, pues, su pecado? ¿Habían manchado con sangre humana las cortinas del tabernáculo, o profanado el sagrado recinto con cualquier crimen? Nada hace sospecharlo; solamente se nos dice: “Y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él nunca les mandó”. Este era su pecado. Se alejaron, en su culto, de la sencilla palabra, del ritual ordenado por Jehová, quien claramente les había instruido acerca del género y del modo de este culto. Ya hemos dicho cuán divinamente completa era la palabra del Señor con relación a todos los detalles del servicio de los sacerdotes. No quedaba laguna que el hombre pudiese llenar con cualquier rito que le pareciese conveniente. “Esto es lo que mandó Jehová”: he aquí lo suficiente. Este mandamiento lo hacía todo muy claro y sencillo. Nada se exigía del hombre sino un espíritu de obediencia implícita al mandamiento divino. Pero en esto faltó él. El hombre siempre ha mostrado repugnancia a andar por el estrecho sendero de una estricta adhesión a la sencilla palabra de Dios. Los atajos parecen tener siempre encantos irresistibles para el pobre corazón humano.

Las aguas hurtadas son dulces, y el pan *comido* en oculto es sabroso
“ (Proverbios 9:17).

Tal es el lenguaje del enemigo. Pero el corazón humilde y obediente sabe muy bien que el camino de la sumisión a la Palabra de Dios es el único que conduce a “las aguas” que son realmente “dulces” o “al pan” que verdaderamente pueda llamarse “sabroso”. Nadab y Abiú podían estimar que una especie de “fuego” era tan buena como otra, pero no era su deber decidir al respecto. En lugar de atenerse a la palabra del Señor, recurrieron a su propia cabeza y recogieron los amargos frutos de su propia voluntad. “No saben que allí están los muertos; que sus convidados están en lo profundo del Seol” (Proverbios 9:18).

El juicio de Dios sobre su casa

“Y salió fuego de delante de Jehová y los quemó, y murieron delante de Jehová” (v. 2). ¡Cuán serio y solemne es esto! Jehová habitaba en medio de su pueblo, para gobernar, juzgar y obrar según los derechos de su naturaleza. Al final del capítulo 9 leemos: “Y salió fuego de delante de Jehová, y consumió el holocausto con las grosuras sobre el altar”. Así demostraba Jehová que aceptaba un sacrificio verdadero. Pero en el capítulo 10 vemos cómo su juicio cae sobre los sacerdotes extraviados. Es una doble acción del mismo fuego. El holocausto subió en olor grato; el “fuego

extraño” fue desechado como abominación. Jehová era glorificado por el primero; pero hubiera sido una deshonra para él aceptar el segundo. La gracia divina aceptaba lo que era un tipo del precioso sacrificio de Cristo, y se complacía en él; la santidad divina desechaba lo que era fruto de la corrompida voluntad del hombre, voluntad que nunca es más horrorosa y abominable que cuando incumbe a las cosas de Dios.

“Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado” (v. 3). La dignidad y la gloria de toda la economía dependían del estricto mantenimiento de los justos derechos de Jehová. Si estos derechos eran desconocidos o descuidados, todo estaba perdido. Si se permitía al hombre manchar el santuario de la presencia divina con un “fuego extraño”, se violaba a la vez lo demás. Solo debía subir del incensario del sacerdote fuego puro, encendido sobre el altar de Dios y alimentado por el incienso pulverizado. Hermosa figura del culto verdaderamente santo, del cual el Padre es el objeto, Cristo el tema, y el Espíritu Santo el poder. No puede permitirse que el hombre introduzca sus ideas o sus inventos en el culto de Dios. Todos sus esfuerzos no conducen más que a la presentación de un “fuego extraño”, de un incienso impuro, de un culto falso. Lo mejor que puede hacer en este sentido solo es abominación a los ojos de Dios.

No me refiero aquí a los honrados esfuerzos de espíritus formales que buscan la paz con Dios, a los sinceros esfuerzos de conciencias rectas, aunque no iluminadas, para llegar al conocimiento del perdón de los pecados por obras de la ley o por ordenanzas de un sistema religioso. Sin duda, tales esfuerzos tendrán por resultado, merced a la extrema bondad de Dios, que se gozará con pleno conocimiento de la salvación. Ellos prueban claramente que se busca la paz con ahínco, aunque también demuestran que esa paz todavía no ha sido hallada. Nadie ha andado en pos de los más débiles fulgores que iluminaron su entendimiento, sin recibir una luz más clara en el momento conveniente. “Al que tiene, le será dado” (Mateo 25:29), y

“ La senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto (Proverbios 4:18).

Todo esto es tan sencillo como alentador, pero no toca en nada la cuestión de la voluntad del hombre y de sus impíos inventos en lo concerniente al servicio y al culto de Dios. Tales acciones deben atraer, tarde o temprano, los juicios de un Dios justo, quien no puede sufrir que sus derechos sean despreciados. “En los que a mí se acercan me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado” (v. 3). Cada uno será tratado según su profesión. El que busca con recti-

tud, ciertamente encontrará. Pero cuando alguien se acerca como adorador, ya no se le debe considerar como buscador, sino como quien confiesa haber encontrado. Entonces, si su incensario sacerdotal esparce humo proveniente de un fuego profano, si ofrece a Dios los elementos de un culto falso, si pisa Sus atrios sin estar lavado, ni santificado, ni humillado; si coloca sobre Su altar los productos de su voluntad corrompida ¿cuál será el resultado? El juicio. Sí, tarde o temprano, el juicio llegará. Y no solo llegará el juicio al final, sino que ya ahora el cielo desechará todo culto que no tenga al Padre por objeto, a Cristo por tema y al Espíritu Santo por poder. La santidad de Dios está tan pronta a rechazar todo “fuego extraño” como su gracia está dispuesta a aceptar los más débiles suspiros de un corazón sincero. Es preciso que él juzgue todo culto falso; pero,

La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará



(Mateo 12:20).

Este pensamiento es muy solemne cuando se piensa en los millares de incensarios que están llenados con fuego extraño, en los vastos dominios de la cristiandad. ¡Quiera el Señor, en su gracia, aumentar el número de los verdaderos adoradores que adoran al Padre en espíritu y en verdad! (Juan 4:24). Es infinitamente mejor pensar en el verdadero culto que se eleva de corazones sinceros hasta el trono de Dios, que detenerse, aunque no sea más que un instante, en el culto corrompido, el que dentro de poco atraerá los juicios divinos. Quien conoce, por gracia, el perdón de sus pecados en virtud de la sangre expiatoria de Jesucristo, puede adorar al Padre en espíritu y en verdad. Conoce el verdadero principio, el verdadero objeto, el verdadero poder del culto. Estas cosas solo pueden discernirse de un modo divino. No dependen del corazón natural, ni de la tierra; son espirituales y celestiales. Una gran parte de lo que es admitido entre los hombres como culto a Dios, no es, después de todo, más que un “fuego extraño”. No tiene ni el fuego puro, ni el incienso puro y, por eso, el cielo no puede aceptarlo. Y si no cae el juicio divino sobre los que ofrecen tal culto, como cayó sobre Nadab y Abiú, solo es porque “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). No es porque el culto sea agradable a Dios, sino porque Dios es misericordioso. Sin embargo, se acerca rápidamente el tiempo en que el fuego extraño sea apagado para siempre; cuando el trono de Dios ya no sea ultrajado por las nubes de incienso impuro, ofrecido por adoradores impuros; cuando todo lo que es falso sea abolido y el universo entero no sea más que un vasto y magnífico templo, en el cual se adore el solo verdadero Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo– por los siglos de los siglos.

Esto es lo que los redimidos esperamos. Gracias a Dios, dentro de poco este deseo será satisfecho, de tal modo que cada uno exclamará como la reina de Sabá:

“ Ni aun se me dijo la mitad
(1 Reyes 10:7).

¡Quiera el Señor aproximar tan feliz momento! Mientras tanto, procuremos sacar saludables instrucciones de este capítulo en un siglo en el cual el “fuego extraño” abunda a nuestro alrededor.

“Y Aarón calló”

Hay algo extraordinario en el modo en que Aarón recibió el rudo golpe de la justicia de Dios: “Y Aarón calló” (v. 3). Era una escena solemne. Sus dos hijos yacían a su lado, heridos por el fuego del juicio divino. Acababa de verlos vestidos con sus vestiduras de gloria y de hermosura, lavados y ungidos. Habían estado con él delante de Jehová para ser consagrados a su oficio sacerdotal. Habían ofrecido, con él, los sacrificios ordenados. Habían visto los rayos de la gloria divina radiando del santuario, y el fuego de Jehová caer sobre el sacrificio y consumirlo. Habían oído las exclamaciones de triunfo lanzadas por la congregación de adoradores. Todo esto acababa de pasar ante sus ojos, y ahora, lamentablemente, sus dos hijos yacían delante de él, heridos de muerte. El fuego de Jehová que hacía poco había consumido un sacrificio aceptable, ahora caía en juicio sobre ellos, y ¿qué podía decir? Nada. “Y Aarón calló”.

“ Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste
(Salmo 39:9).

Era la mano de Dios, y aunque pareciese muy pesada a juicio de la carne y de la sangre, Aarón no podía más que bajar la cabeza con silencio y respetuosa aceptación. “Enmudecí... porque tú lo hiciste”. Era la actitud correcta en presencia del juicio divino. Aarón probablemente sentía que los mismos pilares de su casa eran sacudidos por el juicio divino. Sin embargo, solo podía permanecer callado en medio de esta escena agobiadora. Privar a un padre de sus dos hijos, de tal manera y en tales circunstancias, no era un hecho ordinario; era una aclaración impresionante de las palabras del salmista: “Dios temible en la gran congregación de los santos, y formidable sobre todos cuantos están alrededor de él” (Salmo 89:7).

“ ¿Quién no temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre?
(Apocalipsis 15:4).

Ojalá aprendamos a andar apaciblemente en la presencia de Dios, a pisar los atrios de Jehová con los pies descalzos y mucha reverencia. ¡Quiera Dios que nuestro incensario de sacerdotes contenga solamente el incienso pulverizado de las varias perfecciones de Cristo y sea la llama santa encendida por el poder del Espíritu divino! Cualquier otra cosa no solo es sin valor, sino mala. Todo lo que viene de la energía natural, resultado del trabajo de la voluntad humana, el incienso más suave imaginado por el hombre, el ardor más intenso de una devoción natural, todo eso será “fuego extraño” y atraerá los solemnes juicios del Señor Dios Todopoderoso. ¡Tengamos siempre corazones sinceros y un espíritu de adoración en presencia de nuestro Dios y Padre!

Sin embargo, no se desanime o alarme el corazón tímido, si es recto. Con demasiada frecuencia sucede que quienes realmente deberían alarmarse manifiestan indiferencia, mientras que aquellos para quienes el Espíritu de gracia solo tiene palabras de consuelo y de ánimo, se aplican equivocadamente las severas advertencias de las Santas Escrituras. Sin duda, el corazón manso y contrito, que tiembla ante la palabra del Señor, está en buen estado. Además, debemos recordar que si un padre advierte a su hijo, no es porque no lo considera como hijo suyo, sino precisamente lo contrario. Una de las mejores pruebas de esta relación es la disposición a recibir la advertencia y a aprovecharla. La voz del padre, aun cuando sea de grave amonestación, llegará al corazón del hijo, pero ciertamente no para despertar en él dudas acerca de su parentesco con su padre. Si un hijo dudase de sus relaciones de hijo cada vez que su padre le reprende, sería digno de compasión. El juicio que acababa de caer sobre la familia de Aarón no le hizo dudar de que fuese realmente un sacerdote. Solo tuvo por efecto enseñarle cómo debía portarse en esta alta y santa posición.

Los sacerdotes ante el juicio de Dios

“Entonces Moisés dijo a Aarón, y a Eleazar e Itamar sus hijos: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestros vestidos en señal de duelo, para que no muráis, ni se levante la ira sobre toda la congregación; pero vuestros hermanos, toda la casa de Israel, sí lamentarán por el incendio que Jehová ha hecho. Ni saldréis de la puerta del tabernáculo de reunión, porque moriréis; por cuanto el aceite de la unción de Jehová está sobre vosotros. Y ellos hicieron conforme al dicho de Moisés” (v. 6-7).

Aarón, Eleazar e Itamar debían permanecer inmóviles en su lugar elevado, en su posición de santidad sacerdotal. Ni el pecado, ni el juicio consiguiente debían afectar a quienes llevaban las vestiduras sacerdotales y estaban ungidos con el

Aceite de la unción de Jehová

“ (v. 7).

Este santo óleo los había colocado en un recinto sagrado, donde las influencias del pecado, de la muerte y del juicio no podían alcanzarlos. Los que estaban fuera, a cierta distancia del santuario, quienes no tenían posición de sacerdotes, ellos sí podían lamentar “por el incendio”. Pero Aarón y sus hijos debían continuar cumpliendo sus santas funciones, como si nada hubiese sucedido. Los sacerdotes del santuario no estaban allí para lamentarse, sino para adorar. No debían llorar, como en presencia de la muerte, sino inclinar sus cabezas unguadas ante el juicio divino. El fuego de Jehová podía salir y hacer su solemne obra judicial; pero, para un sacerdote fiel, poco importaba para qué había venido este fuego. Sea que expresara la aprobación divina al consumir un sacrificio o que demostrase el desagrado divino al consumir a los que ofrecían “fuego extraño”, el sacerdote no tenía más que adorar. Este “fuego” era una manifestación muy conocida de la presencia divina en Israel. Obrase en gracia o en juicio, el deber de todos los sacerdotes fieles era adorar.

Misericordia y juicio cantaré; a ti cantaré yo, oh Jehová

“ (Salmo 101:1).

En todo esto hay una santa y grave lección para el alma. Quienes han sido conducidos a Dios por la eficacia de la sangre y por la unción del Espíritu Santo, deben moverse en una esfera que esté fuera del alcance de las influencias naturales. La proximidad de Dios da al alma tal intuición de todos sus caminos, tal sentimiento de la justicia de todas sus acciones, que podemos dar culto en su presencia, aun cuando su mano nos haya quitado el objeto de nuestro más tierno afecto. Entonces, ¿debemos ser estoicos? Pues bien, ¿eran estoicos Aarón y sus hijos? No, sentían como los otros hombres, pero adoraban como sacerdotes. Este es un concepto muy profundo que descubre un horizonte de pensamientos, sentimientos y experiencias en el cual el hombre natural no puede moverse a pesar de todo el refinamiento y sentimentalismo del cual se jacta. Es preciso que andemos, con la verdadera energía del sacerdote, en el santuario de Dios para poder comprender la profundidad, el sentido y la fuerza de estos santos misterios.

El profeta Ezequiel fue llamado a aprender esta difícil lección. “Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Hijo de hombre, he aquí que yo te quito de golpe el deleite de tus ojos; no endeches, ni llores, ni corran tus lágrimas. Reprime el suspirar, no hagas luto de mortuorios; ata tu turbante sobre ti, y pon tus zapatos en tus pies, y no te cubras con rebozo, ni comas pan de *enlutados*...

y a la mañana hice como me fue mandado” (Ezequiel 24:15-18). Se dirá que todo esto era «una señal» para Israel. Es verdad, pero prueba que en el testimonio profético, así como en el culto sacerdotal, debemos elevarnos por encima de las exigencias e influencias naturales y terrenales. Dios dejó repentinamente a Aarón sin sus hijos y a Ezequiel sin su mujer. No obstante, ni el sacerdote ni el profeta debían descubrir su cabeza o verter una sola lágrima.

¿Qué progresos hemos hecho nosotros en esta lección? Muy a menudo, lamentablemente, andamos “como hombres” (1 Corintios 3:3) y “comemos el pan de los hombres”. Con frecuencia somos despojados de nuestros privilegios de sacerdotes por influencias naturales, terrenales. Es importante velar para guardarse de ellas. Nada, excepto la conciencia de la proximidad de Dios, como sacerdotes, puede preservar el corazón del poder del mal y mantenerlo en la espiritualidad. Todos los creyentes son sacerdotes, y nada puede quitarles esta posición. Sin embargo, pueden faltar gravemente en el cumplimiento de sus funciones. No se diferencian lo suficiente estas dos cosas. Unos, no viendo más que la preciosa verdad de la seguridad del creyente, olvidan la posibilidad de faltar en el cumplimiento de sus funciones sacerdotales. Otros, al contrario, mirando sobre todo las faltas, se atreven a poner en duda la seguridad.

Para no caer en estas dos ideas erróneas, es preciso que estemos bien fundamentados en la doctrina divina de que todo miembro de la verdadera casa sacerdotal goza de la salvación eterna. También debemos recordar que cada uno es muy susceptible de caer en faltas, y que, por lo tanto, tiene necesidad de velar y orar constantemente. Que todos los que han sido llevados al conocimiento de la alta posición de sacerdotes de Dios sean preservados, por su gracia, de toda especie de faltas y pecados, así consistan en manchas personales o en la presentación de alguna de las variadas formas de “fuego extraño” que tanto abundan en la Iglesia profesante.

Abstenerse de todo lo que excita a la carne

“Y Jehová habló a Aarón, diciendo: Tú, y tus hijos contigo, no beberéis vino ni sidra cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; estatuto perpetuo será para vuestras generaciones, para poder discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio, y para enseñar a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová les ha dicho por medio de Moisés” (v. 8-11).

El efecto del vino es la excitación de la carne, y toda excitación de este género perjudica la serenidad y el equilibrio del alma, el cual es esencial para cumplir convenientemente el oficio sacerdotal. Lejos de emplear medios para excitar la naturaleza, deberíamos tratarla como si no existie-

se. Solo entonces nos hallaremos en el estado moral requerido para servir en el santuario, para efectuar un juicio imparcial entre lo inmundo y lo limpio, así también para explicar y comunicar el pensamiento de Dios. Cada uno debe juzgar por sí mismo lo que, en su caso particular, obre como “el vino” o “la sidra” (v. 9). Las cosas que excitan nuestra naturaleza son, en verdad, de muy distintos géneros: la fortuna, la ambición, la política, los numerosos objetos de emulación en el mundo que nos rodea. Todas estas cosas obran con poder excitante sobre nuestra naturaleza, y nos inhabilitan para cualquier servicio sacerdotal. Si el corazón está lleno de sentimientos de orgullo, de codicia o de envidia, es absolutamente imposible gozar del aire puro del santuario o cumplir las sagradas funciones del ministerio sacerdotal. Los hombres hablan de la versatilidad del espíritu humano o de la facilidad con que pasa prontamente de una cosa a otra. Pero, por muy ágil que sea el genio de un hombre, no puede hacerle capaz de pasar del círculo profano de los asuntos comerciales, literarios o políticos al santo retiro del santuario en la presencia divina. Tampoco puede hacer que la vista, oscurecida por las influencias de aquellas cosas, sea capaz de discernir la diferencia entre «lo santo y lo profano, entre lo inmundo y lo limpio». No, los sacerdotes de Dios deben mantenerse alejados “del vino y la sidra”. Su camino es un camino de santa separación y de sobriedad. Deben estar muy por encima de la influencia de la alegría y de la tristeza terrenales. Lo único que deben hacer con la bebida es derramar “libación de vino superior ante Jehová en el santuario” (Números 28:7). En otras palabras, la alegría de los sacerdotes de Dios no es la alegría de la tierra sino la del cielo, la alegría del santuario.

El gozo de Jehová es vuestra fuerza



(Nehemías 8:10).

¡Quiera Dios que meditemos más estas santas instrucciones! Sin duda, tenemos gran necesidad de ellas. Si descuidamos nuestra responsabilidad como sacerdotes, todo se resentirá a causa de ello. Cuando contemplamos el campamento de Israel, vemos que estaba dispuesto en tres círculos cuyo centro era el santuario. Primero se hallaba el círculo de los guerreros (Números 1, 2); después los círculos de los levitas alrededor del tabernáculo (Números 3, 4); y, finalmente, estaba el círculo interior de los sacerdotes, quienes oficiaban en el lugar santo. Recordemos que el creyente está llamado a moverse en todos estos círculos. Él lucha y combate como guerrero (Efesios 6:11-17; 1 Timoteo 1:18; 6:12; 2 Timoteo 4:7). Sirve como levita entre sus hermanos, según su capacidad y en su esfera (Mateo 25:14, 15; Lucas 19:12-13). Finalmente, sacrifica y adora, como sacerdote, en el lugar santo (Hebreos 13:15-16, 1 Pedro 2:5-9). Este último oficio durará para siempre. Además, solo mientras seamos capaces de movernos debidamente en este círculo sa-

grado, cumpliremos con todas las otras relaciones y responsabilidades. Por consiguiente, todo lo que nos impida realizar nuestras funciones sacerdotales, lo que nos aleja del centro de ese círculo interior en el que tenemos el privilegio de estar –en síntesis, todo lo que tiende a alterar nuestra relación de sacerdotes o a oscurecer nuestra visión de sacerdotes– necesariamente obstruye nuestra capacidad para cumplir el servicio que se nos ha confiado y para sostener la lucha a la cual hemos sido convocados.

Examinemos estas consideraciones con detenimiento. Debemos conservar un corazón recto, una conciencia pura, un ojo sencillo, una visión espiritual que no sea turbia. Los intereses del alma en el lugar santo deben ser atendidos fielmente y con celo; sin esto, todo irá mal. La comunión particular con Dios debe ser conservada; de otro modo, seremos siervos inútiles y guerreros vencidos. Sería vano agitarse y correr de acá para allá por lo que llamamos servicio, así como pronunciar bellas frases sobre la armadura y la lucha del cristiano. Si no conservamos nuestras vestiduras sacerdotales sin manchas, si no nos mantenemos alejados de todo lo que podría excitar nuestra naturaleza, caeremos ciertamente. El *sacerdote* debe guardar su corazón con cuidado; de lo contrario, el *levita* flaqueará y el *guerrero* será derrotado.

Es, pues, asunto de cada uno aclarar para sí qué constituye para él el vino y la sidra, qué le excita, qué embota sus percepciones espirituales o turba su visión sacerdotal. Puede ser un mercado, una exposición de animales, un periódico, así como la menor bagatela. No importa lo que sea; si tiende a excitar, ello nos hará ineptos para el ministerio sacerdotal. Y si no tenemos aptitud para el sacerdocio, tampoco la tendremos para todo lo demás, porque nuestro éxito en todos los detalles de nuestro servicio dependerá siempre de la medida en que cultivemos un espíritu de adoración. Debemos juzgarnos a nosotros mismos y ejercer una vigilancia sobre nuestros hábitos, conducta, pensamientos, gustos y compañías. Cuando, por la gracia, descubramos cualquier cosa que tenga la menor tendencia a apartarnos de nuestro elevado oficio en el santuario, desechemosla, cueste lo que costare. No nos dejemos esclavizar por tal o cual hábito. La comunión con Dios debe ser lo más precioso a nuestros corazones. En la medida en que apreciemos esta comunión, velaremos, oraremos para estar preservado de todo lo que nos prive de ella.

Algunos pensarán que el pasaje del Levítico 10:9 permite *ocasionalmente* el uso de cosas que excitan el espíritu natural, porque dice: “No beberéis vino ni sidra *cuando* entréis en el tabernáculo de reunión.” El santuario no es un lugar que el cristiano debe visitar *ocasionalmente*, sino un lugar en el cual debe *habitualmente* servir y adorar. Es la esfera en que debe vivir, moverse y tener su ser. Cuanto más vivamos en la presencia de Dios, menos podremos sufrir el estar alejados de

él. Nadie que conoce la felicidad que ello proporciona se permitirá fácilmente algo que le prive de este gozo. No hay nada en toda la tierra que a juicio de un cristiano espiritual equivalga a una hora de comunión con Dios.

¿Cómo permanecer en la presencia divina cuando la carne se ha manifestado?

“Y Moisés dijo a Aarón, y a Eleazar y a Itamar sus hijos que habían quedado: Tomad la ofrenda que queda de las ofrendas encendidas a Jehová, y comedla sin levadura junto al altar, porque es cosa muy santa. La comeréis, pues, en lugar santo; porque esto es para ti y para tus hijos, de las ofrendas encendidas a Jehová, pues que así me ha sido mandado” (v. 12-13).

Hay pocas cosas más difíciles que mantenernos a la altura divina, cuando la debilidad humana se manifiesta. Somos como David cuando Jehová hirió a Uza porque había extendido su mano al arca.

“ Y David temió a Dios aquel día, y dijo: ¿Cómo he de traer a mi casa el arca de Dios?
(1 Crónicas 13:12).

Es sumamente difícil doblarse ante el juicio divino y, al mismo tiempo, mantener los principios divinos. El riesgo está en bajar la medida moral, descender de esta alta esfera a un criterio humano. Debemos guardarnos cuidadosamente de este mal, tanto más peligroso que se reviste de modestia, de la desconfianza en sí mismo y de humildad. A pesar de lo que había pasado, Aarón y sus hijos debían comer la ofrenda vegetal en el lugar santo. Debían comerla, no porque todo había sucedido en conformidad, sino “porque esto es para ti y para tus hijos... pues que así me ha sido mandado”. Pese al pecado de Nadab y Abiú, el lugar de Aarón y de sus hijos estaba en el tabernáculo; y a todos los que estaban allí les habían sido asignadas ciertas cosas, según el orden divino. Aunque el hombre hubiera caído en faltas mil veces, la palabra de Jehová no fallaba, y además aseguraba a todos los sacerdotes fieles ciertos privilegios de los que tenían derecho de gozar. Los sacerdotes de Dios ¿no debían comer ningún alimento sacerdotal, porque se había cometido una falta? ¿Debían carecer de alimento porque Nadab y Abiú habían ofrecido un “fuego extraño”? No, seguro que no. Dios es fiel, y nunca permitirá que alguien quede hambriento en su bendita presencia. El hijo pródigo pudo extraviarse, errar, malgastar la hacienda hasta llegar a la indigencia, pero seguía siendo verdad que en la casa de su padre había abundancia de pan.

“Comeréis asimismo en lugar limpio, tú y tus hijos y tus hijas contigo, el pecho mecido y la espaldilla elevada, porque por derecho son tuyos y de tus hijos, *dados* de los sacrificios de paz de los hijos de Israel... y será *por derecho perpetuo* tuyo y de tus hijos, *como Jehová lo ha mandado* (v. 14-15). ¡Qué fuerza y qué estabilidad tenemos aquí! Todos los miembros de la familia sacerdotal, las “hijas” al igual que los “hijos”, todos, cualquiera fuese la medida de su energía o su capacidad, debían alimentarse del “pecho” y de la “espaldilla”, figuras de los afectos y de la fuerza del verdadero Sacrificio de paz, Cristo, como resucitado de entre los muertos y presentado ante Dios. Este precioso privilegio les pertenecía, puesto que les había sido “*dado por derecho perpetuo... como Jehová lo ha mandado*”. Esto lo hace todo seguro y firme, ocurra lo que ocurriese. Los hombres pueden faltar y pecar, pueden llegar a ofrecer el “fuego extraño”, pero la casa sacerdotal de Dios no se ve privada de la rica y misericordiosa porción que el amor divino le ha proporcionado y que la fidelidad divina le ha garantizado por “*derecho perpetuo*” (v. 15).

No obstante, debemos hacer una distinción entre los privilegios que pertenecían a todos los miembros de la familia de Aarón, “hijas” e “hijos,” y aquellos de los cuales solo podían gozar los varones de esta familia. Ya se hizo alusión a este punto al hablar de las ofrendas. Ciertas bendiciones son comunes a todos los creyentes, mientras que otras requieren una mayor medida de conocimiento espiritual y de energía sacerdotal para ser comprendidas y gustadas. Luego, es completamente inútil y aun culpable pretender gozar de esta más alta medida cuando en realidad no la poseemos. Una cosa es mantener firmes los privilegios “*dados*” por Dios, que nunca pueden faltar, y otra es pretender una capacidad espiritual que no nos ha sido dada. Sin duda, debemos anhelar la más alta medida de comunión sacerdotal, el orden más elevado de los privilegios sacerdotales; pero es muy diferente desear una cosa que pretender tenerla. Este pensamiento aclarará la última parte de nuestro capítulo.

Omisión en el servicio

“Y Moisés preguntó por el macho cabrío de la expiación, y se halló que había sido quemado; y se enojó contra Eleazar e Itamar, los hijos que habían quedado de Aarón, diciendo: ¿Por qué no comisteis la expiación en lugar santo? Pues es muy santa, y la dio él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación, para que sean reconciliados delante de Jehová. Ved que la sangre no fue llevada dentro del santuario; y vosotros debíais comer la ofrenda en el lugar santo, como yo mandé. Y respondió Aarón a Moisés: He aquí hoy han ofrecido su expiación y su holocausto

delante de Jehová; pero a mí me han sucedido estas cosas, y si hubiera yo comido hoy del sacrificio de expiación ¿sería esto grato a Jehová? Y cuando Moisés oyó esto, se dio por satisfecho” (v. 16-20).

A las “hijas” de Aarón no les era permitido comer del “sacrificio por el pecado”. Este gran privilegio, que pertenecía únicamente a los “hijos”, era figura de la forma más elevada del servicio sacerdotal. Comer del sacrificio por el pecado expresaba la identificación total con el que lo ofrecía, y para esto se necesitaba una capacidad sacerdotal y una energía que estaban representadas por “los hijos de Aarón”. Sin embargo, es evidente que en esta ocasión Aarón y sus hijos no estaban en una condición espiritual que les permitiera elevarse hasta esa santa altura, aunque deberían haberlo estado. “Me han sucedido estas cosas”, dijo Aarón. Sin duda, era una falta deplorable, pero “cuando Moisés oyó esto, se dio por satisfecho”. Vale mucho más ser sinceros en la confesión de nuestras caídas y negligencias, que tener infundadas pretensiones de fuerza espiritual.

De modo que el décimo capítulo del Levítico comienza con un pecado positivo y termina con un pecado por omisión. Nadab y Abiú ofrecen “fuego extraño” y Eleazar e Itamar son incapaces de comer del sacrificio por el pecado. El primer caso atrae el juicio divino, el segundo es tratado con indulgencia divina. No podía haber tolerancia para el “fuego extraño”. Habría sido desafiar abiertamente el mandamiento expreso de Dios. Evidentemente hay gran diferencia entre la transgresión deliberada de un mandamiento positivo y la simple incapacidad de elevarse a la altura de un privilegio divino. El primer caso es ofender abiertamente a Dios; el segundo es privarse de una propia bendición. Ni uno ni otro debería ocurrir; no obstante, la diferencia entre los dos es fácil de comprender.

Quiera el Señor, en su gracia infinita, hacernos morar siempre en el oculto retiro de su santa presencia, permaneciendo en su amor y nutriéndonos de su verdad. Así seremos preservados del “fuego extraño” y de la “sidra”, es decir, de todo culto falso y de la excitación carnal bajo todas sus formas. Así también seremos capaces de conducirnos rectamente en todos los detalles del ministerio sacerdotal y gozar de todos los privilegios de esta elevada posición. La comunión del cristiano es como una frágil y sensible flor: se ve fácilmente afectada por las influencias de un mundo malvado. Se desarrollará bajo la benéfica acción de la atmósfera del cielo, pero deberá cerrarse resueltamente al soplo glacial del mundo y de los sentidos. Recordemos estas cosas y procuremos estar siempre en el recinto sagrado de la presencia divina. Allí todo es puro, seguro y feliz.

Animales puros y animales impuros

Introducción

El libro del Levítico puede llamarse con razón «Guía del sacerdote», pues está lleno de principios para la dirección de los que desean gozar de la proximidad de Dios ejerciendo el sacerdocio. Si los hijos de Israel hubieran continuado andando con Jehová, según la gracia por la cual los había sacado de la tierra de Egipto, habrían sido para él un “reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:6). Pero no lo hicieron así, sino que se alejaron de él. Fueron entonces colocados bajo la ley, mas no pudieron observarla. Por eso Jehová tuvo que elegir cierta tribu, de ella una familia determinada, y de esta familia un hombre. A él y a su casa les fue concedido el gran privilegio de acercarse a Dios como sacerdotes.

Si bien los privilegios de semejante posición eran inmensos, ella también tenía sus graves responsabilidades. Exigía discernimiento de continuo.

“ Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos (Malaquías 2:7).

El sacerdote no solo debía llevar el juicio de la congregación delante de Jehová, sino también explicar las ordenanzas de Jehová a la congregación. Siempre debía estar dispuesto a ser el intermediario para las comunicaciones entre Jehová y el pueblo. No solo debía conocer para sí mismo los pensamientos de Dios, sino también ser capaz de interpretarlos al pueblo. Todo esto requería necesariamente una vigilancia continua, una atención sostenida, un estudio constante de las páginas inspiradas, a fin de impregnarse de todos los preceptos, juicios, estatutos, mandamientos, y de todas las leyes y ordenanzas del Dios de Israel, para estar en condiciones de ser el instructor de la congregación en cuanto a las cosas que debían ser hechas.

La autoridad de la Palabra de Dios

No había lugar para jugar con la imaginación, ni para introducir plausibles inferencias, ni para acomodar ingeniosamente las cosas según las conveniencias humanas. Todo estaba prescrito con la precisión divina y la autoridad soberana de un “así ha dicho Jehová”. La explicación de los sacrificios, de los ritos y de las ceremonias, tan minuciosa y completa, no dejaba nada por hacer a la elaboración del cerebro humano. No le estaba permitido decidir qué especie de sacrificio de-

bía ofrecerse en ciertas ocasiones, ni de qué manera debía presentarlo. Jehová lo había previsto todo. Ni la congregación ni el sacerdote tenían la menor autoridad para decretar, cumplir o sugerir un solo detalle en la larga serie de ordenanzas de la economía mosaica. *La palabra de Jehová ordenaba todo; el hombre no tenía más que obedecer.*

Para un corazón obediente esto constituía una gracia inefable. Debemos apreciar el privilegio de poder recurrir a los oráculos de Dios, y de encontrar en ellos, cada día, las más amplias instrucciones sobre todos los detalles concernientes a la fe y al servicio. Lo que necesitamos es una voluntad sumisa, un espíritu humilde, un ojo sencillo. Las enseñanzas divinas son tan completas como podemos desear; no tenemos necesidad de otra cosa. Creer, aunque solo sea por un instante, que resta algo que la sabiduría humana pueda o deba suplir, es un insulto a los libros sagrados. No se puede leer el Levítico sin sentirse impactado por el extremo cuidado que muestra el Dios de Israel al proporcionar a su pueblo las instrucciones más detalladas en lo referente a su servicio y culto.

Ahora, más que nunca, los cristianos necesitan aprender esta lección. De todas partes se elevan dudas sobre la divina suficiencia de las Escrituras. En algunos casos estas dudas se expresan abiertamente y con propósito deliberado; en otros, con menos franqueza, se insinúan secretamente, presentadas por medio de alusiones o inferencias. Se dice al navegante cristiano, directa o indirectamente, que el mapa divino no es suficiente para los múltiples y complicados detalles del viaje; que en el océano de la vida se han operado tantos cambios desde la elaboración de este mapa, y que en muchos casos resulta defectuoso para las necesidades de la navegación moderna. Se le asegura que las corrientes, mareas y costas de este océano son bastante diferentes de lo que eran hace algunos siglos y que, por consiguiente, es preciso que haya recursos apropiados, a fin de suplir lo que falta en el mapa antiguo, el cual –se reconoce– era perfecto en la época en que fue hecho.

Que todo cristiano pueda contestar con seguridad a este grave insulto inferido al precioso volumen inspirado, cuyas líneas todas llegan del seno del Padre, mediante plumas guiadas por el Espíritu Santo. Que pueda responder a ello, sea que se le presente bajo la forma de una audaz blasfemia, o bajo una sabia y plausible inducción. Sea cual fuere el manto con que se cubra, debe su origen al enemigo de Cristo, al enemigo de la Biblia, al enemigo del alma.

En efecto, si la Palabra de Dios no es suficiente, ¿dónde estamos? ¿hacia qué lado nos volveremos? ¿A quién nos dirigiremos cuando tengamos necesidad de socorro y de luz, si el libro de nuestro Padre es defectuoso en algún sentido? Dios dice que Su Palabra nos hace “*enteramente*

preparados para *toda* buena obra” (2 Timoteo 3:17). El hombre sostiene lo contrario, argumentando que la Biblia calla sobre muchas cosas, las que, no obstante, precisamos saber. ¿A quién creeremos? ¿A Dios o al hombre? Está claro que quien pone en duda la divina suficiencia de la Biblia, o bien no es hombre de Dios, o aquello para lo que busca autorización no es una buena obra.

¡Si al menos tuviéramos un sentimiento más profundo de la plenitud, majestad y autoridad de la Palabra de Dios! Necesitamos ser fortalecidos a este respecto. Su Palabra tiene autoridad suprema y completa suficiencia para todos los tiempos, climas, posiciones –personales, sociales y eclesiásticas– a fin de que podamos resistir a todos los esfuerzos que hace el enemigo para desvalorizar este inestimable tesoro. Que nuestros corazones estén más al unísono con estas palabras del salmista:

“ La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia
(Salmo 119:160).

En este capítulo vemos a Jehová haciendo una descripción maravillosamente detallada de los animales y dando a su pueblo distintas señales para que pudiera hacer diferencia entre lo limpio y lo inmundo. Los dos últimos versículos nos dan el resumen completo: “Esta es la ley acerca de las bestias, y las aves, y todo ser viviente que se mueve en las aguas, y todo animal que se arrastra sobre la tierra, para hacer diferencia entre lo inmundo y lo limpio, y entre los animales que se pueden comer y los animales que no se pueden comer” (v. 46-47).

Animales que rumian y tienen la pezuña hendida

Respecto a los animales cuadrúpedos, dos cosas eran necesarias para que fuesen limpios: era preciso que rumiasen y que tuvieran la pezuña hendida.

“ De entre los animales, todo el que tiene pezuña hendida y que rumia,
este comeréis
(v. 3).

Una sola de estas señales hubiera sido insuficiente para constituir la pureza ceremonial; las dos debían hallarse reunidas. Estas dos señales bastaban plenamente para dirigir al israelita en cuanto a la distinción entre los animales limpios y los inmundos sin que tuviera que preocuparse por el sentido o los motivos de estos caracteres. En cambio, al cristiano le es permitido buscar las verdades espirituales contenidas en estas ordenanzas ceremoniales.

¿Qué nos enseñan, pues, estos dos rasgos de un animal limpio? La acción de rumiar expresa el acto de «digerir interiormente» lo que se come, mientras que la pezuña hendida representa el carácter de la marcha exterior. Existe una íntima relación entre estas dos cosas en la vida del cristiano. Quien padece en los verdes pastos de la Palabra de Dios y digiere lo que allí come, quien combina la tranquila meditación con un estudio profundizado acompañado de la oración, manifestará también el carácter de una marcha que honre a Aquel que ha querido darnos su Palabra para dirigir nuestros caminos y formar nuestros hábitos.

Digerir la Palabra

Es de temer que muchos de los que *leen la Biblia* no *digieran la Palabra*. Hay una inmensa diferencia entre estas dos cosas. Se puede leer capítulo tras capítulo, libro tras libro, sin digerir un solo renglón. Podemos leer la Biblia como si cumpliésemos una fría y vana rutina, pero, por falta de facultades rumiantes, de órganos digestivos, no sacamos ningún provecho. El ganado que padece la hierba verde nos puede enseñar una saludable lección. Primero, recoge diligentemente el refrescante pasto y luego se acuesta tranquilo para rumiarlo. ¡Bella imagen de un cristiano que se alimenta del precioso contenido del volumen inspirado y que después lo digiere interiormente! Si estuviéramos más acostumbrados a hacer de la Palabra el alimento necesario y diario de nuestras almas, estaríamos seguramente en un estado más vigoroso y más sano. Guardémonos de hacer de la lectura de la Biblia una forma muerta, un frío deber, un trabajo de rutina religiosa.

La misma precaución es necesaria en cuanto a la predicación de la Palabra en público. Que los que explican las Escrituras a sus semejantes se alimenten de ellas y las digieran primero para sí mismos. Que lean y rumien a solas, no para los demás, sino para sí mismos. Es triste ver alguien continuamente ocupado en dar alimento a otros, mientras que él se muere de hambre. Y los que asisten al ministerio público de la Palabra, que no lo hagan maquinalmente y por costumbre, sino con sincero deseo de aprender y digerir interiormente lo que oyen. Entonces, tanto los que enseñan como los que son enseñados estarán en buen estado; la vida espiritual será alimentada y cuidada y se manifestará el verdadero carácter del andar cristiano.

La vida interior y la marcha exterior van juntas

Recordemos que la acción de rumiar nunca debe ser separada de la pezuña hendida. Quien no hubiera conocido perfectamente la «Guía del sacerdote» (el libro del Levítico), el inexperto en cuanto a las ordenanzas divinas, al ver un rumiante podría haberlo declarado limpio, lo cual hubiera sido un grave error. Un estudio más cuidadoso de las instrucciones divinas le habría en-

señado muy pronto que también debía observar la *marcha* del animal, buscar la huella de la pezuña hendida. “De los que rumian o que tienen pezuña, no comeréis éstos: el camello, porque rumia pero no tiene pezuña hendida, lo tendréis por inmundo...” (v. 4-6).

Igualmente, la pezuña hendida no bastaba si no estaba acompañada por la rumiatura. “También el cerdo, porque tiene pezuñas, y es de pezuñas hendidas, pero no rumia, lo tendréis por inmundo” (v. 7). En una palabra, estas dos cosas eran inseparables en todo animal limpio. En cuanto a la aplicación espiritual, es de suma importancia desde el punto de vista práctico. La vida interior y la marcha exterior deben estar íntimamente unidas. Uno puede hacer profesión de amar la Palabra de Dios, de alimentarse de ella, de estudiarla y rumiarla, de hacer de ella el pasto de su alma; pero, si las huellas de su marcha sobre el sendero de la vida no son como pide la Palabra, no está limpio. Por otra parte, puede parecer que uno ande con exactitud farisaica, pero, si su marcha no es el resultado de una oculta vida con Dios, no vale nada. Es preciso que esté en su interior el principio divino que toma y digiere el rico pasto de la Palabra de Dios, sin la cual la huella de sus pasos no servirá de nada. El valor de cada uno de estos caracteres depende de su unión inseparable con el otro.

Esto nos trae a la memoria un solemne pasaje de la primera epístola de Juan, en el cual el apóstol nos da las dos señales por las cuales podemos conocer a los que son de Dios:

“ En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que *no hace justicia, y que no ama a su hermano*, no es de Dios (1 Juan 3:10).

Aquí tenemos los dos grandes rasgos característicos de la vida eterna, los que poseen todos los verdaderos creyentes: “la justicia” y “el amor”, el signo exterior y el interior. Los dos deben estar juntos. Algunos cristianos abogan solo por lo que llaman el amor; otros por la justicia. Según Dios, uno no puede existir sin otro. Si lo que se llama amor no corre parejas con la justicia práctica, no será, en realidad, más que un estado de ánimo débil y relajado, el que tolerará toda especie de error y de mal. Y si lo que se llama justicia existe sin el amor, será una disposición de alma severa, orgullosa, farisaica, egoísta que se fundará en la miserable base de la reputación personal. Pero allí donde la vida divina obra con energía, se encontrará siempre el amor interior, unido a una sincera justicia práctica. Ambos son esenciales para la formación del verdadero carácter cristiano. Es preciso que haya el amor, que viene al encuentro de la más débil manifestación de lo que es de Dios y, al mismo tiempo, la santidad, que retrocede con horror ante todo lo que es de Satanás.

Animales acuáticos

Veamos ahora lo que el ceremonial levítico enseña en cuanto a “todos los animales que viven en las aguas”. Aun aquí encontramos la doble señal. “Esto comeréis de todos los animales que viven en las aguas: todos los que tienen aletas y escamas en las aguas de la mar, y en los ríos, estos comeréis. Pero todos los que no tienen aletas ni escamas en la mar y en los ríos, así de todo lo que se mueve como de toda cosa viviente que está en las aguas, lo tendréis en abominación” (v. 9-10). Dos cosas eran necesarias para que un pez fuese limpio: las “aletas” y las “escamas”, las que evidentemente representaban cierta aptitud para el elemento en que debía moverse el animal.

Tenemos el privilegio de discernir, en las propiedades naturales con que Dios ha dotado a las criaturas que viven en las aguas, ciertas cualidades espirituales que pertenecen a la vida cristiana. Si al pez le son necesarias las “aletas” para moverse en el agua, y las “escamas” para resistir la acción de este elemento, el cristiano también necesita la fuerza espiritual para atravesar el mundo que le rodea y, al mismo tiempo, para resistir su influencia y no dejarse penetrar por él. Estas cualidades son muy preciosas para el cristiano. Las aletas y las escamas tienen gran significación y ofrecen mucha instrucción práctica. Representan, bajo la forma ceremonial, dos cosas de las que tenemos particular necesidad: la energía espiritual para ir adelante a través del elemento que nos rodea y la fuerza para preservarnos de su acción. De nada serviría la una sin la otra. Nos es inútil poseer la fuerza necesaria para atravesar el mundo si no podemos resistir su influencia. Y aunque fuésemos capaces de resistir la influencia mundana, si no tenemos fuerza para avanzar, somos defectuosos.

La conducta de un cristiano debería probar que solo es un extranjero y peregrino en la tierra. Su divisa tendría que ser «adelante», siempre y únicamente «*adelante*». Sean cual fueren sus circunstancias, su mirada debe estar fija en una morada más allá de este mundo perecedero. Por gracia está dotado de la facultad espiritual para ir adelante, superar enérgicamente todos los obstáculos y realizar las ardientes aspiraciones de un alma nacida de lo alto. Prosiguiendo así vigorosamente su camino hacia el cielo, es preciso que guarde su hombre interior completamente acorazado y cuidadosamente cerrado a todas las influencias de fuera.

¡Ojalá tuviéramos más deseos de avanzar, más santa firmeza de alma y nos mantuviéramos más alejados de este mundo frívolo! Si, merced a las sombras ceremoniales del Levítico llegamos a anhelar más estas gracias que, aunque tan pobremente descritas en estas meditaciones, nos son tan necesarias, tendremos motivo para bendecir al Señor por ello.

Las aves

Del versículo 13 al versículo 24 encontramos la ley relativa a las aves. Todas las carnívoras eran inmundas. Todas las omnívoras, es decir, las que comen de todo, eran inmundas. Todas las que, aunque dotadas de la facultad de elevarse en los cielos, se arrastraban sobre la tierra, eran inmundas. Aunque en esta última clase había casos excepcionales (v. 21-22), la regla general, el principio fijo, la ordenanza inmutable, era lo más explícita posible.

“ Todo insecto alado que anduviere sobre cuatro patas, tendréis en abominación (v. 20).

Todo esto contiene una enseñanza muy sencilla para nosotros. Las aves que se alimentaban de carne, las que podían tragar todo lo que se presentase y las que se arrastraban debían ser inmundas para el Israel de Dios, porque el Dios de Israel las había declarado como tales. El corazón espiritual no tendrá dificultad en reconocer lo acertado de semejante ordenanza. No solamente podemos ver, en la naturaleza de las tres clases de aves aquí citadas, el sabio motivo que las hacía declarar inmundas, sino que vemos también la admirable representación de aquello de lo que todo cristiano verdadero debe guardarse. Tiene que rechazar todo lo que proviene de la naturaleza carnal. Además, no puede alimentarse de cualquier cosa que se le presente, sin discernimiento, sino que debe examinar cada una según su carácter. Debe tener cuidado con lo que oye. Es preciso que ejerza juicio espiritual sobre todas las cosas con inteligencia celestial. Finalmente, es necesario que se sirva de sus alas, elevándose por medio de la fe, y que busque su lugar en la esfera celeste a la cual pertenece. No debe haber nada que se arrastre, nada confuso, nada impuro en el cristiano.

Los reptiles

En cuanto a los reptiles, he aquí la regla general:

“ Y todo reptil que se arrastra sobre la tierra es abominación; no se comerá (v. 41).

¡Cuán admirable es la gracia de Jehová, plena de condescendencia! ¡Él hasta se dignaba a dar instrucciones acerca de un reptil! No quería dejar a su pueblo indeciso ni siquiera en lo más mínimo. La «Guía del sacerdote» contenía las más detalladas instrucciones sobre todos los puntos. Quería Dios que su pueblo se conservase puro de toda inmundicia resultante del contacto con lo

impuro. Ellos no se pertenecían a sí mismos y, por lo tanto, no debían obrar como bien les pareciese. Pertenecían a Jehová; su nombre era invocado entre ellos; estaban identificados con él. Su palabra debía ser su regla de conducta en todas las cosas. Por ella aprendían los pensamientos de Dios acerca de los cuadrúpedos, de las aves, de los peces y de los reptiles. No debían, en esta materia, apoyarse en sus propias opiniones o su razón, ni tampoco dejarse guiar por sus propias imaginaciones. *La Palabra de Dios era su única guía.* Los demás pueblos podían comer lo que quisieran, pero Israel gozaba del gran privilegio de comer solo lo que agradaba a Jehová.

La santidad de Dios y la santidad del creyente

El pueblo de Dios no solo debía guardarse cuidadosamente de *comer* lo inmundo, sino que aun el simple *contacto* le estaba prohibido (véanse los v. 8, 24, 26-28, 31-40). Era imposible que un miembro del Israel de Dios tocara lo inmundo sin contaminarse. Este principio está ampliamente desarrollado en la ley y los profetas: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Pregunta ahora a los sacerdotes acerca de la ley, diciendo: Si alguno llevare carne santificada en la falda de su ropa, y con el vuelo de ella tocare pan, o vianda, o vino, o aceite, o cualquier otra comida, ¿será santificada? Y respondieron los sacerdotes, y dijeron: No. Y dijo Hageo: Si un inmundo a causa de cuerpo muerto tocare alguna cosa de éstas, ¿será inmunda? Y respondieron los sacerdotes, y dijeron: Inmunda será” (Hageo 2:11-13). Jehová quería que su pueblo fuese santo en todo sentido. No debían comer, ni tocar nada que fuera inmundo. “No hagáis abominables vuestras personas con ningún animal que se arrastra, ni os contaminéis con ellos, ni seáis inmundos por ellos” (v. 43). Después viene la poderosa razón de esta detallada ordenanza: “*Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo; así que no contaminéis vuestras personas con ningún animal que se arrastre sobre la tierra. Porque yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo*” (v. 43-45).

Es conveniente observar que la santidad personal de los siervos de Dios, su entera separación de toda especie de inmundicia, proviene de su relación con él. No se basa en el principio: «Retírate, no te acerques a mí, porque yo soy más santo que tú», sino sencillamente sobre este: “Dios es santo”; por eso, todos los que están en relación con Él también deben ser santos. En todo sentido es digno de Dios que su pueblo sea santo.

“ Tus testimonios son muy firmes; la santidad conviene a tu casa, oh Jehová, por los siglos y para siempre (Salmo 93:5).

¿Qué más que la santidad puede convenir a la morada de Jehová? Si se hubiera preguntado a un israelita por qué retrocede así ante ese reptil que se arrastra por el sendero, habría contestado: «Jehová es santo, y yo le pertenezco. Él ha dicho: No lo toques». Igualmente ahora, si se pregunta a un cristiano el porqué de su alejamiento de tantas cosas en las que los hombres del mundo toman parte, su respuesta debe ser sencillamente: «*Porque mi Padre es santo*». Este es el verdadero principio de la santidad personal. Cuanto más contemplemos el carácter divino y comprendamos el poder de nuestra relación con Dios en Cristo, por la energía del Espíritu Santo, tanto más santos seremos en la práctica. No puede haber progreso en el estado de santidad en que el creyente es introducido; pero deben notarse progresos en la apreciación, en la experiencia y en la manifestación práctica de esta santidad. Estas cosas nunca deberían confundirse. Todos los creyentes están en la misma condición de santidad o de santificación, pero su medida práctica puede variar hasta lo infinito. Es fácil de comprender: nuestra condición resulta del hecho de haber sido acercados a Dios por la sangre de la cruz; la santidad práctica dependerá de la medida en que nos *mantengamos* cerca de Dios, por el poder del Espíritu. No es pretender un grado de santidad personal más elevado que el de otros, ni ser de algún modo mejor que el prójimo. Tales pretensiones son completamente despreciables a los ojos de toda persona inteligente. No obstante, si Dios, en su gracia infinita, se baja hasta nosotros y nos eleva a la santa altura de su presencia bendita, en unión con Cristo, ¿no tiene el derecho de prescribirnos cuál ha de ser nuestro carácter en nuestra condición de seres hechos cercanos? ¿Quién se atrevería a poner en duda una verdad tan evidente? Luego, ¿no es nuestro deber conservar este carácter que él nos prescribe? ¿Podremos ser acusados de presunción si lo hacemos? (1 Pedro 1:15-16). ¿Era pretensión que un israelita rehusara tocar “un reptil”? No, sino que habría sido una audaz y peligrosa presunción hacerlo. Podía ser que no consiguiera hacer comprender y apreciar a un extranjero incircunciso el motivo de su conducta; pero eso poco importaba, pues Jehová había dicho que no se tocara. No porque un israelita, por mérito propio, fuese más santo que un extranjero, sino porque Jehová era santo e Israel le pertenecía. Eran necesarios el ojo y el corazón de un circunciso discípulo de la ley de Dios para discernir lo que era limpio y lo que no lo era. Un extranjero no veía en ello ninguna diferencia. Así ocurre siempre: únicamente los hijos de la Sabiduría pueden justificarla y aprobar sus celestiales enseñanzas.

La experiencia de Pedro en Hechos 10

Antes de dejar este capítulo 11, nos será útil compararlo con el capítulo 10 de los Hechos, versículos 11-16. Cuán extraño le debió parecer a Pedro, educado desde su infancia en los principios del ritual mosaico, ver un gran lienzo descendiendo del cielo, “en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo”, y no solo ver el lienzo lleno de tal manera, sino aún oír una voz diciendo: “Levántate, Pedro, mata y come”. ¡Cosa maravillosa: comer sin ningún examen de las pezuñas y de las características de los animales! No era más necesario, pues el gran lienzo y su contenido habían descendido del cielo. Esto bastaba. El judío podía parapetarse tras las estrechas barreras de las ordenanzas judaicas, y exclamar: “Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás”; pero la ola de la gracia divina se elevaba majestuosamente por encima de estos límites, a fin de abrazar toda clase de animales y de alzarlos al cielo con la potestad y según la autoridad de estas preciosas palabras: “Lo que Dios limpió, no lo lla-mes tú común”. Poco importaba lo que había en el gran lienzo, puesto que Dios lo había purificado. El Autor del Levítico iba a elevar los pensamientos de su siervo por encima de las barreras que este libro había erigido, hasta toda la magnificencia de la gracia celestial. Quería enseñarle que la verdadera pureza –la que el cielo requería– ya no consistía en el acto de rumiar y en tener la pezuña hendida o en tal o cual señal ceremonial, sino en estar lavado en la sangre del Cordero. Esa sangre limpia de todo pecado y hace al creyente lo bastante limpio como para pisar el pavimento de zafiro de los atrios celestes.

Para un judío, era esta una hermosa aunque difícil lección. Era una instrucción divina a cuya luz debían desvanecerse las sombras del antiguo orden de cosas. La mano de la gracia soberana había abierto la puerta del reino, pero no para admitir a quien fuera impuro, pues nada impuro puede entrar en el cielo. Luego, el criterio de la pureza no podía ser ya una pezuña hendida, sino únicamente esto:

Lo que Dios limpió



(Hechos 10:15).

Cuando Dios purifica a un hombre, este ciertamente debe estar limpio. Pedro iba a ser enviado para abrir el reino a los gentiles como lo había hecho con los judíos, y su corazón judío tenía necesidad de ser ensanchado. Necesitaba elevarse por encima de las sombras de un tiempo que no existía más, a la luz resplandeciente que irradiaba de un cielo abierto, en virtud de un sacrificio cumplido y perfecto. Le era preciso salir de la estrecha corriente de los prejuicios judaicos y ser llevado en el seno de este océano de gracia que iba a esparcirse sobre todo un mundo perdido.

Además debía aprender que la medida para determinar la verdadera pureza ya no era carnal, ceremonial y terrenal, sino espiritual, moral y celestial. Podemos, pues, decir con propiedad que eran grandes lecciones las que recibió el apóstol de la circuncisión en la azotea de la casa de Simón el curtidor. Eran propias para ablandar, ensanchar y elevar un espíritu que había sido formado en medio de las restrictivas influencias del sistema judaico. Nosotros bendecimos al Señor por la bella y rica posición en que nos ha colocado mediante la sangre de la cruz. Le bendecimos porque ya no estamos restringidos por:

No manejes, ni gustes, ni aun toques

“ (Colosenses 2:21),

sino que su Palabra nos declara que “todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado” (1 Timoteo 4:4-5).

Purificación de la mujer que da a luz

El hombre concebido y nacido en pecado

Esta corta sección nos da la doble lección de la ruina del hombre y del remedio de Dios. Aunque la forma sea particular, la lección es muy clara e impresionante. Es, a la vez, humillante y consoladora. El efecto de todo pasaje de la Escritura, directamente explicado y aplicado a nuestra alma por el poder del Espíritu Santo, es conducirnos, fuera de nosotros mismos, a Cristo. Donquiera veamos nuestra naturaleza caída, considerada desde cualquier punto histórico, –sea en su concepción, en su nacimiento o en cualquier otra fase de su recorrido desde la cuna a la tumba– lleva el doble sello de debilidad y mancha. Esto se olvida a veces en medio del brillo, de las riquezas y de los esplendores de la vida humana. El corazón humano es fértil en medios para cubrir su humillación. Busca de diversas maneras cómo adornarla y cómo revestirse con apariencias de fuerza y de gloria; pero todo esto no es más que vanidad. Basta verle a su entrada en el mundo, pobre y débil criatura, o cuando sale de él a fin de volver a la tierra, para tener la prueba más convincente de la nada de su orgullo, de la vanidad de su gloria. Aquellos cuyo camino a través de este mundo ha sido iluminado por lo que el hombre llama la gloria, entraron en él en desnudez y debilidad; salieron de él por muerte.

Y esto no es todo. La condición del hombre, lo que le caracteriza a su entrada en la vida, no solo es la debilidad, sino también el pecado. Dice el salmista: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5) y

¿Cómo será limpio el que nace de mujer?

“

(Job 25:4).

En el capítulo que tenemos a la vista, vemos que la concepción y el nacimiento de un “hijo” ocasionaba “siete días” de inmundicia ceremonial para la madre, con treinta y tres días de exclusión del santuario. Estos períodos eran dobles en el caso de ser “hija”. Esto ¿no nos enseña algo? ¿No podemos sacar de ello una lección humillante? ¿No se nos declara, con un lenguaje fácil de comprender, que el hombre es una “cosa impura” y que necesita la sangre de la expiación para purificarlo? El hombre se imagina que puede hacerse una justicia propia. Ensalza orgullosamente la dignidad de la naturaleza humana. Al recorrer la escena de la vida puede tomar un aire altanero. Mas si quisiera tomarse el trabajo de volver en sí y meditar sobre el corto capítulo del libro que

nos ocupa, su orgullo, vanidad, dignidad y su propia justicia se desvanecerían prontamente. En su lugar encontraría la sólida base de toda verdadera dignidad, como así también el fundamento de la divina justicia, en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

La mancha perfectamente lavada

En este capítulo, la sombra de la cruz pasa ante nosotros bajo un doble aspecto: primero, en la circuncisión del hijo varón, por la cual entraba como miembro en el Israel de Dios. Después, en el holocausto y el sacrificio por el pecado, por los cuales la madre quedaba limpia de toda mancha, reintegrada a la congregación y hecha nuevamente digna de acercarse al santuario y de tocar las cosas santas. “Cuando los días de su purificación fueren cumplidos, por hijo o por hija, traerá un cordero de un año para holocausto, y un palomino o una tórtola para expiación, a la puerta del tabernáculo de reunión, al sacerdote; y él los ofrecerá delante de Jehová, y hará expiación por ella, y será limpia del flujo de su sangre. Esta es la ley para la que diere a luz hijo o hija” (v. 6-7). La muerte de Cristo, en sus dos grandes aspectos, se presenta aquí a nuestro pensamiento como la única cosa que podía responder a la necesidad de lavar perfectamente la mancha que el nacimiento natural del hombre producía. El holocausto representa la muerte de Cristo según la apreciación divina; el sacrificio para expiación, por otra parte, representa la muerte de Cristo en relación con las necesidades del pecador.

La sangre expiatoria de Cristo a disposición del más humilde

“Y si no tiene lo suficiente para un cordero, tomará entonces dos tórtolas o dos palominos, uno para holocausto y otro para expiación; y el sacerdote hará expiación por ella, y será limpia” (v. 8). Solo el derramamiento de sangre podía purificar. La cruz es el único remedio para la debilidad y la impureza del hombre. Dondequiera que esta obra gloriosa sea comprendida por la fe, se goza de una purificación completa. Esta comprensión puede ser débil, la fe puede ser vacilante, las experiencias pobres. No obstante, para regocijo y consolación de nuestra alma, podemos recordar que no es la profundidad de nuestras experiencias, la estabilidad de nuestra fe o la fuerza de nuestra comprensión lo que nos purifica, sino únicamente el valor divino y la inmutable eficacia de la sangre de Jesús. Esto proporciona gran reposo al alma. El sacrificio de la cruz es el mismo para cada miembro del pueblo de Israel, cualquiera que sea su posición en la asamblea. Los tiernos cuidados del Dios de misericordia se ven en el hecho de que la sangre de una tórtola era tan eficaz para el pobre como la del cordero para el rico. El pleno valor de la obra expiatoria era demostrado de igual manera por las dos ofrendas. De lo contrario, el israelita humilde, estando en

alguno de los casos de contaminación, habría podido exclamar, al considerar los numerosos rebaños de algún rico vecino: «¿Qué haré? ¿Cómo me purificaré? ¿Cómo podré recobrar mi lugar y mis privilegios en la congregación? No tengo ganado; soy pobre y menesteroso». Gracias a Dios, este caso estaba previsto: un palomino o una tórtola era completamente suficiente. La misma gracia perfecta y admirable se encuentra en el caso del leproso, en el capítulo 14 de nuestro libro. “*Mas si fuere pobre, y no tuviere para tanto, entonces tomará... Asimismo ofrecerá una de las tórtolas o uno de los palominos, según pueda... Esta es la ley para el que hubiere tenido plaga de lepra, y no tuviere más para su purificación*” (v. 21, 30-32).

La gracia sale al encuentro del menesteroso en cualquier lugar donde esté y tal como es. La sangre expiatoria está puesta al alcance del más humilde, pobre y débil. Todos los que la necesitan pueden poseerla. “Si fuere pobre” ¿sería rechazado? ¡No! el Dios de Israel no podía obrar de esta manera para con los pobres e indigentes. Hay gran consuelo para estos últimos en la bella expresión “si no tiene lo suficiente” (v. 8; 5:7)... “no tuviere para tanto” (cap. 14:21)... ¡Qué gracia más perfecta! “A los pobres es anunciado el Evangelio” (Mateo 11:5). Nadie puede decir: «La sangre de Cristo no está a mi alcance». A cada uno se le acerca: “Haré que se acerque mi justicia; no se alejará”, dice el Señor (Isaías 46:13). ¿Hasta qué punto está cerca? Tan cerca, que puede asirse de ella el

Que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío



(Romanos 4:5).

Y aun “*cerca de ti está la palabra*”. Tan cerca que “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Romanos 10:8-9). Lo mismo dice esta bella y conmovedora invitación: “A todos los sedientos: Venid a las aguas, y *los que no tienen dinero*” (Isaías 55:1).

¡Qué gracia incomparable brilla en estas expresiones: “al que *no obra*” y “los que *no tienen dinero*”. Son tan conformes a la naturaleza de Dios, como opuestas a la del hombre. La salvación es tan gratuita como el aire que respiramos, y ¿hemos creado nosotros el aire? ¿Acaso hemos combinado los elementos que lo componen? No, pero gozamos de él, y gozándolo podemos vivir y obrar para Aquel que lo ha creado. Lo mismo ocurre en el asunto de la salvación. La recibimos sin haber hecho nada. Gozamos de las riquezas de otro; descansamos sobre la obra cumplida

por otro; haciendo esto, somos capacitados para servirle. Esta es la gran paradoja del Evangelio, inexplicable para el legalismo, pero admirablemente sencilla para la fe. La gracia divina se deleita proveyendo a las necesidades de quienes no tienen medios para satisfacerlas por sí mismos.

José y María eran pobres

Encontramos aún otra lección preciosa en este capítulo. No solamente vemos en él la gracia de Dios hacia los pobres, sino que, comparando los últimos versículos con Lucas 2:24, vemos hasta qué asombrosa profundidad se baja Dios para manifestar esta gracia. Nuestro Señor Jesucristo, Dios manifestado en carne, el Cordero puro y sin defecto, el Santo, quien no conoció pecado, nació “de mujer” (Gálatas 4:4); y esta mujer –¡maravilloso misterio!– después de haber llevado en su seno y puesto en el mundo ese cuerpo humano, puro, perfecto, santo y sin defecto, debió someterse a las ceremonias ordinarias y cumplir los días de su purificación, según la ley de Moisés. No solo vemos la gracia divina en el hecho de que ella debiera purificarse, sino también en la forma en que esto se cumplió.

“ Y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor: un par de tórtolas, o dos palominos (Lucas 2:24).

Esta sencilla circunstancia nos enseña que los padres del Señor Jesús eran pobres hasta el punto de verse obligados a aprovechar el bondadoso permiso dado a los que no tenían medio de ofrecer “un cordero para holocausto”. El Señor de gloria, el Dios Todopoderoso, poseedor del cielo y de la tierra, Aquel a quien pertenecen “los millares de animales en los collados” (Salmo 50:10) y todas las riquezas del universo, apareció en este mundo, –el cual sus manos habían creado– en las difíciles circunstancias que acompañan a una vida muy humilde. La economía levítica hacía concesiones a los pobres, y la madre de Jesús se previó de ellas. Hay en esto una profunda lección para el corazón humano. El Señor Jesús no hizo su entrada en el mundo en medio de los grandes y los nobles. Por nosotros se hizo pobre y tomó su lugar entre los pobres. “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Corintios 8:9).

¡Que podamos alimentarnos siempre con alegría de esta preciosa gracia de nuestro Señor Jesucristo, por la cual hemos sido enriquecidos actualmente y por la eternidad! Él se despojó de todo lo que el amor puede dar, para que fuésemos llenos. Se desnudó para que fuésemos vestidos; murió para que viviésemos. En la grandeza de su gracia, descendió desde la gloria divina hasta

las profundidades de la humana pobreza, para que pudiéramos ser elevados del estiércol de la ruina natural y tomar nuestro lugar entre los príncipes de su pueblo para siempre (1 Samuel 2:8). ¡Que el sentimiento de esta gracia, producido en nuestros corazones por el poder del Espíritu Santo, nos constriña a abandonarnos completamente a Aquel a quien debemos nuestra felicidad presente y eterna, nuestras riquezas, nuestra vida, nuestro todo!

La ley del leproso

Introducción

Entre todas las funciones que, según la ley de Moisés, debía desempeñar el sacerdote, ninguna exigía una atención más paciente, una adhesión más estricta a la «Guía» divina que la comprobación de la lepra y su tratamiento conveniente.

Dos cosas exigían la solicitud vigilante del sacerdote: la pureza de la congregación y la gracia que solo podía admitir la exclusión de un miembro cualquiera cuando los motivos para ello estaban claramente asentados. Por una parte, *la santidad* no permitía que un hombre cualquiera, debiendo ser excluido, permaneciese en la congregación; y, por otra, *la gracia* no quería que alguno estuviera fuera debiendo estar dentro. Por eso, el sacerdote tenía gran necesidad de vigilancia, calma, sabiduría, paciencia y ternura, así como de una amplia experiencia. Ciertos síntomas podían parecer de poca importancia pese a ser realmente muy graves, otros parecían lepra, sin serlo. Hacía falta la mayor atención y sangre fría. Un juicio precipitado o una conclusión demasiado pronta, podían entrañar las más serias consecuencias, sea para la congregación o para alguno de sus miembros.

Esto explica la frecuente repetición de frases como: “Y el sacerdote mirará”, “el sacerdote encerrará al llagado por *siete días*”, “al séptimo día el sacerdote lo mirará”, “le volverá a encerrar por *otros siete días*”, “al séptimo día el sacerdote *le reconocerá de nuevo*”. No se debía juzgar o decidir acerca de ningún caso precipitadamente. No debía formarse ninguna opinión de oídas. El examen personal, el discernimiento sacerdotal, la tranquila reflexión, el apego a la Palabra escrita –a la «Guía» santa e infalible–, todas estas cosas eran formalmente exigidas del sacerdote, para que pudiera formarse un juicio sano. No debía dejarse guiar por sus propios pensamientos, sentimientos y sabiduría propia, en cualquier caso que fuera. Tenía amplias instrucciones en la Palabra: cada detalle, variación, matiz y síntoma particular, todo estaba previsto divinamente, de modo que el sacerdote solo tenía que conocer bien la Palabra y someterse a ella en todos sus puntos para evitar millares de errores.

La lepra

Consideremos ahora la enfermedad de la lepra, desarrollada en un individuo, en un vestido o en una casa. Desde el punto de vista físico no hay nada más asqueroso que esta enfermedad, y, como en aquel tiempo era completamente incurable, ofrece una figura viva y horrorosa del pecado: del pecado en nosotros, en nuestras circunstancias, en una asamblea. ¡Qué lección para el alma

que una enfermedad tan horrorosa y humillante sea empleada para representar el mal moral, en un miembro de la asamblea de Dios, en las circunstancias de uno de estos miembros o en la asamblea misma!

La lepra en un hombre

Primeramente, en cuanto a la lepra en un individuo o, en otros términos, la acción del mal moral o lo que podía parecer mal en algún miembro de la asamblea, es un asunto que exige la mayor atención de los que desean de corazón el bien de las almas y la gloria de Dios, ligada con el bienestar y la pureza de la asamblea como cuerpo y de cada uno de sus miembros en particular.

Conviene observar que, aunque los principios generales de la lepra y de su purificación se aplican, en sentido secundario, a todo pecador, aquí el asunto está relacionado con los que eran el pueblo reconocido por Dios. El individuo que se ve sometido al examen del sacerdote es un miembro del pueblo de Dios. Vale la pena comprender bien esto. La asamblea de Dios debe conservarse pura porque es Su morada. Ningún leproso puede permanecer en el sagrado recinto de la morada de Jehová.

Responsabilidad del sacerdote

Notemos el cuidado, la vigilancia, la perfecta paciencia recomendados al sacerdote, para evitar que alguna cosa que no era lepra fuese tratada como tal, o que alguna cosa que realmente era lepra fuese tolerada. Muchas afecciones podían aparecer “en la piel” –el lugar de la manifestación– semejantes “a la plaga de lepra”, las cuales, después de una paciente investigación del sacerdote, resultaban solamente superficiales. Era necesario poner mucha atención. Cualquier mancha podía aparecer en la superficie, la cual, aunque reclamara los cuidados de quien obraba por Dios, no era realmente algo inmundo. En cambio, lo que no parecía ser más que una mancha superficial, podía ser más profundo que la piel, algo interno que afectara el organismo entero. Todo esto exigía la mayor solicitud de parte del sacerdote (véase v. 2-11). Una pequeña negligencia, un ligero olvido, podía tener consecuencias desastrosas. Ello podía ocasionar la contaminación del pueblo por la presencia de un verdadero leproso, o bien, la expulsión, a causa de alguna mancha superficial, de un verdadero miembro del Israel de Dios.

Hay en todo esto un rico fondo de instrucción para el pueblo de Dios. Existe una diferencia entre las debilidades personales y la declarada energía del mal, entre los defectos e imperfecciones de la conducta y la actividad del pecado en los miembros. Sin duda, es importante velar sobre nuestras flaquezas; porque, si no estamos atentos al respecto y no las juzgamos, pueden llegar a ser

la fuente de un mal positivo (v. 14-28). Todo lo que es de nuestra naturaleza debe ser juzgado y rechazado. No debemos tolerar las flaquezas personales que están en *nosotros mismos*, mientras que sí debemos ser muy indulgentes para con las que están *en los demás*. Tomemos el ejemplo de un carácter irritable. En mí debo juzgarlo, en otra persona, tengo que disculparlo. Semejantes al “tumor blanco”, en el caso del israelita (v. 19-20), pueden llegar a ser la fuente de una verdadera inmundicia, la causa de una exclusión de la congregación. Toda debilidad, cualquiera sea su carácter, debe ser vigilada para evitar que llegue a ser ocasión de pecado. Una cabeza calva (v. 40-44) no era lepra, pero la lepra podía declararse allí. Por consiguiente, era necesario vigilarla. Hay centenares de cosas que no son malas en sí mismas; sin embargo, pueden llegar a ser ocasión de pecado si no se tiene sobre ellas la debida vigilancia. Y no se trata solamente de lo que, a nuestro parecer, puede llamarse manchas, defectos o flaquezas personales, sino aún de cosas de las que nuestros corazones están dispuestos a gloriarse. La *agudeza de genio*, la vivacidad de espíritu, la alegría pueden llegar a ser la fuente y el centro de la impureza. Cada uno tiene una tendencia de la que debe cuidarse, algo que deba vigilar continuamente. ¡Qué alegría poder contar con nuestro Padre en todas estas cosas! Tenemos el gran privilegio de entrar en todo tiempo en la presencia del amor infatigable, siempre accesible, que no descansa jamás y no reprocha. Allí podemos expresar todo lo que pesa sobre el corazón, ser ayudados en nuestras necesidades, a fin de alcanzar completa victoria sobre toda maldad. No debemos desanimarnos mientras veamos sobre la puerta de la tesorería de nuestro Padre esta inscripción:

Él da mayor gracia



(Santiago 4:6).

¡Preciosa inscripción! Su valor no tiene límites; es incalculable, es infinito.

La plaga de lepra

Veamos lo que se hacía en cada uno de los casos en que la plaga de la lepra era indudablemente reconocida. Dios podía soportar las debilidades, los defectos y las manchas; pero cuando la enfermedad llegaba a ser un caso de inmundicia –fuese en la cabeza, en la barba, en la frente o en cualquier otra parte–, no podía ser tolerada en la santa congregación. “Y el leproso en quien hubiere llaga llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y embozado pregonará: ¡Inmundo! ¡inmundo! Todo el tiempo que la llaga estuviere en él, será inmundo; estará impuro; y habitará solo; fuera del campamento será su morada” (v. 45-46). He aquí la condición, la ocupación y el lugar del leproso. Con los vestidos rasgados, la cabeza descubierta, embozado y gritando:

¡Inmundo! ¡inmundo!, moraba fuera del campamento en la soledad del desierto vasto y terrible. ¿Qué podía ser más humillante y duro? “Habitará solo”. Era indigno de la comunión y sociedad entre sus semejantes. Estaba excluido del único lugar, en el mundo entero, donde se conocía y se disfrutaba la presencia de Jehová.

Contemplemos en el pobre y solitario leproso el tipo expresivo de aquel en quien está obrando el pecado. No se trata, como pronto lo veremos, de un pecador perdido, impotente, culpable y convicto, en quien el pecado y la miseria están enteramente descubiertos y quien, por consiguiente, se ve muy necesitado del amor de Dios y de la sangre de Cristo. No; el leproso puesto aparte es un hombre en quien el pecado todavía obra con todo su poder, en quien la energía del mal ejerce su dominio. Esto es lo que mancha y excluye del gozo de la presencia de Dios y de la comunión de los santos. Mientras el pecado obra, no puede haber comunión con Dios ni con su pueblo. “Habitará solo; fuera del campamento será su morada”. ¿Hasta cuándo?

Todo el tiempo que *la llaga* estuviere en él

“

(v.46).

Hay aquí una gran verdad práctica. La energía del mal es el golpe de muerte de la comunión. Puede haber apariencias exteriores, el puro formalismo, la fría profesión, pero no existe comunión mientras obre el mal. No importa el carácter o la cuantía del mal. Aunque no pesara más que una pluma, aunque solo fuera un pensamiento ligero, mientras continúe obrando, impide la comunión. Solo cuando se ha formado la mancha, cuando sale a la superficie y se descubre enteramente, entonces puede ser combatida, quitada por la gracia de Dios y por la sangre del Cordero.

Completamente cubierto de lepra

Esto nos lleva a uno de los puntos más interesantes de esta cuestión, el cual parecerá una verdadera paradoja, salvo para quienes comprenden la manera como Dios obra con relación a los pecadores. “Mas si brotase la lepra cundiendo por la piel, de modo que cubriere toda la piel del llagado desde la cabeza hasta sus pies, hasta donde pueda ver el sacerdote, entonces este le reconocerá; y si la lepra hubiere cubierto todo su cuerpo, declarará limpio al llagado; toda ella se ha vuelto blanca, y él es limpio” (cap. 13:12-13). Cuando un pecador ocupa su verdadero lugar ante Dios, toda la cuestión está solucionada. Desde que manifiesta plenamente su verdadero carácter, no hay más dificultad. Quizá tenga que pasar por penosas experiencias, como consecuencia del rechazo a ocupar su verdadero lugar, antes que salga a luz toda la verdad sobre lo que él es.

Desde el instante en que es llevado a decir de todo corazón: «*tal como soy*», la gracia de Dios llega hasta él. “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano” (Salmo 32:3-4). ¿Cuánto tiempo duraba este penoso estado? Hasta que toda la verdad hubiera sido manifestada, y todo lo que actuaba en el interior hubiera salido a la superficie.

“ Mi pecado te declararé, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado (v. 5).

Es muy interesante observar cómo Dios actúa para con el leproso, desde que los primeros síntomas despertaban sospechas, hasta que la enfermedad cubría al hombre por completo, “desde la cabeza hasta sus pies”. No había prisa, ni indiferencia. Dios siempre entra en juicio con paso lento y meditado; pero cuando lo hace, es preciso que obre según los derechos de su naturaleza. Puede examinar con paciencia, esperar “siete días”. Si se muestra la más ligera variación en los síntomas, puede esperar “otros siete días”. Sin embargo, cuando se prueba con toda certeza que es la acción de la lepra, no tiene más tolerancia: “fuera del campamento será su morada” (cap. 13:46). ¿Hasta cuándo? Hasta que la enfermedad haya salido enteramente a la superficie. “Si la lepra hubiere cubierto *todo* su cuerpo, declarará limpio al llagado” (v. 13). Este es un punto muy precioso. La más pequeña mancha de lepra era intolerable a los ojos de Dios. No obstante, cuando el hombre estaba completamente cubierto de ella, de pies a cabeza, era declarado limpio, es decir, estaba en condiciones de tener parte en la gracia de Dios y en la sangre de la expiación.

Cristo lo ha consumado todo

Así sucede con el pecador. El profeta dice de Dios: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Habacuc 1:13). Sin embargo, desde el momento en que un pecador se pone en su verdadero lugar, como completamente perdido, culpable e inmundo, al extremo de no tener ni siquiera un punto sobre el cual la mirada de la infinita Santidad pueda fijarse con agrado, como un ser tan malo que no podría ser peor, entonces, la cuestión está inmediata, perfecta y divinamente resuelta. La gracia de Dios se ocupa con los pecadores; y cuando nos reconocemos pecadores, nos contamos entre los que Cristo vino a salvar. Cuanto más claramente se nos demuestre que somos pecadores, con más seguridad quedará probado nuestro derecho al amor de Dios y a la obra de Cristo.

“ Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios (1 Pedro 3:18).

Luego, si somos “injustos”, formamos parte de aquellos por quienes Cristo murió, y tenemos derecho a todos los beneficios de su muerte. Puesto que no hay justo alguno en la tierra, es indudable que somos “injustos”. Asimismo, es evidente que Cristo murió por nosotros, que padeció por nuestros pecados; por eso poseemos el feliz privilegio de poder entrar en el gozo inmediato de los frutos de su sacrificio. No puede ser más cierto, y no se nos exige ningún esfuerzo, ni que seamos diferentes de lo que somos. Dios no nos pide que sintamos, experimentemos o realicemos cosa alguna por nosotros mismos. La Palabra de Dios nos asegura que Cristo murió por nosotros, tal como somos; por lo tanto, estamos tan seguros como lo está él mismo. No hay nada contra nosotros, Cristo lo ha satisfecho todo. No solo sufrió por nuestros “*pecados*”, sino que ha quitado *el pecado*. Ha abolido todo el sistema en el cual estábamos, como hijos del primer Adán, y nos ha colocado en una nueva posición en su compañía. Allí estamos delante de Dios, libres de toda imputación de pecado y de todo temor de juicio.

Completa seguridad por medio de la Palabra

¿Cómo sabemos que su sangre fue derramada por nosotros? Por la Escritura, fuente de conocimiento bendita, segura y eterna. Cristo padeció por los pecados: nosotros somos pecadores. Cristo murió, “el justo por los injustos” (1 Pedro 3:18): somos injustos. Luego, la muerte de Cristo se nos aplica tan completa, inmediata y divinamente como si cada uno de nosotros fuera el único pecador de la tierra. No se trata de cómo nos apropiamos de estas verdades, ni de nuestros sentimientos o experiencia. Muchas almas se atormentan con estas ideas. ¡Cuántas veces oímos expresiones como: «Oh, yo creo que Cristo murió por los pecadores; sin embargo, *no estoy convencido* de que mis pecados están perdonados; no puedo aplicarme ni experimentar el beneficio de la muerte de Cristo»! Todo esto proviene del «yo» y no de Cristo. Son los sentimientos y no la Escritura. Si buscamos de un extremo a otro en el santo volumen, no encontraremos ni una sola sílaba que diga que somos salvos por la experiencia o por la apropiación. El Evangelio se aplica a todos los que se reconocen perdidos. Cristo murió por los pecadores. Es precisamente lo que somos. Entonces, murió por nosotros. ¿Lo sabemos porque lo sentimos? No. ¿Cómo, pues? Por la Palabra de Dios. “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras... fue sepultado, y... resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:3-4); todo se cumplió “conforme a las Escrituras”. Si fuera según nuestros sentimientos, seríamos muy desgraciados, porque

rara vez son los mismos durante todo un día; pero las Escrituras son siempre las mismas. “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos... has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas” (Salmos 119:89; 138:2).

Sin duda es una gran dicha poder sentir y experimentar; pero si ponemos estas cosas en lugar de Cristo, no las tendremos a ellas ni a Cristo quien las da. Si confiamos en Cristo, seremos felices, pero si ponemos nuestra dicha en lugar de Cristo, no tendremos ni una cosa, ni otra. Esta es la triste condición espiritual de millares de personas. En lugar de reposar en la inquebrantable autoridad de las Escrituras, miran a sus propios corazones, por lo cual siempre vacilan, y, por consiguiente, siempre son desgraciadas. Un estado de duda es un estado de tortura. Pero ¿cómo salir de nuestras dudas? Sencillamente creyendo en la divina autoridad de la Palabra. ¿De quién dan testimonio las Escrituras? De Cristo (Juan 5:39). Declaran que Cristo

“ Fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación (Romanos 4:25).

Cristo lo resuelve todo. La misma palabra que dice que somos injustos, dice también que Cristo murió por nosotros. No puede pedirse mayor claridad. Si no fuéramos injustos, la muerte de Cristo no sería para nosotros; pero, siendo injustos, es lo que divinamente se ha previsto para nosotros. Si procuramos mejorar por nosotros mismos, no nos hemos aplicado espiritualmente lo que dice Levítico 13:12-13, no hemos acudido al Cordero de Dios *tal como somos*. Solo cuando el leproso estaba cubierto de llagas desde la cabeza hasta los pies, entonces, la gracia podía salir a su encuentro. El sacerdote “le reconocerá; y si la lepra hubiere cubierto todo su cuerpo, declarará limpio al llagado”. ¡Preciosa verdad! “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Romanos 5:20). Mientras pensemos que en nosotros hay, aunque sea la mínima parte, que no esté afectada por la terrible enfermedad, no nos habremos despojado de nosotros mismos. Únicamente cuando nos demos cuenta de nuestro verdadero estado, comprenderemos realmente lo que significa la salvación por la gracia.

Cuando consideremos las ordenanzas relativas a la purificación del leproso, en el capítulo 14, comprenderemos mejor la fuerza de todo esto.

La lepra en el vestido

El vestido o el cuero sugiere la idea de las circunstancias o de los hábitos de un hombre, punto de vista eminentemente práctico. Debemos estar en guardia contra el desarrollo del mal en nuestros caminos, e igualmente contra el mal en nosotros mismos. Vemos la misma investigación paciente tanto con un vestido como en el caso de una persona. No hay ninguna precipitación ni indiferencia.

“ Y el sacerdote mirará la plaga, y encerrará la cosa plagada por siete días (v. 50).

No debe haber despreocupación ni negligencia. El mal puede introducirse de muchas maneras en nuestras costumbres y circunstancias; por eso, en cuanto advertimos, en cualquier cosa, algún síntoma sospechoso, debemos someterla a una investigación sacerdotal, tranquila y paciente. Es preciso que esté encerrada durante “siete días”, a fin de que tenga el tiempo necesario para manifestarse completamente.

“Y al séptimo día mirará la plaga; y si se hubiere extendido la plaga en el vestido, en la urdimbre o en la trama, en el cuero, o en cualquiera obra que se hace de cuero, lepra maligna es la plaga; inmunda será. Será quemado el vestido...” (v. 51-52). El hábito pernicioso debe abandonarse cuando se descubre. Si nos encontramos en una mala posición, debemos abandonarla. La acción de quemar el vestido expresa el juicio sobre el mal, sea en los hábitos o en las circunstancias del hombre. No se debe jugar con el mal. En ciertos casos el vestido debía ser “lavado”, lo cual expresa la acción de la Palabra de Dios sobre las costumbres de uno. “El sacerdote mandará que laven donde está la plaga, y lo encerrará *otra vez* por siete días” (v. 54). Se necesita una paciente atención para asegurarse de los efectos de la Palabra. “Y el sacerdote mirará después que la plaga fue lavada; y si pareciere que la plaga no ha cambiado de aspecto, aunque no se haya extendido la plaga, inmunda es, la quemarás al fuego” (v. 55). Cuando hay algo irremediable y absolutamente malo en nuestra posición o en nuestras costumbres, debemos renunciar a ello enteramente.

“ Mas si el sacerdote la viere, y pareciere que la plaga se ha oscurecido después que fue lavada, la cortará del vestido (v. 56).

La Palabra puede producir bastante efecto para que un hombre abandone lo que sea malo en su conducta, o en su posición, haciendo que este mal desaparezca; pero si, a pesar de todo, el mal persiste, debe ser condenado y hecho a un lado juntamente con todo lo que se le relaciona.

Este pasaje encierra grandes y abundantes enseñanzas prácticas. Debemos estar en guardia respecto a la posición que ocupamos, a las circunstancias en que estamos, a los hábitos que contraemos y al carácter que tomamos, porque todas estas cosas exigen una especial vigilancia. Todo síntoma sospechoso debe ser vigilado con cuidado, para que no se convierta en lepra roedora o haga erupción, por la cual nosotros mismos y otros muchos fuéramos contaminados. Podemos estar en una posición, en la cual se hallan algunas cosas malas; estas pueden ser abandonadas sin dejar enteramente la posición. Sin embargo, podemos también encontrarnos en una posición en donde es imposible morar con Dios. Si somos íntegros para con Dios, se allanarán todas las dificultades; si el único deseo del corazón es gozar de la presencia divina, descubriremos fácilmente qué cosas tienden a privarnos de esta gracia inefable.

Busquemos una mayor intimidad con Dios, y guardémonos cuidadosamente de toda forma de inmundicia, sea en nuestras personas, en nuestras costumbres o en nuestras relaciones.

La purificación del leproso, El oficio del sacerdote

Consideremos las bellas y significativas ordenanzas relativas a la purificación del leproso, las cuales nos ofrecen, en figura, verdades preciosas del Evangelio.

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Esta será la ley para el leproso cuando se limpiare: Será traído al sacerdote, y este saldrá fuera del campamento” (cap. 14:1-3). Ya hemos visto cuál era el lugar donde moraba el leproso: fuera del campamento, a distancia de Dios, de su santuario y de su congregación. Además, moraba en árida soledad, en la condición de inmundo. Estaba fuera del alcance de todo socorro humano y, en cuanto a sí mismo, no podía hacer más que comunicar su propia impureza a todo lo que él tocara. Era imposible que hiciera cosa alguna para purificarse. Si no podía más que contaminar con su contacto, ¿cómo habría podido limpiarse a sí mismo? ¿Cómo podría haber contribuido o cooperado a su purificación? Imposible. Como leproso inmundo, no podía hacer nada por sí mismo, *todo* debía ser hecho *para* él. No podía abrirse camino hasta Dios, pero Dios podía hacerlo hacia él. No había ningún socorro para él, ni en sí mismo ni en sus semejantes. Es evidente que un leproso no podía limpiar a otro, pues si tocaba a una persona limpia, la hacía inmunda. Su *único* recurso estaba en Dios. Debía todo a la gracia. Por eso leemos: el sacerdote “saldrá fuera del campamento”. No se dice «el leproso vendrá». Se-

parado por completo de todo trato y relación ¿de qué hubiera servido pedir al leproso que hiciera algo por sí mismo? Estaba relegado a la soledad del desierto, ¿adónde podría ir? Estaba cubierto de manchas incurables, ¿qué podía hacer? Podía suspirar por tener trato con sus semejantes y desear ser limpio; pero no era más que un leproso aislado e impotente. Podía hacer esfuerzos para limpiarse; pero éstos no tenían otro resultado que manifestar su mal y contribuir a propagar la inmundicia. Antes de ser declarado “limpio”, era necesario que se realizase una obra en su favor, obra que él no podía hacer ni ayudar a hacer, sino que otro tenía que efectuarla por él. El leproso debía permanecer tranquilo y ver al sacerdote obrando, para que él quedara perfectamente limpio. El sacerdote lo hacía *todo*; el leproso no hacía *nada*.

El Sacerdote perfecto

“El sacerdote mandará luego que se tomen para el que se purifica dos avecillas vivas, limpias, y madera de cedro, grana e hisopo. Y mandará el sacerdote matar una avecilla en un vaso de barro sobre aguas corrientes” (v. 4-5). Vemos en el sacerdote, cuando sale fuera del campamento, de la morada de Dios, un tipo del Señor Jesús descendiendo del seno del Padre, su morada eterna, a nuestra tierra contaminada, donde nos veía hundidos en la envilecedora lepra del pecado. Igual que el buen samaritano, “vino a nosotros” allí donde estábamos. No se quedó a mitad de camino, no recorrió solamente nueve décimas partes del trayecto, sino todo el camino. Esto era indispensable. Según las santas exigencias de Dios, no podría habernos limpiado de nuestra lepra si se hubiera quedado en el seno del Padre. Podía crear mundos por la palabra de su boca; pero cuando se trataba de limpiar a los hombres de la lepra del pecado, era preciso algo más.

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito
“ (Juan 3:16).

Con el fin de crear mundos, Dios solo necesita hablar. Cuando se trata de salvar a los pecadores, tiene que dar a su Hijo. “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:9-10).

Sin embargo, el envío y la encarnación del Hijo no eran todo lo que hacía falta. Si el sacerdote no hubiera hecho más que salir del campamento y mirar la miserable condición del leproso, esto no hubiera servido de gran cosa. El derramamiento de sangre era absolutamente necesario para que la lepra fuese quitada. Era indispensable la muerte de una víctima sin mancha. “Sin derra-

mamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9:22). Adviértase que la efusión de sangre era la base real de la purificación del leproso. No era una circunstancia accesoria que, junto con otras, contribuía a la purificación del leproso. De ningún modo. El sacrificio de la vida era el hecho principal y de mayor importancia. Cumplido esto, el camino estaba abierto y toda barrera quitada. Dios podía obrar con perfecta gracia en favor del leproso. Es preciso tener en cuenta este punto para comprender bien la gloriosa doctrina de la sangre.

El ave degollada: Cristo en su muerte

“Y mandará el sacerdote matar una avecilla en un vaso de barro sobre aguas corrientes” (14:5). Aquí tenemos el reconocido tipo de la muerte de Cristo,

“ El cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios y fue crucificado en debilidad (Hebreos 9:14; 2 Corintios 13:4).

La obra más grande e importante, la más gloriosa que jamás se operó en el vasto universo de Dios, fue cumplida “en debilidad”. ¡Cuán terrible debe ser el pecado a juicio de Dios, puesto que su Hijo único tuvo que descender del cielo y ser clavado en el madero, ser hecho espectáculo ante los hombres, los ángeles y los demonios, para que pudiéramos ser salvos! ¡Y qué figura del pecado tenemos en la lepra! ¿Quién hubiera pensado que el pequeño “tumor blanco” (cap. 13:10) que aparecía en alguna persona de la congregación tuviese tan grave consecuencia? Pero este pequeño “tumor blanco” no era nada menos que el germen del mal que se manifestaba. Era el indicio de la terrible actividad del pecado en la naturaleza. Antes de que esa persona fuese apta, de nuevo, para ocupar un lugar en la congregación o para gozar de la comunión con un Dios santo, el Hijo de Dios tuvo que dejar los cielos y descender a los lugares más bajos de la tierra, a fin de hacer una completa expiación por todo lo que el pequeño “tumor blanco” representaba. Recordemos esto: el pecado es una cosa terrible a juicio de Dios. Él no puede tolerar ni un solo pensamiento culpable. Para que este pensamiento pueda ser perdonado, fue necesario que Cristo muriese en la cruz. El pecado más pequeño, si algún pecado puede llamarse pequeño, no requería nada menos que la muerte del eterno Hijo de Dios. Pero, gracias sean dadas a él, lo que el pecado exigía, el amor redentor lo dio gratuitamente. Ahora, Dios es infinitamente más glorificado por el perdón del pecado de lo que lo hubiera sido si Adán hubiera conservado su inocencia original. Es más glorificado por la salvación, el perdón, la justificación, la conservación y la glorificación final de hombres pecadores, de lo que lo hubiera sido por una humanidad inocente

gozando de las bendiciones de la creación. Tal es el precioso misterio de la redención. ¡Quisiera Dios que nuestros corazones comprendan y profundicen este maravilloso misterio por el poder del Espíritu Santo!

El ave viva llevando la sangre: Cristo resucitado en el cielo

“Después tomará la avecilla viva, el cedro, la grana y el hisopo, y los mojará con la avecilla viva en la sangre de la avecilla muerta sobre las aguas corrientes; y rociará siete veces sobre el que se purifica de la lepra, y le declarará limpio; y soltará la avecilla viva en el campo” (v. 6-7). Después que la sangre ha sido derramada, el sacerdote puede emprender inmediata y plenamente su obra. Hasta aquí, leímos: “El sacerdote mandará”; pero ahora obra por sí mismo. La muerte de Cristo es la base de Su servicio sacerdotal. Una vez que ha entrado en el lugar santo con su propia sangre, obra como nuestro sumo Sacerdote, aplicando a nuestra alma los preciosos resultados de su obra expiatoria y manteniéndonos en la plena y divina integridad de la posición en que su sacrificio nos colocó. “Porque todo sumo Sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también este tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote” (Hebreos 8:3-4).

No podríamos encontrar una figura más perfecta de la resurrección de Cristo que “la avecilla viva” que se soltaba en el campo. No se la soltaba antes de la muerte de su compañera, porque las dos avecillas representan un solo Cristo en dos momentos de su obra bendita, a saber, su muerte y su resurrección. Millares de aves soltadas no hubieran servido de nada al leproso. Esta ave viva, elevándose a los cielos, llevando en sus alas la señal de una expiación cumplida, proclamaba el gran hecho de que la obra estaba terminada, el terreno despejado, el fundamento puesto. Lo mismo sucede en relación con nuestro Señor Jesucristo. Su resurrección declara el glorioso triunfo de la redención. “Resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”. Ha

Resucitado para nuestra justificación



(1 Corintios 15:4; Romanos 4:25).

Esto alivia al corazón oprimido y calma la conciencia atormentada. Las Escrituras nos aseguran que Jesús fue clavado en la cruz, cargado con nuestros pecados. Mas, ellas también confirman que él salió de la tumba sin ninguno de esos pecados. Y eso no es todo. Las mismas Escrituras afirman que quienes ponen su confianza en Jesucristo están tan exentos de toda imputación de pecado, tan libres de la ira o de la condenación como lo está él; que están en él y son uno con él,

son aceptados en él, vivificados, resucitados, sentados junto con él. Tal es el bienhechor testimonio de la Palabra de verdad; tal es el testimonio de Dios, quien no puede mentir. (Véase Romanos 6:6-11; 8:1-4; 2 Corintios 5:21; Efesios 2:5-6; Colosenses 2:10-15; 1 Juan 4:17).

Completa liberación

Otra verdad importante se nos presenta en el versículo 6 de este capítulo 14. No solo vemos nuestra completa liberación de la culpa y de la condenación, admirablemente representada por la avecilla viva y soltada. También encontramos en “la grana” nuestra completa liberación de todos los atractivos de la tierra, y en “la madera de cedro e hisopo” (cap. 14:4, 49, 52) la liberación de todas las influencias de la naturaleza. En la cruz concluyen todas las glorias del mundo. Dios la presenta como tal, y el creyente la reconoce como tal.

“ Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo (Gálatas 6:14).

En cuanto a “la madera de cedro e hisopo”, nos ofrecen, por decirlo así, los dos extremos del vasto dominio de la naturaleza. Salomón “disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared” (1 Reyes 4:33). Desde el cedro majestuoso que corona las laderas del Líbano, hasta el humilde hisopo, los dos extremos y todo lo que está entre ellos –la naturaleza en toda su variedad–, todo se coloca bajo el poder de la cruz. El cristiano ve en la muerte de Cristo el fin de su culpabilidad, el fin de toda la gloria terrestre y de todos los órdenes de la naturaleza, de la vieja creación por entero. ¿A quién debe considerar? Al Antitipo de esta ave viviente, con las plumas tintas en sangre, elevándose hacia los cielos abiertos. ¡Hermoso asunto que satisface todas las aspiraciones del alma! Un Cristo resucitado que ha subido al cielo, triunfante y glorioso, que ha entrado en los cielos llevando en su Persona sagrada las señales de la expiación cumplida. A él debemos dirigir nuestras miradas; no hay otro; él es el objeto exclusivo del amor de Dios; es el centro de la alegría del cielo, el tema del cántico de los ángeles. No necesitamos las glorias terrenales, ni los atractivos de la naturaleza. Podemos considerarlos como puestos a un lado para siempre, así como nuestros pecados, por la muerte de Cristo. Podemos prescindir de la tierra y la naturaleza porque hemos recibido en su lugar “las inescrutables riquezas de Cristo” (Efesios 3:8).

La sangre rociada

“Y rociará siete veces sobre el que se purifica de la lepra, y le declarará limpio; y soltará la avecilla viva en el campo” (cap. 14:7). Cuanto más estudiemos el contenido del capítulo 13, más veremos cuán imposible le era al leproso hacer algo para su purificación. Solo podía embozarse y decir: “¡Inmundo! ¡inmundo!” Correspondía a Dios, y solo a él, buscar un medio y cumplir una obra por la cual el leproso quedara perfectamente limpio. Además, solo correspondía a Dios declarar “limpio” al leproso. Por eso está escrito: “y rociará siete veces” y “le declarará limpio”. No dice «el leproso rociará y se declarará limpio o se considerará limpio». Esto no podía hacerse. Dios era el Juez, el Médico, el Purificador. Solo él sabía lo que era la lepra, cómo podía ser quitada y cuándo el leproso debía ser declarado limpio. El leproso podía haber pasado toda su vida cubierto de lepra, ignorando cuál era su enfermedad. Era la Palabra de Dios, –el testimonio divino– la que hacía conocer toda la verdad en cuanto a la lepra. Nadie más que esta misma autoridad podía declarar al leproso limpio, y ello solamente sobre el firme y sólido principio de la muerte y la resurrección. Los tres puntos que encierra el versículo 7 están íntimamente relacionados: la sangre rociada, el leproso declarado limpio y el ave viva puesta en libertad. No hay ni una palabra sobre lo que el leproso debía hacer, pensar, decir o sentir. Le bastaba saber que era un leproso, un leproso manifiesto, completamente juzgado, cubierto de lepra de la cabeza a los pies. Todo lo demás correspondía a Dios.

Suficiencia de la muerte y de la resurrección de Cristo

Es muy importante, para quien busca ansiosamente la paz, comprender bien la verdad desarrollada en esta parte de nuestro tema. ¡Cuántas almas se inquietan imaginándose u oyendo afirmar que se trata de *sentir*, de *experimentar* y de *apropiarse*, en lugar de comprobar, como el leproso, que la aspersion de sangre era tan independiente de él y tan divina como el derramamiento de esta sangre. Dios no dijo: «El leproso se aplicará, se apropiará o experimentará, entonces será purificado». De ningún modo. El plan de la liberación era divino; el sacrificio necesario para esto era divino; el derramamiento de sangre era divino; la aspersion de la sangre era divina; el resultado era divino; en una palabra, todo era divino.

Esto no quiere decir que debemos despreciar la comprensión o, mejor dicho, la comunión, por el Espíritu Santo, con todos los preciosos resultados de la obra de Cristo por nosotros. Lejos de esto; más adelante veremos el lugar que a ello le está asignado en el pensamiento divino. Pero, así como el leproso no era limpio por la comprensión, tampoco nosotros somos salvos por ella. El Evangelio que nos salva es:

“ Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras;... fue sepultado, y... resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Corintios 15:3-4).

Quien ha estado a punto de ahogarse se alegra de sentirse a salvo en un barco; pero es evidente que es salvado por el barco y no por lo que siente. Lo mismo ocurre con el pecador que cree en el Señor Jesús. Es salvo por la muerte y la resurrección del Señor. ¿Es salvo por lo que él experimenta? No, sino porque Dios lo dice, porque es “*conforme a las Escrituras*”. Cristo murió y resucitó, y conforme a este principio Dios declara limpio al pecador.

El mismo Dios me dice

Que no hay condenación,

Pues Cristo con su sangre

Hizo mi redención.

He aquí lo que proporciona inmensa paz al alma. Tenemos que fiar en el sencillo testimonio de Dios, al que nada puede debilitar, pues tiene relación con la propia obra de Dios. Él mismo ha hecho todo lo necesario a fin de que fuésemos declarados limpios a sus ojos. Nuestro perdón no depende más de nuestra comprensión que de “obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho” (Tito 3:5); no depende más de nuestras obras de justicia que de nuestros crímenes. Depende exclusivamente de la muerte y la resurrección de Cristo. ¿Cómo lo sabemos? Porque Dios lo dice. Es “*conforme a las Escrituras*”.

La pretendida necesidad de nuestras experiencias y sentimientos para lograr la salvación demuestra, de un modo evidente, el apego de nuestros corazones a las obras de la ley. *Queremos* tener algo del «yo» en el asunto, y así turbamos deplorablemente nuestra paz y nuestra libertad en Cristo. Por esta razón me detengo tanto en la ordenanza de la purificación del leproso, y especialmente en lo concerniente a la verdad contenida en el capítulo 14:7. Era el sacerdote quien hacía el rociamiento de sangre y declaraba que el leproso estaba limpio. Lo mismo ocurre en el caso del pecador; cuando este se coloca en su verdadero lugar, la sangre de Cristo y la Palabra de Dios se aplican por sí solos, sin otra cuestión o dificultad. Pero, cuando se plantea el asunto del experimentar, la paz es turbada, el corazón se abate, el espíritu se trastorna. Cuanto más acabamos con el «yo», tanto más nos interesamos en Cristo –tal como nos lo presentan “las Escrituras”– y tanto más estable es nuestra paz. Si el leproso se hubiera mirado a sí mismo cuando el sacerdote lo declaraba limpio, ¿habría encontrado razón alguna para esta declaración? Seguro que no. El rociamiento de sangre era la base de la declaración divina y no lo que estuviera en el leproso o

en relación con él. No se le preguntaba cómo se sentía o qué pensaba; no se le preguntaba si tenía un profundo sentimiento de la fealdad por su enfermedad. Se veía que era un leproso, y ello bastaba. Aquella sangre se había derramado para él y lo limpiaba. ¿Cómo lo sabía? ¿Porque lo sentía? No, sino porque el sacerdote se lo declaraba de parte de Dios y con la autoridad de Dios. El leproso era declarado limpio según el mismo principio por el cual el ave era puesta en libertad. La misma sangre que teñía las plumas de esta ave viva era rociada sobre el leproso. Así, la cuestión quedaba perfectamente resuelta, independientemente del leproso, de sus pensamientos, de sus sentimientos y de sus experiencias. Y si pasamos ahora de este tipo al Antitipo, vemos que nuestro Señor Jesucristo entró en el cielo y depositó en el trono de Dios el eterno testimonio de una obra cumplida, en virtud de la cual el creyente entra también allí. Es una verdad gloriosa, que Dios ha designado para disipar de los corazones inquietos toda especie de duda, temor, pensamiento angustioso, cuestión molesta. El Cristo resucitado es el objeto exclusivo de Dios, y en él ve a todo verdadero creyente. ¡Ojalá toda alma regenerada encuentre una paz duradera en esta verdad libertadora!

El lavamiento por medio de la Palabra

“Y el que se purifica lavará sus vestidos, y raerá todo su pelo, y se lavará con agua, y será limpio; y después entrará en el campamento, y morará fuera de su tienda siete días” (v. 8). Una vez declarado limpio, el leproso puede hacer lo que antes no podía, a saber, lavarse, lavar sus vestidos, rapar su pelo. Habiendo hecho esto, puede ocupar su lugar en el campamento, ese reconocido lugar de las relaciones públicas con el Dios de Israel, donde la presencia divina hacía necesaria la expulsión del leproso. Luego que la sangre había sido aplicada en su virtud expiatoria, venía el lavado con agua, el cual expresa la acción de la Palabra sobre el carácter, los hábitos, la conducta, para hacer al individuo moral y prácticamente limpio, no solo a los ojos de Dios sino también a los de la congregación, para ocupar su lugar en la asamblea pública.

Sin embargo, aunque rociado con sangre y lavado con agua y, por consiguiente, teniendo derecho a un lugar en la asamblea pública, el leproso no tenía aún permiso para entrar en su propia tienda. No podía entrar en el pleno goce de los privilegios personales pertenecientes a su propia y privada condición en el campamento. En otros términos, aunque conocía la redención por la efusión y aspersion de la sangre, y reconocía la Palabra como la regla de toda su conducta, aún debía ser llevado, por el poder del Espíritu, a un pleno conocimiento de su lugar particular, de su porción y sus privilegios en Cristo.

¡Cuán a menudo no se hace caso de la doctrina del tipo! Importa comprender bien la verdad que él encierra. Muchas almas reconocen la sangre de Cristo como la única base del perdón y la Palabra de Dios como la única que debe purificar y reglamentar su marcha, sus hábitos y sus pensamientos. No obstante, están lejos de conocer a fondo, por el poder del Espíritu, el valor y la excelencia de Aquel cuya sangre ha quitado sus pecados y cuya Palabra debe purificar su vida práctica. Mantienen relaciones visibles y verdaderas con Cristo, pero sin el poder de la comunión personal. Todos los creyentes están en Cristo y, como tales, tienen derecho a gozar de las verdades más elevadas. Además, tienen al Espíritu Santo como poder de la comunión. Sin embargo, no hay en todos los cristianos este completo alejamiento de lo que nos liga a la carne, el cual es esencial para mantener la fuerza de la comunión con Cristo, en los diferentes aspectos de su carácter y de su obra. En realidad, esta comunión solo será debidamente gozada “al octavo día”, el glorioso día de la resurrección, cuando conoceremos como fuimos conocidos (1 Corintios 13:12). Entonces, cada uno en particular y todos reunidos entraremos en el pleno goce de la comunión con Cristo, en las preciosas facetas de su Persona y los rasgos de su carácter, desarrollados en los versículos 10-20 del capítulo 14. Esta es nuestra esperanza; pero desde ahora, en la medida en que aplicamos –por la fe y el poder del Espíritu que mora en nosotros– la muerte a nosotros mismos, a la naturaleza y a todo que le pertenece, podemos alimentarnos y gozar de Cristo, como la porción de nuestras almas, en la comunión individual.

El fin del viejo hombre

“Y el séptimo día raerá todo el pelo de su cabeza, su barba y las cejas de sus ojos y todo su pelo, y lavará sus vestidos, y lavará su cuerpo en agua, y será limpio” (v. 9). Está claro que el leproso era tan puro, a los ojos de Dios, el primer día –cuando se le había rociado con sangre siete veces, es decir, con perfecta eficacia– como el séptimo día. ¿En qué, pues, consistía la diferencia? No en su condición o posición sino en su comunión o entendimiento personal. El séptimo día debía comenzar a destruir por completo todo lo vinculado a su naturaleza. Debía comprender que no solo era necesario quitar la lepra de su carne, sino también los adornos de la carne, todo lo que pertenecía a su vieja naturaleza.

Una cosa es saber que Dios nos ve como muertos, y otra muy diferente es “tenernos” como muertos (Romanos 6:11), despojarnos, en la práctica, del viejo hombre y de sus concupiscencias, mortificar nuestros miembros que están en la tierra (Colosenses 3:5). Esto es probablemente a lo que aluden muchas personas piadosas cuando hablan de santificación progresiva. La idea es buena en sí misma, aunque no es así como la exponen las Escrituras. El leproso era declarado

limpio desde el momento en que la sangre era rociada sobre él; y no obstante debía limpiarse. ¿Cómo se ha de entender esto? En el primer caso, era limpio a juicio de Dios; en el segundo, debía estar limpio en la práctica, según su juicio personal y en su carácter público. Lo mismo ocurre con el creyente. Como es uno con Cristo, está lavado, santificado y justificado, es acepto: “estáis completos” (1 Corintios 6:11; Efesios 1:6; Colosenses 2:10). Tal es su posición y su estado invariable delante de Dios. Está perfectamente santificado y justificado, pues Cristo es la medida de lo uno y lo otro, según la Palabra de Dios. Pero, luego, la comprensión de estas verdades y su manifestación en la vida y el testimonio del creyente, es otra cosa. Por eso se dice:

“ Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, *limpiémonos* de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios (2 Corintios 7:1).

Somos llamados a “*limpiarnos*” aplicándonos la Palabra, por el Espíritu, precisamente porque Cristo nos ha limpiado con su sangre preciosa. “Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad. Y tres son los que dan *testimonio* en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan” (1 Juan 5:6, 8). Aquí tenemos la expiación por la sangre, la purificación por la Palabra y el poder por el Espíritu, todo esto fundado en la muerte de Cristo y distintamente prefigurado por las ordenanzas relativas a la purificación del leproso.

El día octavo, a) Sacrificio por la culpa

“El día octavo tomará dos corderos sin defecto, y una cordera de un año sin tacha, y tres décimas de efa de flor de harina para ofrenda amasada con aceite, y un log de aceite. Y el sacerdote que le purifica presentará delante de Jehová al que se ha de limpiar, con aquellas cosas, a la puerta del tabernáculo de reunión; y tomará el sacerdote un cordero y lo ofrecerá por la culpa, con el log de aceite, y lo mecerá como ofrenda mecida delante de Jehová” (v. 10-12). Aquí está representada toda la serie de las ofrendas, pero se degüella primero la víctima por la culpa, porque el leproso es considerado como un verdadero transgresor. Todos hemos pecado contra Dios; por lo tanto necesitamos de Cristo, Quien expió nuestras ofensas en la cruz.

“ Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (1.Pedro 2:24).

El primer aspecto bajo el cual Cristo se presenta al pecador es como Antitipo de la expiación por la culpa.

La sangre sobre la oreja, la mano derecha y el pie derecho

“Y el sacerdote tomará de la sangre de la víctima por la culpa, y la pondrá el sacerdote sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho” (v. 14). “*La oreja*” –ese miembro culpable que tan a menudo ha servido de canal para la vanidad, el extravío y aun la impureza– tiene que ser purificada con la sangre de la víctima por la culpa. Así, toda la culpabilidad que hemos contraído por este miembro es perdonada según la estimación que Dios tiene de la sangre de Cristo. La “*mano derecha*” –con tanta frecuencia extendida para cometer actos de vanidad, de extravío y aun de impureza– debe ser limpiada por la sangre de la víctima expiatoria. Así, toda la culpabilidad que hemos contraído por este miembro es perdonada, según la estimación de Dios en cuanto a la sangre de Cristo. El “*pie*” que corrió tan a menudo por los caminos de la vanidad, del extravío y aun de la impureza, ahora debe ser limpiado por la sangre de la víctima expiatoria, de manera que toda la culpabilidad que hemos contraído por este miembro es perdonada, según la estimación que Dios tiene de la sangre de Cristo. Sí, *todo, todo, todo* es perdonado, borrado, olvidado, arrojado y hundido, como el plomo, en el fondo de las aguas del eterno olvido. ¿Quién lo sacará otra vez a la superficie? Los ángeles, los hombres, o los demonios ¿podrán bucear en esas aguas insondables para sacar las transgresiones del “pie”, de la “mano” o de la “oreja” que el amor redentor ha arrojado allí? ¡Oh, no, gracias a Dios están borradas y borradas para siempre! Somos mucho más dichosos que si Adán nunca hubiera pecado. ¡Preciosa verdad! Haber sido lavados por la sangre vale mucho más que estar revestidos de inocencia.

El log de aceite

Dios no podía contentarse únicamente con la expiación de los pecados por medio de la sangre de Cristo. Esto ya es bastante, pero hay algo mayor todavía. “Asimismo el sacerdote tomará del log de aceite, y lo echará sobre la palma de su mano izquierda, y mojará su dedo derecho en el aceite que tiene en su mano izquierda, y esparcirá del aceite con su dedo siete veces delante de Jehová. Y de lo que quedare del aceite que tiene en su mano, pondrá el sacerdote sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho, encima de la sangre del sacrificio por la culpa. Y lo que quedare del aceite que tiene en su mano, lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica; y hará el sacerdote expiación por él

delante de Jehová” (v. 15-18). Así que nuestros miembros no solo son limpiados por la sangre de Cristo, sino también consagrados a Dios por el poder del Espíritu. La obra de Dios no solamente elimina las cosas negativas sino que también produce las positivas. La oreja ya no es el canal para comunicar la inmundicia, sino que debe estar pronta a escuchar la voz del Buen Pastor. La mano ya no debe usarse como instrumento de injusticia, sino extenderse para actos de justicia, de gracia y de verdadera santidad. El pie no debe seguir pisando los senderos del extravío, sino correr por el camino de los santos mandamientos de Dios. El hombre entero debe estar consagrado a Dios por el poder del Espíritu Santo.

Es muy interesante observar que “el aceite” se ponía sobre “la sangre” de la “expiación de la culpa”. La sangre de Cristo es la base divina de las operaciones del Espíritu Santo. Ella y el aceite van juntos. Como pecadores no podemos conocer nada del aceite, salvo en virtud de la sangre. El aceite no se ponía sobre el leproso sin que la sangre de la expiación por la culpa se le hubiera aplicado primero.

“ **Habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa**
(Efesios 1:13).

La divina exactitud del tipo despierta la admiración del corazón regenerado. Cuanto más atentamente examinamos este tipo, cuanto más dejamos que penetre en él la luz de las Escrituras, más descubrimos su belleza, su fuerza y su precisión. Como era de esperar, todo está en perfecto acuerdo con las analogías que se observan en la Palabra de Dios. No se necesita ningún esfuerzo mental para comprenderlo. Tomemos a Cristo como llave para abrir el rico tesoro de los tipos del Antiguo Testamento, exploremos su precioso contenido a la luz celestial del Libro inspirado. Sea el Espíritu Santo nuestro intérprete, y así no dejaremos de ser edificados, iluminados y bendecidos.

b) El sacrificio por el pecado

“Ofrecerá luego el sacerdote el sacrificio por el pecado, y hará expiación por el que se ha de purificar de su inmundicia” (v. 19). Este pasaje nos presenta una figura de Cristo, no solo como quien ha llevado nuestros pecados, sino también como el que ha puesto fin al *pecado* en su raíz, quien ha destruido todo el sistema del pecado; “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29),

La propiciación... por los de todo el mundo



(1 Juan 2:2).

Como expiación por la culpa, Cristo ha borrado todas nuestras ofensas. Como sacrificio por el pecado ha destruido la gran raíz de donde procedían esas ofensas. Lo ha satisfecho todo. No obstante, le conocemos primero como ofrenda por la culpa, porque en primer lugar, le necesitamos como tal. Es «la conciencia de nuestros pecados» lo que nos turba primeramente, y a ello ha provisto nuestra preciosa Ofrenda por la culpa. Después, a medida que avanzamos, descubrimos que todos estos pecados proceden de una misma raíz o tronco, y que esta raíz y este tronco se hallan en nosotros mismos. Pero también a esto ha provisto divinamente nuestro precioso Sacrificio por el pecado. El orden de las acciones, en el caso del leproso, es perfecto. Precisamente el mismo orden encontramos en la experiencia de toda alma. La ofrenda por la culpa viene primero, luego la expiación por el pecado.

c) El holocausto

“Después degollará el holocausto” (v. 19). Esta ofrenda nos brinda el aspecto más elevado de la muerte de Cristo. En ella se nos presenta a Cristo ofreciéndose a sí mismo sin tacha a Dios, sin que esté en relación con la culpa o con el pecado. Es Cristo yendo hacia la cruz con devoción, y ofreciéndose a sí mismo en sacrificio de olor grato a Dios.

d) La ofrenda vegetal

“Y hará subir el sacerdote el holocausto y la ofrenda sobre el altar. Así hará el sacerdote expiación por él, y será limpio” (v. 20). La ofrenda vegetal es el tipo de “Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5) en su perfecta vida humana. En el caso del leproso purificado, ella está íntimamente ligada al holocausto; lo mismo ocurre en la experiencia de todo convertido. Cuando sabemos que nuestras *ofensas* están perdonadas y que la raíz del *pecado* está juzgada, entonces, según nuestra medida y por el poder del Espíritu, podemos gozar de la comunión con Dios en lo referente a este Ser bendito que vivió una vida humana perfecta y se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, en la cruz. Cuatro clases de ofrendas se presentan ante nosotros en su orden divino en la purificación del leproso: la expiación por la culpa, el sacrificio por el pecado, el holocausto y la ofrenda vegetal, cada una mostrando un aspecto particular de nuestro muy amado Señor Jesucristo.

De la perdición a la gloria

Finalizamos aquí el relato de las disposiciones de Jehová respecto del leproso. ¡Cuán maravillosa es esta descripción! ¡Cuán admirable exposición del carácter extremadamente odioso del pecado, de la gracia y de la santidad de Dios, del valor de la Persona de Cristo y de la eficacia de su obra! Es sumamente interesante observar las huellas de la gracia divina saliendo del recinto sagrado del santuario para ir hasta el lugar inmundo donde estaba el leproso, la cabeza descubierta, embozado y con los vestidos desgarrados. Dios visitaba al leproso allí donde se encontraba, pero no le dejaba en ese lugar. Avanzaba hacia él, presto a cumplir una obra en virtud de la cual podía conducir al leproso a un lugar más elevado, a una comunión más íntima que la que hubiera conocido antes. En virtud de esta obra, el leproso era conducido de su lugar de inmundicia y de soledad hasta la puerta misma del tabernáculo de reunión, el lugar de los sacerdotes, para gozar allí de los privilegios sacerdotales (comp. Éxodo 29:20-21, 32). ¿Cómo habría podido elevarse a tal altura? Por sí mismo, imposible. Por poco que ello hubiera dependido de él, habría languidecido y muerto en su lepra. Sin embargo, la soberana gracia de Dios descendió para levantarlo de su miserable estado y colocarlo entre los príncipes de su pueblo (1 Samuel 2:8). Si hubo un caso en el cual la cuestión de los esfuerzos y méritos humanos y de la justicia humana pudo ser plenamente probada y perfectamente resuelta, ese fue sin duda alguna el caso del leproso. Se perdería el tiempo discutiendo tal cuestión en presencia de un caso semejante. Debe ser evidente, aun para el lector más superficial, que nada, excepto la gracia, reinando por la justicia, podía responder a la condición del leproso y a sus necesidades. ¡De qué manera gloriosa y triunfante obraba esta gracia! Descendía hasta las más hondas profundidades, a fin de elevar al leproso a las mayores alturas. Vea usted lo que este perdía y lo que ganaba. Perdía todo lo que era de su naturaleza, ganaba la sangre de la expiación y la gracia del Espíritu (hablando típicamente). Su ganancia era incalculable. Era infinitamente más rico que si nunca hubiera sido puesto fuera del campamento. Tal es la gracia de Dios, el poder, el valor, la virtud y la eficacia de la sangre de Jesús.

¡Cómo nos recuerda todo esto al hijo perdido! En él también la lepra había obrado y salido a la superficie. Él se había ido a la inmundicia de la provincia apartada, donde sus propios pecados y el egoísmo de la gente hacían evidente la soledad en torno suyo. Pero, como todos sabemos, gracias al tierno y profundo amor de su padre, el hijo perdido encontró un lugar más alto y gustó una comunión más elevada que la que había disfrutado antes. Nunca habían matado “el becerro gordo” para él, ni se le había puesto “el mejor vestido”. Y ¿a qué se debía esto? ¿A los méritos del hijo perdido? ¡Oh, no! solamente al amor del padre.

¿Podemos leer la narración de los tratos de Dios respecto del leproso, en Levítico 14, o la de la conducta del padre acerca del hijo perdido, en Lucas 15, sin sentir más intensamente el amor que hay en el seno de Dios? Este se manifiesta en la Persona y en la obra de Cristo, se revela en la Escritura de verdad y el Espíritu Santo lo derrama en el corazón del creyente. ¡Señor, danos una comunión más íntima y más constante contigo mismo!

Todos iguales ante Dios

Del versículo 21 al 32 tenemos “la ley para el que hubiere tenido plaga de lepra, y no tuviere más para su purificación”. Esta ley se refiere a los sacrificios del “octavo día”, y no a las dos aves vivas y limpias. En ningún caso se podían eximir éstas, pues representaban la muerte y la resurrección de Cristo como el único fundamento sobre el cual Dios puede recibir a un pecador arrepentido. Por otra parte, los sacrificios del “octavo día”, estando ligados a la comunión del alma, debían amoldarse, hasta cierto punto, al estado y la comprensión del alma. Pero, cualquiera que fuese este estado, la gracia de Dios se manifestaba, como se ve en estas conmovedoras palabras: “*Si fuere pobre, y no tuviere para tanto, entonces tomará... según pueda*”. Además, “las dos tórtolas” conferían “al pobre” los mismos privilegios que los dos corderos al rico, puesto que unas y otros representaban “la preciosa sangre de Cristo”, que es de una eficacia infinita, inalterable y eterna a juicio de Dios. Todos, espiritualmente ricos o pobres, estamos delante de Dios sobre la base de la muerte y de la resurrección. Hemos sido igualmente reconciliados; pero no todos gozamos del mismo grado de comunión; no todos alcanzamos el mismo grado de conocimiento del valor de Cristo en todos los aspectos de su obra. Podríamos alcanzarlo si quisiéramos, pero nos dejamos desviar de diferentes maneras. El mundo y la carne, con sus influencias respectivas, obran en perjuicio de nosotros. El Espíritu es contristado y no gozamos de Cristo como deberíamos. Es inútil suponer que nos alimentemos de Cristo si vivimos según nuestros deseos naturales. No; si queremos nutrirnos habitualmente de Cristo, es preciso que renunciemos a nosotros mismos, que nos juzguemos y que seamos capaces de decir:

Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí



(Gálatas 2:20).

No se refiere este pasaje a la salvación, ni al leproso introducido en el campamento, lugar de las relaciones manifiestas entre Dios y su pueblo; de ningún modo. Se trata solamente de la comunión del alma, de su goce de Cristo. En cuanto a esto, ilimitadas riquezas están a nuestro alcance. Podemos conseguir el conocimiento de las verdades más elevadas. No obstante, si nuestra me-

dida es pequeña, la gracia de nuestro Padre, que no reprocha, susurra estas dulces palabras: “*según pueda*” (v. 22, 30). Los derechos de cada uno son los mismos, pero nuestra capacidad puede variar; y, gracias a Dios, cuando entramos en su presencia, los más ardientes deseos de la nueva naturaleza son satisfechos; todos sus poderes –aun los más amplios– entran en acción. ¡Ojalá podamos sentir esto, cada día, en las diversas experiencias de nuestras almas!

Terminaremos esta sección abordando brevemente el tema de la lepra en una casa.

La lepra en una casa

La enfermedad de la lepra en una persona o vestidura podía presentarse en el desierto; pero, para que fuese en una casa, era preciso estar en el país de Canaán. “Cuando hayáis entrado en la tierra de Canaán, la cual yo os doy en posesión, si pusiere yo plaga de lepra en alguna casa de la tierra de vuestra posesión... el sacerdote mandará desocupar la casa antes que entre a mirar la plaga, para que no sea contaminado todo lo que estuviere en la casa; y después el sacerdote entrará a examinarla. Y examinará la plaga; y si se vieren manchas en las paredes de la casa, manchas verdosas o rojizas, las cuales parecieren más profundas que la superficie de la pared, el sacerdote saldrá de la casa a la puerta de ella, y cerrará la casa por siete días” (v. 34-38).

Si consideramos la casa como figura de una asamblea, encontramos en este pasaje las prescripciones divinas sobre el tratamiento del mal moral, o de los síntomas del mal, en una congregación. Observamos aquí la misma calma, la misma paciencia que en el caso de la lepra en la persona o en los vestidos. No había prisa ni indiferencia, ya se tratase de una casa, de un vestido o de un individuo. El hombre que tenía interés en su casa, no debía mirar con despreocupación los síntomas sospechosos que se mostrasen en las paredes; tampoco debía pronunciar un juicio sobre ellos. Examinarlos y juzgar era trabajo del sacerdote. Tan pronto como aparecía algo sospechoso, el sacerdote tomaba una actitud de juez respecto a aquella casa. La casa estaba sometida a juicio, aunque la sentencia aún no era pronunciada. Antes de llegar a una decisión debía transcurrir el tiempo perfecto de siete días. Podía suceder que los síntomas no fuesen sino superficiales, lo cual no exigía ninguna acción.

“*Y al séptimo día* volverá el sacerdote, y la examinará; y si la plaga se hubiere extendido en las paredes de la casa, entonces mandará el sacerdote, y arrancarán las piedras en que estuviere la plaga, y las echarán fuera de la ciudad en lugar inmundo” (v. 39-40). Antes de condenar toda la casa, debía probarse su estado, arrancando solamente las piedras leprosas.

“Y si la plaga volviere a brotar en aquella casa, después que hizo arrancar las piedras y raspar la casa, y después que fue recubierta, entonces el sacerdote entrará y la examinará; y si pareciere haberse extendido la plaga en la casa, es lepra maligna en la casa; inmunda es. Derribará, por tanto, la tal casa, sus piedras, sus maderos y toda la mezcla de la casa; y sacarán todo fuera de la ciudad a lugar inmundo” (v. 43-45). El caso era desesperado; el mal, incurable; todo el edificio tenía que ser derribado.

“Y cualquiera que entrare en aquella casa durante los días en que la mandó cerrar, será inmundo hasta la noche. Y el que durmiere en aquella casa, lavará sus vestidos; también el que comiere en la casa lavará sus vestidos” (v. 46-47). Esta es una verdad muy seria. *El contacto mancha*. Recordémoslo. Es un principio que encontramos repetidas veces en la economía levítica, y seguramente no es menos aplicable hoy en día.

“Mas si entrare el sacerdote y la examinare, y viere que la plaga no se ha extendido en la casa después que fue recubierta, el sacerdote declarará limpia la casa, porque la plaga ha desaparecido” (v. 48). El hecho de retirar las piedras manchadas, etc., había detenido los progresos del mal y hacía innecesario todo juicio ulterior. La casa ya no debía considerarse bajo acción judicial, sino que, siendo limpia por la aplicación de la sangre, estaba de nuevo en condiciones de ser habitada.

Juicio del mal en una asamblea

Consideremos ahora las enseñanzas morales de todo esto. Ello es, a la vez, interesante, solemne y práctico. Tomemos a manera de ejemplo la iglesia de Corinto. Era una casa espiritual compuesta de piedras espirituales; pero, ¡ay!, el ojo del apóstol discernía en sus muros ciertos síntomas de naturaleza sospechosa. ¿Permaneció indiferente? No, por cierto. Estaba demasiado penetrado del espíritu del Señor de la casa como para excusar ese estado lamentable. Pero, así como no fue indiferente, tampoco se precipitó. Mandó que se arrancase la piedra leprosa y que se raspase la casa a fondo. Luego de obrar con esta fidelidad, esperó pacientemente el resultado. Y ¿cuál fue? El que era esperado. “Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito; y no solo con su venida, sino también con la consolación con que él había sido consolado en cuanto a vosotros, haciéndonos saber vuestro gran afecto, vuestro llanto, vuestra solicitud por mí, de manera que me regocijé aun más... *En todo os habéis mostrado limpios en el asunto*” (comp.

1 Corintios 5 con 2 Corintios 7:6-11). He aquí un hermoso ejemplo. El cuidadoso celo del apóstol fue debidamente recompensado; la plaga había sido detenida y la congregación estaba libre de la influencia corruptora del mal moral no juzgado.

Tomemos otro ejemplo no menos solemne: “Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y también tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco. Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca” (Apocalipsis 2:12-16). El divino Sacerdote se mantiene aquí en una actitud de juez respecto a la casa (iglesia) de Pérgamo. No podía permanecer indiferente ante síntomas tan alarmantes. Sin embargo, usa de gracia y paciencia. Les da tiempo para arrepentirse. Si las advertencias, reprimendas y disciplina no sirven para nada, entonces el juicio deberá seguir su curso.

Estas cosas están llenas de instrucción práctica en cuanto a la doctrina de la Asamblea (o Iglesia). Las siete iglesias de Asia ofrecen diversas y admirables ilustraciones de la casa bajo el juicio sacerdotal. Es preciso estudiarlas cuidadosamente y con oración, porque tienen inmenso valor. No deberíamos quedarnos cruzados de brazos cuando se manifiesta algo de naturaleza sospechosa en la asamblea. Podemos sentirnos tentados a decir: «Esto no me incumbe»; no obstante, es deber de todos los que aman al Señor cuidar celosa y piadosamente esta casa. Si retrocedemos ante este ejercicio, ello no redundará en nuestro honor y provecho en el día del Señor.

Solo diremos, para terminar esta sección, que creemos firmemente que todo este tema de la lepra tiene un gran alcance dispensacional, no solo sobre la casa de Israel, sino también sobre la iglesia profesante .

Compárese en cuanto a Israel y al templo de Jehová: Levítico 14:43-45; 1 Reyes 9:6-9; Jeremías 26:18; 52:13; Lamentaciones 4:1; y Mateo 24:2; y en cuanto a la Iglesia como casa, 1 Corintios 3:12-17; 2 Timoteo 2:20-21; Apocalipsis 3:14-16.

Impureza inherente a la naturaleza humana

Este capítulo hace referencia a varias clases de impureza ceremonial mucho menos grave que la lepra. Mientras que esta última expresa la fuerza corruptora de nuestra naturaleza, el capítulo 15 enumera ciertas cosas que son sencillamente debilidades inevitables. Sin embargo, como en algún modo provienen de la naturaleza humana, manchan y reclaman los recursos de la gracia divina. La presencia de Dios en la congregación exigía un alto grado de santidad y pureza moral. Debía combatirse cada impulso de la naturaleza corrompida. Aun las cosas que en el hombre podían parecer debilidades inevitables, tenían una influencia contaminante y requerían una purificación, pues Jehová estaba en el campamento. Nada inmoral, inconveniente e indecente podía ser tolerado en la vecindad pura y sagrada de la presencia del Dios de Israel. Las incircuncisas naciones en derredor no hubieran comprendido tan santas enseñanzas; mas Jehová quería que Israel fuese santo porque Él era el Dios de Israel. Si eran distinguidos y privilegiados hasta el punto de gozar de la presencia de un Dios santo, también era necesario que fuesen un pueblo santo.

Una de las cosas que causan la admiración del alma es la celosa solicitud de Jehová en cuanto a los hábitos y prácticas de su pueblo. Él los guardaba dentro y fuera, dormidos y despiertos, día y noche. Velaba por su alimento, cuidaba de sus vestidos y de los más pequeños detalles en sus asuntos particulares. Si aparecía alguna ligera mancha sobre una persona, era necesario examinarla cuidadosamente al instante. Nada de lo que podía afectar al bienestar o la pureza de aquellos a quienes Jehová se había asociado, y en medio de los cuales habitaba, era descuidado. Él se interesaba por sus asuntos más triviales; velaba con esmero sobre todo lo que concernía a su pueblo, fuese pública, social o individualmente.

Para un incircunciso, eso hubiera sido una carga insoportable. Tener un Dios de una santidad infinita en su camino durante el día, y alrededor de su lecho en la noche, habría sido una molestia intolerable. No obstante, para aquel que amaba verdaderamente la santidad, para quien amaba a Dios, nada podía ser más delicioso. Tal hombre se regocija a causa de la dulce seguridad de que Dios está siempre cerca, y se complace en la santidad que, a la vez, es exigida y garantizada por la presencia de Dios.

¿Ocurre así en su caso? ¿Ama usted la presencia divina y la santidad que ella reclama? ¿Se permite algo que sea incompatible con la santidad de la presencia de Dios? Sus pensamientos, sentimientos y actos, ¿están en armonía con la pureza y elevación del santuario? Al leer este capítu-

lo, ¿recuerda que fue escrito para su enseñanza? Debe leerlo bajo la influencia del Espíritu, pues tiene una aplicación espiritual para usted. Leerlo de otra manera es torcer el sentido en su perjuicio, o –para emplear la expresión bíblica– es cocer un

Cabrito en la leche de su madre”



(Deuteronomio 14:21).

“Toda la Escritura es... útil” (2 Timoteo 3:16)

Tal vez usted se pregunte: «¿Qué instrucción puedo sacar de esta parte de la Escritura? ¿Qué aplicación tendrá para mí?» En primer lugar, reflexione: ¿No fue escrita para su enseñanza? El apóstol inspirado declara expresamente: “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron” (Romanos 15:4). Muchos parecen olvidar esta importante declaración, al menos en lo concerniente al libro del Levítico. Creen que nada pueden aprender de los ritos y las ceremonias de un tiempo que pasó, especialmente de ritos y ceremonias semejantes a los de este capítulo. Pero, si recordamos que el Espíritu Santo hizo escribir este capítulo, que cada párrafo, versículo o renglón es “divinamente inspirado y útil”, esto debería incitarnos a buscar su sentido. Sin duda, todo hijo de Dios debe leer lo que Dios escribió. Es cierto que se necesita poder espiritual y sabiduría para saber *cómo* y *cuándo* se debe leer un capítulo como este (lo que puede decirse también de un capítulo cualquiera). Si fuéramos suficientemente espirituales, celestiales y apartados de nuestra naturaleza, suficientemente elevados por encima de las cosas de la tierra, no deduciríamos más que conceptos y principios puramente espirituales de este capítulo y de otros análogos. Si un ángel del cielo leyese esta porción de las Escrituras ¿cómo la consideraría él? Solamente bajo una luz espiritual y celestial, como lo que contiene la más pura y más alta moralidad. Y ¿por qué no haríamos nosotros lo mismo? Sin duda, no tenemos idea de la ofensa que inferimos al Volumen sagrado al consentir que una porción suya sea tan enteramente descuidada como ha sucedido con el libro del Levítico. Si este libro no debiera leerse, tampoco habría sido escrito. Si no fuera “útil”, no habría encontrado lugar en el canon de la inspiración divina; pero, puesto que ha placido

Al único y sabio Dios



(Judas 25)

dictar este libro, sus hijos deberían complacerse en leerlo.

Sin duda, se necesita una sabiduría espiritual, un santo discernimiento y ese refinado sentido moral –lo que solo la comunión con Dios puede darnos– para poder juzgar cuándo debe leerse tal capítulo. Dudaríamos de que fuese persona de tacto y de buen juicio la que se levantase a leer el capítulo 15 del Levítico en una reunión ordinaria. Pero ¿por qué? ¿No es divinamente inspirado y, como tal, “útil”? Claro que sí; sin embargo, la mayor parte de los oyentes no serían bastante espirituales para comprender sus puras y santas lecciones.

¿Qué, pues, debemos aprender de este capítulo? En primer lugar nos enseña a velar con santo celo sobre todo lo que proviene de la naturaleza humana. Todo impulso, todo lo que emana de nuestra naturaleza, mancha. La naturaleza humana caída es una fuente impura, y todo lo que procede de ella es inmundo. No puede producir nada puro, santo o bueno. Esta lección se encuentra frecuentemente en el libro del Levítico, y en particular, en este capítulo.

El agua y la sangre

¡Bendita sea la gracia que ha provisto tan eficaz remedio a las inmundicias de la carne! Los medios de que se vale son presentados bajo dos formas distintas en la Palabra de Dios, y especialmente en la porción que estamos considerando; ellos son “el agua y la sangre”. Una y otra se unen en la muerte de Cristo. La sangre que expía y el agua que purifica manaron del costado herido de Cristo en la cruz (comp. Juan 19:34 con 1 Juan 5:6).

La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado

“ (1 Juan 1:7).

La Palabra de Dios limpia nuestras acciones, nuestra conducta y nuestros caminos. Así nos mantenemos en un estado apropiado para la comunión y el culto, aunque pasemos por un mundo donde todo es inmundicia, y llevemos una naturaleza que, después de cada movimiento, deja una mancha tras sí.

Ya hemos notado que este capítulo trata de una clase de impurezas ceremoniales, de carácter menos grave que la lepra. Por eso la expiación no está prefigurada aquí por un becerro o un cordero, sino por el menor de los sacrificios: “dos tórtolas”. Por otra parte, la virtud purificadora de la Palabra es constantemente recordada por el acto ceremonial de “lavar”. “¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra”. “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para *santificarla, habiéndola purificado en el la-*

vamiento del agua por la palabra” (Salmo 119:9; Efesios 5:25-26). El agua ocupaba un lugar muy importante en el sistema levítico de purificación; como tipo de la Palabra, no puede ser más interesante e instructivo.

Podemos, pues, sacar preciosas enseñanzas de este capítulo. Aprendemos, de manera admirable, la extrema santidad de la presencia divina. Mancha ni tacha pueden tolerarse un solo instante en este santísimo ámbito. “Así apartaréis de sus impurezas a los hijos de Israel, a fin de que no mueran por sus impurezas por haber contaminado mi tabernáculo que está entre ellos” (v. 31).

También aprendemos que la naturaleza humana es una fuente inagotable de inmundicias; no solo está irremediablemente manchada, sino que además mancha. Velando o durmiendo, sentada, de pie o acostada, nuestra naturaleza está manchada y contamina. Su solo contacto comunica la impureza. Esta lección es profundamente humillante para la orgullosa humanidad, pero así es. El Levítico pone un espejo fiel ante nuestra naturaleza. No deja a la “carne” nada de lo cual pueda gloriarse. Los hombres pueden envanecerse por su civilización, su sentido moral, su dignidad, etc.; pero es preciso que estudien el tercer libro de Moisés y verán lo que todo esto vale realmente a juicio de Dios.

Finalmente, aquí vemos de nuevo el valor expiatorio de la sangre de Cristo y la virtud purificadora y santificadora de la preciosa Palabra de Dios. Luego de haber reflexionado acerca de la pureza irreprochable del santuario, si pensamos en la inmundicia incurable de nuestra naturaleza y nos preguntamos cómo podemos entrar y morar *en él*, entonces la respuesta está en “la sangre y el agua” que salieron del costado de Cristo crucificado, de un Cristo que entregó su vida por nosotros, a fin de que viviésemos por él. “Tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre” y, gracias a Dios, “estos tres concuerdan” (1 Juan 5:8). El Espíritu no nos da un mensaje diferente del que está en la Palabra; ambos, la Palabra y el Espíritu, nos declaran el precio infinito y la eficacia de la sangre.

Podemos decir, pues, que el capítulo 15 del Levítico fue escrito para nuestra enseñanza. Ocupa un lugar muy definido y útil en el divino canon. Habría un vacío si hubiese sido omitido. Nos enseña lo que no podríamos aprender de la misma manera en ningún otro sitio. Es cierto que a través de todas las Escrituras vemos la santidad de Dios, la impureza de nuestra naturaleza, la eficacia de la sangre y el valor de la Palabra. Sin embargo, el capítulo que acabamos de estudiar presenta esas grandes verdades a nuestro espíritu, y las graba en nuestros corazones de un modo especial.

¡Ojalá *cada porción* del Volumen de nuestro Padre sea preciosa a nuestros corazones! ¡Quiera Dios que *cada uno* de sus testimonios nos sea más dulce que la miel que destila del panal, y que *cada uno* de sus “justos juicios” ocupe su debido lugar en nuestras almas!

El gran día de la expiación

Introducción

Este capítulo desarrolla algunos de los principios que más merecen la atención de un alma regenerada. Presenta la doctrina de la expiación con una fuerza y una plenitud poco comunes. En síntesis, el capítulo 16 del Levítico puede incluirse entre las porciones más preciosas e importantes de la Inspiración, si es que podemos hacer comparaciones allí donde todo es divino.

Si consideramos este capítulo históricamente, vemos en él un relato de las ceremonias del gran día de la expiación en Israel, por cuyo medio se establecían y mantenían las relaciones de Jehová con la congregación. Eran perfectamente expiados los pecados, las faltas y debilidades del pueblo, de manera que Jehová Dios podía habitar entre ellos. La sangre derramada en este día solemne formaba la base del trono de Jehová en medio de la congregación. En virtud de esta sangre, el Dios santo podía morar en medio del pueblo, a pesar de todas las impurezas de este. “En el mes séptimo, a los diez días del mes” (v. 29), este era un día único en Israel. No había otro semejante en todo el año. Los sacrificios de este día eran el fundamento de los caminos de Dios para dispensar gracia, misericordia, paciencia y longanimidad.

En este trozo de la historia inspirada aprendemos, además, que

Aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo



(Hebreos 9:8).

Dios estaba oculto detrás de un velo, y el hombre tenía que mantenerse a distancia. “Habló Jehová a Moisés después de la muerte de los dos hijos de Aarón, cuando se acercaron delante de Jehová, y murieron. Y Jehová dijo a Moisés: Dí a Aarón tu hermano, que no en todo tiempo entre en el santuario detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera; porque yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio” (v. 1-2).

El camino no estaba abierto para que el hombre se acercara en todo tiempo a la presencia divina; no estaba previsto ningún caso en la serie de las ceremonias mosaicas que le permitiese morar allí constantemente. Dios estaba dentro, lejos del hombre; el hombre estaba fuera, lejos de Dios; y “la sangre de los toros y de los machos cabríos” (Hebreos 10:4) no proporcionaba lugar donde el hombre estuviera de continuo en la presencia de Dios. Era preciso un sacrificio de orden más elevado y de sangre más preciosa. “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continua-

mente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarían de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos 10:1-4). Ni el sacerdocio, ni los sacrificios levíticos podían conducir a la perfección. La insuficiencia estaba grabada sobre los últimos, la debilidad sobre el primero, la imperfección sobre el uno y los otros. Un hombre imperfecto no podía ser un sacerdote perfecto, y un sacrificio imperfecto no podía hacer perfecta ninguna conciencia. Aarón no era competente ni estaba calificado para tomar lugar dentro del velo, y los sacrificios que ofrecía no podían rasgar este velo.

Basta con lo dicho en cuanto al punto de vista histórico de este capítulo. Considerémoslo ahora bajo el punto de vista típico.

Aarón: tipo de Cristo

“Con esto entrará Aarón en el santuario: con un becerro para *expiación*, y un carnero para *holocausto*” (v. 3). Tenemos, pues, los dos grandes aspectos de la obra expiatoria de Cristo: la perfecta salvaguardia de la gloria divina y la perfecta respuesta a las mayores necesidades del hombre. Entre todos los servicios de este único y solemne día no se menciona ni una *ofrenda vegetal*, ni un *sacrificio de paz*. Aquí no es desplegada la perfecta vida humana del Señor, ni la comunión del alma con Dios como consecuencia de su obra cumplida. El único tema es “la expiación”, considerada en un doble aspecto: primero, satisfaciendo todos los derechos de Dios, de su naturaleza, su carácter, su trono; luego, respondiendo perfectamente a toda la culpa y las necesidades del hombre. Debemos recordar estos dos puntos si queremos formarnos una idea clara de la verdad presentada en este capítulo, o de la doctrina del gran día de la expiación. “Con esto entrará Aarón en el santuario”: con la expiación que salvaguardaba la gloria de Dios en todo sentido –sea en cuanto a sus planes de amor redentor hacia la Iglesia, Israel y la creación entera, sea respecto de los derechos del gobierno moral de su pueblo– y con la expiación que respondía perfectamente a la condición culpable y miserable del hombre. Estas dos facetas de la expiación se presentarán constantemente en el estudio de este capítulo.

“Se vestirá la túnica santa de lino, y sobre su cuerpo tendrá calzoncillos de lino, y se ceñirá el cinto de lino, y con la mitra de lino se cubrirá. Son las santas vestiduras; con ellas se ha de vestir después de lavar su cuerpo con agua” (v. 4). Aarón, lavado con agua pura y vestido con las blancas vestiduras de lino, nos muestra una imagen impresionante de Cristo emprendiendo la obra de la expiación. Se muestra en su *persona* y en su *carácter* puro y sin mancha.

“ Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad (Juan 17:19).

Es algo particularmente precioso poder contemplar la persona de nuestro divino Sacerdote en su santidad esencial. El Espíritu Santo se complace mostrando a Cristo a los ojos de su pueblo. Bajo cualquier aspecto que le contemplemos, vemos en él al mismo perfecto, puro, glorioso e incomparable Jesús, “señalado entre diez mil... y todo él codiciable” (Cantar de los Cantares 5:10, 16). Él no necesitaba *hacer* o *llevar* nada para ser puro y sin tacha; no precisaba de agua ni de lino fino. Era en esencia y en práctica “el Santo de Dios”. Lo que Aarón *hacía* y lo que *llevaba*, el lavamiento y sus vestiduras no son más que débiles sombras de lo que Cristo *es*. La ley solo era “la sombra”, y “no la imagen misma de los bienes venideros” (Hebreos 10:1). Alabado sea Dios, nosotros no tenemos solamente la sombra, sino la eterna y divina realidad: Cristo mismo.

Aarón y su casa: imagen de la Iglesia

“Y de la congregación de los hijos de Israel tomará dos machos cabríos para expiación, y un carnero para holocausto. Y hará traer Aarón el becerro de la expiación que es suyo, y hará la reconciliación por sí y por su casa” (v. 5-6). Aarón y su casa representan la Iglesia, no como “cuerpo” sino como casa sacerdotal. No es la Iglesia como la vemos representada en las epístolas a los Efesios y a los Colosenses, sino más bien como está en la primera epístola de Pedro, en ese pasaje tan conocido: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (cap. 2:5). Lo mismo leemos en la epístola a los Hebreos: “... Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza” (cap. 3:6). Debemos recordar que en el Antiguo Testamento no hay ninguna revelación del misterio de la Iglesia. Hay tipos y figuras, pero ninguna revelación positiva. Este maravilloso misterio de judíos y gentiles formando “un solo cuerpo”, un “nuevo hombre” (Efesios 2:15-16), unido a un

Cristo glorificado en el cielo, evidentemente no podía ser revelado hasta cuando Cristo hubiera tomado su lugar en lo alto. Pablo fue el especial encargado para declarar este misterio, como nos lo dice en Efesios 3:1-12, pasaje que recomiendo a la cuidadosa atención del lector.

Los dos machos cabríos

“Después tomará los dos machos cabríos y los presentará delante de Jehová, a la puerta del tabernáculo de reunión. Y echará suertes Aarón sobre los dos machos cabríos; una suerte por Jehová, y otra suerte por Azazel. Y hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Jehová, y lo ofrecerá en expiación. Mas el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante de Jehová para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto” (v. 7-10). Tenemos, en estos dos machos cabríos, las dos facetas ya mencionadas de la expiación. “La suerte por Jehová” caía sobre uno, y la suerte del pueblo caía sobre el otro. En cuanto al primero, no se trataba de personas o de pecados que debían ser perdonados, ni de los planes de gracia de Dios hacia sus elegidos. Estas cosas –sobra decirlo– tienen una importancia infinita, pero no caben en el caso del macho cabrío sobre el que caía la suerte “por Jehová”. Este tipifica la muerte de Cristo como aquel en quien Dios ha sido perfectamente glorificado respecto al pecado en general. Esta gran verdad está plenamente ilustrada por la notable expresión “la suerte por Jehová”. Dios tiene una parte especial en la muerte de Cristo, una parte completamente distinta, una parte que seguiría siendo eternamente buena aun cuando ningún pecador se salvase. Para concebir la fuerza de este aserto, es preciso recordar cuánto se ha deshonrado a Dios en este mundo. Su verdad ha sido desdeñada; su autoridad, despreciada; su majestad, desconocida; su ley, desobedecida; sus derechos, olvidados; su nombre, blasfemado; su carácter, denigrado.

“La suerte por Jehová”

La muerte de Cristo ha puesto remedio a todo esto. Ha glorificado perfectamente a Dios en el mismo lugar donde fueron cometidas todas aquellas cosas. Ha rehabilitado perfectamente la majestad, la verdad, la santidad, el carácter de Dios; ha satisfecho divinamente las exigencias de su trono; ha expiado el *pecado*; ha administrado un remedio divino para todo el mal que el pecado introdujo en el universo. Ha dado una base sobre la cual Dios puede obrar con gracia, misericordia y amor hacia cada uno de los hombres. Garantiza la expulsión y perdición eterna del príncipe de este mundo. Constituye el fundamento imperecedero del gobierno moral de Dios. En virtud de la cruz, Dios puede obrar según su propia soberanía; puede desplegar las glorias

incomparables de su carácter y los atributos adorables de su naturaleza. De haber ejercido una justicia inflexible, habría podido destinar a la humanidad al lago de fuego con el diablo y sus ángeles; mas ¿dónde estarían su amor, su gracia, su misericordia, su longanimidad, su compasión, su paciencia, su perfecta bondad?

Por otra parte, si Dios hubiera obrado conforme a estos preciosos atributos sin que se realizara la expiación ¿dónde estarían la justicia, la verdad, la majestad, la santidad, los derechos, en una palabra, la completa gloria moral de Dios? ¿Cómo se hubieran encontrado “la misericordia y la verdad” o cómo hubieran podido besarse “la justicia y la paz”? ¿Cómo se diría: “la verdad brotará de la tierra” o

La justicia mirará desde los cielos?



(Salmo 85:10-11).

Imposible. Solo la expiación hecha por nuestro Señor Jesucristo podía glorificar a Dios plenamente, y ella le glorificó. Reflejó toda la gloria del carácter divino como nunca lo hubiera hecho en medio de los esplendores de una creación inocente. Sea en perspectiva o en recuerdo de este sacrificio, Dios ha sido paciente con el mundo desde hace cerca de seis mil años. En virtud de este sacrificio, los más grandes malvados de entre los hijos de los hombres viven, se mueven, existen (Hechos 17:28). Aun el bocado que el inconverso lleva a su boca lo debe al sacrificio que no conoce, pero al que impíamente ridiculiza. El sol y las lluvias que fecundan los campos del ateo, este los disfruta en virtud del sacrificio de Cristo. Sí, el mismo aliento que el infiel y el ateo emplean en blasfemar la Palabra de Dios o en negar su existencia, lo deben al sacrificio de Cristo. Si no fuera por este precioso sacrificio, en lugar de blasfemar en la tierra se revolcarían en el infierno.

Adviértase que aquí no es cuestión del perdón o de la salvación de los individuos. Estos últimos son muy distintos y, como lo sabe todo verdadero cristiano, se relacionan con la confesión del nombre de Jesús y con la firme creencia de que Dios le resucitó de los muertos (Romanos 10:9). Esto de ninguna manera tiene que ver con el aspecto de la expiación que estamos estudiando, el cual se halla tan admirablemente figurado por el “macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Jehová”. El perdón y la salvación que Dios concede al pecador son una cosa; la paciencia que tiene para con el hombre y las bendiciones temporales con las que le colma son otra. Ambas se deben a la cruz, pero cada una bajo un aspecto y una aplicación completamente diferente de esta cruz.

Consecuencias de la expiación para la humanidad

Esta distinción es tanto más importante que, cuando se la pierde de vista, es imposible comprender bien la doctrina de la expiación. Además, de este interesante punto depende la clara comprensión de los designios gubernativos de Dios, sea en el pasado, en el presente o en el porvenir. En él también se encuentra la clave de numerosos textos bíblicos que causan considerables dificultades a muchos cristianos. Citaré dos o tres de ellos como ejemplos.

“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29); se une un pasaje análogo en la primera epístola de Juan, donde se habla del Señor Jesucristo como “la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros”, “sino también acerca de todo el mundo” (cap. 2:2, N.T. Interlineal griego-español). En estos dos pasajes se habla de Jesucristo como quien glorificó perfectamente a Dios con relación al “pecado” y al “mundo” en la acepción más amplia de estas palabras. Se le ve como el gran Antitipo del “macho cabrío sobre el cual caía la suerte por Jehová”. Esto nos revela un aspecto precioso de la expiación hecha por Cristo, el cual a menudo es descuidado o poco comprendido. Cuando estos pasajes de la Escritura u otros semejantes se aplican a los *individuos* y al perdón de los *pecados*, surgen insuperables dificultades.

Lo mismo ocurre con los pasajes en los cuales se presenta la gracia de Dios hacia el mundo entero. Todos están fundados en este especial punto de vista de la expiación. “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15). “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16-17). “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Timoteo 2:1-6). “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres” (Tito 2:11). “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos” (Hebreos 2:9). “El

Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

Dios es glorificado y otorga gracia

Estas citas dan un testimonio evidente e inequívoco de la gracia divina hacia todos, sin la menor alusión a la responsabilidad del hombre, por una parte, o a los consejos eternos de Dios, por otra. Estas verdades –tanto la una como la otra– están clara, plena e incontestablemente enseñadas en la Palabra: el hombre es responsable y Dios soberano. Quienes se someten a las Escrituras lo admiten. No obstante, al mismo tiempo es importante reconocer hasta dónde se extiende la gracia de Dios y la cruz de Cristo. Esto glorifica a Dios y deja al hombre *totalmente* sin excusa. Los hombres discuten sobre los designios de Dios y la imposibilidad en que está el hombre para creer sin la influencia divina. Estos argumentos prueban que no hacen caso de Dios, porque si sintiesen la necesidad de conocer a Dios, él estaría bastante cerca como para que le encontraran. La gracia de Dios y la expiación de Cristo son tan vastas como se puede desear. *Cada uno, cualquiera y todos* son los términos de que Dios mismo se vale, y nadie está excluido. Si Dios manda un mensaje de salvación a un hombre, seguramente se lo destina; entonces, ¿podría haber algo más impío que desechar la gracia de Dios, haciéndole mentiroso y, además, dar como excusa de semejante acto los misteriosos designios de Dios? Tal hombre haría mejor en decir de una buena vez: «No creo la Palabra de Dios, y no quiero su gracia ni su salvación». Ello sería más franco y comprensible; pero encubrir su odio a Dios y a su verdad con el manto de una teología falsa –por no considerar más que una cara de la verdad– es el más alto grado de la maldad. Nos hace sentir que Satanás nunca es más diabólico que cuando aparece con la Biblia en la mano.

Si fuese cierto que los consejos y designios secretos de Dios pueden impedir que los hombres reciban el Evangelio, ¿según qué principio de justicia sufrirían el castigo de una destrucción eterna por no haber obedecido a este Evangelio? (2 Tesalonicenses 1:6-10). ¿Hay, en el sombrío recinto de los perdidos, una sola alma que pueda atribuir a los consejos de Dios el hecho de que ella esté allí? ¡Oh, no! Dios ha provisto ampliamente, por el sacrificio de Cristo, no solamente para la salvación de los que creen, sino también para la presentación de su gracia a los que rechazan el Evangelio. Por lo tanto, no hay ninguna excusa. Si un hombre sufre el castigo de la destrucción eterna no es porque *no puede* sino porque *no quiere* creer. No hay error más fatal que escudarse tras los designios de Dios para rehusar deliberadamente y con conocimiento de causa la gracia

que Dios ofrece. Esto es aun más peligroso por cuanto viene a constituir un sistema que se apoya en los dogmas de una teología unilateral. La gracia de Dios es libre para todos; y si preguntamos: ¿Cómo puede ser esto? la contestación es: “La suerte por Jehová” (v. 9) cayó sobre la verdadera víctima, a fin de que Dios fuese perfectamente glorificado en cuanto al pecado, en la medida más amplia, y tuviese plena libertad para obrar en gracia hacia todos y hacer predicar el Evangelio a toda criatura. Esta gracia y esta predicación deben tener una base sólida, la cual se encuentra en la expiación. Aun cuando el hombre la rechace, Dios es glorificado por el ejercicio de la gracia y por el ofrecimiento de la salvación, en virtud de la base sobre la cual ambas reposan. Él es glorificado, y lo *será* durante la eternidad. “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez... Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:27-32).

Hasta aquí solo nos hemos ocupado de una cosa: “el macho cabrío sobre el cual caía la suerte por Jehová”. Se podría pensar que debe seguir inmediatamente lo que tiene relación con el macho cabrío por Azazel, el cual nos presenta el otro gran aspecto de la muerte de Cristo, es decir, su aplicación a los pecados del pueblo. Sin embargo, antes de pasar a este asunto, se presenta un pasaje que confirma la preciosa verdad que acabamos de considerar. La sangre del macho cabrío degollado, lo mismo que la del becerro, era asperjada encima y ante el trono de Jehová, a fin de mostrar que todas las exigencias de ese trono estaban satisfechas por la sangre de la expiación y que ella respondía ampliamente a todas las exigencias de la administración moral de Dios.

La sangre de la expiación es llevada detrás del velo

“Y hará traer Aarón el becerro que era para expiación suya, y hará la reconciliación por sí y por su casa, y degollará en expiación el becerro que es suyo. Después tomará un incensario lleno de brasas de fuego del altar de delante de Jehová, y sus puños llenos del perfume aromático molido, y lo llevará detrás del velo. Y pondrá el perfume sobre el fuego delante de Jehová, y la nube del perfume cubrirá el propiciatorio que está sobre el testimonio, para que no muera” (v. 11-13). Aquí tenemos una representación muy clara y admirable; la sangre de la expiación es llevada detrás del velo, al lugar santísimo, y rociada sobre el trono del Dios de Israel. Allí estaba la nube, señal de la presencia divina; y, a fin de que Aarón pudiera comparecer en la presencia inmediata de la

gloria sin morir, la nube del perfume se elevaba y cubría el propiciatorio sobre el cual se debía hacer aspersión por “siete veces” con la sangre expiatoria. El “perfume aromático *molido*” representa el buen olor de la Persona de Cristo, el olor suave de su precioso sacrificio.

“Tomará luego de la sangre del becerro, y la rociará con su dedo hacia el propiciatorio al lado oriental; hacia el propiciatorio esparcirá con su dedo siete veces de aquella sangre. Después degollará el macho cabrío en expiación por el pecado del pueblo, y llevará la sangre detrás del velo adentro, y hará de la sangre como hizo con la sangre del becerro, y la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio” (v. 14-15). “Siete” es el número perfecto. La aspersión de sangre hecha por siete veces delante del propiciatorio nos enseña que, cualquiera que sea la aplicación del sacrificio de Cristo, fuese en cuanto a las cosas, a los lugares o a los individuos, es perfecta, según la apreciación divina. La sangre que asegura la salvación tanto de la Iglesia –la “casa” del verdadero Aarón– como de la “congregación” de Israel; la sangre que asegura la restauración y la bendición finales de toda la creación, es la misma que ha sido ofrecida ante Dios, esparcida y aceptada según la perfección, el olor suave y el valor de Cristo. Por el poder de esta sangre, Dios puede cumplir todos sus eternos consejos de gracia; puede salvar a la Iglesia y elevarla a las mayores alturas de la gloria, a pesar de todo el poder del pecado y de Satanás. Puede traer las dispersas tribus de Israel; unir a Judá y Efraín; cumplir todas las promesas hechas a Abraham, a Isaac y a Jacob; salvar y bendecir a millones de gentiles. Puede restablecer y bendecir la vasta creación; esparcir los rayos de su gloria y así iluminar el universo para siempre. Puede desplegar a la vista de los ángeles, hombres y demonios su gloria personal y eterna; la gloria de su carácter, de su esencia, de sus obras, de su gobierno. Todo esto puede hacerlo y lo hará; pero el único pedestal sobre el cual este inmenso edificio de gloria descansará para siempre es la sangre de la cruz, esa sangre preciosa que trajo paz, una paz divina y eterna, a nuestra alma y conciencia, ante la Santidad infinita. La sangre con la cual se hace aspersión sobre la conciencia del creyente ha sido esparcida “siete veces” ante el trono de Dios. Cuanto más nos acercamos a Dios, más vemos el valor y la importancia de la sangre de Jesucristo. Si miramos el altar de bronce, encontramos allí la sangre; si miramos la fuente de bronce, allí encontramos la sangre; si miramos el altar de oro, allí encontramos la sangre; si miramos el velo del tabernáculo, encontramos allí la sangre. Sin embargo, en ningún sitio encontramos tan preciosas enseñanzas con relación a la sangre como detrás del velo, ante el trono de Jehová, en la inmediata presencia de la gloria divina.

Ante nuestro Padre para siempre,

La sangre de Cristo en el cielo habla.

“Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también al tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus impurezas” (v. 16). Siempre encontramos la misma verdad. Es preciso atender a los derechos del santuario. Los atrios de Jehová, al igual que su trono, deben dar testimonio del valor de la sangre. El tabernáculo, en medio de las impurezas de Israel, debía estar protegido a su alrededor por los divinos recursos de la expiación. En todas las cosas Jehová cuida de su propia gloria. Los sacerdotes y su servicio, el lugar del culto y todo lo que en él estaba subsistían en virtud de la sangre. El Santo no podía morar ni un instante en medio de la congregación al no ser por el poder de la sangre. Esto le permitía habitar, obrar y reinar en medio de un pueblo culpable.

El camino al Lugar Santísimo está abierto por medio de la sangre de Cristo

“Ningún hombre estará en el tabernáculo de reunión cuando él entre a hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la expiación por sí, por su casa y por toda la congregación de Israel” (v. 17). Era necesario que Aarón ofreciese un sacrificio tanto por sus propios pecados, como por los pecados del pueblo. No podía entrar en el santuario más que en virtud de la sangre. En el versículo 17 tenemos un tipo de la expiación operada por Cristo, en su aplicación a la Iglesia y a la congregación de Israel. La Iglesia entra ahora

En el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo



(Hebreos 10:19).

En cuanto a los hijos de Israel, aun hoy día “el velo está puesto sobre el corazón de ellos” (2 Corintios 3:15). Todavía están alejados, aunque en la cruz se haya provisto ampliamente para su perdón y su restablecimiento cuando se vuelvan al Señor. Propiamente dicho, el período actual es para ellos el día de la expiación. El verdadero Aarón entró en el cielo mismo con su propia sangre, para comparecer en la presencia de Dios por nosotros. Pronto saldrá de allí para introducir a la congregación de Israel en el pleno goce de todos los resultados de su obra cumplida. Entretanto, su casa —es decir, todos los verdaderos creyentes— están asociados con él, teniendo libertad para entrar en el santuario, habiendo sido acercados por la sangre de Jesús.

“Y saldrá al altar que está delante de Jehová, y lo exiará, y tomará de la sangre del becerro y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos del altar alrededor. Y esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel” (v. 18-19). Se hacía, pues, aspersion de sangre por todas partes, desde el trono de Dios, dentro del velo, hasta el altar que estaba en el atrio del tabernáculo del testimonio.

“Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios; y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo Sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:23-28).

No hay más que un camino para entrar en el Lugar Santísimo, y es un camino rociado con sangre. Es inútil intentar entrar por otro medio cualquiera. Los hombres pueden esforzarse para abrirse una senda a través de sus obras, orando, haciendo limosnas, es decir, tratar de entrar por el camino de las formas y de las ordenanzas, o, tal vez, por un sendero en parte formas y en parte Cristo; pero es en vano. Dios habla de *un* camino y de *uno solo*; este fue abierto a través del velo desgarrado del cuerpo del Salvador. Por ese camino han pasado millones de redimidos, de siglo en siglo. Patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, los santos de todos los tiempos, desde Abel hasta nuestros días, han seguido este camino bendito y por él han encontrado acceso seguro y sin reserva. El *único* sacrificio de la cruz es suficiente para todos. Dios no pide más ni puede aceptar menos. Añadir algo, sea lo que fuere, es deshonorar aquello acerca de lo cual Dios declaró que le era agradable, en lo cual él es infinitamente glorificado. Quitar algo es negar la culpabilidad y la ruina del hombre y menoscabar la justicia y la majestad de la eterna Trinidad.

El macho cabrío “Azazel”

“Cuando hubiere acabado de exiar el santuario (V. M. = hacer expiación por el santuario) y el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo; y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de

Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto” (v. 20-22).

Aquí tenemos el segundo asunto ligado a la muerte de Cristo, a saber, el completo y final perdón de su pueblo. Si la muerte de Cristo constituye la base de la gloria de Dios, también constituye la base del perfecto perdón de los pecados de quienes ponen en Él su confianza. Esta última aplicación de la expiación es secundaria e inferior, gracias a Dios, aunque nuestros pobres corazones sean propensos a considerarla como el aspecto más elevado de la cruz. Esto es un error. La gloria de Dios está en primer lugar; nuestra salvación, en segundo. El primer deseo, el más precioso para Cristo era la conservación de la gloria de Dios. Persiguió esta meta desde el principio hasta el fin sin desviarse jamás de su objeto y con una fidelidad a toda prueba.

“ Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar
(Juan 10:17).

“Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará” (Juan 13:31-32). “Oídme, costas, y escuchad, pueblos lejanos. Jehová me llamó desde el vientre, desde las entrañas de mi madre tuvo mi nombre en memoria. Y puso mi boca como espada aguda, me cubrió con la sombra de su mano; y me puso por saeta bruñida, me guardó en su aljaba; y me dijo: Mi siervo eres, oh Israel, porque en ti *me gloriaré*” (Isaías 49:1-3).

La gloria de Dios era, pues, el objeto supremo del Señor Jesucristo, en su vida y en su muerte. Vivió y murió para glorificar el nombre de su Padre. La Iglesia, ¿pierde algo con esto? No. ¿E Israel? No. ¿Y los gentiles? Tampoco. Su salvación y su bendición no podían estar mejor aseguradas que siendo subordinadas a la gloria de Dios. Escuchemos la respuesta divina dada a Cristo, el verdadero Israel: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra” (Isaías 49:6).

¿No es muy precioso saber que Dios es glorificado por la abolición de nuestros pecados? Podemos preguntar: ¿Dónde están nuestros pecados? Fueron quitados. ¿Cómo? Por el sacrificio de Cristo en la cruz, por quien Dios fue glorificado eternamente. Por cierto; los dos machos cabríos

del día de la expiación nos presentan dos aspectos de un solo hecho. En uno vemos mantenida la gloria de Dios; en el otro, vemos los pecados hechos a un lado. Uno es tan perfecto como el otro. Estamos tan perfectamente perdonados como Dios es perfectamente glorificado por la muerte de Cristo. ¿Hay un solo punto por el cual Dios no haya sido glorificado en la cruz? Ni uno. Tampoco hay un solo punto por el cual no estemos perfectamente perdonados. En esto nos incluimos porque, si bien la congregación de Israel está en primer plano en la admirable ordenanza del macho cabrío Azazel; esta se aplica también plenamente a toda alma que cree en el Señor Jesucristo, que cree que ella está tan perfectamente perdonada como Dios es perfectamente glorificado por el sacrificio de la cruz. ¿Qué parte de los pecados de Israel llevaba el macho cabrío Azazel? *Todos*. ¡Preciosa palabra! No quedaba ninguno. Y ¿adónde los llevaba? “A tierra inhabitada”, donde nunca se los podría encontrar, porque no habría nadie para buscarlos. ¡Qué figura más perfecta! ¿Hallaremos una representación más admirable del sacrificio de Cristo bajo estos dos aspectos? Imposible. Podemos contemplar este cuadro con intensa admiración y exclamar: «En verdad, es el pincel del Maestro».

Nuestros pecados perdonados

¿Sabe usted que *todos* sus pecados están perdonados en virtud de la perfección del sacrificio de Cristo? Si *cree* sencillamente en su nombre, están perdonados. Han sido quitados, quitados para siempre. No diga, como tantas almas inquietas: «Temo no *experimentarlo*». De un extremo del Evangelio a otro no encontrará usted ni una sola vez esta palabra «experimentar». No somos salvos por nuestras experiencias, sino por Cristo; para tener a Cristo en toda su plenitud y su valor es preciso creer, *¡solamente creer!* ¿Cuál será el resultado? Los adoradores, “limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado”. Observe bien: No tener “más conciencia de pecado” (Hebreos 10:2). Este debe ser el resultado, pues el sacrificio de Cristo es perfecto, tan perfecto que Dios es glorificado en él. La obra de Cristo no necesita que le añadamos algo para ser perfecta. Si fuese el caso, también se podría decir que la obra de la creación no fue completa hasta que Adán la disfrutó en el huerto de Edén. Es cierto que experimentó algo, pero ¿qué? Una obra que ya era perfecta. Que esta sea, desde ahora, la experiencia de su alma, si no la ha sido antes. Ojalá usted pueda reposar, ahora y siempre, con toda sencillez en Aquel que

Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados
(Hebreos 10:14).



Y ¿cómo son santificados? ¿Por su experiencia? No, sino *por fe* en la perfecta obra de Cristo (Hechos 26:18).

La realización para Israel

Luego de desarrollar –aunque débilmente– la doctrina expuesta en este capítulo según las luces que Dios me ha dado, todavía deseo llamar la atención sobre un punto antes de terminar esta sección: “Y esto tendréis por estatuto perpetuo: En el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros. Porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de *todos* vuestros pecados *delante de Jehová*. Día de *reposo* es para vosotros, y *afligiréis vuestras almas*; es estatuto perpetuo” (v. 29-31).

Esto pronto tendrá su completo cumplimiento en el remanente salvado de Israel, como lo predijo el profeta Zacarías: “Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito. *En aquel día* habrá *gran llanto* en Jerusalén, como el llanto de Hadadrimón en el valle de Meguido... *En aquel tiempo* habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia... Y acontecerá que *en ese día* no habrá luz clara, ni oscura. Será un día, el cual es conocido de Jehová, que no será ni día ni noche; pero sucederá que al caer la tarde habrá luz. Acontecerá también *en aquel día*, que saldrán de Jerusalén aguas vivas, la mitad de ellas hacia el mar oriental, y la otra mitad hacia la mar occidental, en verano y en invierno. *Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día* Jehová será uno, y uno su nombre... *En aquel día* estará grabado sobre las campanillas de los caballos: SANTIDAD A JEHOVÁ... y no habrá *en aquel día* más mercader en la casa de Jehová de los ejércitos” (Zacarías 12-14).

¡Qué día más hermoso! No es extraño que se mencione con tanta frecuencia en este pasaje. Será un hermoso sábado de reposo, cuando el remanente, llevando luto y con espíritu de verdadero arrepentimiento, se reúna alrededor del manantial abierto y goce del resultado completo y final del gran día de la expiación. “Afligiréis vuestras almas”: ¿cómo podrán obrar de otro modo, cuando fijen su mirada arrepentida en Aquel a quien traspasaron? Pero ¡qué sábado disfrutarán! Jerusalén tendrá una copa desbordante de salvación después de su larga y triste noche de dolor.

Su desolación anterior será olvidada, y sus hijos, restablecidos en sus antiguas moradas, descolgarán sus arpas de los sauces y cantarán de nuevo los dulces cánticos de Sion (Salmo 137:1-2) a la apacible sombra de sus viñas y de sus higueras.

Gracias a Dios, este tiempo está cerca. Cada puesta de sol nos acerca a este feliz día de reposo. Está escrito: “Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20). A nuestro alrededor todo parece decirnos que

“ Se han acercado aquellos días, y el cumplimiento de toda visión (Ezequiel 12:23).

¡Ojalá podamos realizar: “Sed, pues, sobrios y velad en oración”! (1 Pedro 4:7). ¡Conservémonos puros del mundo, para que el espíritu de nuestro entendimiento, los afectos de nuestros corazones y la experiencia de nuestras almas estén prestos para el encuentro del Esposo celestial! Mientras tanto, nuestro lugar está fuera del campamento, y gracias a Dios por ello. Sería para nosotros una gran pérdida estar en el campamento. La misma cruz que nos conduce detrás del velo, nos arroja fuera del campamento. Cristo también fue llevado allí, y allí estamos con él. Mas fue recibido en el cielo, y nosotros estamos allí con él. ¿No es una dicha estar fuera de todo lo que rechazó a nuestro Señor y Maestro? Seguro, y cuanto más conozcamos este presente siglo malo, tanto más agradeceremos que nuestro lugar esté fuera del mundo, *con Él*.

La vida pertenece a dios

En este capítulo encontramos dos verdades particulares: en primer lugar, que la vida pertenece a Jehová; y luego, que el poder de la expiación está en la sangre. Jehová daba una gran importancia a ambas cosas. Quería que se grabasen en el espíritu de cada miembro de la congregación.

“Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos, y a todos los hijos de Israel, y diles: Esto es lo que ha mandado Jehová: Cualquier varón de la casa de Israel que degollare buey o cordero o cabra, en el campamento o fuera de él, y no lo trajere a la puerta del tabernáculo de reunión para ofrecer ofrenda a Jehová delante del tabernáculo de Jehová, será culpado de sangre el tal varón; sangre derramó; será cortado el tal varón de entre su pueblo” (v. 1-4). Era un asunto muy solemne y podríamos preguntar: ¿Qué importaba que se ofreciera un sacrificio de una manera diferente de la que estaba prescrita? Era nada menos que despojar a Jehová de sus derechos y ofrecer a Satanás lo que se debía a Dios. Si alguien preguntaba: «¿No puedo ofrecer el sacrificio tanto en un lugar como en otro?», la respuesta era: La vida pertenece a Dios, y los derechos que tiene sobre ella deben ser reconocidos en el lugar que ha designado: “delante del tabernáculo de Jehová”. Este era el único lugar donde se encontraban Dios y el hombre. Sacrificar en otra parte demostraba que el corazón no quería estar en la presencia de Dios.

La enseñanza que nos brinda este pasaje es muy sencilla. Hay un lugar destinado por Dios para encontrar al pecador: la cruz, antitipo del altar de bronce. Allí y solo allí fueron debidamente reconocidos los derechos de Dios sobre la vida. Desechar este punto de encuentro es atraer el juicio sobre sí mismo. Es hollar los justos derechos de Dios y arrogarse un derecho de vida cuando se merece la muerte. Es muy importante reconocer esto.

“Y el sacerdote esparcirá la sangre sobre el altar de Jehová a la puerta del tabernáculo de reunión, y quemará la grosura en olor grato a Jehová” (v. 6). La sangre y la grosura pertenecían a Jehová. Jesús lo reconoció plenamente. Él entregó su vida a Dios, a quien todas sus fuerzas ocultas estaban consagradas. Fue voluntariamente al altar, allí dejó su preciosa vida, y el buen olor de su excelencia intrínseca subió hasta el trono de Dios. ¡Amado Jesús, nos es muy dulce recordarte a cada paso!

Solo la sangre hace propiación por el alma

El segundo punto al cual hemos aludido está claramente indicado en el versículo 11: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma *sangre hará expiación de la persona*”. La relación entre estos dos puntos es

muy interesante. Cuando el hombre ocupa su lugar despojándose de todo título que le dé derecho a la vida y reconoce plenamente los derechos que Dios tiene sobre él, entonces el divino mensaje es este: “Yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas”. Sí; la expiación es el don que Dios hace al hombre, y esta expiación está en la sangre y *solo* en ella. “La misma *sangre* hará expiación de la persona”. No es la sangre más otra cosa. La Palabra no puede ser más explícita. Atribuye la expiación exclusivamente *a la sangre*. “Sin derramamiento de *sangre* no se hace remisión” (Hebreos 9:22). Fue la *muerte* de Cristo la que rasgó el velo. “Por la *sangre* de Jesucristo” tenemos completa “libertad para entrar en el Lugar Santísimo” (Hebreos 10:19). “En quien tenemos redención por su *sangre*, el perdón de pecados” (Efesios 1:7; Colosenses 1:14). “Haciendo la paz mediante *la sangre* de su cruz” (Colosenses 1:20). “Vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por *la sangre* de Cristo” (Efesios 2:13). “*La sangre* de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). “Han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en *la sangre* del Cordero” (Apocalipsis 7:14).

Y ellos le han vencido por medio de *la sangre* del Cordero



(Apocalipsis 12:11).

La sangre de Cristo es la base de todo. Es el principio sobre el cual descansa la justicia de Dios al justificar a un pecador que cree en el nombre del Hijo de Dios. Es igualmente el principio sobre el cual descansa la confianza del pecador para acercarse a un Dios Santo, cuyos ojos son tan puros que no pueden tolerar el mal. Dios sería justo condenando al pecador; sin embargo, a través de la muerte de Cristo puede ser justo justificando a los que creen (Romanos 3:26). Puede ser un Dios justo y, al mismo tiempo, un Salvador. La justicia es un atributo inherente a la esencia divina, en armonía con su carácter revelado. De forma que, si no hubiera existido la cruz, este atributo de Dios habría exigido la muerte y el juicio del pecador. Mas, en la cruz, esta muerte y este juicio fueron llevados por el Sustituto del pecador, de manera que Dios, aunque santo y justo, es perfectamente consecuente al justificar a un pecador por la fe. *Todo esto mediante la sangre de Jesús*; no puede ser con menos, ni hace falta más. “*La misma sangre hará expiación de la persona*”. Es decisivo. Es el sencillo plan de Dios para la justificación. El plan del hombre es mucho más complicado, mucho menos accesible; este atribuye la justificación a algo completamente diferente de lo que encontramos en la Palabra. Desde el tercer capítulo del Génesis hasta el fin del Apocalipsis, se nos presenta la sangre de Cristo como el único fundamento de la justicia. Por la sangre, y nada más que por la sangre, obtenemos el perdón, la paz, la vida, la justicia. Todo el libro del Levítico y particularmente el capítulo que acabamos de considerar, es un comentario

sobre la doctrina de la sangre. Parece extraño tener que insistir sobre un hecho tan evidente; sin embargo, nuestros corazones están inclinados a extraviarse del simple testimonio de la Palabra. Estamos prontos a adoptar opiniones, a veces sin examinarlas con calma a la luz de las verdades divinas. De este modo caemos en la confusión, en las tinieblas, en el error.

Aprendamos a dar a la sangre de Cristo el lugar que le es debido. Es tan preciosa a los ojos de Dios que no consiente que se le añada o mezcle nada. “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma *sangre* *hará expiación de la persona*”.

Un pueblo santo, como Jehová es santo

Esta porción nos enseña muy claramente lo que Jehová exigía en cuanto a santidad y pureza moral en aquellos a quienes había puesto en relación consigo. A la vez nos ofrece un cuadro humillante acerca de las atrocidades de que es capaz la naturaleza humana.

“Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles: *Yo soy Jehová vuestro Dios*” (cap. 18:1-2). Aquí tenemos la base de toda la conducta moral que presentan estos capítulos. Las obras de los israelitas debían reglamentarse según el principio de que Jehová era *su* Dios. Eran llamados a portarse de manera digna de tan alta y santa posición. Dios tenía derecho a prescribir la norma de conducta que convenía a un pueblo al cual se había dignado asociar su nombre. De ahí la repetición de estas expresiones: “Yo Jehová”, “Yo (soy) Jehová vuestro Dios”,

Santo soy yo Jehová vuestro Dios



(cap. 19:2).

Jehová era su Dios, y él era santo; por consiguiente, ellos estaban llamados a ser santos. A su conducta y sus acciones estaba asociado Su nombre.

Lo que debe distinguir a Israel

Este es el verdadero principio de la santidad para los hijos de Dios en todos los tiempos. Deben ser regidos y caracterizados por la revelación que Él ha hecho de sí mismo. Su conducta debe depender de lo que él es, y no de lo que ellos son en sí mismos. Esto anula por completo el principio expresado en estas palabras: «Apártate, yo soy más santo que tú». No se trata de la comparación de un individuo con otro, sino de la línea de conducta que Dios espera de quienes le pertenecen. “No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco; ni andaréis en sus estatutos” (cap. 18:3). Los egipcios y los cananeos estaban sumergidos en *el mal*. ¿Cómo podían saberlo los israelitas? ¿Quién se lo debía decir? ¿Cómo podían saber que ellos tenían razón, y los otros no? La palabra de Jehová era la regla por la cual debían resolverse todas las cuestiones inherentes al bien y al mal. No era cuestión del parecer de un israelita, puesto en oposición al juicio de un egipcio o de un cananeo, sino del juicio de Dios ante *todo*. El egipcio y el cananeo podían tener sus propias prácticas y opiniones, pero Israel debía referirse a las prácticas y las opiniones prescritas en la Palabra de Dios. “Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis, andando en ellos. Yo Jehová vuestro Dios. Por tanto, guardaréis mis estatutos y mis ordenanzas, los cuales haciendo el hombre, vivirá en ellos. Yo Jehová” (v. 4-5).

La Palabra de Dios debe resolver toda cuestión moral y gobernar la conciencia. Sus solemnes decisiones deben ser inapelables. Cuando Dios habla, todos los corazones tienen que someterse. Los hombres pueden formar y sostener sus opiniones, adoptar y defender sus prácticas; pero uno de los rasgos más hermosos del carácter del “Israel de Dios” es un profundo respeto y una sumisión implícita a

Toda palabra que sale de la boca de Dios



(Mateo 4:4).

La manifestación de este rasgo tal vez nos exponga a ser acusados de dogmatismo, presunción, suficiencia por los que nunca han pensado seriamente al respecto. En realidad, nada se parece menos al dogmatismo que la simple sujeción a la clara verdad de Dios; nada es menos similar a la presunción que el respeto por las enseñanzas de la Palabra; nada tan contrario a la suficiencia como la sumisión a la divina autoridad de las Santas Escrituras.

Es verdad que siempre necesitamos cuidarnos en cuanto a la manera y al tono con que damos razón de nuestras convicciones y conducta. En lo posible es preciso evidenciar que somos dirigidos, no por nuestras propias opiniones, sino por la Palabra de Dios. Es peligroso dar importancia a una opinión únicamente porque *nosotros* la hemos adoptado. Conviene guardarse de esto. El «yo» puede deslizarse y mostrar su fealdad en la defensa de nuestras opiniones, al igual que en otra cosa cualquiera; pero debemos desecharlo en todas sus formas y dejarnos guiar por: “Así ha dicho Jehová”.

Por otra parte, no debemos esperar que todos estén prestos a admitir la autoridad de los estatutos y juicios divinos. La Palabra de Dios será reconocida, apreciada y respetada en la medida en que se ande en la integridad y en la energía de la naturaleza divina. Un egipcio o un cananeo hubiera sido incapaz de apreciar el valor de los estatutos y ordenanzas que debían dirigir la conducta del circuncidado pueblo de Dios; sin embargo, esto no afectaba en nada la cuestión de la obediencia de Israel. Jehová había establecido con ellos relaciones especiales, y éstas tenían sus privilegios y responsabilidades respectivas. “Yo soy Jehová *vuestro* Dios”: esta debía ser la base de su conducta. Era preciso andar de una manera digna de Quien había venido a ser *su* Dios y los había hecho *su* pueblo. Esto no quiere decir que fuesen mejores que los otros pueblos. Los egipcios y los cananeos pudieron haber creído que los israelitas, al rehusarse a adoptar las costumbres de una u otra nación, se consideraban superiores. Pero la razón de su proceder particular y su moralidad estribaba en estas palabras: “Yo soy Jehová *vuestro* Dios”.

Puesto que Jehová entraba en relación con su pueblo, era preciso que la ética y las costumbres de este revistieran un carácter digno de Él. Ya no se trataba de lo que eran en sí mismos o en comparación con otros, sino de lo que Dios era en comparación con todos. Hacer del «yo» el principio de acción o la regla de la moral, no solo es una loca presunción, sino el medio seguro de hacer descender a un hombre en la escala moral. Si tenemos el «yo» por objeto, necesariamente bajaremos cada día más. Por el contrario, si colocamos al Señor ante nosotros (Salmo 16:8), nos elevaremos más y más a medida que, por el poder del Espíritu Santo, crezcamos en conformidad con ese modelo perfecto que se muestra a los ojos de la fe en las páginas sagradas (Efesios 4:13). Ciertamente deberíamos postrarnos al sentir a qué inmensa distancia estamos aún del modelo que nos es propuesto. Sin embargo, nunca deberíamos aceptar una regla menos elevada, ni estar satisfechos hasta que en todo seamos hechos conformes a Aquel que fue nuestro Sustituto en la cruz y quien es nuestro Modelo en la gloria.

Lo que el hombre es capaz de practicar

Después de enunciar este gran principio desde el punto de vista práctico, para los cristianos casi es inútil entrar en una exposición detallada de los estatutos, pues ellos hablan por sí solos. Se dividen en dos clases: los que demuestran hasta qué vergonzosas acciones puede dejarse llevar el corazón humano, y los que ponen de manifiesto la exquisita ternura y los cuidados preventivos de Dios.

En cuanto a los primeros, es evidente que Dios nunca habría dado leyes con el objeto de prevenir delitos que no existiesen. No construye un dique donde no hay inundación que combatir. El Espíritu no trata ideas abstractas, sino realidades. El hombre, en efecto, es capaz de cometer cada uno de los vergonzosos crímenes mencionados en esta porción. Si no lo fuera, ¿por qué se le diría que se guardase de ello? Un código así no convendría a los ángeles, pues son incapaces de cometer tales pecados; no obstante, conviene al hombre, quien tiene en su naturaleza el germen de estos pecados. Es una nueva declaración verdaderamente humillante: el hombre está en completa ruina. Desde la cabeza hasta los pies no hay ni una pequeña parte moralmente sana, cuando se la considera a la luz de la presencia divina. Es un abominable pecador, el ser para quien Jehová juzgó necesario hacer escribir los capítulos 18 a 20; sin embargo, este ser es el *hombre*, tanto usted como yo. Qué evidente es, pues, que

Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios
(Romanos 8:8).



Gracias a Dios, el creyente no “está en la carne sino en el Espíritu”. Fue sacado completamente de su posición en la vieja creación e introducido en la nueva, donde los pecados morales de que se habla en estos capítulos no podrían existir. Es verdad que aún queda la vieja naturaleza, mas existe el privilegio de considerarla como muerta y de andar con el poder constante de la nueva creación, donde “todo... proviene de Dios” (2 Corintios 5:18). He aquí la libertad cristiana, libertad de andar en esta bella creación en la cual no se encontrará vestigio de mal. Libertad de caminar en santidad y pureza ante Dios y los hombres, donde los rayos de la faz divina vierten su brillante resplandor. Esta es la libertad cristiana. Es la libertad, no para pecar, sino para gustar las dulzuras celestiales de una vida santa y de elevación moral. ¡Que podamos apreciar cada vez más esta preciosa gracia del cielo, la libertad cristiana!

El pobre y el extranjero

Consideraremos brevemente la segunda clase de estatutos contenidos en esta sección, a saber, los que testifican de un modo tan conmovedor la ternura y solicitud de Dios. “Cuando siegues la mies de tu tierra, no segarás hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu tierra segada. Y no rebuscarás tu viña, ni recogerás el fruto caído de tu viña; *para el pobre y para el extranjero lo dejarás*. Yo Jehová vuestro Dios” (cap. 19:9-10). Esta misma ordenanza la volveremos a encontrar en el capítulo 23 (v. 22), pero allí desde el punto de vista dispensacional o profético. Aquí, en su aspecto moral, manifiesta la preciosa gracia del Dios de Israel. Él pensaba en el pobre y el extranjero y quería que su pueblo lo hiciera igualmente. Cuando las gavillas doradas y los racimos maduros estaban recogidos, Israel tenía que acordarse del pobre y del extranjero, porque Jehová era el Dios de Israel. El segador y el vendimiador no debían actuar con avaricia, despojando los rincones del campo y los sarmientos de la viña. Debían obrar más bien por un espíritu de generosidad y sincera benevolencia, que dejara una gavilla y racimos “para el pobre y para el extranjero”, a fin de que ellos también pudieran regocijarse por la bondad sin límites de Aquel que es la fuente de toda bendición y a cuya mano abierta los pobres pueden mirar con confianza (Salmo 123:2).

En el libro de Rut encontramos el hermoso ejemplo de un hombre que practicaba al pie de la letra esta benévola ordenanza. “Y Booz le dijo (a Rut) a la hora de comer: Ven aquí, y come del pan, y moja tu bocado en el vinagre. Y ella se sentó junto a los segadores, y él le dio del potaje, y comió hasta que se sació, y le sobró. Luego se levantó para espigar. Y Booz mandó a sus criados, diciendo: Que recoja también espigas entre las gavillas, y no la avergoncéis; y dejaréis también caer para ella *algo* de los manojos, y lo dejaréis para que lo recoja, y no la reprendáis” (Rut 2:14-16). ¡Qué gracia más admirable! Es conveniente, para nuestros pobres corazones egoístas, ser puestos en

contacto con tales principios y prácticas. El deseo de este noble israelita era que la “extranjera” encontrara abundancia de grano, y que no pareciera que fuera resultado de su benevolencia para con ella, sino fruto de su trabajo de espigado. Procedió con verdadera delicadeza. Eso era ponerla en relación directa con el Dios de Israel y hacerla depender de Aquel que había provisto a las necesidades del espigador. Booz cumplía esta ley de misericordia y Rut recogía las ventajas. La misma gracia que había dado el campo a Booz, daba a la joven extranjera todo lo que había espigado. El uno y la otra eran deudores de la gracia. Ella era el feliz objeto de la bondad de Jehová y él era el privilegiado administrador de la hermosa institución de Jehová. Todo estaba en un orden moral admirable. La criatura era bendecida y Dios glorificado. ¿Quién no reconocerá lo saludable que es respirar semejante atmósfera?

El justo salario del obrero

Veamos otra de las leyes de esta sección: “No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana” (cap. 19:13). ¡Qué tierna solicitud encontramos aquí!

El Alto y Sublime, el que habita en la eternidad



(Isaías 57:15),

conoce los pensamientos y los sentimientos que suben al corazón de un pobre obrero. Tiene en cuenta la esperanza de ese hombre respecto al fruto de su jornada de trabajo. Es natural que él espere su salario; cuenta con él, pues la comida de la familia depende de él. ¡Que no se le retenga! ¡Que no se le mande de vuelta a su casa con el corazón oprimido, que apesadumbrara también el corazón de su mujer y de sus hijos! Désele aquello por lo cual ha trabajado, a lo que tiene derecho y de lo cual está pendiente su corazón! Soportó el peso y el calor del día para que su mujer y sus hijos no tuvieran que acostarse con hambre. No se le decepcione; désele lo que se le debe. Así nuestro Dios presta atención incluso a los latidos del corazón del trabajador, y provee para que su esperanza no sea defraudada. ¡Qué gracia, qué tierno amor, atento y conmovedor! La sola consideración de tales leyes basta para impulsarnos a la benevolencia. ¿Quién podría leer estos pasajes sin conmoverse? ¿Quién podría leerlos y luego despedir a un pobre obrero sin preocuparse por él, sin saber si él y su familia tienen con qué saciar su hambre?

Es bastante penoso para un corazón sensible la falta de consideración que tan a menudo los ricos manifiestan hacia los pobres. Éstos pueden tomar espléndidos banquetes, después de haber rechazado a algún jornalero que había acudido a pedir la justa paga de su honrado trabajo. No

piensan en el corazón herido con que este hombre va a su hogar y comparte su angustia con los suyos. Esto es terrible. Tal modo de obrar es abominable a los ojos de Dios y de todos aquellos que han respirado algo de su gracia. Si queremos saber lo que Dios opina, es preciso prestar oído a estos acentos de santa indignación: “He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos” (Santiago 5:4). El “Señor de los ejércitos” oye el clamor del obrero afligido y engañado. Su tierno amor se manifiesta a través de las disposiciones de su gobierno moral, y aun cuando nuestro corazón no se conmoviera por el amor que revelan estos decretos, al menos deberíamos sentir cuán rectos son y conducirnos de acuerdo con ellos. Dios no acepta que los derechos de los pobres sean cruelmente violados por quienes, debido a la influencia de sus riquezas y estando por encima de toda necesidad, son insensibles e incapaces de simpatizar con los que pasan sus días en fatigosos trabajos, en medio de la pobreza. Los pobres son el objeto especial de la solicitud de Dios. Él piensa en ellos muchas veces en los estatutos de su administración moral. Se dice expresamente de Aquel que dentro de poco tomará las riendas del gobierno en su gloria manifiesta: “Librará al menesteroso que clamaré, y al afligido que no tuviere quien le socorra, tendrá misericordia del pobre y del menesteroso, y salvará la vida de los pobres. De engaño y de violencia redimirá sus almas, y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos” (Salmo 72:12-14).

¡Ojalá saquemos algún provecho del estudio de estas preciosas verdades prácticas! Quiera Dios que ellas conmuevan nuestros corazones e influyan en nuestra conducta. Vivimos en un mundo insensible, y hay en nosotros mucho egoísmo. A menudo permanecemos indiferentes a las necesidades de los demás; en medio de nuestra abundancia nos sentimos inclinados a descuidar a los pobres. Olvidamos que ciertas personas, cuyo trabajo contribuye a nuestro bienestar viven, tal vez, en la mayor pobreza. Pensemos en estas cosas y guardémonos de moler

Las caras de los pobres



(Isaías 3:15).

Si las leyes y las ordenanzas de la economía mosaica estimulaban los sentimientos afectuosos de los judíos hacia los pobres y les enseñaban a tratarlos con afecto y benevolencia, ¡cuánto más la elevada y espiritual ética de la dispensación (época) evangélica debería producir, en el corazón y en la vida de cada cristiano, sentimientos de generosidad hacia la indigencia en todas sus formas!

Es verdad que se necesita mucha prudencia para que no hagamos que un hombre deje la honrosa posición que le fue asignada, la cual es dependiente de los frutos preciosos de un honrado trabajo. Sería un grave error en lugar de un beneficio. El ejemplo de Booz debería servirnos de modelo al respecto. Dejaba que Rut trabajase espigando, pero cuidaba de que su trabajo fuese provechoso. Este es un principio muy útil y sencillo. Dios quiere que el hombre trabaje de un modo u otro; así, pues, obramos contra su voluntad cuando hacemos que uno de nuestros semejantes deje de vivir de su trabajo y sea dependiente de una mal entendida beneficencia. El primer género de vida es tan honrado y elevado como desmoralizador y despreciable es el segundo. No hay pan tan dulce como el que se ha ganado noblemente; pero es preciso que quienes ganan su pan reciban lo que es justo y necesario. El hombre alimenta y cuida a sus caballos; cuánto más deberá hacerlo con su semejante que trabaja para él toda la semana.

Tal vez diga alguien que esta cuestión tiene dos aspectos, y es verdad. Entre los pobres ciertamente se encuentran muchas cosas que hacen secar las fuentes de la beneficencia y de la sincera simpatía. Hay cosas que tienden a endurecer el corazón y a cerrar la mano; pero vale más ser engañado noventa y nueve veces de cada cien, que cerrar las entrañas de la compasión a un solo desgraciado que sea digno de ella. Nuestro Padre celestial hace salir su sol sobre los malos y los buenos, y envía su lluvia sobre los justos y los injustos. Los mismos rayos que regocijan el corazón del devoto siervo de Cristo se esparcen también sobre el sendero del impío pecador, y el mismo aguacero que cae en el campo de un verdadero creyente enriquece también los surcos de un infiel blasfemo. He aquí lo que debe ser nuestro modelo. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). Solo contemplando al Señor y andando por la fuerza de su gracia podremos caminar día a día y acudir al encuentro de todas las formas de la miseria humana con corazón compasivo y mano abierta. Solo cuando bebamos de la fuente inagotable del amor y de la bondad divina podremos aliviar las necesidades de nuestros semejantes sin desanimarnos por las frecuentes manifestaciones de la depravación humana. Nuestras pobres y pequeñas fuentes pronto se agotarían si no fueran abastecidas continuamente por la inagotable fuente divina.

Actitud para con el sordo y el ciego

El estatuto que a continuación se presenta testifica también, de un modo conmovedor, la tierna solicitud del Dios de Israel: “No maldecirás al sordo, y delante del ciego no pondrás tropiezo, sino que tendrás temor de tu Dios. Yo Jehová” (cap. 19:14). Dios pone freno a la irritabilidad que la naturaleza humana experimente ante la sordera. Al hombre natural no le gusta tener que re-

petir sus palabras, como lo exige la dureza de oído. Jehová había pensado en esto y proporcionó remedio. ¿Cómo? “Tendrás temor de tu Dios”. Cuando nuestra paciencia sea puesta a prueba por una persona sorda, acordémonos del Señor para contar con la gracia de poder superar nuestro temperamento.

La segunda parte de este versículo revela un humillante grado de maldad en la naturaleza humana. Poner una piedra de tropiezo en el camino del ciego es casi la crueldad más infame que se puede imaginar, y, no obstante, el hombre es capaz de cometerla. Si no lo fuese, no sería exhortado de esta manera. Sin duda, este mandamiento, como otros muchos, es susceptible de una aplicación espiritual; no obstante esto no le quita nada al sentido literal. Sí, el hombre es capaz de poner una piedra de tropiezo ante uno de sus semejantes afectado por la ceguera. El Señor sabía lo que había en el hombre cuando escribió los estatutos y juicios del libro del Levítico.

Un horrible pecado: chismear

Los versículos 16 y 17 exigen una atención especial. “No andarás chismeando entre tu pueblo” (v. 16). Es una recomendación que conviene a los hijos de Dios de todos los tiempos. Un chismoso o calumniador hace un mal incalculable. Se ha dicho con razón que hace daño a tres personas: a sí mismo, a quien le escucha, y a aquel de quien habla. Esto es lo que hace de una manera directa, y las consecuencias indirectas, ¿quién podrá enumerarlas? Guardémonos cuidadosamente de este horrible pecado. No dejemos nunca escapar de nuestros labios un chisme, ni nos paremos jamás a escucharlo. Rechacemos siempre con rostro airado la lengua calumniadora, como “el viento del norte ahuyenta la lluvia” (Proverbios 25:23).

En el versículo 17 vemos lo que debemos hacer en lugar de chismear: “Razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado”. En lugar de hablar mal del prójimo a otro, somos llamados a ir a él directamente y a reprenderle, si es necesario. Este es el método divino. Él de Satanás es ir murmurando.

Dejo a cargo del lector que medite por sí mismo acerca del final de esta sección. Verá que cada enseñanza contiene una doble lección: una sobre las perversas tendencias de nuestra naturaleza, y otra sobre la tierna solicitud de Jehová.

Exigencias divinas para los sacerdotes

Estos capítulos muestran detalladamente cuáles eran las exigencias divinas con relación a quienes tenían el privilegio de acercarse como sacerdotes para “ofrecer el pan de su Dios” (cap. 21:21). Aquí, como en la sección anterior, vemos la conducta de alguien como *resultado* de sus relaciones con Dios, y no como *la causa*. Conviene tener esto muy presente. Los hijos de Aarón eran sacerdotes de Dios en virtud de su nacimiento. Tanto unos como otros gozaban de este privilegio; no era una posición a adquirir; no se trataba de un progreso ni de algo que uno tuviera y otro no. Todos los hijos de Aarón eran sacerdotes. Lo eran por nacimiento. Su capacidad para comprender esta posición, para gozar de ella y de los privilegios que de ella dependían, era otra cosa. Uno podía ser un niño y otro podía haber llegado a la madurez, al vigor de un hombre hecho. El primero, naturalmente, era incapaz de comer del alimento sacerdotal, pues era un niño que necesitaba “leche” y no “alimento sólido” (Hebreos 5:12). Sin embargo, era miembro de la familia sacerdotal como el hombre que pisaba con pie firme los atrios de la casa de Jehová y se alimentaba del “pecho mecido” y de la “espaldilla elevada” del sacrificio.

Esta distinción es fácil de comprender en el caso de los hijos de Aarón, y, por consiguiente, servirá para ilustrar con sencillez nuestra relación como miembros de la verdadera familia sacerdotal, la que preside nuestro sumo Sacerdote y a la cual pertenecen todos los verdaderos creyentes (Hebreos 3:6). Todo hijo de Dios es sacerdote. Está alistado al servicio de la casa sacerdotal de Cristo. Por más que sea ignorante, su posición como sacerdote no depende del conocimiento, sino del tener la vida. Sus experiencias pueden ser muy pobres, pero su lugar como sacerdote no proviene de ellas, sino de que tenga vida. Su capacidad puede ser muy limitada, pero sus relaciones como sacerdote no proceden de una vasta capacidad, sino de que tenga vida. Ha nacido de Dios para estar en la posición y para mantener las relaciones del sacerdote. No se ha introducido por sí mismo en tal estado. No ha llegado a ser sacerdote por sus propios esfuerzos. Es sacerdote por nacimiento. El sacerdocio espiritual, con todas las funciones espirituales respectivas, es la necesaria consecuencia del nacimiento espiritual. La facultad de gozar de los privilegios y de cumplir las funciones de una posición, no debe confundirse con la posición misma; una cosa es la relación, y otra la facultad.

Además, al considerar a la familia de Aarón, vemos que nada podía romper los vínculos entre él y sus hijos. Muchas cosas podían impedir el pleno goce de los privilegios relacionados con el parentesco. Podía ocurrir que un hijo de Aarón se contaminara por un muerto, que se manchase contrayendo una alianza profana, que tuviese defecto corporal, que fuese “ciego, o cojo” (v. 18),

o que fuese “enano” (v. 20). Cualquiera de estas anormalidades habría afectado el goce de sus privilegios y el cumplimiento de las funciones sacerdotales, porque leemos: “Ningún varón de la descendencia del sacerdote Aarón, en el cual haya defecto, se acercará a ofrecer las ofrendas encendidas para Jehová. Hay defecto en él; no se acercará para ofrecer el pan de su Dios. Del pan de su Dios, de lo muy santo y de las cosas santificadas, podrá comer. Pero no se acercará tras el velo, ni se acercará al altar, por cuanto hay defecto en él; para que no profane mi santuario, porque yo Jehová soy el que los santifico” (cap. 21:21-23). Pero ninguna de estas cosas podía menoscabar los vínculos de parentesco. Aunque un hijo de Aarón tuviese defecto corporal, no por eso era menos hijo de Aarón. Es verdad que, teniendo defecto corporal, se veía privado de muchos privilegios, de muchas de las altas dignidades del sacerdocio; pero, aunque así fuese, era hijo de Aarón. No podía gozar del mismo grado de comunión, ni desempeñar las mismas funciones del servicio sacerdotal como lo hacía quien había llegado a la perfecta estatura. No obstante, era miembro de la familia sacerdotal, y, por lo tanto, le estaba permitido comer “del pan de su Dios”. El parentesco era real, aunque el desarrollo fuese defectuoso.

La aplicación espiritual de este pasaje es tan sencilla como práctica. Una cosa es ser hijo de Dios, y otra estar en condiciones para gozar de la comunión y adoración sacerdotales. Éstas a menudo se ven perturbadas de diferentes modos. Dejamos que las circunstancias, nuestros pensamientos y lo que nos rodea ejerzan sobre nosotros su pernicioso influencia. No todos los cristianos conocen, en la práctica, la misma altura en su conducta, la misma intimidad de comunión, la misma proximidad de Cristo. Muchos de entre nosotros tenemos que deplorar nuestros defectos espirituales: el andar cojo, la vista defectuosa, el crecimiento insuficiente, o bien nos dejamos manchar por el contacto con el mal, o debilitarnos y vernos estorbados por relaciones profanas. Así como los hijos de Aarón, aunque siendo sacerdotes por nacimiento, se veían privados de muchos privilegios por las impurezas ceremoniales y los defectos físicos, así también nosotros, aunque sacerdotes de Dios por el nuevo nacimiento, nos vemos privados de muchos de los grandes y santos privilegios de nuestra posición por las impurezas morales y las debilidades espirituales. Nos vemos despojados de varias de nuestras dignidades por un desarrollo espiritual deficiente. Hace falta que tengamos el ojo sencillo, más vigor espiritual y una entera consagración del corazón. Somos salvos por la libre gracia de Dios, en virtud del perfecto sacrificio de Cristo. Somos

Hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús

(Gálatas 3:26);



pero la salvación y la comunión son dos cosas diferentes. La relación filial es una cosa, y la obediencia, otra muy distinta.

El capítulo 21 pone de manifiesto esta distinción con mucha fuerza y gran claridad. Si ocurría que un hijo de Aarón tuviese “quebradura de pie o rotura de mano” (v. 19), ¿se veía privado de su relación de hijo? No, por cierto. ¿Quedaba privado de su posición sacerdotal? De ningún modo. Al contrario, he aquí lo que dice la Palabra: El “pan de su Dios, de lo muy santo y de las cosas santificadas, podrá comer” (v. 22). ¿Qué perdía, pues, debido a su enfermedad corporal? No le estaba permitido desempeñar algunas de las funciones más elevadas del culto sacerdotal. “No se acercará tras el velo, ni se acercará al altar” (v. 23). Éstas eran graves privaciones y, aunque se objetase que el hombre no era culpable de muchos de aquellos defectos físicos, ello no cambiaba en nada la cuestión. Jehová no podía tener un sacerdote deficiente ante su altar, ni un sacrificio con defectos sobre su altar. Era necesario que sacerdote y sacrificio fuesen perfectos. “Ningún varón de la descendencia del sacerdote Aarón, en el cual haya defecto, se acercará para ofrecer las ofrendas encendidas para Jehová” (v. 21). “Ninguna cosa en que haya defecto ofreceréis, porque no será acepto por vosotros” (cap. 22:20).

Aplicación práctica

Tenemos nosotros a la vez el sacerdote perfecto y el sacrificio perfecto en la persona de nuestro amado Salvador Jesucristo. Después de haberse ofrecido

A sí mismo sin mancha a Dios

“ (Hebreos 9:14),

vino a ser nuestro sumo Sacerdote en los cielos, donde vive eternamente para interceder por nosotros. La epístola a los Hebreos trata detalladamente estos dos puntos. Pone en admirable contraste el sacrificio y el sacerdocio del sistema mosaico con el Sacrificio y el Sacerdocio de Cristo. En él vemos la perfección divina, lo consideremos como víctima o como sacerdote. En él hallamos todo lo que Dios podía requerir y todo lo que el hombre necesitaba. Su sangre preciosa quitó nuestros pecados, y su poderosa intercesión nos mantiene en toda la perfección del lugar en el cual su sangre nos ha introducido. Estamos “completos en él” (Colosenses 2:10); no obstante, por nosotros mismos somos tan débiles, vacilantes, llenos de faltas y defectos, tan inclinados a errar y tropezar en nuestro camino, que no podríamos estar en pie ni un solo instante si no fuera porque él vive “siempre para interceder” por nosotros (Hebreos 7:25).

Ya hemos considerado esto en los primeros capítulos del presente libro; por lo tanto, no es necesario detenernos en ello. Quienes en alguna medida comprenden las grandes verdades fundamentales del cristianismo y tienen alguna experiencia de la vida cristiana, comprenderán que, aunque estén “completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:10), mientras están en este mundo en medio de las debilidades, luchas y los combates terrenales, necesitan la poderosa intercesión de su adorable y divino sumo Sacerdote. El creyente está lavado, santificado y justificado (1 Corintios 6:11). Somos “aceptos en el Amado” (Efesios 1:6). En cuanto a su persona, no puede venir a juicio; véase Juan 5:24 donde se debe leer “juicio” (griego: krisin), y no “condenación” (katakrisin). La muerte y el juicio quedaron tras el que cree, porque está unido a Cristo. Él pasó por los dos, en nuestro lugar y por culpa nuestra. Estas cosas son verdad aun para el miembro más débil, ignorante e inexperimentado de la familia de Dios. Sin embargo, como lleva consigo una naturaleza malvada y tan arruinada que ninguna disciplina puede corregirla ni ningún remedio curarla, como mora en un cuerpo de pecado y de muerte, rodeado de influencias hostiles, como está llamado a luchar continuamente contra las fuerzas reunidas del mundo, de la carne y del diablo, nunca podría mantenerse en su lugar, ni mucho menos progresar, si no estuviese sostenido por la poderosa intercesión de su gran sumo Sacerdote, quien lleva los nombres de su pueblo sobre su pecho y sus hombros (Éxodo 28:7-30).

A muchos les es difícil conciliar la idea de la perfecta posición del creyente en Cristo con la necesidad de un sacerdocio. Dicen: «Si es perfecto, ¿qué necesidad tiene de un sacerdote?» Las dos cosas están claramente enseñadas en la Palabra como compatibles una con otra. Son comprendidas en la experiencia de todo cristiano recto y bien instruido. Sí, hay en estos dos aspectos de la verdad una perfecta armonía. El creyente es perfecto en Cristo, pero en sí mismo es una pobre y débil criatura, siempre expuesta a caer. De ahí la inefable dicha de tener, a la diestra de la Majestad en los cielos, Uno que cuida de todo lo que le concierne; Uno que le sostiene continuamente por la diestra de su justicia (Isaías 41:10); Uno que no le abandonará nunca (Hebreos 13:5); Uno que puede salvar perfectamente y hasta el fin (cap. 7:25); Uno que “es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (cap. 13:8); Uno que le hará triunfar a través de todas las dificultades y peligros que le rodean, y Uno que, finalmente, le presentará “sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24). ¡Bendita por siempre sea la gracia que ha provisto tan ampliamente a todas nuestras necesidades por la sangre de una víctima sin mancha y por la intercesión de un divino sumo Sacerdote!

Esforcémonos, pues, en conservarnos “sin mancha del mundo” (Santiago 1:27) y en mantenernos apartados de todos los pensamientos y relaciones malos, a fin de que podamos gozar de los mayores privilegios y desempeñar las más elevadas funciones de nuestra posición de miembros de la familia sacerdotal, cuya cabeza es Cristo. Tenemos “libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo... teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios” (Hebreos 10:19, 21). Nada puede quitarnos estos privilegios. Pero nuestra comunión puede ser turbada, nuestra adoración puede ser impedida, nuestras santas funciones pueden ser descuidadas. Estas cuestiones ceremoniales, sobre las que aquí se advierte a los hijos de Aarón, tienen su realización en la época cristiana. Así como ellos eran exhortados a guardarse de todo contacto inmundos, nosotros lo somos también; como se les prevenía contra las alianzas profanas, lo somos igualmente nosotros. Así como eran puestos en guardia contra toda clase de impureza ceremonial, nosotros también somos exhortados a guardarnos “de toda contaminación de carne y de espíritu” (2 Corintios 7:1). Como ellos debían verse privados del goce de sus mayores privilegios sacerdotales por los defectos corporales o crecimiento imperfecto, con nosotros ocurre lo mismo por las debilidades morales y el crecimiento espiritual imperfecto.

¿Quién dudará de la importancia práctica de estos principios? ¿No es evidente que, cuanto más apreciemos las bendiciones ligadas a esta casa sacerdotal de la que hemos sido hechos miembros en virtud de nuestro nuevo nacimiento espiritual, más nos guardaremos de todo lo que tienda a quitarnos el gozo? Sin duda. Esto mismo hace que el estudio de esta sección sea eminentemente práctico. ¡Ojalá sintamos su fuerza en nuestros corazones, por el efecto del Espíritu Santo! Entonces *gozaremos* de nuestra condición de sacerdotes y desempeñaremos fielmente nuestras funciones. Seremos capaces de presentar nuestros

Cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios

“ (Romanos 12:1).

Podremos ofrecer “siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (Hebreos 13:15). Como miembros de la “casa espiritual” y del “sacerdocio santo”, podremos ofrecer “sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5). Seremos capaces de anticipar, en alguna medida, el tiempo feliz en el cual los aleluyas de una adoración ferviente e inteligente subirán desde la creación rescatada hasta el trono de Dios y del Cordero, durante la eternidad.

Las siete fiestas de jehová

Hemos llegado a uno de los capítulos más profundos y sustanciales del libro, el cual requiere ser estudiado con atención y recogimiento. Contiene la descripción de las siete grandes fiestas o solemnidades periódicas que dividían el año en Israel y nos ofrece un cuadro perfecto de las dispensaciones (maneras de obrar) de Dios hacia Israel durante el tiempo de su tan accidentada historia.

Tomando las fiestas por separado, tenemos:

- el sábado (día de reposo)
- la Pascua
- la fiesta de los panes sin levadura
- la fiesta de las primicias
- Pentecostés
- la fiesta de las trompetas
- el día de la expiación
- la fiesta de los tabernáculos

Entre todas son ocho, pero se ve claramente que el sábado ocupa un lugar único e independiente. Se menciona en primer lugar y después que están explicados su carácter particular y las circunstancias que lo acompañan; luego leemos: “Éstas son las fiestas solemnes de Jehová, las convoca-ciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos” (v. 4). De forma que, hablando con propiedad, la *primera* gran festividad de Israel era la Pascua, y la *séptima*, la fiesta de los tabernácu-los. Si consideramos estas dos fiestas en su carácter típico, tenemos primeramente la redención y, finalmente, la gloria milenaria. El cordero pascual figuraba la muerte de Cristo (1 Corintios 5:7), y la fiesta de los tabernáculos representaba

“ Los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo (Hechos 3:21).

Aquella era la fiesta que abría el año judaico y esta la que lo cerraba. La expiación es la base, la gloria es la cúspide del edificio; entre estos dos puntos, encontramos prefigurada la resurrección de Cristo (v. 10-14); la reunión de la Iglesia (v. 15-21); el despertar de los israelitas con el senti-miento de su gloria perdida (v. 24-25); su arrepentimiento y aceptación del Mesías (v. 27-32). Y para que ningún trazo falte en esta gran representación típica, encontramos aún un medio para

que los gentiles puedan entrar al fin de la cosecha y espigar en los campos de Israel (v. 22). Todo esto hace sublime y perfecto este cuadro, y despierta una profunda admiración en el corazón de quienes aman las Escrituras. ¿Puede haber algo más completo? La sangre del Cordero y la santidad práctica relacionada con ella; la resurrección de Cristo y su ascensión a los cielos; la venida del Espíritu Santo con poder, en Pentecostés, para formar la Iglesia; el despertar del remanente, su arrepentimiento y restauración; la bendición del “pobre y del extranjero”; la manifestación de la gloria; el descanso y la felicidad del reino. Tales son las cosas contenidas en este maravilloso capítulo, del cual haremos un detenido estudio. ¡Sea el Espíritu Santo nuestro Maestro!

El sábado (o día de reposo)

“Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Las fiestas solemnes de Jehová, las cuales proclamaréis como santas convocaciones, serán éstas: Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es de Jehová en dondequiera que habitéis” (v. 1-3). Conviene observar el lugar señalado aquí a la festividad del día de reposo (sábado). Jehová iba a dar una figura de todas sus dispensaciones en gracia hacia su pueblo; pero, antes de empezar, presentó el día de reposo como la expresión significativa del descanso que todavía queda para el pueblo de Dios. Era una solemnidad real que debía ser observada por Israel, pero era también una imagen de lo que está por venir, cuando todas las obras grandes y gloriosas prefiguradas en este capítulo hayan sido cumplidas. Es el descanso de Dios, en el cual pueden entrar ahora, en espíritu, todos los que creen, aunque no haya llegado todavía su verdadero cumplimiento (Hebreos 4). Ahora trabajamos, y pronto descansaremos. En un sentido, el creyente entra en el reposo; en otro sentido, trabaja para entrar en él. Ha hallado su reposo en Cristo; sin embargo, trabaja para entrar en su reposo en la gloria. Ha encontrado un completo reposo para su alma en lo que Cristo ha hecho por él, y su mirada se fija en ese día de reposo eterno en el cual entrará, cuando todos sus trabajos y combates en el desierto hayan pasado. No podría descansar en medio de un mundo de pecado y miserias. Descansa en Cristo, el Hijo de Dios, quien tomó forma de siervo. Reposando así, es llamado a trabajar como obrero de Dios, con la completa seguridad de que –cuando su labor termine– gozará de un reposo perfecto y eterno en las moradas de Dios. Puesto que estamos seguros de ese precioso descanso final, ¡trabajemos más fielmente aún! Es verdad que sentimos gozo anticipado del eterno día de reposo y ello nos hace desear con más ardor la bendita realidad: el reposo que nunca será interrumpido, la “santa convocación” que no se disolverá jamás.

El hecho de que el sábado ocupa un lugar aparte e independiente se ve con claridad desde las primeras palabras del versículo 4, donde Jehová empieza de nuevo con la expresión: “Éstas son las fiestas solemnes de Jehová”. Es como si dejara el día de reposo aparte de las siete fiestas que siguen, aunque también es una imagen de aquel reposo en el cual estas fiestas introducen al alma.

a) La Pascua

“Éstas son las fiestas solemnes de Jehová, las convocaciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos: en el mes primero, a los catorce del mes, entre las dos tardes, pascua es de Jehová” (v. 4-5). Tenemos, pues, aquí la primera de las siete solemnidades periódicas: el sacrificio del cordero pascual cuya sangre había librado a Israel de la espada del ángel destructor, en la noche terrible en que murieron los primogénitos de los egipcios. Es el conocido tipo de la muerte de Cristo; por eso ocupa el primer lugar entre estas fiestas. Es la base de todo, porque no podemos conocer reposo, santidad ni comunión sino en virtud de la muerte de Cristo. Es muy interesante observar que cuando se nos habla del reposo de Dios, inmediatamente después se nos presenta la sangre del Cordero pascual, como para decir: «Allí está el *reposo*, pero este es *vuestro derecho al reposo*». Sin duda que el trabajo *nos hará capaces* de gozar del reposo, pero es la sangre la que nos da derecho a gozar de él.

b) La fiesta de los panes sin levadura

“Y a los quince días de este mes es la fiesta solemne de los panes sin levadura a Jehová; siete días comeréis panes sin levadura. El primer día tendréis santa convocación; ningún trabajo de siervos haréis. Y ofreceréis a Jehová siete días ofrenda encendida; el séptimo día será santa convocación; ningún trabajo de siervo haréis” (v. 6-8). El pueblo es convocado alrededor de Jehová, en la santidad práctica basada en una redención cumplida y, mientras están reunidos, el buen olor del sacrificio sube desde el altar de Israel hasta el trono de su Dios. ¡Qué bella representación de la santidad que Dios busca en la vida de sus rescatados! Se basa en el sacrificio y sube íntimamente ligada al suave olor de la Persona de Cristo. “Ningún *trabajo de siervos* haréis. Y ofreceréis a Jehová siete días *ofrenda encendida*”. ¡Qué contraste! ¡La obra servil hecha por la mano del hombre, y el buen olor del sacrificio de Cristo! La santidad práctica del pueblo de Dios no es un trabajo de siervos. Es la viva manifestación de Cristo en los creyentes mediante el poder del Espíritu Santo. “Para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Por cuanto Cristo es nuestra vida, toda manifestación de esta vida está, a juicio de Dios, impregnada de la fragancia de Cristo. Esto puede

parecer poca cosa a juicio del hombre; pero, en tanto que nuestra vida es un reflejo de Cristo, ella es infinitamente preciosa a los ojos de Dios. Sube hasta él y no puede ser olvidada. En la vida del creyente se producen los

Frutos de justicia que son por medio de Jesucristo

“ (Filipenses 1:11),

y ningún poder humano o diabólico puede impedir que suban como buen olor hasta el trono de Dios.

Es necesario observar bien el contraste entre el “trabajo de siervo” y la manifestación de la vida de Cristo. El tipo es admirable. Cesaba toda obra manual en la congregación, pero el buen olor del holocausto subía hacia Dios. Éstos eran los dos grandes rasgos característicos de la fiesta de los panes sin levadura. El hombre dejaba de trabajar y el perfume del sacrificio subía como tipo de la vida de santidad práctica del creyente. ¡Qué respuesta más convincente hay aquí para el legalista, por un lado, y para el antinómiano, por otro! El primero queda reducido al silencio por las palabras: “Ningún trabajo de siervos”, y el segundo por la expresión: “Y ofreceréis a Jehová siete días ofrenda encendida” (v. 8). Las obras más perfectas del hombre son serviles, mas el menor racimo de los “frutos de justicia” es para la gloria y honra de Dios. El creyente no debe obrar servilmente según los elementos odiosos y degradantes del legalismo. En él solo debe hallarse la presentación continua de la vida de Cristo, desarrollada y manifestada por el poder del Espíritu Santo. Durante los “siete días” de la segunda fiesta de Israel, no debía haber nada de levadura; en cambio, el buen olor de la “ofrenda encendida” debía presentarse a Jehová. ¡Ojalá comprendamos por completo la enseñanza práctica de este tipo tan instructivo!

c) La fiesta de las primicias

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos de vuestra siega. Y el sacerdote mecerá la gavilla delante de Jehová, para que seáis aceptos; el día siguiente del día de reposo la mecerá. Y el día que ofrezcáis la gavilla, ofreceréis un cordero de un año, sin defecto, en holocausto a Jehová. Su ofrenda será dos décimas de efa de flor de harina amasada con aceite, ofrenda encendida a Jehová en olor gratísimo; y su libación

será de vino, la cuarta parte de un hin. No comeréis pan, ni grano tostado, ni espiga fresca, hasta este mismo día, hasta que hayáis ofrecido la ofrenda de vuestro Dios; estatuto perpetuo es por vuestras edades en dondequiera que habitéis” (v. 9-14).

“ Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; *primicias* de los que durmieron es hecho (1 Corintios 15:20).

La hermosa ordenanza de la presentación de la gavilla de los primeros frutos representaba la resurrección de Cristo, quien, en “la víspera del día de reposo” (Marcos 15:42), al “amanecer del primer día de la semana” (Mateo 28:1), salió triunfante de la tumba después de haber cumplido la gloriosa obra de la redención. Su resurrección fue una “resurrección de *entre* los muertos” (Hechos 4:2), y en ella tenemos las arras y el tipo de la resurrección de su pueblo. “Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:23). Cuando Cristo aparezca, su pueblo, es decir, aquellos que duermen en Jesús, resucitarán “de entre los muertos” (*ek nekrôn*). “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5). Cuando, inmediatamente después de su transfiguración, nuestro Señor habló de su “resurrección de *entre los muertos*”, los discípulos se preguntaron qué significaba eso (véase Marcos 9). Todo judío ortodoxo creía en la doctrina de la “resurrección de los muertos” (*anastasis nekrôn*). Pero el concepto de una “resurrección de *entre los muertos*” (*anastasis ek nekrôn*) no podía ser comprendido por los discípulos. No hay duda de que desde entonces muchos creyentes han experimentado grandes dificultades con respecto a un misterio tan profundo.

Si comparamos 1 Corintios 15 con 1 Tesalonicenses 4:13-18, encontraremos preciosas instrucciones sobre esta verdad. Podemos leer también Romanos 8:11: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos (*ek nekrôn*) a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”. Se verá, por medio de estos pasajes, que la resurrección de los creyentes tendrá lugar según los mismos principios que la resurrección de Cristo. La Escritura declara que, sea la cabeza, sea el cuerpo, son resucitados “de entre los muertos”; la primera gavilla y todas las gavillas que siguen están moralmente unidas.

A la luz de las Escrituras, es evidente que hay una diferencia muy esencial entre la resurrección del creyente y la resurrección del incrédulo. Uno y otro resucitarán, pero en Apocalipsis 20:5 se demuestra que transcurrirá un período de por lo menos mil años entre estos dos acontecimientos, de manera que difieren tanto en principio como en tiempo. Algunos encuentran dificultad al

estudiar este punto por cuanto el Señor, en Juan 5:28, habla de la “hora cuando *todos* los que están en los sepulcros oirán su voz”. «¿Cómo –se pregunta– puede haber un intervalo de mil años entre las dos resurrecciones, si está dicho que las dos ocurrirán en una hora?» La respuesta es sencilla. En el versículo 25 se habla del despertar de las almas muertas, como teniendo lugar en una “hora”; y esta obra está realizándose desde hace unos dos mil años. Si un período de cerca de *dos mil* años puede estar representado por la palabra “hora”, ¿qué objeción puede hacerse a la idea de que mil años estén representados de la misma manera? Ninguna, seguramente, sobre todo cuando está declarado que el resto de los muertos no resucitarán hasta que los mil años sean cumplidos.

Además, cuando se menciona una “*primera* resurrección” (Apocalipsis 20:6) ¿no es evidente que no todos resucitan al mismo tiempo? ¿Por qué hablar de una “primera resurrección” si no hubiera más que una? Tal vez se diga que la primera resurrección tiene relación con el alma; pero ¿dónde hay un solo pasaje en la Escritura que apoye este aserto? Este hecho solemne se verificará cuando el Señor mismo

Con voz de arcángel y con trompeta de Dios



(1 Tesalonicenses 4:16)

descenderá del cielo y los rescatados que duermen en Jesús resucitarán para ir a Su encuentro en la gloria. Los que hayan muerto en sus pecados, quienesquiera que sean desde los días de Caín hasta el fin, permanecerán en sus tumbas durante los mil años de bendiciones milenarias. Al final de este período glorioso, saldrán y comparecerán ante el “gran trono blanco” (Apocalipsis 20:11), para ser “juzgados” cada uno “según sus obras” y luego serán echados al lago de fuego. ¡Terrible pensamiento!

Lector, ¿en qué estado se encuentra su alma? ¿Ha visto con los ojos de la fe la sangre del Cordero pascual, vertida para preservarle de esa hora terrible? ¿Ha visto la gavilla de las primicias recogida en el granero celestial, como señal de que usted también será recogido así algún día? Éstos son asuntos extremadamente serios. No los rechace. Mire si está *ahora* al abrigo de la sangre de Jesús. Recuerde que no puede espigar en los campos de la redención antes de haber visto la verdadera gavilla mecida ante Dios. “No comeréis pan, ni grano tostado, ni espiga fresca, hasta *este mismo* día, hasta que hayáis ofrecido la ofrenda de vuestro Dios” (v. 14). No se podía tocar la cosecha hasta que las primicias se hubieran ofrecido, junto con un holocausto y una ofrenda vegetal.

d) La fiesta de Pentecostés

“Y contaréis desde el día que sigue al día de reposo, desde el día en que ofrecisteis la gavilla de la ofrenda mecida; siete semanas cumplidas serán. Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano a Jehová. De vuestras habitaciones traeréis dos panes para ofrenda mecida, que serán de dos décimas de efa de flor de harina, cocidos con levadura, como primicias para Jehová” (v. 15-17).

Esta era la fiesta de Pentecostés, imagen del pueblo cristiano reunido por el Espíritu Santo para presentarse ante Dios en virtud de los méritos de Cristo. La Pascua representaba la muerte de Cristo; en las primicias discernimos la resurrección de Cristo y en la fiesta de Pentecostés el descenso del Espíritu Santo para formar la Iglesia. Todo estaba prefigurado de un modo perfecto. La muerte y la resurrección de Cristo eran necesarias para que se pudiese formar la Iglesia. Hasta que no se hubiera ofrecido la gavilla (o puñado) no podían amasarse los panes.

Fijémonos en la expresión “cocidos *con levadura*”. ¿Por qué debían cocerse así? Porque representaban a los que, aunque estaban llenos del Espíritu Santo y adornados con sus dones y sus gracias, no obstante, tenían el *mal* en sí mismos. En el día de Pentecostés la Iglesia disfrutaba por completo de los beneficios de la sangre de Cristo, estaba coronada de los dones del Espíritu Santo; pero, pese a eso, había levadura en ella. La potestad del Espíritu Santo no podía evitar que el mal estuviese entre los hijos de Dios; podían combatirlo u ocultarlo, pero no extinguirlo. Representado por la levadura en los dos panes, este hecho se ha verificado en toda la historia de la Iglesia; pues aunque el Espíritu Santo estuviera presente en la congregación, la carne también estaba, para mentir al Espíritu Santo. La carne es carne, y jamás será otra cosa. El Espíritu Santo no descendió el día de Pentecostés para mejorar la naturaleza humana o para anular en ella el mal, que es incurable, sino para bautizar a los creyentes en un solo cuerpo y unirlos a su Cabeza que está en el cielo.

En el capítulo que trata del “sacrificio de paz”, ya vimos que la levadura estaba permitida con ese sacrificio. Dios sabía que en el adorador todavía existía el mal. Lo mismo vemos en la ordenanza de los dos panes molidos; debían cocerse “con *levadura*”, imagen del mal existente. Pero, gracias a Dios quien, habiendo reconocido la existencia del mal, le ha proporcionado remedio. Esto da paz y consolación al alma. Es consolador saber que Dios conoce lo peor que hay en nosotros, y, además, que ha dado el remedio según *su* conocimiento y no solamente según el *nuestro*. “Y ofreceréis *con el pan* siete corderos de un año, sin *defecto*, un becerro de la vacada, y dos carneros; serán holocausto a Jehová, con su ofrenda y sus libaciones, ofrenda encendida de olor grato

para Jehová” (v. 18). Aquí encontramos, en conexión directa con los panes leudados, la ofrenda de un sacrificio sin defecto, el cual representa la gran verdad de que la perfección de Cristo –no nuestra culpabilidad– es la que está siempre ante los ojos de Dios. Nótese especialmente estas palabras: “Y ofreceréis con *el pan* siete corderos... *sin defecto*”. ¡Qué verdad más preciosa, aunque revestida del manto de una imagen! Ojalá podamos comprenderla, apropiárnosla, hacer de ella el apoyo de nuestra conciencia, el alimento y refrigerio de nuestro corazón, las delicias de nuestra alma. No nosotros, sino Cristo.

Se objetará, tal vez, que el hecho de que Cristo sea un cordero sin mancha no basta para quitar la culpabilidad de una conciencia manchada; que una ofrenda de olor grato no serviría, por sí sola, de nada a un pecador. A esta posible objeción responde plenamente la misma ordenanza. Es cierto que un holocausto no bastaba cuando estaba presente la “levadura”. Por eso se añade: “Ofreceréis además un macho cabrío *por expiación*, y dos corderos de un año en sacrificio de ofrenda de paz” (v. 19). “La expiación” era la respuesta a la “levadura” en los dos panes; se aseguraba “la paz”, de manera que se podía gozar de la comunión, y todo se elevaba en unión al “olor grato” del holocausto a Jehová.

De igual manera, el día de Pentecostés la Iglesia fue presentada con todo el valor y la excelencia de Cristo, por el poder del Espíritu Santo. Aunque tenía en sí misma la levadura de la vieja naturaleza, no era tenida en cuenta, porque la divina Ofrenda por el pecado había respondido perfectamente por ella. El poder del Espíritu Santo no quitó la levadura; pero el mal que ella representaba ya estaba expiado por la sangre del Cordero. Es esta una distinción muy importante. La obra del Espíritu en el creyente no quita el mal que mora en este último. Le hace capaz de descubrir, juzgar y dominar el mal; pero ninguna medida de poder espiritual puede anular el hecho de que el mal está en él. No obstante, la conciencia está en una paz perfecta, ya que la sangre de nuestra Ofrenda por el pecado ha resuelto esta cuestión para siempre. Por consiguiente, en lugar de que el mal que existe en nosotros esté ante la mirada de Dios, él lo ha arrojado lejos de su vista para siempre, y somos aceptados según toda la aceptación de Cristo, quien se ofreció a sí mismo como sacrificio de olor agradable a Dios, a fin de glorificarle en todo y ser para siempre el alimento de su pueblo.

Después de Pentecostés transcurre un largo período antes que el pueblo sea llamado a juntarse otra vez. Sin embargo, hallamos la alusión al pobre y al extranjero, bella ordenanza que ya hemos considerado en su aspecto moral. Aquí podemos considerarla desde el punto de vista dispensacional.

“ Cuando segareis la mies de vuestra tierra, no segaréis hasta el último rincón de ella, ni espigarás tu siega; para el pobre y para el extranjero la dejarás. Yo Jehová vuestro Dios (v. 22).

Se dispone que el extranjero pueda espigar en los campos de Israel. Los gentiles pueden participar de la superabundante bondad de Dios. Cuando los graneros y los lagares de Israel estén llenos, quedarán preciosas gavillas y ricos racimos para que los gentiles puedan recogerlos.

Sin embargo, no debemos pensar que en la figura de un extranjero espigando en los campos de Israel estén representadas las bendiciones espirituales de las cuales la Iglesia está dotada en los lugares celestiales en Cristo. Estas bendiciones son tan nuevas para la posteridad de Abraham como para los gentiles. No son los restos de la mies de Canaán, sino las glorias del cielo, las glorias de Cristo. La Iglesia no solo es bendecida *por* Cristo sino *con* Cristo y *en* Cristo. La esposa de Cristo no tendrá que ir a recoger después de la cosecha, como una extranjera, las espigas de los campos o los racimos de las viñas de Israel. No, ella posee mayores bendiciones, gozos más ricos, dignidades más elevadas que lo que Israel jamás ha conocido. No espigará sobre la tierra como una extranjera, sino que gozará de la rica y feliz morada del cielo, al cual pertenece. Esta es esa “cosa mejor” que Dios, en su sabiduría y en su gracia, ha provisto para ella (Hebreos 11:40). Sin duda, será un feliz privilegio para “el extranjero” espigar cuando la recolección de Israel haya terminado. Pero la porción de la Iglesia es incomparablemente más bella; vendrá a ser la esposa del Rey de Israel, quien compartirá su trono, su gozo, sus honores y sus glorias; ella será semejante a él y estará con Él para siempre. La porción de la Iglesia está constituida por las moradas eternas en la mansión del Padre en lo alto, no por los rincones sin espigar de los campos de Israel aquí en la tierra. Tengámoslo siempre presente en el espíritu para poder vivir de una manera digna de tan noble y santo destino.

e) La fiesta de las trompetas (Números 29:1)

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: En el mes séptimo, al primero del mes tendréis día de reposo, una conmemoración al son de trompetas, y una santa convocación. Ningún trabajo de siervos haréis; y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová” (v. 23-25). Las palabras: “Y habló Jehová a Moisés” sirven como introducción a otro asunto, las cuales son de gran utilidad para clasificar los asuntos de este capítulo y del libro en general. Así vemos que el sábado (día de reposo), la pascua, y la fiesta de los panes sin levadura constituyen la primera parte (v. 1-8). La gavilla mecida, los panes con levadura mecidos y la ordenanza sobre los restos

de la mies la segunda (v. 9-22); a continuación tenemos un largo intervalo del que nada se dice; luego viene la emocionante fiesta de las trompetas, el primer día del séptimo mes. Esta solemnidad nos conduce hasta el tiempo, que rápidamente se acerca, en el cual el remanente de Israel toque la trompeta para memorial, llamando a recordar su gloria largo tiempo perdida, e incitándose a buscar a Jehová.

f) El día de la expiación

La fiesta de las trompetas está íntimamente ligada a otra gran solemnidad, a saber, “el día de la expiación”. “A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación; tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a Jehová. Ningún trabajo haréis en este día; porque es día de expiación, para reconciliaros delante de Jehová vuestro Dios... Día de reposo será a vosotros, y afligiréis vuestras almas, comenzando a los nueve días del mes en la tarde; de tarde a tarde guardaréis vuestro reposo” (v. 27-32). Así, después de la publicación de la conmemoración al son de trompetas, transcurre un intervalo de ocho días; luego tenemos el día de la expiación, al cual se une la aflicción del alma, la expiación del pecado y la cesación del trabajo. Todas estas cosas encontrarán pronto su lugar en la futura historia del remanente judío.

Pasó la siega, terminó el verano, y nosotros no hemos sido salvos
“ (Jeremías 8:20).

Tal será la conmovedora lamentación del remanente de Israel cuando el Espíritu de Dios haya comenzado a tocar sus corazones y sus conciencias. “Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén, como el llanto de Hadadrimón, en el valle de Meguido. Y la tierra lamentará, cada linaje aparte” (Zacarías 12:10-14).

¡Qué profundo duelo, qué inmensa aflicción, qué sincero arrepentimiento habrá bajo la acción poderosa del Espíritu Santo, cuando las conciencias del remanente de Israel recuerden los pecados del pasado, sus descuidos del día de reposo, sus violaciones de la ley, la matanza de los profetas, la crucifixión del Hijo de Dios, su resistencia al Espíritu Santo! Todas estas cosas se dispondrán en orden de batalla ante la conciencia iluminada y despierta y producirán una profunda aflicción en el alma.

Pero la sangre expiatoria responderá por todo. “En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia” (Zacarías 13:1). Serán capaces de sentir su culpabilidad y afligirse por ella, mas también llegarán a comprender la eficacia de la sangre y a encontrar una paz perfecta, un día de reposo para sus almas.

Cuando Israel haya llegado a este estado, en el último día, ¿qué debemos esperar para ellos? *La gloria*, seguramente. Cuando la “ceguera” y el “velo” hayan sido quitados, cuando los corazones de los que forman el remanente de Israel se hayan vuelto hacia Jehová, entonces resplandecerán los brillantes rayos del “Sol de justicia” (Malaquías 4:2) con poder de curación, de restablecimiento y de salvación sobre un pueblo afligido y verdaderamente arrepentido. Sería necesario todo un volumen para tratar este asunto detalladamente. Las experiencias, luchas, pruebas, dificultades y bendiciones finales del remanente judío están ampliamente descritas en los salmos y los profetas. Es preciso reconocer la existencia del remanente de Israel para poder estudiar los salmos y los profetas con inteligencia y verdadero provecho. Seguramente podemos aprender mucho de esas porciones del Volumen inspirado, porque “toda la Escritura es inspirada... y útil” (2 Timoteo 3:16), pero la manera más segura de hacer buen uso de cualquier porción de la Palabra de Dios es intentar comprender cuál es su primera aplicación. Porque si aplicamos a la Iglesia —el cuerpo celestial— los pasajes que se refieren al remanente judío —el cuerpo terrenal—, incurriremos en un grave error con respecto a uno y a otro. De hecho, a veces se ignora por completo la existencia de un cuerpo como el remanente judío y se pierde de vista la verdadera posición y la esperanza de la Iglesia. Éstos son graves errores que hemos de evitar cuidadosamente. No se trata de teorías inventadas únicamente para llamar la atención de los curiosos y sin ningún provecho práctico. No habría suposición más falsa. ¿Qué? ¿No tiene importancia real para nosotros saber que gozaremos del reposo en las moradas celestes, y que no pasaremos aquí abajo por los juicios apocalípticos? ¿No tiene importancia práctica saber si pertenecemos al cielo o a la tierra? ¿Quién podría admitir una idea tan irrazonable? No sería fácil encontrar verdades más prácticas que las que describen los destinos del remanente terrenal y de la Iglesia celestial. No diré aquí nada más sobre este asunto, pero el lector lo encontrará digno de un estudio profundo y atento. Terminaremos esta sección con una mirada a la fiesta de los tabernáculos, última solemnidad del año judío.

g) La fiesta de los tabernáculos

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: A los quince días de este mes séptimo será la fiesta solemne de los tabernáculos a Jehová por siete días... A los quince días del mes séptimo, cuando hayáis recogido el fruto de la tierra, haréis fiesta a Jehová por siete días; el primer día será de reposo, y el octavo día será también día de reposo. Y tomaréis el primer día ramas con fruto de árbol hermoso, ramas de palmeras, ramas de árboles frondosos, y sauces de los arroyos, y os regocijaréis delante de Jehová vuestro Dios por siete días. Y le haréis fiesta a Jehová por siete días cada año; será estatuto perpetuo por vuestras generaciones; en el mes séptimo la haréis. En tabernáculos habitaréis siete días; todo natural de Israel habitará en tabernáculos, para que sepan vuestros descendientes que en tabernáculos hice yo habitar a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo Jehová vuestro Dios” (v. 33-43).

Esta fiesta nos ofrece por adelantado una imagen de los tiempos de la gloria de Israel en el último día y, por tanto, ella pone el más bello remate a la serie de fiestas. La recolección había terminado, los graneros estaban llenos, y Jehová quería que su pueblo expresara su alegría con una fiesta. Pero, parecen haber estado poco dispuestos a comprender el pensamiento divino en relación con esta ordenanza. Olvidaron que habían sido extranjeros y peregrinos, y de ahí vino el largo abandono de esta fiesta. Desde los días de Josué, hasta el tiempo de Nehemías, la fiesta de los tabernáculos no se celebró ni una sola vez. Al pequeño remanente que volvía de Babilonia le fue reservado hacer lo que no se había hecho ni en los brillantes días de Salomón. “Y toda la congregación que volvió de la cautividad hizo tabernáculos, y en tabernáculos habitó; porque desde los días de Josué hijo de Nun hasta aquel día, no habían hecho así los hijos de Israel. Y hubo alegría muy grande” (Nehemías 8:17). ¡Cuán alegre debía ser para quienes habían colgado sus arpas en los sauces de Babilonia, encontrarse bajo la sombra de los sauces de Canaán! Era ello una agradable anticipación del tiempo, prefigurado por la fiesta de los tabernáculos, en que las restablecidas tribus de Israel reposen bajo esas enramadas milenarias que la mano fiel de Jehová levantará para ellos en el país prometido a Abraham y a su posteridad para siempre. Dichoso el día en que los del cielo y los de la tierra se encuentren, como lo indican el “primer día” y el “octavo día” de la fiesta de los tabernáculos.

“ Yo responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra; y la tierra responderá al trigo, al vino y al aceite, y ellos responderán a Jezreel (Oseas 2:21-22).

En el último capítulo de Zacarías hay un hermoso pasaje que prueba muy claramente que la verdadera celebración de la fiesta de los tabernáculos pertenece a la gloria que será manifestada en los días del fin. “Y todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos” (cap. 14:16). ¡Qué escena! ¿Por qué quitarle su belleza característica por un vago sistema de interpretación falsamente llamado «espiritual»? Jerusalén no es otra cosa que Jerusalén, gentiles son gentiles, y la fiesta de los tabernáculos quiere decir la fiesta de los tabernáculos. ¿Hay en esto algo increíble? Nada, seguramente, salvo para la razón humana que rehúsa todo lo que está fuera de su débil alcance. La fiesta de los tabernáculos se celebrará de nuevo en el país de Canaán, y los salvos de entre las naciones subirán allí para tomar parte en esas santas y gloriosas solemnidades. Entonces las guerras de Jerusalén habrán terminado. La lanza y la espada serán transformadas en instrumentos de labranza (Miqueas 4:3-4). Israel reposará a la fresca sombra de su vid y de su higuera (Zacarías 3:10), y toda la tierra se regocijará bajo el reinado del “Príncipe de paz” (Isaías 9:6). Tal es la perspectiva que nos ofrecen las infalibles páginas de la Inspiración. Las figuras la presentan, los profetas la anuncian, la fe la cree y la esperanza la anticipa.

Al final del capítulo leemos: “Así habló Moisés a los hijos de Israel sobre *las fiestas solemnes de Jehová*” (v. 44). Este era el verdadero carácter de las fiestas, su título primitivo; pero en el evangelio de Juan son llamadas “*las fiestas de los judíos*”. Hacía largo tiempo que habían dejado de ser las fiestas de Jehová, pues él estaba excluido de ellas. Le desearon; por esto, en Juan 7:2, cuando los hermanos de Jesús le dijeron que subiera a “la fiesta *de los judíos*, la de los tabernáculos”, les respondió: “Mi tiempo aún no ha llegado” (v. 6). Cuando subió, fue “como en secreto” (v. 10) para ocupar su lugar alejado de las ceremonias oficiales, e invitar a toda alma sedienta a ir a él y beber. Aquí hay una importante lección. Las instituciones divinas son muy pronto deterioradas en manos del hombre. Sin embargo, el alma que siente el vacío y la sequedad de un sistema de frías formalidades religiosas puede refugiarse junto a Jesús para saciar su sed gratuitamente, en la fuente inagotable, llegando a ser, a su vez, medio de bendiciones para los demás (Juan 7:37-39).

israel, conservado para el país de canaán

En este corto capítulo hay muchas cosas que deben llamar la atención de todo cristiano espiritual. En el capítulo 23 vimos la historia de las dispensaciones de Dios hacia Israel, desde el sacrificio del verdadero Cordero pascual hasta el reposo y la gloria en el reino milenar. En el presente capítulo tenemos dos grandes temas: primero, el testimonio y el memorial de las doce tribus (mantenidos continuamente ante Dios por el poder del Espíritu y por la eficacia del sacrificio de Cristo); después, la apostasía de Israel según la carne y el juicio divino como consecuencia de ella. Es preciso comprender bien el primer asunto para poder asimilar el segundo.

El alumbrado continuo

“Habló Jehová a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas machacadas, para hacer arder las lámparas *continuamente*. Fuera del velo del testimonio, en el tabernáculo de reunión, las dispondrá Aarón *desde la tarde hasta la mañana delante de Jehová*; es estatuto perpetuo por vuestras generaciones. Sobre el candelero *limpio* pondrá siempre en orden las lámparas delante de Jehová” (v. 1-4). El “aceite puro de olivas machacadas” representa la gracia del Espíritu Santo, en virtud de la obra de Cristo, representada a su vez por el

Candelero de oro puro, labrado a martillo

“ (Éxodo 37:17).

Era necesario que la “oliva” fuese “*machacada*” para dar “el aceite” y que el oro fuese “labrado a martillo” (o batido) para formar el candelero. En otros términos, la gracia y la luz del Espíritu están basadas en la muerte de Cristo y mantenidas en su luz y poder por el sacerdocio de Cristo. La lámpara de oro esparcía su luz en todo el recinto del santuario, durante las largas horas de la noche, cuando las tinieblas reinaban sobre el país y todos estaban sumidos en el sueño. En todo esto tenemos una viva representación de la fidelidad de Dios hacia su pueblo, cualquiera que fuese su condición exterior. Las tinieblas y el sueño podían caer sobre ellos, pero la lámpara debía arder “continuamente”. El sumo Sacerdote tenía la responsabilidad de velar para que la constante luz del testimonio ardiese durante las tristes horas de la noche. “Fuera del velo del testimonio, en el tabernáculo de reunión, las dispondrá Aarón desde la tarde hasta la mañana delante de Jehová”, “continuamente”. La conservación de esta luz no estaba confiada a los cuidados de Israel. Dios había dispuesto quién velaría continuamente.

La unidad del pueblo

Más adelante leemos: “Y tomarás flor de harina, y cocerás de ella doce tortas (o panes de la proposición, Éxodo 25:30); cada torta será de dos décimas de efa. Y las pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa *limpia* delante de Jehová. Pondrás también sobre cada hilera incienso *puro*, y será para el pan como perfume, ofrenda encendida a Jehová. Cada día de reposo lo pondrá *continuamente* en orden delante de Jehová, en nombre de los hijos de Israel, como pacto perpetuo. Y será de Aarón y de sus hijos, los cuales lo comerán en lugar santo; porque es cosa muy santa para él, de las ofrendas encendidas a Jehová, por derecho perpetuo” (v. 5-9). La Escritura muestra que estos panes no tenían levadura. Representan a Cristo en estrecha relación con “las doce tribus de Israel”. Estaban expuestos durante siete días en el santuario, delante de Jehová, sobre la mesa limpia. Transcurrido este tiempo, pasaban a ser el alimento de Aarón y sus hijos. Estos panes ofrecen una nueva imagen de la posición de Israel a los ojos de Jehová, independientemente de cómo sea su aspecto interior. Las doce tribus están continuamente delante de él; su memorial es imperecedero. Allí, en el santuario, están colocadas siguiendo un orden divino, cubiertas del puro incienso de Cristo. Se encuentran en la mesa limpia, bajo los rayos resplandecientes de las lámparas de oro que brillan con claridad inalterable durante las horas más sombrías de la noche moral de la nación.

Conviene notar que el hecho de interpretar de este modo los utensilios místicos del santuario, no es sacrificar un juicio sano o la verdad divina en el altar de la imaginación. En Hebreos 9:23 vemos que todas estas cosas eran “figuras de las cosas celestiales”; y en Hebreos 10:1, que eran “la sombra de los bienes venideros”. Estamos, pues, autorizados para creer que hay “cosas celestiales” que responden a las “figuras”; que hay una realidad que responde a la sombra. En síntesis, tenemos derecho a creer que hay “en los cielos” lo que corresponde a las “siete lámparas” (Números 8:2), a “la mesa limpia” (Levítico 24:6) y a “las doce tortas” (o panes). Esto no es una invención humana, sino una verdad divina de la cual la fe se ha alimentado desde siempre. ¿Qué significaba el altar de Elías, construido con “doce piedras” en la cima del monte Carmelo? No era otra cosa que la expresión de su creencia en la verdad cuya figura o sombra eran las “doce tortas (o panes)”. Creía en la unidad indisoluble de la nación, mantenida ante Dios en la inmutabilidad de la promesa hecha a Abraham, a Isaac y a Jacob, cualquiera que fuese la condición exterior del pueblo. El hombre habría buscado en vano la manifestación de la unidad de las doce tribus, pero la fe podía ver siempre en el recinto sagrado del santuario los doce panes, cubiertos de incienso

puro, colocados en un orden divino sobre la mesa limpia. Aunque afuera todo estuviese envuelto en las sombras de la noche, la fe, a la luz de las *siete* lámparas de oro, podía distinguir la misma gran verdad, a saber, la indisoluble unidad de las doce tribus.

Lo mismo sucede hoy. La noche es triste y sombría. No hay un solo rayo que nos haga distinguir la unidad de las tribus de Israel. Están dispersas entre las naciones y han desaparecido a los ojos del hombre. Pero su memorial está delante de Jehová. La fe lo reconoce, porque sabe que “todas las promesas de Dios son en él (Cristo) Sí, y en él Amén” (2 Corintios 1:20). Ve, por la perfecta luz del Espíritu, el memorial de las doce tribus fielmente conservado en el santuario de lo alto. Escuchemos estos nobles acentos de la fe:

“ Ahora, por la esperanza de la promesa que hizo Dios a nuestros padres soy llamado a juicio; promesa cuyo cumplimiento esperan que han de alcanzar nuestras doce tribus, sirviendo constantemente a Dios de día y de noche (Hechos 26:6-7).

Si el rey Agripa hubiera preguntado a Pablo dónde estaban las doce tribus, el apóstol no habría podido enseñárselas. ¿Por qué? ¿Acaso porque no se las podía ver? No, sino porque Agripa no tenía ojos capaces de verlas. Las doce tribus estaban fuera del alcance de la vista de Agripa. Se necesitaba la vista de la fe y la luz del Espíritu de Dios para discernir los doce panes colocados sobre la mesa limpia en el santuario de Dios. Estaban allí, y Pablo los veía, aunque el momento en que expresaba su sublime convicción fuese de lo más sombrío. La fe no se deja gobernar por las apariencias. Se coloca sobre la alta roca de la eterna Palabra de Dios y, con toda la calma y seguridad de esta santa elevación, se nutre de la inmutable Palabra de Aquel que no puede mentir. La incredulidad mira con estupidez a un lado y a otro preguntando: «¿Dónde están las doce tribus?» o «¿Cómo podrán ser encontradas y restablecidas?» Es imposible responder. No porque no haya respuesta que dar, sino porque la incredulidad es completamente incapaz de comprenderla. La fe cree que el memorial de las doce tribus de Israel está ante los ojos de su Dios, y no duda de que los doce panes eran expuestos cada sábado sobre la mesa de oro. Pero ¿quién podría convencer al incrédulo? ¿Quién hará creer semejante verdad a los que se dejan gobernar en todas las cosas por la razón o el sentido común, y que no saben lo que significa esperar contra esperanza? La fe encuentra divinas certidumbres y eternas realidades en donde la razón y el sentido común no ven absolutamente nada. ¡Oh, si tuviéramos una fe más profunda y nos alimentásemos, con la sencillez de un niño, de toda palabra que procede de la boca del Señor!

Apostasía y juicio divino

Llegamos ahora al segundo punto de este capítulo, a saber, la apostasía de Israel según la carne y el divino juicio que fue su consecuencia.

“El hijo de una mujer israelita, el cual era hijo de un egipcio, salió entre los hijos de Israel; y el hijo de la israelita y un hombre de Israel riñeron en el campamento. Y el hijo de la mujer israelita blasfemó el Nombre, y maldijo; entonces lo llevaron a Moisés... Y lo pusieron en la cárcel, hasta que les fuese declarado por palabra de Jehová. Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Saca al blasfemo fuera del campamento, y todos los que le oyeron pongan sus manos sobre la cabeza de él, y apedréelo toda la congregación... Y habló Moisés a los hijos de Israel, y ellos sacaron del campamento al blasfemo y lo apedrearon. Y los hijos de Israel hicieron según Jehová había mandado a Moisés” (v. 10-23).

El lugar especial que Dios asigna a este relato es significativo e importante, sin duda con el fin de presentarnos la otra cara del cuadro que tenemos en los primeros versículos del capítulo. Israel según la carne ha pecado gravemente contra Jehová y el nombre de Jehová ha sido blasfemado entre los gentiles. Entonces, los juicios de un Dios ofendido caen sobre la nación. Pero se acerca el día en que la sombría y espesa nube del juicio se disipará y las doce tribus, en su unidad indisoluble, se presentarán ante todas las naciones como el asombroso monumento de la fidelidad y la bondad de Jehová. “En aquel día dirás: Cantaré a ti, oh Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado. He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es JAH *Jehová*, quien ha sido salvación para mí. Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación. Y diréis en aquel día: Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras, recordad que su nombre es engrandecido. Cantad salmos a Jehová, porque ha hecho cosas magníficas; sea sabido esto por toda la tierra. Regocíjate y canta, oh moradora de Sion; porque grande es en medio de ti el Santo de Israel” (Isaías 12). “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados. Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos ahora

han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:25-36).

Se podrían multiplicar los pasajes para probar que, aunque Israel esté bajo el juicio de Dios a causa del pecado, “porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”, aunque el blasfemo sea apedreado fuera del campamento, los doce panes permanecen intactos en el santuario. Las voces de los profetas declaran, y las voces de los apóstoles repiten la gloriosa verdad de que “todo Israel será salvo,” no porque no hayan pecado, sino porque “irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”. Los cristianos debemos guardarnos de subestimar

Las promesas hechas a los padres



(Romanos 15:8).

Si estas promesas se olvidan o se aplican mal, nuestro reconocimiento de la divina integridad y exactitud de las Escrituras se debilitará necesariamente. Si se deja de lado una parte, lo mismo puede suceder con otra. Si se interpreta vagamente un pasaje, igual puede ocurrir con otro, y así perdemos la bendita certitud que constituye el fundamento de nuestro reposo respecto a todo lo que el Señor ha declarado. Algo más veremos acerca de esto al considerar los últimos capítulos de este libro.

Canaán conservado para la casa de Israel

“Cuando hayáis entrado en la tierra...”

Hay una íntima relación moral entre este capítulo y el anterior. En el capítulo 24 aprendemos que Israel es conservado para morar en el país de Canaán; en el 25 vemos que el país de Canaán está conservado para morada de Israel. Al reunir los dos, encontramos una verdad que absolutamente nadie puede destruir: “todo Israel será salvo” (Romanos 11:26), y “la tierra no se venderá a perpetuidad” (v. 23). La primera de estas declaraciones enuncia un principio que ha resistido como una roca en medio de un océano de interpretaciones diversas, mientras que la segunda declara un hecho que muchas naciones han intentado ignorar, pero en vano.

Este capítulo empieza de manera muy especial:

“**Jehová habló a Moisés en el monte de Sinaí**
(v. 1).

La mayor parte de las comunicaciones contenidas en el libro del Levítico se caracterizan por el hecho de que emanan del “tabernáculo de reunión”. Esto se explica fácilmente. Estas comunicaciones se relacionaban sobre todo con el servicio, la comunión y el culto de los sacerdotes o con el estado moral del pueblo; por esta razón se hacían naturalmente en el “tabernáculo de reunión”, el centro de todo lo que pertenecía, de algún modo, al servicio sacerdotal. Pero, la comunicación que encontramos en este capítulo se hace desde un lugar muy diferente. “Jehová habló a Moisés *en el monte de Sinaí*”. Sabemos que en la Escritura cada expresión tiene un sentido especial y propio; por tanto, tenemos motivo para esperar del “monte de Sinaí” un género de comunicación diferente del que nos llega desde “el tabernáculo de reunión”. Y, en efecto, este capítulo trata de los derechos de Jehová como Señor de toda la tierra. Ya no es cuestión del culto y la comunión de una casa sacerdotal o el reglamento interno de la nación, sino de los derechos de Dios en su gobierno; el derecho a dar a determinado pueblo cierta porción de la tierra, la cual deban ocupar como vasallos. En síntesis, no es Jehová en el “tabernáculo”, lugar de *culto*, sino Jehová “en el monte de Sinaí”, trono de *gobierno*.

El año de reposo

“Jehová habló a Moisés en el monte de Sinaí, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra guardará reposo para Jehová. Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña y recogerás sus frutos. Pero el séptimo año la tierra

tendrá descanso, reposo para Jehová; no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña. Lo que de suyo naciere en tu tierra segada, no lo segarás, y las uvas de tu viñedo no vendimiarás; año de reposo será para la tierra. Mas el descanso de la tierra te dará para comer a ti, a tu siervo, a tu sierva, a tu criado, y a tu extranjero que morare contigo; y a tu animal, y a la bestia que hubiere en tu tierra, será todo el fruto de ella para comer” (v. 1-7).

Aquí tenemos, pues, el rasgo característico de la tierra de Jehová. Él quería que ella gozase de un año de reposo, y este año debía ser una prueba de la abundancia con que bendeciría a los que la ocupaban. ¡Dichosos y privilegiados vasallos! ¡Qué honor depender directamente de Jehová! ¡Libres de tributo, sin ningún impuesto ni tasa!

“ Bienaventurado el pueblo que tiene esto; bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová (Salmo 144:15).

Sabemos que los israelitas incurrieron en falta al no tomar entera posesión de este rico país que Jehová les daba. Él se lo había dado por *entero*; se lo había dado *para siempre*. Ellos no tomaron más que una *parte*, y esto por *algún tiempo*. De todos modos, allí está la propiedad, aunque quienes la poseían hayan sido arrojados de ella por el momento. “La tierra no se venderá *a perpetuidad*, porque *la tierra mía es*; pues vosotros forasteros y extranjeros sois *para conmigo*” (v. 23). ¿Qué quiere decir esto si no que Canaán pertenece especialmente a Jehová, y que él quiere que Israel lo ocupe para él? Es verdad que “del Señor es la tierra y su plenitud” (1 Corintios 10:26), pero no se trata de esto. Ha placido a Dios, en sus insondables designios, tomar posesión del país de Canaán de una forma especial, y someterlo a un tratamiento particular, separarlo de los demás países llamándolo suyo, y distinguirlo con juicios, ordenanzas y fiestas solemnes periódicas. ¿Dónde leemos que haya en la superficie terrestre otro país que goce de un año de reposo continuo, de un año de la más rica abundancia? Quizás uno pregunte: «¿Cómo pueden ocurrir estas cosas?» Pero la fe recibe una respuesta satisfactoria de la misma boca de Jehová: “Y si dijereis: ¿Qué comeremos el séptimo año? He aquí no hemos de sembrar, ni hemos de recoger nuestros frutos; entonces yo os enviaré mi bendición el sexto año, y ella hará que haya fruto por tres años. Y sembraréis el año octavo, y comeréis del fruto añejo; hasta el año noveno, hasta que venga su fruto, comeréis del añejo” (v. 20-22). El hombre natural preguntará: «¿Qué comeremos si no podemos sembrar?» La respuesta de Dios era: “Yo os enviaré *mi bendición*” (v. 21). La “bendición” de Dios vale mil veces más que las “siembras” del hombre (Proverbios 10:22). No quería dejarles padecer

hambre en Su año de descanso. Debían alimentarse de los frutos de su bendición mientras celebraban Su año de reposo, año que representa el sábado eterno, el séptimo día: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:9).

El año de jubileo

“Y contarás siete semanas de años, siete veces siete años, de modo que los días de las siete semanas de años vendrán a serte cuarenta y nueve años. Entonces harás tocar fuertemente la trompeta en el mes séptimo a los diez días del mes; el día de la expiación haréis tocar la trompeta por toda vuestra tierra” (v. 8-9). Es interesante observar de cuántas maneras estaba prefigurado en la economía judaica el reposo milenar (el Milenio). Cada séptimo día era un día de reposo; cada séptimo año era un año de reposo, y al cabo de siete veces siete años había un jubileo. Cada una de estas solemnidades típicas y todas juntas presentaban a la mirada de la fe la bendita perspectiva de un tiempo en el cual el trabajo y la pena cesarían, cuando el “sudor de tu rostro” (Génesis 3:19) no sería necesario para satisfacer el hambre. Una tierra milenaria, enriquecida por las abundantes lluvias de la gracia divina y fertilizada con los rayos del sol de justicia, vertería su abundancia en los graneros y lagares del pueblo de Dios. ¡Dichoso tiempo! ¡Pueblo feliz! Estas cosas no son cuadros pintados por la fantasía, sino verdades reales de la revelación divina. El creyente ya puede gozar de ellas por la fe, la que es

La certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve



(Hebreos 11:1).

Entre todas las solemnidades judaicas, el jubileo parece haber sido la más conmovedora y la que más causó alegría a los corazones. Estaba directamente ligada al gran día de la expiación. Cuando la sangre de la víctima había sido derramada, el son libertador de la trompeta del jubileo se hacía oír en las colinas y los valles del país de Canaán. Este sonido tan deseado tenía por objeto despertar a la nación en lo más íntimo de su ser, conmover el alma hasta lo más profundo y hacer correr un río de alegría divina e inefable a lo largo y ancho del país. “El día de la expiación haréis tocar la trompeta por *toda* vuestra tierra” (v. 9). No debía quedar ni un rincón sin ser alcanzado por el alegre sonido de la trompeta. El aspecto del jubileo era tan vasto como el aspecto de la expiación en la cual se basaba.

“Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores; ese año os será de jubileo, y volveréis cada uno a vuestra posesión, y cada cual volverá a su familia. El año cincuenta os será jubileo; no sembraréis, ni segaréis lo que naciere de suyo en la tierra, ni

vendimiareis sus viñedos, porque es jubileo; santo será a vosotros; el producto de la tierra comeréis. En este año de jubileo volveréis cada uno a vuestra posesión” (v. 10-13). En todas las clases del pueblo y cualesquiera que fuesen sus condiciones, se podía sentir la santa y bienhechora influencia de esta noble institución. El exiliado volvía a su país, el cautivo era liberado, el deudor perdonado, cada familia acogía a los miembros largo tiempo alejados, cada heredad o posesión encontraba su antiguo propietario exiliado. Al son de la trompeta, señal tan deseada, el cautivo era liberado; el esclavo arrojaba lejos de sí sus cadenas; el homicida involuntario volvía a su casa; los pobres y arruinados tomaban posesión de las heredades que habían perdido. Apenas se oía el vibrante sonido de la trompeta, la poderosa ola de bendiciones crecía majestuosamente y hacía resonar sus ondas bienhechoras hasta los lugares más apartados del país favorecido por Jehová.

La tierra de Canaán pertenece a Jehová

“Y cuando vendiereis algo a vuestro prójimo, o comprareis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno a su hermano. Conforme al número de los años después del jubileo comprarás de tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos te venderá él a ti. Cuanto mayor fuere el número de los años, aumentarás el precio, y cuanto menor fuere el número, disminuirás el precio; porque según el número de las cosechas te venderá él. Y no engañe ninguno a su prójimo, sino temed a vuestro Dios; porque yo soy Jehová vuestro Dios” (v. 14-17). El año del jubileo recordaba al comprador y al vendedor que el país pertenecía a Jehová, y no se podía vender. Se podían vender “las cosechas”, pero nada más. Jehová no podía ceder el país a nadie. Es preciso fijarnos bien en este punto, pues nos da la clave de una importante verdad. Si el país de Canaán no debe ser vendido, si Jehová declara que le pertenece para siempre, ¿para quién lo desea? ¿Quiénes serán sus poseedores? Aquellos a quienes lo dio por pacto eterno, para poseerlo mientras dure la luna, de generación en generación.

A juicio de Dios, no hay en toda la tierra lugar semejante al país de Canaán. Allí estableció Jehová su trono y su santuario; allí oficiaban sus sacerdotes continuamente ante él, allí se hizo oír la voz de sus profetas anunciando la ruina actual, la restauración y la gloria futuras. Allí mismo comenzó, continuó y terminó Juan el Bautista su carrera de precursor del Mesías. En Canaán nació de mujer el Salvador; allí fue bautizado, predicó, enseñó, trabajó y murió; desde allí subió triunfante a la diestra de Dios; allí descendió el Espíritu Santo con poder en Pentecostés. Desde ese país se extendió el Evangelio hasta los extremos de la tierra; allí descenderá muy pronto el Señor de gloria y pondrá sus pies en “el monte de los Olivos” (Zacarías 14:4); allí será restablecido su trono

y restaurado su culto. En una palabra, sus miradas y su corazón están siempre allí; Jerusalén es preciosa para él; es el centro de sus pensamientos y de sus actividades en cuanto a esta tierra, y es su propósito hacerla una joya de excelencia eterna, la alegría de muchas generaciones.

Es, pues, sumamente importante comprender bien estas verdades concernientes al país de Canaán. Jehová ha dicho de él: “La tierra *mía es*” (v. 23). ¿Quién se la quitará? ¿Dónde está el rey o el emperador, dónde el poder humano o diabólico que pueda arrancar esa “tierra gloriosa” (Daniel 11:41) del poderoso brazo de Jehová? Es verdad que ha sido motivo de debates, manzana de la discordia para todas las naciones. Ha sido, y será aún teatro y centro de guerras crueles y encarnizadas. Pero, por encima del estruendo de las batallas y de las querellas de las naciones, el oído de la fe percibe con claridad y potestad divinas estas palabras: “*La tierra mía es*”. Jehová no puede renunciar a este país ni a esas “doce tribus” mediante las cuales debe heredarlo para siempre. Reflexionemos en ello y guardémonos de toda indiferencia y vaga interpretación al respecto. Dios no ha rechazado a su pueblo ni ha renunciado al país que juró darle en posesión perpetua.

Las “doce tortas” del capítulo 24 testifican la verdad de este primer aserto; “el jubileo” del capítulo 25 da testimonio de la verdad del otro. El memorial de las “doce tribus de Israel” está siempre delante del Señor, y se acerca rápidamente la hora en que la trompeta del jubileo resuene en las montañas de Palestina. Entonces, el cautivo arrojará lejos de sí las cadenas ignominiosas que habrá llevado durante siglos. El exiliado volverá a este feliz país del cual ha estado alejado tanto tiempo. Toda deuda será anulada, toda carga quitada y toda lágrima enjugada. “Porque así dice Jehová: He aquí que yo extiendo sobre ella (Jerusalén) paz como un río, y la gloria de las naciones como torrente que se desborda; y mamaréis, y en los brazos seréis traídos, y sobre las rodillas seréis mimados. Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalén tomaréis consuelo. Y veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecen como la hierba; y la mano de Jehová para con sus siervos será conocida, y se enojará contra sus enemigos. Porque he aquí que Jehová vendrá con fuego, y sus carros como torbellino, para descargar su ira con furor, y su reprensión con llama de fuego. Porque Jehová juzgará con fuego y con su espada a todo hombre; y los muertos de Jehová serán multiplicados... Porque yo conozco sus obras y sus pensamientos; tiempo vendrá para juntar a todas las naciones y lenguas; y vendrán, y verán mi gloria. Y pondré entre ellos señal, y enviaré de los escapados de ellos a las naciones, a Tarsis, a Fut y Lud que disparan arco, a Tubal y a Javán, a las costas lejanas que no oyeron de mí, ni vieron mi gloria; y publicarán mi gloria entre las naciones. Y traerán a todos vuestros hermanos de entre todas las naciones, por ofrenda a Jehová, en caballos, en carros, en literas, en mulos

y en camellos, a mi santo monte de Jerusalén, dice Jehová, al modo que los hijos de Israel traen la ofrenda en utensilios limpios a la casa de Jehová. Y tomaré también de ellos para sacerdotes y levitas, dice Jehová. Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová” (Isaías 66:12-23).

Consideremos por un momento el efecto práctico del jubileo, su influencia en las transacciones de hombre a hombre. “Y cuando vendiereis algo a vuestro prójimo, o comprareis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno a su hermano. Conforme al número de los años después del jubileo comprarás de tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos te venderá él a ti” (v. 14-15). La escala de los precios debía ajustarse según el jubileo. Si este glorioso acontecimiento estaba cerca, el precio era bajo, y si estaba lejos, era elevado. Todos los contratos humanos referentes a las tierras eran anulados cuando sonaba la trompeta del jubileo, porque la tierra era de Jehová y el jubileo lo volvía todo a su condición primera.

Esto nos enseña una hermosa lección. Si nuestros corazones conservan la esperanza constante de la venida del Señor, estimaremos a poco precio todas las cosas terrenales. Es moralmente imposible que estemos esperando al Hijo que viene del cielo, sin sentirnos desligados de las cosas de este mundo.

“**Vuestra gentileza (amabilidad) sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca (Filipenses 4:5).**

Se puede sostener «la doctrina del milenio», como se la llama, o la doctrina «de la segunda venida» y seguir siendo un hombre del mundo; pero quien vive esperando la aparición de Cristo, debe alejarse de lo que será juzgado y destruido cuando él venga. No se trata aquí de la brevedad e incertidumbre de la vida humana, tan ciertas, ni del carácter pasajero y poco satisfactorio de las cosas terrenales. Es algo mucho más poderoso y de mayor influencia que todo esto: “*El Señor está cerca*”. ¡Ojalá nuestros corazones sean conmovidos y nuestra conducta influida por esta preciosa y purificadora verdad!

Obediencia y desobediencia

El gobierno de Dios sobre Israel

Este capítulo solo requiere algunas breves explicaciones. Contiene el recuerdo solemne y conmovedor de las bendiciones relacionadas con la obediencia, por un lado, y de las terribles consecuencias de la desobediencia, por otro. Si Israel hubiera andado de un modo obediente, habría sido invencible. “Y yo daré paz en la tierra, y dormiréis, y no habrá quien os espante; y haré quitar de vuestra tierra las malas bestias, y la espada no pasará por vuestro país. Y perseguiréis a vuestros enemigos, y caerán a espada delante de vosotros. Cinco de vosotros perseguirán a ciento, y ciento de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán a filo de espada delante de vosotros. Porque yo me volveré a vosotros, y os haré crecer, y os multiplicaré, y afirmaré mi pacto con vosotros. Comeréis lo añejo de mucho tiempo, y pondréis fuera lo añejo para guardar lo nuevo. Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Yo Jehová vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para que no fueseis sus siervos, y rompí las coyundas de vuestro yugo, y os he hecho andar con el rostro erguido” (v. 6-13).

De haber sido fieles, la presencia de Dios siempre habría sido su escudo. Ninguna arma forjada contra ellos habría prosperado. No obstante, la presencia divina solo podía ser la porción de un pueblo obediente. Jehová no podía aprobar con su presencia la desobediencia y la maldad. Las naciones idólatras de alrededor confiaban en su valor y recursos militares. En cambio, Israel no reposaba más que en el brazo de Jehová, y este brazo nunca podía extenderse para proteger la impiedad y la rebelión. Por lo tanto, la fuerza de Israel consistía en andar con Dios en un espíritu de dependencia y obediencia. Mientras marchaban de esta manera, tenían a su alrededor una muralla de fuego para protegerlos contra todo enemigo y todo peligro.

Lamentablemente, Israel falló en todo sentido. A pesar del cuadro solemne y horroroso puesto ante sus ojos, en los versículos 14-33, abandonaron a Jehová y sirvieron a otros dioses, trayendo sobre sí los terribles juicios con que habían sido amenazados, y cuya sola lectura basta para hacer temblar. Están aún, en el presente, bajo el peso de estos juicios. En su condición de dispersos y despojados, de consumidos y exiliados, son monumentos de la inflexible justicia y verdad de Jehová. Dan a todas las naciones de la tierra una gran lección del gobierno moral de Dios, lección que deberían estudiar atentamente y que también nuestros mismos corazones tendrían que profundizar.

Somos muy propensos a confundir dos cosas que están claramente separadas en la Palabra, a saber, el *gobierno* de Dios y la *gracia* de Dios. Esta confusión debilita en nosotros el sentimiento de la majestad y de la solemnidad de su gobierno, así como el de la pureza, la plenitud y la elevación de su gracia. Es verdad que, en su gobierno, Dios se reserva el derecho soberano de obrar con paciencia, longanimidad y misericordia; pero el ejercicio de estos atributos en relación con su trono de gobierno no debe confundirse jamás con los actos incondicionales de la gracia pura y absoluta.

El presente capítulo es una exposición del gobierno divino; sin embargo, encontramos en él cláusulas como esta: “Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mí; y también porque anduvieron conmigo en oposición, yo también habré andado en contra de ellos, y los habré hecho entrar en la tierra de sus enemigos; y entonces se humillará su corazón incircunciso, y reconocerán su pecado. *Entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré, y haré memoria de la tierra. Pero la tierra será abandonada por ellos, y gozará sus días de reposo, estando desierta a causa de ellos; y entonces se someterán al castigo de sus iniquidades; por cuanto menospreciaron mis ordenanzas, y su alma tuvo fastidio de mis estatutos. Y aun con todo esto, estando ellos en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos; porque yo Jehová soy su Dios. Antes me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las naciones, para ser su Dios. Yo Jehová*” (v. 40-45).

Este pasaje nos presenta a Dios gobernando y respondiendo, con paciente misericordia, a los más débiles suspiros de un corazón quebrantado y arrepentido. La historia de los jueces y de los reyes ofrece numerosos ejemplos del ejercicio de la misericordia, este bendito atributo del gobierno divino. Una y otra vez Jehová

Fue angustiado a causa de la aflicción de Israel



(Jueces 10:16),

y les envió libertador tras libertador, hasta que al fin no hubo más esperanza, y el honor de su trono les exigió la expulsión de un país, el cual eran indignos de guardar.

La gracia de Dios para con Israel

Todo esto se relaciona con el *gobierno*. Pero pronto Israel tomará posesión de Canaán en virtud de la *gracia* incondicional e inmutable, ejercida en justicia divina, por la sangre de la cruz. No será por las obras de la ley, ni por las instituciones de una economía pasajera y envejecida (Hebreos 8:13), sino por la gracia que reina “por la justicia, para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Romanos 5:21). Por esto, no volverán a ser expulsados de sus posesiones. Ningún enemigo los turbará; gozarán de un reposo perfecto protegidos “como con un escudo” por el favor de Jehová (Salmo 5:12). Su posesión del país será conforme a la estabilidad de la gracia divina y la eficacia de la sangre de la alianza eterna.

Israel será salvo en Jehová con salvación eterna



(Isaías 45:17).

El Espíritu de Dios nos conduzca a un conocimiento más profundo de la verdad divina, y nos dé mayor capacidad para juzgar las cosas que difieren una de otra, y para exponer rectamente la palabra de verdad (2 Timoteo 2:15).

Cosas consagradas a dios

Esta última porción de nuestro libro se refiere al “voto”, o acto voluntario por el cual una persona se consagraba, ella misma o lo que le pertenecía, a Jehová. “Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguno hiciere especial voto a Jehová, según la estimación de las personas que se hayan de redimir, lo estimarás así... según el siclo del santuario” (v. 1-3).

Cuando una persona se ofrecía a sí misma, u ofrecía su bestia, casa, o campo a Jehová, era una cuestión de capacidad o valor de lo consagrado; por eso había cierta escala de estimación, según la edad. Moisés, como representante de los derechos de Dios, era llamado a estimar, en cada caso, según la regla del santuario. Si un hombre hace un voto, es preciso que sea probado por la medida de la justicia. Además, en todos los casos debemos tener presente la diferencia entre la *capacidad* y el *derecho*.

La expiación: la misma medida para todos

En Éxodo 30:15 leemos, en cuanto al dinero del santuario: “Ni el rico aumentará, ni el pobre disminuirá del medio siclo, cuando dieren la ofrenda a Jehová para hacer expiación por vuestras personas”. El precio del rescate era idéntico para todos. Siempre debe ser así. Nobles y villanos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, viejos y jóvenes, todos tienen un título común: “No hay diferencia” (Romanos 3:23). Todos subsisten sobre el mismo principio del infinito valor de la sangre de Cristo. Puede haber una inmensa diferencia en cuanto a la capacidad, en cuanto al conocimiento, a los dones y los frutos; sin embargo, en cuanto al título, no hay ninguna. El retoño y el árbol, el hijo y el padre, el convertido de ayer y el creyente maduro están sobre el mismo terreno. “Ni el rico aumentará, ni el pobre disminuirá”. No se podía dar nada de más ni se podía admitir menos. Tenemos

“ Libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo (Hebreos 10:19).

He aquí nuestro título para entrar.

Una vez dentro, nuestra capacidad de rendir culto dependerá de nuestra energía espiritual. Cristo es nuestro título, el Espíritu Santo nuestra capacidad. El «yo» no interviene ni en uno ni en otro. ¡Qué gracia más perfecta! Entramos por la sangre de Jesús; gozamos por el Espíritu Santo de lo que allí encontramos. La sangre de Jesús abre la puerta; el Espíritu Santo nos guía por la

casa. La sangre de Jesucristo abre el estuche; el Espíritu Santo despliega el precioso contenido. La sangre de Jesucristo nos da el joyero; el Espíritu Santo nos hace capaces de apreciar las joyas preciosas que contiene.

El servicio: la medida es según la capacidad de cada uno

En el presente capítulo, al contrario, se trata únicamente de la capacidad o el valor. Moisés tenía cierta medida que no podía rebajar; tenía cierta regla de la que no se debía apartar. Si uno podía alcanzarla, bien; si no, tenía que ocupar el lugar correspondiente.

¿Qué era necesario hacer, pues, con quien no alcanzaba la altura de las exigencias pedidas por Moisés, el representante de la justicia divina? He aquí la consoladora respuesta: “Pero si fuere muy pobre para pagar tu estimación, entonces será llevado ante el sacerdote, quien fijará el precio; conforme a la posibilidad del que hizo el voto, le fijará precio el sacerdote” (v. 8). En otros términos, si un hombre se esfuerza por satisfacer las exigencias de la *justicia*, entonces es necesario que las satisfaga por completo. Pero si se siente totalmente incapaz de cumplir esas exigencias, no le resta más que recurrir a *la gracia*, la cual lo recibirá tal como es. Moisés es el representante de las demandas de la justicia divina, mientras que el sacerdote es el representante de los recursos de la gracia divina. El pobre que era incapaz de presentarse ante Moisés caía en los brazos del sacerdote. Siempre es así. Si no podemos “*cavar*” la tierra, podemos “*mendigar*” (Lucas 16:3) y, cuando nos ponemos en el lugar de mendigos, ya no se trata de lo que somos capaces de *ganar*, sino de lo que Dios nos quiere *dar*. La gracia coronará la obra de Cristo durante la eternidad. ¡Cuán dichoso es ser deudor de la gracia! ¡Qué dicha recibir puesto que Dios es glorificado al dar! Tratándose del hombre, vale infinitamente más cavar la tierra que mendigar; pero, cuando se trata de Dios, es precisamente lo contrario.

La conclusión concierne a Israel

Según parece, todo este capítulo se refiere de modo especial a la nación de Israel. Está íntimamente ligado a los dos capítulos precedentes. Los israelitas habían hecho un “voto” al pie del monte Horeb, pero fueron completamente incapaces de responder a las exigencias de la ley; eran demasiado pobres para la estimación de Moisés. Pero, participarán de las ricas provisiones de la gracia divina. Habiendo reconocido su absoluta incapacidad para “*cavar*” la tierra, no tendrán vergüenza de mendigar. Entonces experimentarán la inmensa dicha de depender de la gracia soberana de Jehová, la cual se extiende, como una cadena de oro,

De eternidad a eternidad



(1.Crónicas 16:36).

Es bueno ser pobre cuando el conocimiento de esta pobreza sirve para desplegar ante nuestra vista las riquezas inagotables de la gracia divina. Esta gracia no deja que nadie se vaya vacío. Nunca le dice a alguien que es demasiado pobre. Puede satisfacer las mayores necesidades del hombre y, al mismo tiempo, se glorifica al hacerlo. Esto es verdad para todo pecador individualmente como para Israel, el cual, habiendo sido estimado por el legislador, ha sido encontrado más pobre que su estimación. La gracia es el grande y único recurso para todos. Es la base de nuestra salvación, la base de una vida de piedad práctica y la base de las esperanzas imperecederas que nos animan en medio de las pruebas y luchas de este mundo de pecado. ¡Que podamos tener un sentimiento más profundo de la gracia y un deseo más ardiente de la gloria!

Terminamos aquí nuestras meditaciones sobre este libro tan importante y precioso. Si Dios se sirve de estas páginas para despertar en algún lector el interés por dicha porción de la Escritura, en todo tiempo demasiado descuidada por la Iglesia, no habrán sido escritas en vano.